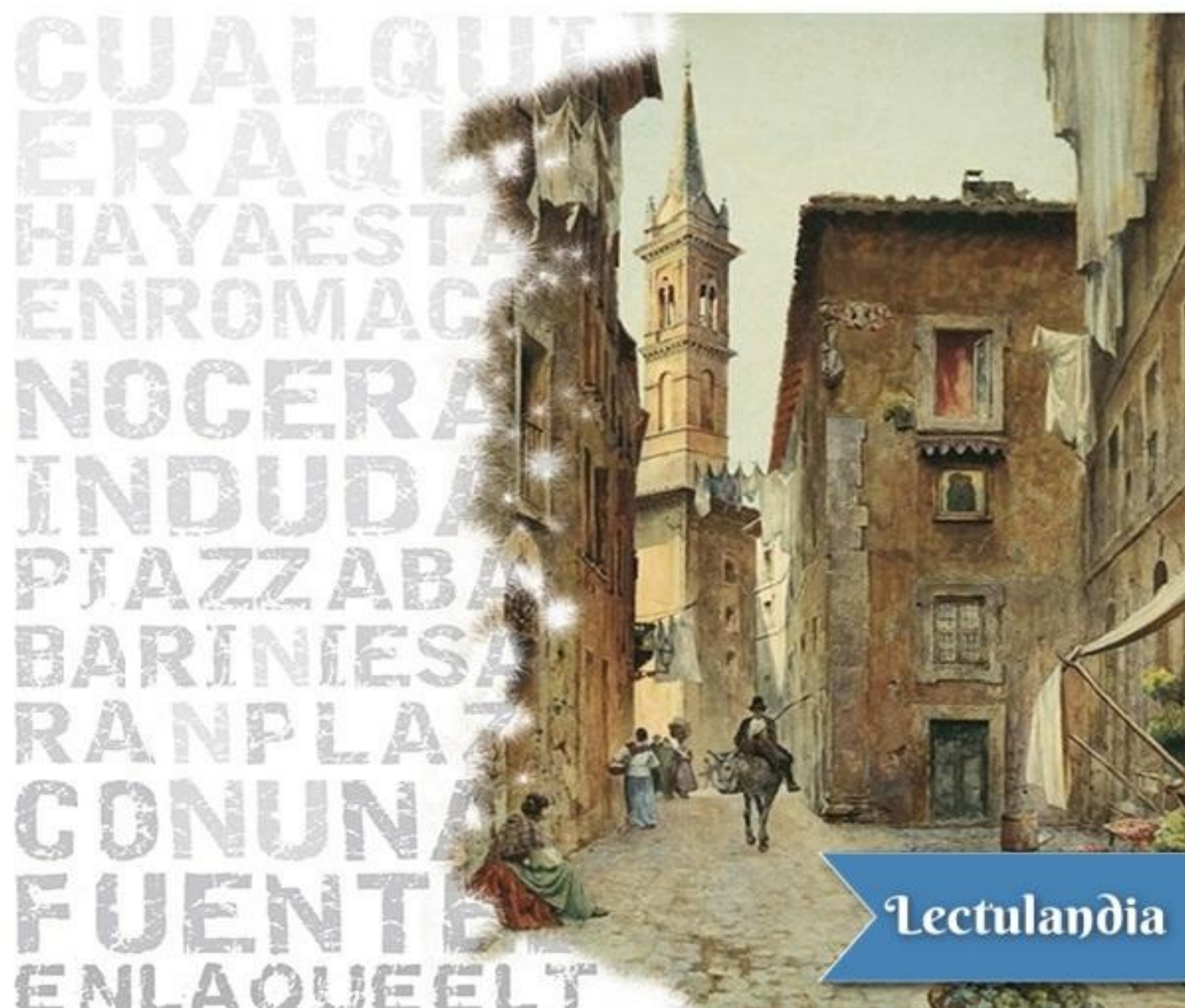




Hans Christian Andersen

EL IMPROVISADOR

Traducción de Enrique Bernárdez



Lectulandia

El 9 de abril de 1835 apareció en Dinamarca la primera novela de Hans Christian Andersen: *El Improvisador*. Fue la primera novela moderna, de tema contemporáneo, en el país nórdico. Andersen se basó, como casi en toda su obra, en sí mismo para escribir este libro. En la novela nos acercaremos al alma del autor y encontraremos también muchos elementos que aparecerán una y otra vez en sus cuentos: quien los conozca podrá reconocer personajes, aventuras y sucesos que asoman por sus relatos más famosos; incluso el patito feo está por todas partes, como Antonio-Andersen. La lectura de *El Improvisador*, sin duda, nos hará entender mucho mejor de dónde surgieron sus conocidos cuentos.

Finalmente, podemos señalar que el libro, además de una novela contemporánea, y de una especie de autobiografía espiritual y literaria, es también un libro de viajes. Los itinerarios que sigue Andersen por Italia se pueden reproducir hoy mismo. Las aventuras del protagonista por las calles de Roma, Nápoles, Venecia, Milán... nos permiten adentrarnos en la Italia del siglo XIX.

Por todo esto es un placer presentar, por primera vez en España, esta obra clave para entender el genio literario de Hans Christian Andersen.

Lectulandia

Hans Christian Andersen

El Improvisador

ePub r1.0

Titivillus 11.09.16

Título original: *Improvisatorenn*
Hans Christian Andersen, 1835
Traducción: Enrique Bernárdez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

La primera novela de Hans Christian Andersen

El 9 de abril de 1835 apareció la primera novela de H. C. Andersen. Era ya relativamente conocido, a sus treinta años recién cumplidos (nació el 2 de abril de 1805) por sus poemas, un primer libro de viajes y sus primeros intentos de alcanzar el éxito en el teatro. *Improvisatoren*, *El Improvisador* tuvo una acogida bastante buena y lo mismo sucedió con su traducción alemana, que vio la luz ese mismo año. El 8 de mayo de 1835 se publicó, además, la primera colección de cuentos, que contenía *El encendedor de yesca*, *Claus grande y Claus chico*, *La princesa y el guisante*, y *Las flores de la pequeña Ida*. Los *Cuentos*, como es sabido, acabarán por eclipsar el resto de la obra del autor, y la mayoría de la gente que lo conoce no lo asocia con la poesía, el teatro ni la novela.

Una de las primeras novelas de tema contemporáneo

Pero su importancia como novelista es grande en la literatura danesa, aunque fuera parcialmente eclipsado por los grandes autores realistas y naturalistas de unos decenios más tarde. *El Improvisador* fue la primera novela moderna, de tema contemporáneo, en el país nórdico. Existían novelas anteriores y contemporáneas a él, pero eran de tema histórico, al estilo de Walter Scott. Balzac acababa de publicar *La piel de Zapa*, pero Dickens no había comenzado aún su carrera de novelista y Poe la iniciaba a la vez que Andersen. Así que nuestro autor no contaba con muchos antecedentes, fuera de algunos autores alemanes de la tendencia denominada *Sturm und Drang* («Tempestad e ímpetu»). Lo cierto es que escribir sobre sucesos contemporáneos al acto mismo de escritura no era nada frecuente en el mundo romántico occidental. Al leer *El Improvisador* conviene tenerlo en cuenta: es una auténtica innovación y nace del espíritu de su época que hoy día, a veces, puede resultarnos excesivamente emocional, demasiado cargado de sentimientos, lágrimas y gemidos. Y es que el realismo de Balzac estaba casi a punto de nacer, pero aún no podía servir de modelo.

El espíritu de un autor plasmado en su novela

Andersen, como casi en toda su obra, se basó en sí mismo para escribir *El Improvisador*. Lo dice el protagonista y narrador: sólo se puede escribir de lo que se conoce; y otros lo critican porque en todos sus poemas, traten de lo que traten, siempre está él. Pero esta novela, aunque en ella tengamos a Andersen en cuerpo (justo en las últimas páginas) y sobre todo en alma, no es, no puede ser una autobiografía. Ciertamente, Andersen era un niño pobre generosamente acogido por

una familia aristocrática: los Collin, a quienes está dedicado el libro. Y ya que carecía de fortuna y cuna, la única forma en que podía alcanzar la gloria que ansiaba era mediante el arte. Lo intentó con el canto, con el teatro, la poesía, la novela... los cuentos. Pero, para él, esa gloria de raíces literarias era sobre todo una vía para la realización personal, como sucede con Antonio, que se ve aupado por sus dotes de improvisador, aunque lo importante es, sobre todo, alcanzar la felicidad y el amor.

El viaje de Andersen por Italia

En 1833 y 1834, Andersen viajó por Italia, tras un recorrido por Alemania, Francia y Suiza. Al poco de su llegada al sur de los Alpes recibió noticia de la muerte de su madre. Este hecho, traumático sin duda, pues el autor se había criado solo con ella (el padre murió en 1816) se transforma, en la novela, en algo completamente distinto, pero el sentimiento esencial es el que une el episodio real y el de la ficción. Andersen, de niño, tenía espléndida voz y una enorme afición al teatro, y quiso ser actor y dramaturgo: perdió la voz con la adolescencia, fracasó como intérprete, tuvo un cierto éxito como autor dramático, aunque hoy casi no se representen ya sus obras. En la novela, Antonio también canta, pero es sobre todo su capacidad de improvisar lo que le ayuda a progresar. En su época se trataba de una profesión muy respetada, y en Italia precisamente, hubo varios improvisadores que, en la primera parte del siglo XIX, alcanzaron enorme éxito popular; nuestro autor escribiría más tarde un cuento centrado en esta forma artística.

En su viaje italiano, al autor danés no le agrada demasiado el norte de Italia, con excepciones como Venecia y la catedral de Milán; en cambio, se entusiasmó con Roma y el sur. Fue el primer escritor en describir la Grotta Azzurra de Capri, descubierta muy pocos años antes. Tuvo la suerte de ver el Vesubio en una de sus mayores erupciones recientes, la de 1834. Todo esto, re combinado, alterado, inserto en unas líneas de ficción completamente nuevas y propias, reaparecerá en la novela.

Un personaje y su modelo

Y tuvo también la fortuna de ver y oír a la cantante hispanofrancesa María Malibrán (1808-1836), que adquiere un papel protagonista, aunque totalmente alterado, en la novela. La Malibrán es, sin duda, el modelo de Annunziata: por su belleza, por su exquisita voz y sus grandes dotes como intérprete de ópera, por sus inmensos éxitos, que producían reacciones de entusiasmo casi histérico entre sus jóvenes admiradores. Todo esto se halla en Annunziata, aunque el fin de esta posea un carácter trágico que, aparte del hecho mismo de morir muy joven, no fue el de su contrapartida real: Malibrán murió por las consecuencias de una caída de caballo,

pero conservó su belleza y su voz (y su riqueza) prácticamente hasta el último día: murió en el cénit de su gloria. De modo que Annunziata es un personaje plenamente de ficción, pero con un modelo de carne y hueso: incluso los comentarios de Antonio sobre la voz y la forma de cantar de la española (¡las dos eran españolas, a fin de cuentas, aunque no vivieran en España!) corresponden a los que se hicieron en sus días (y que Cecilia Bartoli intentó reconstruir con su propia voz en 2007).

Cosas de Andersen, cosas de Antonio

Así que los sucesos del viaje de Andersen por Italia tienen su paralelo de ficción en los de un niño pobre romano, Antonio, que por motivos muy distintos tendrá que viajar por los mismos lugares que vio Andersen, gozarlos intensísimamente y describirlos con exquisita delicadeza: Antonio en sus improvisaciones, Andersen en sus descripciones en la novela, también en las de su diario (aunque no existe el correspondiente a 1834) y en su autobiografía. Esta coincidencia entre autor y personaje alcanza también a las ideas poéticas, a la visión poco ortodoxa (aunque más que sentida y devota) de la religión, incluso a la antipatía por los ingleses^[1]. En *El Improvisador*, en efecto, podemos encontrar realmente el espíritu juvenil y exaltado del autor en todas sus vertientes: incluso su —al parecer, más que probable— bisexualidad asexual: el afecto por Bernardo, según algunos críticos, reflejaría sus (fracasados) intentos de aproximación a algunos jóvenes amigos. En la época en que escribe esta novela, sin embargo, Andersen no estaba aún interesado en el sexo y sus amores eran platónicos: al menos, no tenemos noticia de otra cosa. Tampoco tuvo suerte con las mujeres: se enamoró de una hija de su protector Jonas Collin, pero la muchacha se casó con un importante jurista, lo que fue un gran golpe para el joven escritor. Pero su gran amor (no correspondido) de muchos años fue una cantante sueca, Jenny Lind (1820-1887). Curiosamente, esta famosa cantante de ópera (como Annunziata-Malibrán) fue discípula de un hermano de la Malibrán. De modo que, aunque cuando escribe su novela Andersen no había amado nunca a una cantante, lo hará pocos años después (se conocen en 1843), aunque su amor nunca culminó en matrimonio ni, que sepamos, en una relación más allá de lo fraternal, amistoso y platónico. Así que *El Improvisador* tiene tanto del mismo Andersen que incluso llega a anunciar sucesos futuros.

El Improvisador y los Cuentos

Y si en la novela encontramos cosas del alma del autor, en ella encontramos también muchos elementos que aparecerán una y otra vez en sus cuentos: quien los conozca, no podrá menos que ir reconociendo elementos, personajes, aventuras,

sucesos que asoman por sus obras más famosas. Incluso el patito feo está por todas partes, como Antonio-Andersen. La lectura de *El Improvisador*, sin duda, nos hará entender mucho mejor de dónde surgieron los cuentos, aunque sólo en una nota he señalado una correspondencia aparentemente general y casi nimia, pero que se desarrollará en uno de los más geniales de sus cuentos extensos.

Las notas

Hablando de notas, Andersen añadió numerosas, que aquí recogemos a pie de página. Forman parte integrante del texto y nos indican que el autor quería proporcionar información sobre Italia que no sería fácilmente accesible a sus lectores daneses de entonces. Las notas del traductor tienen aquí una función semejante, aunque desde fuera de la obra: hemos incluido datos no siempre fáciles de obtener por las vías más habituales (hay ya poca gente capaz de identificar la Oda exacta a la que corresponde una cita... y tampoco de comprender el latín de Horacio). En bastantes casos, se ha tratado de ubicar la acción en la Roma actual, que es igual en lo principal, pero distinta en lo secundario a la ciudad que conoció y amó Andersen.

Un libro de viajes

Finalmente, cabe por señalar que el libro, además de una novela contemporánea, de una especie de autobiografía espiritual y literaria, es también un libro de viajes. Los itinerarios que sigue Andersen se pueden reproducir hoy mismo, viendo las cosas que él vio. Algunas notas del traductor van dirigidas a facilitar ese posible peregrinaje. Las emocionadas descripciones de Andersen, fruto de su íntima, especial visión de la naturaleza, servirán al viajero real o sólo literario para degustar esos bellísimos lugares... en bastantes casos, libres aún de la proliferación de urbanizaciones e instalaciones turísticas.

Innovación y actualidad de *El Improvisador*

Andersen escribió otras novelas de considerable interés. Pero *El Improvisador* inauguró la serie, comenzó casi la novelística de tema contemporáneo, e incluso introdujo algunos temas, algunas descripciones, que sólo tendrán equivalentes más tarde: el drama de los niños pobres abandonados, de los mendigos, es anterior aquí a Dickens. El terrible engarce entre religión católica y nobleza como formas opresivas, destructoras incluso, física y anímicamente, de tantas vidas y tantas esperanzas, aparecerá, casi igual que en Andersen, en las geniales *Confessioni d'un italiano* de Ippolito Nievo, escrita en 1858, publicada en 1867. Las diversas, breves escenas de

terror anteceden a las de Poe. De forma que no se trata, en absoluto, de una novela escrita en la estela de otras anteriores... Andersen innova en *El Improvisador* como innovará en sus cuentos, auténticos relatos breves, contemporáneos de los de Poe, antecedentes de los de Chéjov. El inmenso éxito mundial de los cuentos tuvo su contrapartida negativa: muchos ven a H. C. Andersen como un autor de historietas para niños (¡nada más lejos de su realidad literaria!) y carente de especial originalidad fuera de ese campo. Ubicar esta novela en su contexto literario de la época y leerla aceptando las peculiaridades de la narración «prerrealista» nos mostrará un Andersen que es, más que nada, un genial creador de literatura.

Enrique Bernárdez
20 de marzo de 2009

El Improvisador

*Al Consejero Collin
y a su inestimable señora esposa,
en quienes hallé a unos padres, a sus hijos,
en quienes hallé a mis hermanos,
a su casa, donde hallé un hogar,
dedico, con corazón filial y fraternal, estas páginas,
lo mejor que poseo*

El autor

Parte primera

I

El mundo de mis comienzos

Cualquiera que haya estado en Roma conocerá, sin duda, la Piazza Barberini, esa gran plaza con una bella fuente en la que el tritón vacía la chorreante caracola desde la que cae el agua a varios codos de altura; quien no haya estado la conocerá, sin embargo, por el famoso grabado, aunque es una lástima que en éste no aparezca la casa en la esquina de Via Felice, la alta casa esquinera en la que el agua corre por tres tuberías que hay en la pared hasta el gran depósito de piedra. Esta casa tiene para mí un interés muy especial, pues es allí donde nací. Si echo la vista atrás, a los primeros años de mi infancia, ¡qué torbellino de recuerdos!, no sé ni dónde empezar. Si rememoro la totalidad del drama de mi vida, menos sé, todavía, cómo he de organizarlo, qué conviene dejar a un lado por secundario, y qué será suficiente, por sí solo, para dar una idea del cuadro. Lo que es interesante para mí, quizá no lo sea para un extraño. Quiero narrar con veracidad y naturalidad la gran aventura de mi vida, pero la vanidad también habrá de entrar en escena, ese vicio de la vanidad: ¡el deseo de complacer! Todo lo sucedido en el mundo de mi infancia brotó como una simple hierba para ir creciendo, como sucedía con el bíblico grano de mostaza, e ir haciéndose cada vez más alto, acercándose cada vez más al cielo, hasta convertirse en un poderoso árbol en el que construyeron sus nidos mis pasiones.

Uno de mis primeros recuerdos me lleva a aquel lugar. Tenía unos seis años y estaba jugando al lado de la iglesia de los capuchinos junto a otros niños, todos más pequeños que yo; en la puerta de la iglesia había una crucecita de latón, aproximadamente en el centro de la puerta, tan alta que apenas llegaba a tocarla con la mano. Siempre que nuestras madres pasaban por allí con nosotros nos aupaban para que pudiéramos besar el sagrado símbolo. Una vez que estábamos jugando solos los niños, uno de los más pequeños preguntó por qué nunca venía el Niño Jesús a jugar con nosotros. Como yo era el más listo, le contesté que estaba en la cruz. Fuimos allá y aunque no había nadie que nos pudiera ayudar, intentamos besarla como nuestras madres nos habían enseñado; pero no alcanzábamos, así que nos subimos unos apoyados en los otros, pero en cuanto uno tenía los labios en posición para dar el beso, las fuerzas les abandonaban a los que estaban sujetándolo, y el que iba a dar el beso caía justo cuando su boca iba a tocar al invisible Niño Jesús. Mi madre acertó a pasar por allí en ese mismo instante, y al ver nuestro juego se detuvo, juntó las manos y exclamó: «¡Sois unos ángeles de Dios! ¡Y tú eres mi ángel particular!», y me dio un beso.

La oí repetir ante la vecina que yo era un ángel inocente, y me agradó mucho oírlo, lo que hizo disminuir mi inocencia: la simiente de la vanidad bebió en ese momento los primeros rayos de sol. La naturaleza me había concedido un

temperamento dulce y piadoso, pero mi buena madre hizo que me fijara en él y me hizo ver mis virtudes innatas, aunque sin pensar en ningún momento que a la inocencia de los niños le sucede igual que al basilisco: si se ve a sí mismo, puede morir.

Fra Martino, un monje capuchino, era el confesor de mi madre, quien le contó lo piadoso que era su hijo; y que además me sabía estupendamente las oraciones, aunque no comprendiera nada de lo que decían. El monje me apreciaba mucho y me regaló una estampa de la Madonna que lloraba grandes lágrimas que, como lluvia, caían sobre las ardientes llamas del infierno, donde los condenados alargaban las manos para coger algo de aquel líquido que les refrescaría. También fue él quien me llevó una vez al claustro, una columnata en torno a un huertecito con dos cipreses y un naranjo, que me causó una profunda impresión. Uno junto al otro colgaban en el corredor abierto viejos cuadros con historias de mártires, que contemplé con la misma veneración con la que más tarde observaría las obras maestras de Rafael y Andrea del Sarto.

—¡Qué chico más listo! —dijo el monje—. Ahora te voy a enseñar los muertos.

Dicho esto, abrió una puertecita que daba a una galería, varios escalones más abajo del claustro; descendimos por ella y me vi rodeado entonces por calaveras y más calaveras, colocadas unas junto a otras ocupando las paredes y varias capillas. Había algunos nichos, y en ellos los esqueletos completos de los monjes más principales, envueltos en sus hábitos marrones, el cordón a la cintura y un breviario o una flor marchita entre las manos. Altares, candeleros y adornos estaban hechos con omóplatos y costillas; un bajorrelieve de osamentas humanas, estridente y de dudoso gusto, como la idea misma de aquella cripta. Me apreté contra el monje, que rezó una plegaria y me dijo:

—Aquí dormiré también yo un día. ¿Vendrás a visitarme?

No respondí, me limité a mirarlo espantado, y miré de nuevo a mi alrededor, aquella portentosa y fúnebre composición. Era una locura llevar a un niño como yo a un lugar como ese. Me sentí extrañamente conmovido por la impresión y no estuve tranquilo hasta que me encontré en la celda del monje, donde las deliciosas naranjas casi entraban por la ventana, y vi la multicolor pintura de la Madonna elevada por los ángeles hacia el brillante sol mientras miles de flores llenaban la tumba donde había descansado un momento antes.

Aquella primera visita al convento tuvo ocupada mi fantasía durante mucho tiempo, y permanece aún extrañamente viva. El monje me parecía una persona totalmente distinta a las demás que yo conocía; el que viviera junto a los muertos, que con sus hábitos marrones parecían casi iguales a él, las historias que sabía contar sobre santos y milagros asombrosos, así como la veneración que sentía mi madre por su santidad, me hicieron pensar que, a lo mejor, yo podría llegar ser como él.

Mi madre era viuda, lo único que tenía para vivir era lo que ganaba cosiendo y alquilando una habitación bastante grande en la que habíamos vivido nosotros antes:

ahora ocupábamos la pequeña buhardilla mientras que un joven pintor, Federigo, estaba alojado en el salón, que era como llamábamos a aquella estancia. Era un joven alegre, procedente de un lugar muy lejano, tanto que allí no conocían a la Virgen María ni al Niño Jesús, según decía mi madre. Era de Dinamarca. En esos tiempos, yo era incapaz de entender que pudiera existir más de un idioma y, por tanto, cuando no me comprendía bien, creía que era sordo, así que gritaba las palabras con todas mis fuerzas y él se reía de mí. Me regalaba fruta y me dibujaba soldados, caballos y casas, de modo que enseguida nos hicimos amigos; yo le tenía mucho aprecio, y también mi madre solía decir que era una persona muy decente. Una tarde, en esos años, oí una conversación entre mi madre y Fra Martino, que me produjo un sentimiento muy peculiar por el joven artista. Mi madre preguntó si era cierto que el extranjero estaba condenado al infierno para toda la eternidad.

—Porque a fin de cuentas, él, y la mayoría de los extranjeros —dijo mi madre— son gente muy decente, que nunca hacen mal a nadie. Son buenos con los pobres, pagan lo que deben sin discutir; hasta me da por pensar que no cometen los pecados que son tan corrientes entre nosotros.

—Sí —respondió Fra Martino—. En efecto. En su mayoría son personas muy decentes, pero has de saber cuál es el auténtico motivo de esa forma de ser. Mira: el demonio, que es muy sabio, sabe que los herejes le pertenecen, de manera que nunca los tienta; por eso son tan decentes y no les resulta difícil evitar el vicio. En cambio, un buen católico es hijo de Dios y, en consecuencia, el demonio se ve obligado a echar mano de todos sus recursos: nos tienta y nosotros, que somos débiles, caemos en sus redes. En cambio, un hereje, como te acabo de decir, no sufre tentaciones ni de la carne ni del demonio.

Mi madre no supo qué responder a estas palabras y se limitó a dejar escapar un profundo suspiro por el joven. Yo me eché a llorar, porque me daba una pena tremenda que tuviera que arder eternamente, él precisamente, con lo bueno que era y con los dibujos tan bonitos que me hacía.

Una tercera persona que desempeñó un papel de gran importancia durante mi infancia era el tío Peppo, habitualmente conocido como «Peppo el malo» o también «el rey de la escalinata de España^[2]», donde se instalaba todos los días. Había nacido con las piernas inútiles, que llevaba cruzadas debajo del cuerpo, y desde su más tierna infancia adquirió una asombrosa agilidad para correr sobre las manos. En éstas tenía una correa que sujetaba una tabla, y con ellas era capaz de correr casi tanto como cualquier otra persona sobre sus piernas sanas y fuertes. Como ya he dicho, todos los días se aposentaba en la escalinata española y, aunque no mendigaba propiamente hablando, gritaba *buon giorno* con una sonrisita maliciosa a todos los paseantes, incluso después de ponerse el sol. A mi madre no le gustaba demasiado, incluso se avergonzaba del parentesco que los unía, aunque, por mi bien, según solía decirme, procuraba conservar la relación. Peppo tenía su dinerito, por eso era conveniente ir a visitarlo, y si yo mantenía buenas relaciones con él, yo sería su único heredero, a

menos que legara el dinero a la iglesia. Además, me tenía algo así como cariño, a su manera, aunque yo jamás me sentía a gusto en su presencia. Una vez fui testigo de una escena que me hizo temerle, como si lo que había visto reflejara lo que realmente había en su corazón. En uno de los escalones más bajos de la escalinata estaba sentado un anciano mendigo ciego que hacía tintinear una cajita de latón para que la gente le echara un *baiocco*. Algunas personas pasaron delante de mi tío sin que su servil sonrisa ni el blandir su sombrero tuvieran efecto alguno. Con su silencio, el ciego ganaba mucho más que él. Habían pasado ya tres personas, cuando llegó la cuarta y le arrojó un chelín. Peppo no pudo aguantar más, le vi reptar escaleras abajo como una culebra y golpear al ciego en el rostro, haciéndole perder dinero y bastón.

—¡Ladrón! —gritó mi tío—. ¡A mí me vas a robar tú! ¡Ni pensarlo! ¡Tiene un defectillo común y corriente y pretende quitarme el pan de la boca!

Yo no oí ni vi más, eché a correr asustado hacia mi casa con la folleta de vino que había salido a comprar.

En las grandes fiestas tenía que acompañar a mi madre a visitarlo, y en tales ocasiones llevábamos algún regalo, unas uvas o unos tomates, que eran su golosina favorita. Yo tenía que besarle la mano y llamarlo tío, y entonces Peppo reía de una forma muy extraña y me daba medio *baiocco*, aunque añadiendo la advertencia de que tenía que guardarlo y limitarme a mirarlo, en vez de gastármelo en pasteles, pues en cuanto me los comiera no me quedaría nada; en cambio, si guardaba la moneda, siempre tendría algo.

El lugar en que vivía mi tío era oscuro y feo; en una de las estancias no había ventanas y en la otra había una, pero muy arriba, en lo más alto de la pared, con los vidrios sucios y rotos. Tampoco había muebles, aparte de un cajón ancho y largo que utilizaba de cama, y dos barriles en los que guardaba sus ropas. Yo lloraba cada vez que tenía que entrar allí, y sabía perfectamente que, por mucho que mi madre intentara convencerme de que debía ser amable con él, lo cierto es que ella lo usaba como una especie de hombre del saco cuando se enfadaba conmigo, pues me amenazaba con mandarme a vivir con mi encantador tío, añadiendo que tendría que sentarme a su lado en la escalinata a cantar, y que así haría algo de provecho y me ganaría un *baiocco*. Naturalmente, yo sabía que jamás haría semejante maldad, pues yo era el niño de su corazón.

En casa del vecino había una pintura de la Madonna, que siempre tenía delante una lamparita encendida. Al atardecer, cuando las campanas llamaban al Avemaría, los hijos del vecino y yo nos instalábamos ante la pintura y cantábamos a la Madre de Dios y al precioso Niño Jesús, que estaban adornados con cintas, perlas y corazones de plata. A la oscilante luz de la lamparita, tuve muchas veces la sensación de que el Niño se movía y nos sonreía; yo cantaba en voz alta y clara, y decían que cantaba muy bien. En cierta ocasión, una familia de ingleses se detuvo a escuchar en silencio; y cuando nos pusimos en pie, el noble caballero me regaló un chelín de plata. Mi madre dijo que había sido por mi preciosa voz... pero ¡cuánto me perturbó aquel

suceso! Cuando cantaba ante su imagen, ya no pensaba sólo en la Madonna, qué va, me fijaba en si alguien me escuchaba, y en lo bien que cantaba; pensando en esas cosas sentía enseguida una ardiente furia, me daba miedo que la Madonna se fuera a enfadar conmigo y, con toda mi inocencia, le suplicaba que cuidara del pobrecito de mí.

El canto vespertino era el único momento en que me reunía con los otros niños. Yo vivía tranquilo, totalmente sumergido en mi propio mundo de sueños, que yo mismo me había creado. Podía pasarme horas tumbado de espaldas y con el rostro hacia la ventana abierta, mirando el asombroso, precioso azul del cielo de Italia, el prodigioso juego de colores de la puesta del sol, cuando las nubes cuelgan como un crespón violáceo sobre la tierra dorada. Muchas veces deseé volar por encima del Quirinal y las casas hacia los altos pinos que se erguían como negras sombras en el horizonte, rojo como el fuego. Al otro lado de nuestra estancia, la vista era completamente distinta: allí estaban nuestro jardincito y el de los vecinos, espacios angostos entre las altas casas, casi cerrados arriba por los balcones de madera. En mitad de cada jardincito había un pozo, y el espacio que quedaba entre éstos y las paredes de la casa apenas era suficiente para que pasara una persona. En realidad, lo único que podía ver desde arriba era los profundos pozos, cubiertos por completo por esas plantas tan delicadas que llamamos culantrillos; la parte más honda se perdía en la oscuridad. Era como si pudiera ver las profundidades de la tierra, donde mi fantasía creaba las imágenes más extrañas. Mi madre puso en la ventana una rama para enseñarme los frutos que crecerían de ella, y para impedir que me cayera y me ahogara.

Pero más vale avanzar un poco hasta un suceso que habría podido poner fin al cuento de mi vida antes de llegar a su nudo.

II

Visita a las catacumbas. Me convierto en niño de coro. El precioso niño de los angelitos. El improvisador

Nuestro inquilino, el joven pintor, me llevaba a veces con él en sus paseos fuera de las puertas de la ciudad. Yo procuraba no molestarlo mientras hacía sus bocetos, pero cuando acababa lo entretenía con mis cotilleos, pues ya comprendía bien la lengua. Una vez estuve con él en la *Curia Hostilia*, en lo más profundo de las oscuras cuevas donde, en la antigüedad, guardaban las fieras salvajes para los juegos, en los que arrojaban inocentes prisioneros a hienas y leones. Los oscuros pasillos, el monje que nos guiaba y que una vez tras otra golpeaba la roja antorcha contra el muro, los profundos estanques de piedra llenos de agua clara como un espejo; más aún, tan clara, que se hacía preciso tocarla con la antorcha para convencerse de que llegaba hasta el mismo borde y no se trataba de un mero hueco vacío, como parecía en su inmensa transparencia. Todo espoleaba mi fantasía, y no sentía miedo porque no era consciente de peligro alguno.

—¿Vamos a las cuevas? —le pregunté al ver, al final de la calle, la parte superior del Coliseo.

—¡No, a un sitio mucho más grande! —respondió—. Lo que vas a ver allí sí que merece la pena. Y allí pienso dibujarte, además, chavalito valiente.

Y seguimos caminando sin detenernos entre las blancas tapias que cerraban los viñedos y las antiguas ruinas de los baños, hasta que nos vimos por fin fuera de Roma. El sol caía a plomo y los labriegos habían construido unos chamizos con ramas verdes encima de sus carros, donde dormían mientras los caballos, dejados a su antojo, paseaban lentamente mordisqueando el saco de heno que llevaban colgando del cuello. Finalmente llegamos a la cueva de Egeria^[3], donde comimos nuestro almuerzo y mezclamos el vino con el agua fresca que brotaba entre los bloques de piedra. Paredes y arcos, toda la gruta estaba cubierta por dentro de espléndida vegetación, como un forro de seda y terciopelo, y en torno a la gran entrada colgaba la hiedra abundante y jugosa, como la parra en los valles de la Calabria. A pocos pasos de la gruta hay una casita, o, mejor dicho, lo que queda de ella, pues es ya una pura ruina completamente arrasada, que se yergue sobre uno de los accesos a las catacumbas. Éstas, como todo el mundo sabe, hacían las veces, en los viejos tiempos, de red de vías de enlace entre Roma y las localidades vecinas, pero desde entonces se ha hundido una parte de ellas y otras se han tapiado porque servían de guarida a bandoleros y contrabandistas.

Las dos únicas vías de acceso de las que se disponía entonces eran la cripta de la

iglesia de San Sebastián y la casa en ruinas donde estábamos; y me siento inclinado a creer que nosotros fuimos los últimos en descender por este acceso, pues poco después de nuestra visita lo cerraron y los viajeros sólo pudieron seguir entrando por la iglesia, guiados por un monje.

Allí abajo, en la yerma tierra de puzolana, serpentean los pasadizos, entrecruzándose unos con otros; su número y el gran parecido entre todos ellos puede confundir hasta al mejor conocedor de las formas de orientarse.

No logré hacerme ni una idea somera de conjunto, aunque el pintor tampoco debía de tenerla muy clara, pues de otro modo no habría tenido la ocurrencia de llevarme allí abajo, siendo como era solamente un niño. Encendió una vela y se guardó otra en el bolsillo, ató firmemente el extremo de un ovillo a la puerta por la que entramos, y comenzó nuestro paseo. A ratos, los túneles eran tan bajos que sólo yo podía caminar erguido, y otras veces se elevaban en altas bóvedas o se ensanchaban en grandes cuadrados que se cruzaban con otros. Atravesamos la rotonda con el pequeño altar de piedra en el medio, el lugar donde los primeros cristianos, perseguidos por los paganos, realizaban en secreto sus misas. Federigo me habló de los catorce papas y miles y miles de mártires que yacían allí enterrados. Acercamos la vela a los huecos de los nichos y vimos en ellos esqueletos amarillentos^[4].

Avanzamos unos pasos más y Federigo se detuvo, porque el ovillo de cuerda había llegado al final. El extremo se lo ató al ojal, colocó la vela entre unas piedras y comenzó a dibujar los profundos corredores; yo me senté a su lado en una piedra, y él me ordenó juntar las manos y mirar a lo alto. La vela estaba casi agotada, pero tenía otra entera y también yesca y pedernal, para poder encenderla de nuevo si se apagaba de pronto.

Mi fantasía creaba miles de objetos extraños en los interminables corredores, que se abrían a los lados dejando ver únicamente una inmensa oscuridad. Estaba enfrascado en mis pensamientos cuando, de repente, me llevé un susto al oír a mi amigo el pintor exhalar un gemido y verlo dar saltos a un lado y otro, aunque siempre en el mismo lugar. Se agachaba una vez tras otra, como para recoger algo; encendió entonces la vela entera y buscó todo a su alrededor. Su forma de comportarse me inspiró temor y me puse en pie llorando.

—¡Por Dios, no te muevas! —exclamó—. ¡Por Dios y por todos los santos! —y volvió a pasar la mano por el suelo.

—¡Quiero subir! —grité llorando—. ¡Ya no quiero estar más aquí abajo! —le cogí la mano e intenté atraerlo hacia mí.

—¡Anda, niño, sé un niño bueno! Te daré dibujos y bizcochos. ¡Toma, unos chelines! —y sacó la bolsa de dinero y me dio todo lo que contenía. Pero noté que su mano estaba helada y temblorosa. Aumentó aún más mi inquietud y grité llamando a mi madre, pero entonces me sujetó con fuerza por los hombros, me zarandeó y gritó —: ¡Si no te estás tranquilo te daré una paliza! —y me pasó su pañuelo por el brazo y

me sujetó con fuerza, pero al instante se inclinó hacia mí, me dio un beso, me llamó niño mío, me llamó Antonio, y añadió—: ¡Reza a la Madonna!

—¿La cuerda se ha perdido? —pregunté.

—La encontraremos, la encontraremos —respondió, y siguió buscando. Entretanto, la primera vela se había quemado por completo y el espanto del joven pintor fue en aumento según iba consumiéndose la otra, muy deprisa por lo mucho que la movía, y la cera caía caliente sobre su mano. Y es que sin ayuda del cordel sería imposible encontrar el camino, cada paso podía conducirnos a profundidades aún mayores, donde nadie podría salvarnos.

Tras su infructuosa búsqueda se dejó caer sobre la tierra, me abrazó por el cuello y gimió:

—¡Pobre niño! —y yo me eché a llorar desconsolado, pues tenía el presentimiento de que nunca más volvería a ver mi casa.

Federigo me apretó contra él tan fuerte, tumbado como estaba en el suelo, que mi mano se deslizó bajo él; moví los dedos entre las piedras y me encontré con la cuerda entre los dedos.

—¡Está aquí! —grité.

Me cogió la mano y se puso loco de alegría, porque nuestras vidas pendían, en el sentido más literal, de aquel cordel. Estábamos salvados.

¡Qué cálido lucía el sol, qué azul era el cielo, que verdes los árboles cuando regresamos al aire libre! El pobre Federigo me dio otro beso, sacó del bolsillo su elegante reloj de plata y me dijo:

—¡Para ti!

Aquel regalo me alegró de tal manera que olvidé por completo todo lo sucedido. Pero cuando mi madre se enteró de lo que había pasado no se mostró nada dispuesta a olvidarlo, y nunca más volvió a autorizar al joven a que me llevara con él. Fra Martino dijo, además, que si nos habíamos salvado había sido solamente por mí, que era a mí solamente a quien la Madonna había entregado el cordel, a mí y no al hereje de Federigo, y que yo era un niño bueno y piadoso y jamás debería olvidar su clemencia y compasión. Todo esto, así como las afirmaciones de algunos de que yo había nacido para hombre de iglesia, ya que no sentía el menor aprecio por las damas, con la única excepción de mi madre, parecía indicar que, en efecto, yo debería convertirme en siervo de Dios. Yo no tenía ideas muy claras al respecto, como es natural, pero lo cierto es que la compañía de las damas solía resultarme molesta, molestia que yo confesaba con total ingenuidad y que hacía que se burlaran de mí las mujeres y las muchachas que venían a visitar a mi madre. Todas se empeñaban en besarme. Había sobre todo una muchacha campesina, Mariuccia, que con ese género de bromas lograba con frecuencia que las lágrimas asomaran a mis ojos. Era de lo más vivaracha y petulante, se ganaba la vida trabajando de modelo y vestía siempre bellas ropas de muchos colores, con una cofia blanca cubriendo sus cabellos. Muchas veces posaba para Federigo, pero también venía a visitar a mi madre y entonces decía

que era mi novia y que yo era su novio, así que tenía que darle un beso. Yo nunca quería, pero ella me obligaba por la fuerza. Así sucedió una vez, que me dijo lo de siempre y yo lloré tan desconsoladamente como un niño de pecho, según dijo, y entonces pretendió ponerme a mamar como a los pequeñitos; intenté escapar escaleras abajo pero ella me agarró, me puso entre sus rodillas y apretó mi cabeza contra su pecho, y como yo intentaba apartarme, lleno de repugnancia, apretaba cada vez con más fuerza. Arranqué el alfiler de plata de sus cabellos, que se derramaron sobre sus hombros desnudos. Mi madre estaba en un rincón, riendo y animando a Mariuccia, mientras Federigo, que estaba en la puerta de su habitación sin que nadie se percatara de su presencia, pintaba el grupo.

—¡No quiero tener novia, no quiero tener mujer! —le dije a mi madre—. ¡Quiero ser cura, o capuchino como Fra Martino!

La extraña quietud en la que me pasaba tardes enteras le parecían a mi madre otro síntoma de que estaba predestinado para la iglesia. En realidad, yo estaba pensando en los palacios y las iglesias que haría construir cuando fuera mayor y muy rico; en los viajes que haría, igual que los cardenales, en carrozas rojas con muchos lacayos cubiertos de galones dorados. O creaba, para mí solo, una nueva historia de mártires, al estilo de las muchas que nos contaba Fra Martino, pero en las que el héroe, naturalmente, era yo, y gracias a la ayuda de la Madonna nunca sentía dolor pese a los tormentos a que me sometían. Pero sobre todo deseaba viajar a la tierra de Federigo para convertir a aquellas gentes y que también ellos pudieran participar de la Gracia.

Desconozco por completo lo que acordaron mi madre y Fra Martino, pero resulta que, una mañana, mi madre me hizo ponerme hábito y sobrepelliz y me hizo mirarme en el espejo. Desde aquel día sería niño de coro en la iglesia de los capuchinos, llevaría uno de los grandes incensarios y cantaría con los demás ante el altar. Fra Martino me lo enseñaría todo. ¡Oh, qué feliz me sentía! Al poco me sentía en el pequeño pero acogedor convento tan a gusto como en mi casa, conocía cada una de las cabezas de ángeles del retablo, cada voluta de color de los pilares, y hasta con los ojos cerrados podía ver a San Miguel encima del horrible monstruo^[5], como había querido representarlo el pintor, y me hacía extrañas ideas sobre las calaveras talladas en el suelo, con coronas de hiedra en las sienas.

En la fiesta de Todos los Santos bajé con Fra Martino a las capillas funerarias, adonde me había llevado la primera vez que visité el convento con él. Los monjes cantaban misa de difuntos y yo, junto a otros dos muchachos de mi misma edad, agitaba los incensarios ante el gran altar de calaveras. Habían puesto velas en los candelabros hechos con huesos, habían adornado los esqueletos de los monjes con coronas de flores en las sienas y un ramillete de flores frescas en la mano. Como de costumbre, acudieron muchas personas; todos se arrodillaron y los cantores entonaron el patético *miserere*. Pasé tan largo rato entre los amarillentos cráneos envuelto en los vapores del incienso, que ascendían adoptando extrañas formas, que todo comenzó a

moverse ante mis ojos, como si lo viese todo en medio de un violento chaparrón que silbaba en mis oídos como miles de campanas, y me sentí como arrastrado por una corriente de increíble dulzura y belleza... no recuerdo nada más. La consciencia me abandonó, me había desmayado.

La cargada atmósfera de la aglomeración y mi desbordada fantasía fueron la causa del desvanecimiento. Cuando volví en mí, estaba en el regazo de Fra Martino, bajo el naranjo del huerto conventual. Mi desordenado relato de lo que creí haber visto lo interpretaron, tanto él como los demás hermanos, como una revelación. Las ánimas benditas se habían mostrado a mis ojos, pero no fui capaz de soportar su luz y su gloria.

Esto hizo que al poco empezara a tener sueños de lo más extraños, e incluso inventé algunos, que contaba a mi madre, quien a su vez se los relataba a sus amistades, de modo que mi consideración de criatura de Dios fue afianzándose de día en día.

Entretanto, la Navidad se iba acercando, tocadores de pífano y pastores de las montañas llegaban ataviados con sus capas cortas, cintas en el sombrero puntiagudo, y anunciaban con sus gaitas, ante las casas que tenían una imagen de la Madonna, que iba a nacer el Salvador. Yo me despertaba todas las mañanas con aquellas notas monótonas y melancólicas, y me dedicaba, antes que nada, a leer una vez más mi plática. Porque yo era uno de los pequeños, niños y niñas, que habían sido elegidos para hablar ante la imagen de Jesús en la iglesia de Santa Maria in Aracoeli.

No éramos sólo yo, mi madre y Mariuccia los que estábamos exultantes de alegría porque un muchachito de nueve años fuera a dar una plática allí, sino también el pintor Federigo, ante quien, sin que lo supiera nadie, ensayé varias veces, de pie sobre una mesa. Pues era una mesa, cubierta con una pequeña alfombra, el lugar en el que colocaban a los niños en la iglesia para recitar ante la congregación las pláticas que llevábamos aprendidas de memoria, y que glosaban el sangrante corazón de la Madonna y la belleza del Niño Jesús. Yo no sentía ningún miedo, era la alegría lo que hizo palpar mi corazón con fuerza cuando me auparon y todos me miraron. Yo fui uno de los que mejor lo hicieron, eso estaba claro, pero después subieron a una niña, con un cuerpecito precioso, un rostro extrañamente luminoso y una voz tan melodiosa, que todos exclamaron a una que era un auténtico angelito de Dios. Incluso mi madre, que con gusto me habría dado a mí el premio, dijo en voz alta que la niña era igual que los ángeles del retablo. ¡Los ojos, asombrosamente oscuros, el cabello negro como el carbón, el rostro infantil e inteligente al mismo tiempo, las preciosas manitas! Bueno, tuve la sensación de que mi madre hablaba demasiado de ella, aunque añadiera que yo también era un angelito de Dios.

Hay una canción acerca de un ruiseñor que, de polluelo, estaba en su nido picoteando las verdes hojas del rosal, sin ver el capullo que empezaba a tomar forma... y meses más tarde, cuando la rosa se abrió, la cantó, quedó preso entre sus espinas y murió desangrado. Muchas veces, ya de mayor, recordé esta canción, pero

en aquellos momentos, en la iglesia de Aracoeli, no la conocía aún, mi corazón la ignoraba y mis oídos nunca la habían oído.

En casa tuve que repetir mi plática ante mi madre, Mariuccia y otras amigas, lo que halagó en no escasa medida mi vanidad. Pero resulta que ellas perdieron el interés por oírme antes que yo el interés por repetir una vez más, y para conservar la atención de mi público me dediqué a inventar una plática nueva, aunque en este caso se trataba más bien de la descripción de la fiesta celebrada en la iglesia, y no tanto de una plática navideña. Federigo fue el primero en darse cuenta y, aunque se rió, me alabó diciendo que mi plática nueva no tenía nada que envidiar a la que había aprendido de labios de Fra Martino; añadió que en mi interior aleteaba un poeta. A esto último hube de dedicarle largas reflexiones, pues no acababa de entenderlo, aunque imaginé que lo que aleteaba en mi interior era un ángel bueno, tal vez el mismo que me traía los bellos sueños y las demás cosas preciosas que sucedían mientras dormía. Sólo al llegar el verano se produjo un suceso que me permitió hacerme una idea más precisa de lo que es un poeta, y despertó nuevas ideas en el mundo privado de mi alma.

Sólo muy raramente abandonaba mi madre el barrio en el que vivíamos; por eso fue una auténtica fiesta para mí cuando una tarde me dijo que íbamos al Trastévere^[6] a visitar a una amiga suya. Me puse mis ropas de domingo y el retal de seda que solía usar en lugar de chaleco debajo de la chaquetita, y que se sujetaba al pecho mediante unos imperdibles; hice una gran lazada a mi pañuelo, me puse una gorrita de colores... ¡y quedé realmente precioso!

Cuando regresamos a casa después de la visita era ya bastante tarde pero había una luna preciosa, el cielo estaba limpio y azul, los cipreses y los pinos se alzaban con siluetas nítidas sobre las colinas cercanas. Era una de esas tardes, de las que hay pocas en la vida, que, sin destacarse de las demás por ninguna experiencia vital de especial magnitud, se quedan grabadas en las alas de Psique por su colorido. Desde entonces, cada vez que rememoro el río Tíber, veo una y otra vez la imagen de aquel atardecer: el agua densa y amarillenta sobre la que brillaba la luna, los grandes pilares del viejo puente derruido, que se erguía sobre la corriente formando grandes sombras y donde rugía la rueda del molino; incluso las alegres muchachas que bailaban el *saltarello*^[7] con la pandereta en la mano. En las calles próximas a Santa Maria della Rotonda^[8] todo estaba aún en movimiento; carniceros y fruterías atendían a los clientes detrás de sus mostradores, al aire libre, sus productos expuestos entre guirnaldas de laurel, y con velas encendidas; el fuego llameaba bajo las parrillas de las castañeras, y las conversaciones discurrían entre gritos y un alboroto tal, que un extranjero que no comprendiese el idioma pensaría que se trataba de discusiones sobre algún tema de vida o muerte. Una vieja amiga con quien se topó mi madre en la pescadería se entretuvo charlando con nosotros, hasta el punto de que empezaron a apagar las luces antes de que volviéramos a ponernos en camino y, como mi madre quiso acompañarla hasta la puerta de su casa, todo quedó en completo silencio,

incluso en el Corso. Pero cuando giramos por la Piazza di Trevi, donde se encuentra la espléndida fuente, volvimos a sentirnos alegres.

La luna caía de lleno sobre el viejo palacio, de cuyos zócalos brota el agua, entre bloques de piedra que parecen puestos unos encima de otros sin trabazón alguna. Bajo ellos se extiende el gran estanque, y en los escalones que lo rodean había un buen grupo de campesinos retumbados a la luz de la luna. A su lado había grandes sandías, rebosantes de rojo jugo. Un hombre bajo y rechoncho, vestido solamente con una camisa y unos pantalones cortos de cuero, sueltos y desabrochados a la altura de las rodillas, estaba sentado con una guitarra en las manos, tañendo alegremente las cuerdas. Cantaba una estrofa y luego tocaba el instrumento, y los campesinos aplaudían. Mi madre se detuvo y oí entonces una canción que me conmovió de una forma asombrosa, pues no era una canción como cualquier otra, qué va, la que cantó para nosotros, la que pudimos ver y oír. Nosotros mismos estábamos dentro de la canción, en sus versos y en su melodía. Cantó: qué bien podríamos dormir con la cabeza apoyada en una piedra y el cielo azul como manta, mientras sonaban los pífanos. Y señaló entonces los tritones apoyados en sus cuernos, y cómo los campesinos hacían sangrar a sus sandías para brindar por la amada, que ahora dormía, pero que en sueños veía la cúpula de San Pedro y a su amado recién llegado a la ciudad del Papa.

—Quiero brindar por ella, y brindar también por las demás muchachas que duermen, cuyos alfileres no tienen aún abierta la mano^[9]. Sí —añadió, pellizcando a mi madre en un costado—, también por las madres, y por la novia que tendrá este muchachito antes de que el bozo haya aparecido sobre su boca.

—¡Bravo, Giacomo, bravo!

En los escalones de la iglesita de la derecha descubrimos, entre tanto, a un conocido, nuestro buen Federigo, que estaba recogiendo con su lápiz aquella parte feliz de la humanidad. Cuando nos fuimos a casa, él y mi madre bromearon sobre el hábil improvisador, pues con este nombre les oí referirse al campesino que había entonado aquella canción tan divertida.

—Antonio —me dijo Federigo—, tú también deberías improvisar. ¡Eres un pequeño poeta, tú también! Tienes que aprender a poner tus pláticas en verso.

Entonces comprendí lo que debía de ser un poeta: una persona que sabía cantar muy bien lo que sentía y lo que veía. Era divertido, y además no me resultaría muy difícil, pensé, bastaría con tener una cítara.

El primer tema para mis canciones fue nada menos que la fiambrería que había delante de nuestra casa. En mi fantasía ya había jugueteado con las extrañas formas de disponer y combinar sus mercancías, que atraían las miradas de los paseantes. Entre bellas guirnaldas de laurel colgaba la blanca *mozzarella* como un gran huevo de avestruz. Las velas, envueltas en papel dorado, formaban un órgano y las salchichas se mantenían en pie como columnas sosteniendo un queso parmesano, reluciente como amarillo ámbar. Y cuando iluminaban todo por la noche, y la roja lámpara de

gas ardía ante la imagen de la Madonna de la pared iluminando salchichas y *prosciutto*^[10], yo creía estar contemplando un mundo mágico. El gato que solía andar por el mostrador y el joven capuchino que se pasaba ratos charlando con la *signora* aparecían también en mi poema, que repasé mentalmente tantas veces que pude recitarlo con corrección y alegría ante Federigo, y que, puesto que contó con su aplauso, fue conocido en toda la casa y llegó incluso a oídos de la *signora* de la fiambrería, que rió y dio palmas afirmando que era un poema prodigioso: como una *Divina Commedia di Dante*.

Y entonces empecé a cantarlo todo. Y así, vivía entre sueños y fantasías, fuera en la iglesia, mientras movía el incensario al compás del canto de los monjes, o en las calles, entre los traqueteantes carros y los gritos de los vendedores, o en mi camita, bajo la imagen de la Madonna y la pila del agua bendita. Podía pasarme horas enteras, en los crepúsculos invernales, sentado delante de la casa removiendo la llameante fogata de la calle, donde los herreros calentaban al rojo sus hierros y donde se calentaban los campesinos. Y en el rojo fuego veía un mundo que ardía como mi propia fantasía. Me puse loco de contento cuando, en invierno, la nieve de las montañas nos envió un frío tan intenso que se formó una capa de hielo sobre el tritón de piedra de la plaza; lástima que sucediera tan pocas veces. También los campesinos se alegraron al verlo, pues era señal de un buen año, se cogieron de las manos y danzaron con sus gruesas pellizas de lana alrededor del tritón mientras la lluvia jugueteaba con los largos chorros de agua.

Pero me estoy entreteniendo demasiado con estos recuerdos de mi infancia, que para un extraño nunca podrán tener la misma importancia, la misma extraña emoción, que poseen para mí mismo. Al recordarlos, al detenerme en los detalles, me parece estar reviviéndolo todo.

Mi infancia fue el corazón de mis sueños,
un mar de notas, pleno de cuadros risueños.

Pasaré a narrar un suceso que alzó una muralla de espinas entre el paraíso del hogar y yo, que me arrastró a vivir entre desconocidos y que creó la base de lo que sería mi futuro.

III

La fiesta de las flores en Genzano

Era el mes de junio, se acercaba el día de la famosa fiesta de flores que se celebra anualmente en Genzano^[11]. Mi madre y Mariuccia tenían allí una amiga común, que llevaba, con su marido, una casa de huéspedes y comidas^[12]. Hacía años que habían decidido participar en la fiesta, pero siempre había surgido algún obstáculo; aquella vez se pudo organizar todo, por fin. Nos pondríamos en camino el día antes de la fiesta, pues era un largo camino; la alegría me impidió dormir la noche de la víspera.

El sol no había salido todavía cuando el cochero se detuvo ante nuestra puerta, y nos pusimos en camino. Nunca había estado en las montañas, y la expectativa y la emoción de la fiesta de la que tanto hablaban me agitaban el alma. Si de mayor pudiera ver la naturaleza y la vida con los mismos sentimientos que entonces y fuera capaz de expresarlos en palabras, el resultado sería un poema inmortal. La profunda quietud de las calles, la puerta de la ciudad, cubierta de hierro, la campiña que se extendía por millas y millas con los solitarios túmulos funerarios, la espesa niebla matinal que ocultaba las faldas de los lejanos montes. Todo parecía misteriosos preparativos para las maravillas que me aguardaban. Incluso las cruces de madera erigidas al borde del camino, con los blancos esqueletos de los bandoleros, que nos indicaban que allí había sido asesinado un inocente pero que el malhechor había sido castigado, tenían algo atrayente a mis ojos. Primero intenté contar los infinitos canales que conducían el agua desde las montañas hasta Roma; pero me aburrí; luego torturé a los demás con miles de preguntas sobre las grandes fogatas que habían encendido los pastores alrededor de los derruidos túmulos, y pedía explicaciones precisas y exactas acerca de los grandes rebaños de ovejas que los pastores trashumantes reunían en un lugar y rodeaban con una red de pesca, que hacía las veces de valla para encerrar el ganado.

Desde Albano recorreríamos a pie el breve y bonito camino que pasa por Ariccia. Resedas y alhelíes amarillos crecían silvestres en los bordes del camino, los compactos olivares esparcían una sombra deliciosa; podía vislumbrar el mar a lo lejos, y en las faldas de la montaña, en un lugar donde se alzaba una cruz, correteaban alegres muchachas que bailaban, reían y bromeaban, aunque se detenían sin falta, piadosas, a besar la santa cruz. Tomé la alta cúpula de Ariccia por la de San Pedro, colgada por los ángeles en el cielo, en medio de los oscuros olivares. En la calle se apiñaba la gente en torno a un oso que bailaba sobre sus patas traseras mientras el campesino que lo tenía sujeto con una cuerda hacía sonar en su gaita la misma melodía que, en Navidades, tocaron los pífanos para la Madonna. Un mono divertidísimo, vestido de soldado, y al que su dueño llamaba «cabo», lanzaba coles

sobre la cabeza y la espalda del oso. ¡Me habría encantado quedarme allí a mirar, en vez de seguir caminando hasta Genzano! Lo cierto es que la fiesta de las flores no se celebraba hasta el día siguiente, pero mi madre tenía prisa, pues quería que llegáramos con tiempo para ayudar a su amiga Angelina a trenzar guirnaldas y preparar alfombras de flores.

El corto camino quedó atrás enseguida y, preguntando, llegamos a casa de Angelina; estaba en el lado de Genzano que da al lago de Nemi; era una casa bien bonita, de cuyos muros brotaba un manantial que se derramaba sobre un estanque de piedra junto al que se apretujaban los asnos para beber.

Entramos en la hostería: ¡vaya ajetreo, vaya ruido! La comida se asaba o se cocía en la chimenea. Una muchedumbre de campesinos y gente de la ciudad estaban sentados a las largas mesas de madera bebiendo vino y comiendo *prosciutto*. Había unas preciosas rosas en un jarrón azul ante el cuadro de la Madonna, pero la lámpara no acababa de arder del todo bien y humeaba. El gato corría entre los quesos de los estantes, y nosotros casi nos caímos al tropezar con las gallinas que correteaban por el suelo. Angelina nos recibió encantada y subimos por la empinada escalera que había al lado de la chimenea; nos dieron nuestra habitación y una comida digna de un rey: eso creí yo, al menos; todo era estupendo, hasta el frasco del vino estaba adornado, pues su tapón era una rosa abierta. Las tres se besaron, y a mí también me tocó beso y hube de aceptarlo, aunque a regañadientes. Angelina me dijo que era muy lindo y mi madre me dio una palmadita en la mejilla con una mano, mientras con la otra me ponía aún más guapo, estirándome la chaquetita, que me quedaba demasiado corta, y luego recolocándome el cuello y el pecho, para que todo estuviera como Dios manda.

Después de la comida nos esperaba una auténtica fiesta, pues teníamos que salir a recoger flores y plantas verdes para hacer guirnaldas. A través de una puertecita baja salimos al jardín, que sólo tenía unas pocas varas de largo y que venía a ser, en realidad, una simple enramada. La delicada estructura de madera estaba reforzada con las anchas y firmes hojas del aloe, que crecía silvestre formando un vallado natural. El lago estaba en calma, sin el más mínimo movimiento, ocupando el gran cráter redondo que, mucho tiempo atrás, vomitó su fuego hacia el cielo. Descendimos la ladera, que formaba un anfiteatro, atravesamos los grandes viñedos y el espeso bosque de plátanos de ramas entrelazadas. En la otra pendiente se veía, arriba del todo, el pueblo de Nemi, que se reflejaba en el lago azul. Mientras caminábamos, íbamos trenzando guirnaldas; las oscuras ramas de olivo y las jugosas hojas de la vid se enroscaban en los alhelíes amarillos. El profundo lago azul y el claro cielo que nos cubrían quedaban ocultos a ratos por la espesura de ramas y vides, pero enseguida asomaban de nuevo, como si ambos formaran un único e infinito azul. Hay todavía instantes en que mi memoria da vida a aquellas sensaciones, como si fueran las teselas del mosaico de alguna ciudad enterrada.

El sol quemaba con fuerza y solamente en la orilla del lago, donde los plátanos de antiquísimos troncos crecían al borde mismo del agua, en la que hundían sus raíces y

sus ramas envueltas por los sarmientos de las vides, podíamos hallar el frescor necesario para proseguir nuestra tarea. Bellas plantas acuáticas se inclinaban soñolientas bajo las densas sombras; también ellas pasaron a formar parte de nuestras guirnaldas. Al poco, los rayos del sol no alcanzaban ya el lago y se limitaban a jugar con los tejados de Nemi y Genzano, la oscuridad se extendía por todas partes; yo me había alejado un poco de los demás, aunque solamente unos pasos, cuando mi madre empezó a preocuparse por si me caía al lago, que era profundo y de escarpadas orillas. Junto a los escasos restos del antiguo templo de Diana se erguía una higuera desmochada que las hiedras amarraban con fuerza a la tierra. Yo estaba sentado entre las ramas trenzando una guirnalda y cantando una *canzonetta*:

*Ah rossi, rossi fiori
un mazzo di violi!
Un gelsomin d'amore...*

cuando, de repente, fui interrumpido por una voz extrañamente susurrante:

... Per dar al mio bene!

Vi allí, de pronto, una mujer muy anciana pero muy erguida, vestida como suelen las campesinas de Frascati. El largo velo blanco que le caía desde la cabeza sobre los hombros contribuía a hacer que su rostro y su cuello parecieran más oscuros, como si fuera mulata, de lo que realmente debían de ser; las arrugas estaban muy juntas, haciendo que la piel pareciese una red arrugada; las negras pupilas de sus ojos parecían llenar la cuenca entera. Rió y me miró por un segundo con expresión seria y rígida, como si fuera una momia que alguien había colocado debajo de un árbol.

—Las flores del romero —dijo— se vuelven más bellas en tus manos. ¡Llevas en los ojos la estrella de la buena fortuna!

La miré asombrado al tiempo que apretaba contra mis labios la guirnalda que estaba trenzando.

—Las bellas hojas del laurel cerezo^[13] contienen veneno. Trenza tu guirnalda pero no muerdas las hojas.

—¡Anda, la sabia Fulvia de Frascati! —exclamó Angelina, que salió de entre el ramaje—. ¿También tú estás trenzando guirnaldas para la fiesta? —dijo, y luego, con voz más apagada—: ¿O... se trata de alguna otra cosa con hierbas mientras el sol se pone sobre la campiña?

—¡Listo, muy listo! —prosiguió Fulvia, mirándome extrañada—. El sol atravesaba Tauro cuando nació, y los cuernos de Tauro están llenos de oro y honores.

—Ya —dijo mi madre, que llegó acompañada de Mariuccia—; cuando se ponga la sotana negra y el sombrero de ala ancha, todo dependerá de si se dedica a mover el

incensario o a recorrer el sendero de espinas.

La sibila entendió que aquellas palabras anunciaban que yo tomaría los hábitos, pero estaba segura de que las cosas serían muy distintas a lo que nosotros imaginábamos.

—El sombrero ancho —dijo— no dará sombra a su frente cuando se muestre ante la gente, cuando hable más fuerte que la música, más alto que el canto de las monjas detrás de la reja, y más potente que los truenos en los Montes Albanos. El trono de la fortuna es más alto que el Monte Cave cubierto por la nube que da sombra a los rebaños.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró mi madre, un tanto incrédula aunque le agradara un augurio tan favorable—. Es un niño pobre, la Madonna sabe lo que será de él. El carro de la fortuna es más alto que el carro de los labriegos de los Albanos, y la rueda gira sin parar, ¿cómo podrá subir a él un niño pobre?

—¿Has visto cómo giran las dos grandes ruedas del carromato campesino? El radio llega hasta arriba y vuelve a bajar; cuando está abajo, el campesino pone en él su pie y la rueda, al girar, lo levanta; pero no es raro que haya piedras en el camino, y entonces todo puede parecer un baile^[14].

—¿Y no puedo subir yo también al carro de la fortuna? —dijo mi madre medio en broma, pero en ese mismo instante soltó un grito, pues una enorme ave rapaz descendió hasta tan cerca del lago, que el agua nos salpicó en la cara, por la fuerza con que había golpeado con sus grandes alas la tranquila superficie del agua.

Desde lo alto había descubierto, gracias a su aguda vista, un pez grande que estaba inmóvil como un junco, muy cerca de la superficie; con la velocidad de una flecha se lanzó por su presa y le clavó las afiladas garras en el lomo, y ahora intentaba alzar de nuevo el vuelo con el pez, pero éste, al que podíamos ver pese a la agitación del agua, era de gran tamaño y sus fuerzas parecían casi parejas a las de su enemigo, e intentaba arrastrar al ave hacia las profundidades. Las garras del ave estaban tan clavadas en el lomo del pez que no podía soltar su presa, y comenzó entonces una batalla entre los dos, que hizo alzarse en grandes olas el tranquilo lago. Ora veíamos la reluciente espalda del pez, ora golpeaba el ave sus anchas alas contra el agua y parecía a punto de doblarse. El combate duró varios minutos. Las alas quedaron quietas un instante, extendidas sobre el agua como intentando descansar, de pronto se unieron arriba, se oyó un chasquido y una de las alas se hundió mientras la otra golpeaba el agua haciendo saltar la espuma antes de desaparecer. El pez se sumergió con su enemigo hacia las profundidades donde ambos habrían de perecer en un instante.

Habíamos estado contemplando la escena en total silencio; cuando mi madre se volvió, la sibila había desaparecido. Este suceso, que fue, como se verá, y al igual que otro sucedido muchos años más tarde, decisivo para mi destino y por ello quedó firmemente grabado en mi memoria, hizo que nos apresurásemos a volver a casa, a buen paso y bastante silenciosos. La oscuridad parecía brotar de las apretadas hojas

de los árboles, las rojas nubes del atardecer se reflejaban en la superficie del agua y la noria rugía monótona, todo parecía imbuido de algo demoníaco. Mientras caminábamos, Angelina repetía en voz queda cosas extrañas predichas por la anciana, que sabía de preparar venenos y pócimas para el amor, y nos contó la historia de la pobre Teresa de Olevano, que se consumía de día en día, de pena y añoranza por el apuesto Giuseppe, que había tenido que emigrar al norte, al otro lado de las montañas. La anciana coció ciertas hierbas en una marmita de cobre que dejó hervir durante varios días sobre las brasas, y también Giuseppe se vio dominado por la añoranza y se apresuró a regresar, viajando noche y día, sin descanso ni reposo, hasta que llegó adonde hervía la marmita con hierbas sagradas y un mechón de pelo de él y otro de Teresa. Recé en voz baja un avemaría y no me quedé tranquilo hasta que estuvimos de nuevo a cubierto en casa de Angelina.

Encendieron las cuatro mechas de la lámpara de latón, en la que habíamos colgado una de nuestras guirnaldas, y teníamos esperándonos un plato de *mongana al pomodoro*^[15] y un frasco de vino. Los campesinos del salón de abajo bebían e improvisaban; dos cantaban a dúo y la concurrencia entera entonaba el estribillo, pero cuando canté yo con los otros niños ante el cuadro de la Madonna que colgaba a un lado de la gran chimenea encendida, todos escucharon atentos y alabaron mi bonita voz, haciendo que me olvidara del oscuro bosque y de la anciana Fulvia que había predicho mi destino. Me habría encantado quedarme a improvisar con los campesinos y competir con ellos, pero mi madre cercenó las alas de mi vanidad y mis deseos, al preguntarme si me parecía conveniente que yo, el encargado de mover el incensario en la iglesia, y que tal vez un día proclamaría la palabra de Dios al pueblo, me comportase como un necio. Que aún no habían llegado los carnavales y que no me lo iba a permitir. Pero cuando, entrada ya la noche, nos fuimos a la alcoba y me metí en la ancha cama, mi madre me apretó cariñosa contra su corazón, dijo que yo era su consuelo y su alegría y, como la almohada era muy baja, me invitó a descansar la cabeza en su brazo; y allí soñé hasta que el sol entró con su luz por la ventana y mi madre me despertó para acudir a la maravillosa fiesta de las flores.

¿Cómo expresar mi primera impresión de la calle, de aquel cuadro multicolor, tal y como lo percibí entonces? La calle, que va subiendo en ligera pendiente, estaba completamente alfombrada de flores, en toda su longitud, sobre una base azul. Era como si hubieran arrasado campos y jardines para llevarse flores, todas del mismo color, con las que cubrir la calle de arriba abajo; encima de ellas había una larga franja hecha de grandes hojas verdes con una rosa junto a otra, y a cierta distancia otra franja semejante, y el espacio entre una y otra estaba alfombrado de flores de color rojo oscuro, formando así un ribete en torno a la alfombra. El centro de la alfombra mostraba estrellas y soles, hechos con una enorme cantidad de flores amarillas dispuestas en formas redondas o estrelladas. Debía de haber costado gran esfuerzo hacer monogramas poniendo una flor pegada a la siguiente, una hoja pegada a la otra. El conjunto era una alfombra viva de flores, un suelo de mosaico, de

colorido aún más espléndido que los mejores que puedan verse en Pompeya.

No soplaban ni la más leve brisa, las flores estaban firmes como si de pesadas piedras preciosas engarzadas se tratase. En todas las ventanas colgaban grandes tapices hechos con hojas y flores, que representaban imágenes sagradas. Allí estaba José guiando su asno, allá la Madonna con el niño; rosas formaban rostros, piernas y brazos, alhelíes y anémonas azules la ondeante falda de la Virgen, su corona era de blancas ninfeas^[16] sacadas del Lago Nemi. San Miguel luchaba con el dragón, Santa Rosalía arrojaba sus rosas sobre el azul globo terráqueo. Doquiera miraba, las flores me narraban leyendas bíblicas, y todo el mundo a mi alrededor estaba tan feliz como yo mismo. Desde los balcones observaban la fiesta, con sus mejores ropas, los ricos extranjeros llegados de más allá de las montañas, y la muchedumbre se iba desplazando junto a las casas, todos vestidos de punta en blanco, cada uno a su manera. En el estanque de piedra que rodea la monumental fuente donde termina la calle, se había colocado mi madre, y yo delante del sátiro que asoma del agua.

El sol quemaba con fuerza, sonaban todas las campanas y el cortejo avanzaba sobre el precioso suelo de flores. La música y el canto anunciaban su llegada. Los escolanos movían incensarios delante de la custodia y las niñas más bellas de la comarca los seguían con guirnaldas de flores, mientras los niños pobres, con alas en sus hombros desnudos, esperaban en el gran altar mayor, entonando himnos angélicos, la procesión que se acercaba. Los hombres jóvenes llevaban ondeantes cintas en sus sombreros picudos, en los que habían cosido estampas de María; anillos de oro y plata colgaban del cuello sujetos a una cadenita, y bellas chalinas de colores destacaban sobre las chaquetas de negro terciopelo. Las muchachas de Albano y de Frascati llevaban sus negros cabellos cubiertos de ligeros velos sujetos por el alfiler de plata; las de Velletri, en cambio, lucían guirnaldas en el pelo, y sus multicolores pañoletas llegaban hasta la falda resaltando sus hermosos hombros y sus redondos pechos. Desde los Abruzos, desde los pantanos, de todas las comarcas vecinas, acudía la gente con sus ropas regionales, creando de este modo un espectáculo multicolor.

El cardenal, con su púrpura, avanzaba bajo el palio decorado con flores, seguido por monjes de las distintas órdenes, todos con cirios encendidos en la mano. Cuando la procesión llegó delante de la iglesia, la muchedumbre corrió hacia ella; nosotros también nos vimos arrastrados, mi madre me tenía sujeto con fuerza por los hombros para evitar que nos separasen. Y allá fui, mezclado con el gentío, lo único que veía era el cielo azul sobre mi cabeza. De repente se escuchó un violento grito, nos empujaron por todas partes: unos caballos se habían desbocado. No oí nada más, me vi arrojado al suelo, todo se volvió negro ante mis ojos, como si una catarata hubiese arrojado sus aguas sobre mí.

¡Oh, Madre de Dios, qué espanto! Todavía siento un escalofrío al recordarlo. Cuando recuperé el sentido tenía la cabeza en el regazo de Mariuccia, que gemía y lloraba; al lado estaba mi madre, tumbada, y a su alrededor, en estrecho círculo, un grupo de extranjeros. Los caballos espantados habían pasado por encima de nosotros,

las ruedas del coche habían aplastado el pecho de mi madre, la sangre brotaba de sus labios, estaba muerta.

Vi cómo cerraban sus ojos castaños y le cruzaban sobre el pecho las manos sin vida, cómo la llevaban al interior del convento. Puesto que yo no había sufrido daño alguno, aparte de una pequeña herida en una mano, Mariuccia me llevó a la hostería, donde tan feliz me había sentido el día anterior, trenzando guirnaldas y durmiendo en brazos de mi madre. Sentía una pena hondísima, aunque no comprendía lo terriblemente solo que me había quedado. Me dieron juguetes, frutas y galletas, me prometieron que vería a mi madre al día siguiente, me dijeron que estaba con la Madonna, donde siempre reinaba la alegría y se celebraban preciosas fiestas de flores, pero también oí otras cosas que dijeron: les oí hablar en susurros de la horrible ave rapaz del día anterior, de Fulvia y de un sueño que había tenido mi madre. Ahora que estaba muerta, todos habían sentido la desgracia.

Entretanto, los caballos desbocados se detuvieron justo a la salida del pueblo, al chocar contra un árbol. Un señor importante, de unos cuarenta años de edad y muerto de miedo, salió del coche ayudado por varias personas. Decían que pertenecía a la familia Borghese, que era el dueño de una villa entre Albano y Frascati, y que era conocido por su rara afición a coleccionar toda clase de plantas y flores; incluso decían que era conocedor de las ciencias ocultas, igual que la sabia Fulvia. Un criado vestido con elegante librea trajo de su parte una bolsa con veinte escudos para el niño que había perdido a su madre.

La tarde siguiente, antes del toque del Avemaría, me llevaron al convento para que viese a mi madre por última vez. Yacía en el estrecho ataúd, vestida de fiesta como el día anterior, el día de la fiesta de las flores. Besé sus manos cruzadas, y las mujeres lloraron conmigo.

Junto a la puerta estaban ya los sepultureros y la comitiva, con sus blancas cogullas cubriéndoles el rostro. Alzaron el ataúd sobre sus hombros, los capuchinos encendieron sus cirios y entonaron el canto de difuntos. Mariuccia iba conmigo al lado del ataúd, el ígneo cielo vespertino iluminaba el rostro de mi madre haciéndola parecer viva. Los otros niños del pueblo corrían felices a mi alrededor, recogiendo en cucuruchos la cera que goteaba de los cirios de los frailes. Recorrimos la calle en la que, tan sólo el día anterior, se había celebrado la festiva procesión; quedaban aún numerosas flores y hojas verdes pero las imágenes, las bellas figuras, estaban destrozadas, igual que la alegría de mi infancia, igual que mis días de felicidad. En el cementerio los vi apartar la gran losa de piedra que cubría la fosa en la que introducían los cuerpos. Vi descender la caja y escuché un débil retumbo cuando chocó con los otros ataúdes que había en aquel lugar. Luego se marcharon todos, pero Mariuccia me hizo arrodillar ante la losa y rezar un *Ora pro nobis*.

En la clara noche de luna abandonamos Genzano; nos acompañaban Federigo y dos extraños. Espesas nubes se cernían sobre los Montes Albanos. Miré la fina neblina que, a la luz de la luna, se deslizaba sobre la campiña. Los demás apenas

hablaban, y al poco me dormí y soñé con la Madonna, con las flores y con mi madre, que estaba viva, sonreía y hablaba conmigo.

IV

Tío Peppo. Una noche en el Coliseo. Despedida

¿Qué sería de mí ahora? Esa era la pregunta al llegar a Roma y entrar en la casa de mi madre. Fra Martino propuso enviarme al campo con los padres de Mariuccia, dos bondadosos pastores; los veinte escudos serían para ellos todo un capital que me garantizaría un lugar en su casa como si de su propio hijo se tratara. Claro que yo era ya casi un miembro de la iglesia, y si me marchaba a vivir al campo no podría seguir moviendo el incensario en el templo de los capuchinos. También Federigo era de la opinión de que lo mejor sería que permaneciese en Roma, en casa de personas honradas. Dijo que no le agradaba mucho la idea de que acabara convirtiéndome en un vulgar campesino sin educación. Mientras Fra Martino consultaba el asunto en el convento, apareció mi tío Peppo caminando sobre las maderas de sus manos; se había enterado de la muerte de mi madre y de los veinte escudos con los que me habían compensado, y si venía era sobre todo por éstos, aunque también para hacer valer su opinión. Explicó que era él, como único pariente mío en el mundo, quien debía hacerse cargo de mí, que me tenía que ir con él, y que ahora era propiedad suya todo cuanto había en la casa, además de los veinte escudos. Mariuccia afirmó con gran empeño que Fra Martino y ella lo dispondrían todo de la mejor forma posible y añadió que Peppo, inválido y mendigo, ya tenía suficiente consigo mismo y que no tenía nada que hacer en aquel lugar.

Federigo abandonó la habitación y los otros dos proclamaron sin vergüenza alguna los egoístas motivos de su interés por mí. Tío Peppo escupió todo su veneno y Mariuccia se enfrentó a él hecha una Furia: ¡no quería saber nada de él, ni del niño, ni de nada de nada!, y añadió que se me llevara si quería y que me rompiera unas cuantas costillas para tener otro tullido que mendigara para él y le llenara la bolsa. Que podía irse, pero que el dinero se lo quedaba ella hasta que regresara Fra Martino: sus traidores ojos no verían ni un chelín. Peppo la amenazó con abrirle en la cabeza con las maderas de sus manos un agujero tan grande como la Piazza del Popolo. Yo estaba en medio de los dos, llorando. Mariuccia me empujaba apartándome de ella, Peppo tiraba de mí: ¡si tenía que cargar conmigo, también sería suyo el dinero! ¡El Senado de Roma^[17] sabría hacer justicia a un hombre honrado! Así que, muy contra mis deseos, me sacó a rastras por la puerta, ante la cual esperaba un muchacho harapiento que sujetaba a un asno por el ronzal; pues cuando mi tío había de hacer recorridos largos o tenía que ir de prisa a algún sitio, guardaba las maderas y ataba sus inútiles piernas a los costados de un burro, de tal modo que ambos formaban un solo cuerpo. Me sentó delante de él, a lomos del pollino, el muchacho le dio un empujón

y allá salimos a todo galope mientras Peppo me hacía carantoñas a su manera.

—¡Fíjate, hijito mío —decía— qué burro tan estupendo! Vuela como un caballo de carreras por el Corso. ¡Ya verás lo bien que lo pasarás conmigo, eres un angelito del Señor, mi hijito querido! —y añadió miles de insultos y maldiciones contra Mariuccia.

—¿Dónde has robado ese niño tan guapo? —le preguntaban sus conocidos cuando pasábamos ante ellos, y en cada esquina tuvo que contar y volver a contar mi historia. La mujer que vendía agua con cáscaras de limón nos regaló un vaso para los dos, en agradecimiento por el largo relato, y además me regaló una piña, aprovechando que no quedaba ni un solo piñón. El sol ya se había puesto cuando llegamos a su casa. Yo no dije nada, me limité a apretarme el rostro con las manos y llorar. Me señaló una alcobita al lado de la habitación grande, indicándome un montón de hojas o, más exactamente, vainas de maíz, que había en un rincón. Era allí donde dormiría, hambre no debía de tener, me dijo, ni sed tampoco, porque ya nos habíamos bebido aquel estupendo vaso de agua de limón. Me dio unas palmaditas en la mejilla y puso aquella horrible sonrisa que siempre me había espantado. Me preguntó entonces cuántas piezas de plata había en la bolsa, si Mariuccia las había usado para pagar el transporte, y lo que había dicho el lacayo que me llevó el dinero. Pero yo no supe darle razón de lo sucedido y pregunté llorando si me tendría que quedar a vivir allí para siempre, si podría volver a mi casa al día siguiente.

—¡Claro que sí, claro que sí! —respondió—. Ahora duerme, pero sin olvidarte de rezar tu avemaría. ¡Cuando las personas duermen, el diablo vela! Haz la señal de la Cruz, es una muralla de hierro que ni un león rugiente puede atravesar. Reza con devoción y pide a la Madonna que castigue con víboras y culebras a esa hipócrita de Mariuccia, que sólo quiere tu mal, pobrecito mío. Que nos engaña a los dos para quedarse con lo que es tuyo. Duerme tranquilo, dejaré abierto el ventanuco para que entre el aire mientras cenamos. No tengas miedo de los murciélagos, nunca entran, aunque pasen volando por delante, ¡pobres bichos! ¡Dulces sueños, niñito mío! —y se fue dejando la puerta entornada.

Estuvo un buen rato trasteando en la otra habitación, luego oí varias voces y por la rendija de la puerta vi arder el candil. Me levanté muy despacio, porque las secas hojas de maíz crujían mucho y tenía miedo de que me oyera y volviese a entrar. Vi por la rendija que estaban encendidas las dos mechas del candil, que sobre la mesa había pan y nabos y que el frasco de vino pasaba de mano en mano. Eran los otros mendigos, los tullidos, no me fue difícil reconocerlos aunque ahora sus rostros mostraban una expresión muy distinta a la que estaba acostumbrado a ver. El calenturoso Lorenzo, siempre a punto de expirar, estaba ahora tan contento, haciendo bulla, hablando sin parar, aunque durante el día siempre lo había visto tumbado en la hierba en el Monte Pincio^[18], con la cabeza vendada apoyada en el tronco de un árbol, moviendo los labios casi moribundo mientras la mujer mostraba a los paseantes a su marido, enfermo de fiebres. Francia, que no tenía dedos en las manos,

tamborileaba con sus muñones sobre los hombros de la ciega Catarina, mientras canturreaba a media voz la canción del *Cavaliere Torchino*. Dos o tres más estaban sentados más cerca de la puerta, pero en la oscuridad, de modo que no pude reconocerlos. Mi corazón palpitaba con fuerza por el miedo que me embargaba. Me di cuenta de que hablaban de mí.

—¿Y ese chaval sirve para algo? —preguntó uno—. ¿Tiene alguna tara?

—¡Qué va, la Madonna no le ha hecho ese favor! —respondió Peppo—: es esbelto y bien formado, igualito que un niño de la nobleza.

—¡Menuda desgracia! —exclamaron todos.

La ciega Catarina añadió que le podían romper alguna cosilla, así podría ganarse el pan en este mundo hasta que la Madonna le regalara el otro, el celestial.

—Sí —dijo Peppo—; si mi sobrina hubiera sido una pizca razonable, el chico habría podido convertirse en su fortuna. Voz sí que tiene, vaya, el angelito. ¡Que ni pintiparado para la capilla del Papa! ¡Sería un *castrato* estupendo!

Hablaron de mi edad y de lo que podía suceder todavía y de lo que era necesario hacer para mi mejor provecho. Yo no entendía lo que pretendían hacer conmigo, pero intuía perfectamente que sus planes no escondían nada bueno, y empecé a temblar de miedo. Pero ¿cómo escapar? No pensaba ya en otra cosa. ¿Y adónde? Bueno, eso ni siquiera lo pensaba. Fui a gatas hasta la trampilla, que estaba abierta; con ayuda de un pedazo de madera conseguí auparme: no se veía a nadie en la calle, las puertas estaban todas cerradas. Para bajar a la calle tenía que dar un buen salto, pero no me atrevía. En ese momento sentí que alguien abría la puerta, ¡venían a por mí! Me encogí de terror y me dejé caer. El golpe fue duro, pero caí sobre tierra y hierba.

Me levanté al momento y eché a correr, sin saber adónde, a través de las angostas y sinuosas calles. Un hombre que cantaba a voz en cuello mientras golpeaba con su bastón la acera de adoquines, fue la única persona que encontré. Finalmente me encontré en una vieja plaza, era un lugar que ya conocía, el *forum romanum*, el «campo de vacas», como solíamos llamarlo.

La luna iluminaba la parte trasera del Capitolio que, como una pared vertical de roca, parecía separar la zona más estrecha de la más amplia. En la alta escalinata que llevaba al arco de Septimio Severo había unos mendigos durmiendo envueltos en sus grandes capas. Las altas columnas de los antiguos templos que aún se mantenían en pie arrojaban largas sombras. Yo nunca había estado allí después de la puesta del sol; todo tenía para mí algo de fantasmagórico, y tropecé con un capitel de mármol caído entre las altas hierbas. Me levanté y miré las ruinas de la ciudad imperial; la espesa yedra hacía más lóbregos aún los muros, los negros cipreses se erguían tan enormes y demoníacos hacia el cielo que me hicieron sentir aún más aterrado. En la hierba, entre columnas derruidas y cascotes de mármol, paseaban algunas vacas, un mulo pastaba también por allí, y aquellas bestias me sirvieron de triste consuelo, al menos había algo vivo que no deseaba causarme daño alguno.

La luz de la luna hacía que casi pareciese de día, podía ver todo lo que me

rodeaba. Oí acercarse a alguien. ¿Me estarían buscando? Empujado por el pánico me refugié en el inmenso Coliseo, que se alzaba ante mí como una auténtica montaña. Me encontraba en el doble corredor de arquería que, en perfecto estado, como si lo hubieran terminado ayer mismo, ocupa la mitad del edificio; reinaba una oscuridad total y hacía un frío helador. Avancé unos pasos entre los arcos, pero despacio, muy despacio, pues el ruido de mis propios pasos me producía aún más miedo; vi una hoguera encendida y ante ella reconocí la silueta de tres figuras humanas. ¿Serían campesinos que se habían instalado allí a pasar la noche, a fin de no tener que atravesar en la oscuridad la vacía campiña? ¿Serían tal vez soldados haciendo guardia en el Coliseo, o, a lo mejor, unos bandidos? Me pareció oír el sonido metálico de las armas y retrocedí hasta otra arcada muy distinta, formada ésta por arbustos y plantas trepadoras que crecían sobre los altos pilares. La luna proyectaba extrañas sombras sobre los elevados muros; sillares desplazados de su lugar y cubiertos ahora de verde parecían estar a punto de precipitarse hacia el suelo, daban la impresión de estar sujetos solamente por las espesas ramas.

Más arriba, en la arcada central, vi algunas personas, seguramente viajeros que habían querido contemplar las espléndidas ruinas a la luz de la luna; entre ellos había una señora vestida de blanco. Aún tengo claramente ante mis ojos aquella extraña imagen, pues aparecían y desaparecían y volvían a verse al pasar entre los pilares, a la luz de la luna y la roja antorcha. El cielo era un infinito azul oscuro, los matorrales y las matas parecían del más negro terciopelo; las hojas respiraban noche. Mis ojos siguieron a los forasteros. Aun después de perderlos de vista, seguí percibiendo el rojo resplandor de la antorcha, pero también éste desapareció y todo a mi alrededor quedó envuelto en un silencio sepulcral.

Detrás de uno de los numerosos altares de madera que ocupan el interior de la gran ruina y muestran el Viacrucis, me senté sobre un capitel roto que yacía entre la hierba. La piedra estaba fría como el hielo, la cabeza me ardía, la fiebre había entrado en mi sangre. Era incapaz de dormirme y me vino entonces a la memoria lo que me habían contado sobre aquella antigua edificación, los judíos prisioneros que habían sido forzados a levantar los grandes bloques de piedra para el poderoso emperador romano; los animales salvajes que luchaban allí dentro, unos contra otros, y muchas veces contra seres humanos; recordé que la gente se sentaba en las gradas de piedra que iban elevándose como una escalinata, hasta llegar a la gradería superior^[19].

Sonó un crujido en los matorrales, por encima de mí, y creí ver algo que se movía. ¡Sí!: mi fantasía me hacía ver figuras pálidas y de tez oscura que construían paredes y golpeaban maderas. Oía con claridad los latigazos, veía a los escuálidos judíos de negra barba arrancar hierbas y arbustos y colocar piedra sobre piedra, hasta que el inmenso edificio quedó reconstruido por completo. Ahora estaba repleto por una inmensa muchedumbre, cabeza con cabeza, y todo parecía muchísimo más grande, el gigantesco cuerpo vivo de un titán. Veía a las vestales en sus largos vestidos blancos, el lujoso palco imperial, los gladiadores desnudos, sangrantes. Oí

gritos y rugidos en las galerías inferiores y vi salir por varios sitios a la vez manadas enteras de tigres y hienas que pasaban corriendo junto al lugar donde me encontraba, sentí su ardiente aliento, vi la roja mirada de sus ígneos ojos y me encogí en la piedra en que estaba sentado, mientras suplicaba protección a la Madonna. El estruendo a mi alrededor se hizo aún más terrible, pero en ese momento, en medio de aquella tremenda barahúnda, pude ver la sagrada Cruz que siempre me detenía a besar, devoto, cuando pasaba por allí. Me esforcé todo lo que pude para llegar hasta ella, y sentí claramente que la rodeaba con los brazos, pero todo se derrumbó a mi alrededor: muros, personas, animales. La consciencia me abandonó y no sentí nada más, dejé de sentir.

Cuando volví a abrir los ojos, mi fiebre había desaparecido, me encontraba exhausto, derrotado por el agotamiento. Estaba tumbado sobre las gradas del alto crucifijo de madera. Miré a mi alrededor y comprobé que no había nada de terrorífico. Todo estaba nimbado de majestuosidad, un ruiseñor cantaba en un matorral que coronaba el muro. Pensé en mi amado Niño Jesús, cuya Madre también era mi madre, ahora que no tenía ya ninguna, abracé la cruz con fuerza, apoyé la cabeza en ella y enseguida me dormí con un sueño tranquilo y reparador.

Debieron de transcurrir varias horas, y desperté con el canto de los salmos. El sol brillaba sobre la parte superior del muro, los capuchinos caminaban de altar en altar con cirios encendidos, cantando el *Kyrie eleison* en la hermosa mañana. Llegaron junto a la cruz, donde estaba yo... y vi a Fra Martino inclinándose sobre mí. Mi semblante trastornado, mi palidez y el simple hecho de que me encontrase allí a aquellas horas lo intranquilizaron. No sé cómo me expliqué, pero mi miedo a Peppo y mi estado de abandono le parecieron suficientemente evidentes. Me agarré a su hábito marrón, le supliqué que no me abandonara, y fue como si todos los hermanos compartiesen mis desgracias, porque todos ellos me conocían, había estado con ellos en sus celdas y había cantado con ellos ante el sagrado altar.

Cuán alegre me sentí cuando Fra Martino me condujo con ellos al convento. Olvidé por completo mis desdichas en cuanto me vi en su pequeña celda, con los viejos grabados en las paredes y el naranjo que casi introducía por la ventana sus verdes ramas perfumadas. Fra Martino me prometió que no volvería con Peppo:

—No podemos entregar el muchacho —le oí decirles a los demás— a un pordiosero, a un mendigo inválido que está siempre tumbado en la calle pidiendo limosna.

Hacia mediodía me trajo coles, pan y vino, y dijo con tal solemnidad que hizo estremecerse mi corazón:

—¡Pobre muchacho! Si tu madre viviera, no habríamos tenido que separarnos, la Iglesia se habría hecho cargo de ti y habrías crecido en su paz y a su amparo. Ahora has de arrojarte al proceloso mar en una mísera balsa, pero piensa en tu Redentor ensangrentado y en la Virgen celestial. Mantente firme a su lado, en este mundo no tendrás a nadie más que a Ellos.

—¿Adónde iré? —pregunté. Y me explicó entonces que iría al campo, con los padres de Mariuccia, me encareció a honrarlos como si fueran mi padre y mi madre, a obedecerles en todo cuanto me ordenaran y a no olvidar jamás mis oraciones y todo lo que él me había enseñado.

Esa tarde, Mariuccia apareció, acompañada de su padre, ante la puerta del convento; venían a recogerme, y Fra Martino me condujo ante ellos. A juzgar por sus ropas, Peppo casi parecía elegante en comparación con aquellos pastores a cuyo cargo me dejaban. Las desgarradas botas de cuero cubiertas de polvo, las rodillas desnudas y el sombrero puntiagudo con una flor de brezo prendida en él, fue lo primero que se ofreció a mis ojos. El hombre inclinó la rodilla, besó la mano de Fra Martino y le dijo que yo era un chico guapo y que él y su mujer compartirían conmigo todo lo que poseían. Mariuccia le dio entonces la bolsa con aquel dinero que era mi única posesión, y los cuatro entramos en la iglesia. Oraron todos en silencio, yo también me arrodillé pero fui incapaz de rezar, mis ojos buscaban las conocidas imágenes, buscaban a Jesús navegando en un barco sobre la puerta de la iglesia, al ángel del retablo y al precioso San Miguel. En mi despedida vi incluso las calaveras con verdes guirnaldas de hiedra en las sienes. Fra Martino puso sus manos sobre mi cabeza y al decir adiós me regaló un librito de grabados: *Modo di servire la sancta messa*. Nos fuimos. Al pasar por Piazza Barberini no pude evitar dirigir una mirada a la casa de mi madre; las ventanas estaban abiertas, las habitaciones esperaban a sus nuevos moradores.

V

La campiña

Y a partir de aquel instante, mi hogar fue la vasta llanura que rodea Roma. El extranjero transalpino que, lleno de entusiasmo por el arte y la antigüedad, se acerca a la ciudad del Tíber, descubre en este páramo reseco una impresionante página del mundo; los montículos son sagradas cifras, capítulos enteros de la historia universal. El pintor esboza el solitario arco de un acueducto derruido, al pastor sentado junto a su rebaño de ovejas, y en primer plano un dorado cardo, y la gente dirá: ¡qué estampa tan bonita! Con qué sentimientos tan diferentes contemplábamos la gran llanura mi guía y yo. La hierba marchita, el malsano aire del verano que acarrea a los habitantes de la campiña fiebres y malignas enfermedades, eran para él las sombras a las que estaba acostumbrado; para mí, en cambio, era algo nuevo, me alegraban las hermosas montañas que en diferentes variaciones del color lila abrazaban un lado de la llanura, los búfalos^[20] y el amarillento Tíber, donde los bueyes de largos cuernos caminaban bajo el yugo arrastrando los barcos corriente arriba. Nosotros íbamos en la misma dirección.

A nuestro alrededor no había sino hierba rala y altos cardos medio marchitos. Pasamos delante de una cruz, levantada allí para recordar que alguien había sido asesinado en aquel lugar; sentí miedo, que se acrecentó al acercarnos a la que sería mi casa. Esta no era otra cosa que una de las antiguas tumbas derruidas, que tanto abundan allí desde tiempos antiguos. Muchos pastores se habían instalado en ellas, pues allí tenían todo lo necesario para vivir, e incluso hallaban a veces ciertas comodidades. Llenaban algunos huecos, tapiaban agujeros, colocaban un tejado de cañas y la vivienda estaba lista. Aquélla se encontraba en un altozano y tenía dos plantas. Las dos columnas corintias que flanqueaban la estrecha puerta eran testimonio de la antigüedad del edificio, y los tres anchos pilares de mampostería hablaban de una reforma posterior: tal vez en la edad media fuera habilitada como castillo. Un agujero en el muro, por encima de la puerta, hacía las veces de ventana. La mitad del tejado estaba cubierta de cañas y ramas, la otra mitad, de maleza viva de la que colgaba abundante madreSelva sobre el muro resquebrajado.

—¡Bueno, ya estamos! —dijo Benedetto, aquellas eran las primeras palabras que me dirigía desde que salimos de Roma.

—¿Vivimos aquí? —pregunté, dirigiendo mis ojos, ora a la lóbrega casa, ora hacia atrás, al salteador despedazado. Sin responderme, llamó a su mujer a gritos:

—¡Domenica, Domenica! —y vi entonces a una mujer, ya un tanto anciana, cuya única vestimenta consistía en una grosera camisola que dejaba desnudos brazos y piernas; llevaba los cabellos desgredados. Me agobió a besos y carantoñas, y si papá Benedetto parecía mudo, era ella parlanchina a más no poder. Me llamó su pequeño

Ismael, enviado al desierto donde crece el silvestre cardo.

—¡Pero con nosotros no languidecerás! —dijo—. La vieja Domenica será una buena madre para ti, sustituirá a la que está en el cielo, rezando por ti. Ya te tengo preparada la cama y he cocido las alubias, y te sentarás ahora mismo a la mesa con mi viejo Benedetto. ¿Y Mariuccia no ha venido con vosotros? ¿Y has visto al Santo Padre? Pero ya veo que no olvidaste el *prosciutto* ni los corchetes de latón, ni la estampa nueva de la Madonna para pegarla en la puerta al lado de la vieja, que ya la tenemos negra de tanto beso. ¡Buena memoria sí que tienes, y sabes pensar, mi queridísimo Benedetto!

Y sin interrumpir su cascada de palabras nos condujo al estrecho espacio que llamaban salón, y que más tarde llegaría a parecerme tan grande como las salas del Vaticano. A decir verdad, creo que aquel hogar ejerció una gran influencia sobre mi temperamento poético, aquel lugar pequeño y angosto fue para mi fantasía como el peso que ponen en la palmera joven, pues cuanto más oprimida esté, tanto más crecerá. Como ya he dicho, aquella casa fue en la antigüedad un mausoleo familiar, consistente en una cámara grande con muchos nichos pequeños, situados uno junto al otro y en dos filas superpuestas, todos ellos con artísticas composiciones en mosaico. Ahora tenían usos muy diferentes, un hueco servía de comedor, otro hacía las veces de armario para ollas y pucheros, un tercero era el fogón en el que se hervían las alubias. Domenica preparó la mesa y Benedetto bendijo los alimentos. Después de cenar, mi anciana madre me hizo subir por la escalera, a través de una bóveda derruida, hasta el segundo piso, donde dormiríamos en dos grandes nichos, que en otro tiempo fueron tumbas. El del fondo estaba dispuesto para mí, y allí había dos postes cruzados de los que colgaba una especie de hamaca; era la cuna de un niño pequeño, supongo que hijo de Mariuccia; estaba de lo más calladito y tranquilo. Me acosté, una piedra del muro estaba desplazada y por el hueco se veía el cielo azul y la oscura hiedra que se agitaba con el viento y parecía un pájaro. Cuando me estaba acostando, pasó una reluciente lagartija multicolor por el muro, pero Domenica me quitó el miedo asegurando que la pobre estaba mucho más asustada de mí que yo de ella, y que no me quería hacer daño alguno. Luego rezó un avemaría y se llevó la cuna al otro nicho, donde dormían Benedetto y ella. Me santigué, pensé en mi madre, en la Madonna, en mis nuevos padres y en las manos y los pies ensangrentados del bandolero ajusticiado que había visto cerca de la casa, y todos ellos recorrieron los sueños de mi primera noche.

Al día siguiente comenzaron las lluvias, que duraron toda la semana y nos obligaron a permanecer en el estrecho salón, donde reinaba la penumbra aunque estuviera abierta la puerta, por la que penetraba el viento. Mi ocupación era acunar al bebé de la cuna de lona mientras Domenica hilaba en su huso, me hablaba de los bandoleros de la campiña, que a ellos nunca les hacían daño alguno, me cantaba canciones devotas, me enseñaba oraciones nuevas y me contaba la vida de santos de los que yo nunca había oído hablar. Pan y cebolla eran nuestro alimento habitual, y

me gustaban. Pero me aburría encerrado en aquel angosto espacio; Domenica abría entonces un canalillo delante de la puerta, un pequeño Tíber serpenteante cuya agua fluía lenta y amarilla. Agujas y cañas me servían para montar mi propio camino de sirga y hacía navegar mis barcos hasta más allá de Roma, a Ostia. Pero si el aguacero era demasiado fuerte había que cerrar la puerta y nos quedábamos casi a oscuras. Domenica hilaba y yo pensaba en las bellas imágenes de la iglesia conventual, imaginaba a Jesús en la barca, meciéndose ante mis ojos, y a la Madonna en su nube, llevada en volandas por los ángeles, y las lápidas con las calaveras coronadas.

Cuando acabaron las lluvias, el cielo permaneció meses enteros ataviado de inmutable azul; me daban permiso para corretear por el campo, aunque sin alejarme demasiado, ni acercarme demasiado al río, pues las blandas márgenes podían hundirse y arrastrarme con ellas, decía Domenica. Allí pastaban también muchos búfalos, que eran salvajes y peligrosos, lo que les otorgaba, precisamente, un especial atractivo para mí. Lo demoníaco de la mirada del búfalo, el extraño fuego rojo de sus pupilas, despertaban en mí una sensación semejante a la que arrastra al ave a las fauces de la serpiente. Su veloz carrera, más rápida que la del caballo, su lucha, el choque de fuerza contra fuerza, atraían toda mi atención. Y también dibujaba en la arena figuras que intentaban reproducir lo que había visto, y para hacer el parecido aún más evidente, lo cantaba con mis propias palabras y mi propia música, para gran alegría de la anciana Domenica, que decía que yo era un niño muy listo y que cantaba muy bien, como los ángeles al lado de Dios Padre.

El sol calentaba más cada día, sus rayos eran un mar de fuego que se derramaba sobre la campiña. Las aguas apestosas emponzoñaban el aire, y sólo por la mañana y por la noche podíamos salir al exterior, algo que yo nunca había experimentado en el aireado Monte Pincio. Aún recuerdo la canícula, cuando los mendigos pedían un chelín, no para pan, sino para un vaso de agua helada. Recordaba sobre todo las jugosas sandías apiladas, partidas en dos mostrando su carne púrpura con negras pepitas. El sol ardía, sus rayos caían verticales, y yo tenía la sensación de que mi sombra quería protegerse del sol escondiéndose bajo mis pies. Los búfalos eran como moles muertas en la hierba marchita o, a veces, dominados por la furia, galopaban veloces como una flecha, describiendo grandes círculos. Entonces, mi alma se construía una imagen de los sufrimientos del explorador en el ardiente desierto africano.

Durante dos meses fuimos como náufragos en un barco a la deriva por el mar del mundo. Ni un ser vivo nos visitaba. Todo sucedía por la noche o a primeras horas de la mañana; el aire insano y el ardiente calor derramaban fuego febril en mi sangre, no había ni una gota de frescor para apagar la sed, las ciénagas estaban secas. Una tibia agua amarillenta se deslizaba somnolienta por el cauce del Tíber, el jugo de la sandía estaba caliente, hasta el vino, aunque lo guardábamos a la sombra, entre piedras y cascotes, tenía un sabor agrio y recocado; por el horizonte no asomaba ni una nube. Día y noche, siempre el mismo azul infinito. Cada mañana y cada tarde rezábamos

para que llegara la lluvia o una brisa fresca; cada noche y cada mañana Domenica observaba las montañas, por si allí se movía alguna nube; pero sólo la noche nos traía sombra, la sombra sofocante de la noche, sólo el siroco agitaba sus oleadas de aire caliente. Así durante dos largos, larguísimos meses.

Sólo entonces, aunque nada más que durante la aurora y el ocaso, volvió a soplar la brisa. Pero todo mi ser estaba sumido en la indolencia, en una lasitud de muerte, producida por aquel calor de suplicio y por el más absoluto aburrimiento. Moscas e insectos molestos de toda clase, que con el calor parecían haber desaparecido, se agitaban con fuerzas redobladas, y a millones nos acometían con venenosas picadas. Los búfalos parecían a veces envueltos en un zumbante hervidero, que se precipitaba sobre ellos como si fueran carroña, y los animales, enloquecidos por aquella tortura, se arrojaban al Tíber para revolcarse en sus aguas amarillentas. El romano, que en los cálidos días del verano camina como un sonámbulo por las calles casi desiertas, pegado a las paredes de las casas como queriendo beber la sombra que sólo existe al lado mismo del muro, no tiene ni idea de los sufrimientos que se padecen en la campiña, donde cada inspiración es fuego azufroso, emponzoñado, donde insectos y sabandijas, como demonios torturadores, martirizan a los condenados a vivir en aquel mar de llamas.

Septiembre trajo días más clementes, y una tarde llevó hasta nuestra casa a Federigo, que venía a dibujar la naturaleza requemada. Esbozó nuestra extraña casa, el patíbulo y los búfalos salvajes, me dio papel y lápiz para que yo también pudiera garabatear mis estampas, y prometió que cuando volviera me llevaría un día a Roma para visitar a Fra Martino, y a Mariuccia y a mis amigos, que parecían haberse olvidado de mí por completo. Y eso sucedió también con Federigo.

Estábamos ya en noviembre, pero aquella fue la época más bella que viví en aquel lugar. Llegaba la brisa desde las montañas, y cada atardecer veía en las nubes ese espléndido juego de colores que es exclusivo del sur, y que el pintor es incapaz de plasmar en sus cuadros, ni siquiera se atreve a intentarlo. Las extrañas nubes de color verde oliva sobre un fondo de color gamuza eran para mí olas agitadas del mar del Edén; en cambio, las de tonos azul oscuro que colgaban como piñas de un cielo que parecía dorado al fuego, se me hacían montañas de la Gloria, en cuyos valles jugueteaban los preciosos ángeles que agitaban la brisa con sus blancas alas.

Un atardecer en que, como de costumbre, estaba sumido en mis ensoñaciones, se me ocurrió mirar directamente al sol a través de una hoja agujereada. Domenica me advirtió que eso me dañaría los ojos y, para impedir el juego, cerró la puerta. El tiempo se me hacía larguísimo, pedí permiso para salir y, en cuanto me lo concedió, me levanté de un salto y abrí, pero en ese mismo instante entró precipitadamente un hombre, haciéndome caer al suelo; el recién llegado cerró la puerta de golpe, vi su rostro pálido y espantado, le oí exclamar en un suspiro el nombre de la Madonna, y entonces un golpe violento desgarró la puerta, rompiendo sus tablones, que cayeron hacia dentro. El hueco quedó enteramente tapado por la cabeza de un búfalo que

mostraba sus ojos ardientes y perversos.

Domenica soltó un grito, me agarró del brazo y subió de un salto un escalón de la escalera que llevaba a la cámara superior. El forastero, pálido como un muerto, recorrió la estancia con la mirada y descubrió la escopeta de chispa de Benedetto, que estaba siempre cargada en una pared, por si se producía un asalto nocturno; la cogió al momento, oí el estampido y en medio del humo de pólvora lo vi golpear al animal en la frente con la culata. La bestia estaba inmóvil, atascada en el estrecho hueco de la puerta, no podía moverse adelante ni atrás.

—¡Pero por todos los santos del cielo! —fue lo primero que exclamó Domenica—. ¡Pero si ha matado al pobre animal!

—¡Gracias sean dadas a la Madonna! —respondió el forastero—. Me ha salvado la vida, y tú fuiste mi ángel de la guarda —me dijo a mí, levantándose en brazos—. Tú me abriste la puerta de la salvación —aún estaba pálido y tenía la frente perlada de gotas de sudor frío.

Por su forma de hablar comprendimos que no era extranjero, supusimos que sería un noble romano. Nos contó que era aficionado a coleccionar flores y plantas de toda clase, que había dejado su coche en Ponte Molle^[21] y había ido paseando junto al Tíber^[22]. Justo allí se encontró con los búfalos, y uno de ellos se lanzó contra él; se salvó gracias a que nuestra casa estaba cerca y a que la puerta se abrió milagrosamente.

—¡Santa María, ruega por nosotros! —exclamó Domenica—. ¡Sí, es ella quien os ha salvado, la Santísima Madre de Dios! Y mi pequeño Antonio fue el instrumento que escogió; y es que el niño la quiere mucho. *Sua Eccellenza* no sabe qué niño tan bueno es, sabe leerlo todo, lo impreso y lo escrito a mano; y dibuja de una forma tan natural que se distingue perfectamente lo que es. La cúpula de San Pedro, los búfalos, hasta al gordo del Padre Ambrosio ha dibujado; ¡y además, tiene una voz! *Sua Eccellenza* tendría que oírlo cantar, los cantores del Papa no le pillarían ni en una sola nota, y encima es un niño obediente, mejor que ninguno. Y no lo alabo más porque me está escuchando, porque eso no es bueno para los niños. ¡Pero él se lo merece!

—¿Así que no es hijo suyo? —preguntó el forastero—. Es muy pequeño todavía.

—¡Y yo soy muy vieja! —repuso ella—. ¡No, una higuera vieja no da brotes nuevos! La pobre criatura no tiene padre ni madre en este mundo, sólo nos tiene a mí y a mi Benedetto. Pero no queremos que se marche, aunque ya no le quede ni un chelín de esos que tenía. Pero ¡santísima Virgen! —exclamó, agarrando las astas del búfalo, desde cuya cabeza caía la sangre hasta el suelo del salón—. ¡No podremos quitar de aquí a este animal! No deja ni entrar ni salir. ¡Vaya, qué atascado está! No podremos salir hasta que llegue Benedetto. ¡Eso sí, daño no nos hará, porque el animal está bien muerto!

—¡Tranquilícese, buena mujer! —rogó el forastero—. Yo me haré cargo de todo. Supongo que habrá oído hablar de los Borghese, ¿no?

—¡Oh, señor príncipe! —exclamó Domenica besándole los faldones de la levita;

pero él le apretó la mano, tomó también la mía entre las suyas al tiempo que le encomendaba que me llevase al día siguiente a Roma, vivía en el Palazzo Borghese, a cuya estirpe pertenecía. A mi anciana madre adoptiva le saltaron las lágrimas a los ojos por la gran merced que le hacía, así se expresó. Sacó entonces mis dibujos en pedazos de papel, los guardaba muy celosamente, como si se tratara de dibujos del mismísimo Miguel Ángel. *Sua Eccellenza* tuvo que ver todas aquellas cosas que a ella la llenaban de alegría, y yo me sentí muy orgulloso, pues el caballero sonrió, me dio una palmadita en la mejilla y dijo que yo era un pequeño Salvatore Rossa.

—Sí —respondió Domenica—. ¿No es increíble que sea sólo un niño, y que todo le salga tan natural que se pueda ver exactamente lo que significa cada cosa? ¡Los búfalos, las barcas, nuestra casita! Todo es igualito; menos el color, pero ése no se puede dibujar con el lápiz. ¡Canta para *Sua Eccellenza*! —me pidió—. Canta como tú sabes, lo que quieras. Bueno, es que sabe componer historias y sermones, como un fraile de verdad. ¡Venga, canta! *Sua Eccellenza* es un caballero generoso, él te lo manda y tú sabes cantar muy bien.

El forastero sonrió, divertido. Es evidente que improvisé algo y que a Domenica le pareció magistral, pero no recuerdo en absoluto qué dije ni cómo lo dije, aunque sé que el núcleo eran la Madonna, *Sua Eccellenza* y el búfalo, de eso sí que me acuerdo perfectamente. *Sua Eccellenza* permaneció en silencio, y en él leyó Domenica que se había quedado asombrado de mi genio.

—Traiga al muchacho —fueron las primeras palabras que pronunció—; los espero mañana temprano. ¡Ay, no! Vengan por la tarde, una hora antes del Avemaría. Cuando lleguen, mi gente estará ya avisada para que los hagan entrar de inmediato. Pero ¿cómo salgo yo ahora? ¿No hay más salida que la puerta donde está atascado el animal? ¿Y cómo puedo llegar sin peligro hasta mi coche, en Ponte Molle, con todos esos búfalos que andan por ahí?

—Bueno, ¿cómo salir? —respondió Domenica—. Para *Sua Eccellenza*, es imposible. Claro, yo sí podría, y el niño también, pero para un señor tan alto como usted, es imposible. Arriba hay un agujero por el que se puede salir a gatas, luego hay que dejarse caer junto al muro. ¡Hasta yo puedo hacerlo, a pesar de mi edad! Pero como le digo, no se lo puedo recomendar a los forasteros, y menos todavía a un caballero tan distinguido como usted.

Sua Eccellenza, mientras Domenica hablaba, subió por la estrecha escalera, sacó la cabeza por el agujero de la pared, se aseguró de que cabía, y, bueno, aquello era casi como las escaleras del Capitolio. Los búfalos estaban congregados junto al Tíber y por el camino, no lejos de nuestra casa, había un grupo de campesinos soñolientos que iban lentamente, en dirección hacia la carretera principal. Pensó en unirse a ellos, detrás de sus carros cargados de haces de cañas estaría seguro por si había alguna otra acometida de los búfalos. Una vez más repitió a Domenica que fuéramos a su casa al día siguiente, una hora antes del Avemaría; luego le dio la mano para que se la besara, a mí me dio una palmadita en la mejilla y se descolgó por el muro sujetándose

a la espesa hiedra. Lo vimos acercarse a los carros y desaparecer tras ellos.

VI

Visita al Palazzo Borghese. Concluye la historia de mi infancia

Benedetto y unos cuantos pastores sacaron, más tarde, al animal de la puerta. Contaron cosas, charlaron, pero lo único que recuerdo con claridad es que al día siguiente me desperté antes del amanecer y me levanté para ir a la ciudad con Domenica al caer la tarde... Mis ropas de domingo, que durante meses habían estado guardadas bajo llave, salieron ahora a relucir, y mi sombrero fue adornado con una bonita rosa. Los zapatos eran la parte más débil de mi indumentaria, lo que no sería nada fácil de solucionar, porque no había forma de saber si lo que tenía eran zapatillas o sandalias al antiguo estilo romano.

Pero ¡qué larga era la campiña, y cómo quemaba el sol! Nunca me ha sabido tan bien el vino de Falerno o de Chipre como el agua que brota de los pétreos leones que hay junto al obelisco de Piazza del Popolo^[23]. Apreté mi ardiente mejilla a las fauces del león y dejé que el agua corriera sobre mi cabeza, para tremendo espanto de Domenica, porque al hacerlo se me mojaron las ropas y mi cabello perdió sus ondas, tan bien repeinadas. Seguimos por Via Ripetta hasta el soberbio palacio de los Borghese. Yo había estado allí delante muchas veces, y Domenica no menos que yo, la de veces que habríamos pasado ante aquel edificio sin mirarlo de modo distinto a como mirábamos cualquier otra cosa sin especial importancia. Ahora, en cambio, lo contemplábamos en respetuoso silencio; todo nos parecía enorme, precioso y espléndido, sobre todo las largas cortinas de seda que se veían en las ventanas. Conocíamos a *Sua Eccellenza*, que vivía allí, y que la tarde anterior había estado en nuestra casa, y ahora éramos nosotros los que íbamos a la suya, lo que lo convertía todo en algo singular. Jamás olvidaré el extraño estremecimiento que me recorrió ante la magnificencia del patio y de las estancias. Con *Sua Eccellenza* me había sentido cómodo, a fin de cuentas era una persona igual que nosotros; pero aquel lujo... ¡vaya, ahora sí que me daba cuenta de la diferencia entre el príncipe y el simple ser humano! En el interior del palacio nos recibió un soportal cuadrado, muy alto, encalado, con bustos y estatuas, y un pequeño jardín^[24]. Áloes y cactus crecían junto a las columnas, y los limoneros mostraban sus frutos aún no dorados por el sol. Dos bacantes sostenían en el aire cuencos de los que se derramaba el agua sobre sus hombros; plantas acuáticas dejaban colgar sus jugosas hojas verdes por los bordes. Qué fresco, verde y aromático era todo, qué distinto de nuestra casa, en medio de la dorada, ardiente, requemada campiña.

Subimos la amplia escalinata de mármol. En los nichos había preciosas estatuas, Domenica se arrodilló ante una de ellas con devoción e hizo la señal de la cruz, creyendo que se trataba de la Madonna. Más tarde me enteraría de que era Vesta, otra

de las santas vírgenes del género humano. Nos recibieron unos criados ataviados con exquisita librea; nos saludaron con tanta amabilidad que mi aprensión comenzó a desaparecer; ojalá los salones no hubieran sido tan grandes ni tan lujosos. Los suelos eran de espejeante mármol y, por si fuera poco, las paredes eran de espejos, con ángeles pintados volando con guirnaldas y coronas de flores en las manos. Aves multicolores extendían sus anchas alas y picoteaban frutas rojas y doradas. Jamás había visto nada tan maravilloso.

Hubimos de esperar un momento, y *Sua Eccellenza* hizo su aparición; una bella mujer vestida de blanco, con grandes ojos vivaces, que dirigió ágil hacia nosotros, lo acompañaba. La señora me observó con una mirada extraña y firme, aunque cariñosa, me acarició la frente para apartar el cabello, y dijo a *Sua Eccellenza*:

—Es justo lo que le dije, quien lo salvó era un ángel. Apuesto a que lleva las alas escondidas debajo de esas ropas tan horribles que, además, le quedan estrechas.

—No —respondió el caballero—, en sus sonrosadas mejillas puedo leer que el Tíber habrá arrojado muchas olas al mar antes de que le crezcan las alas. Y su anciana madre tampoco querrá que eche a volar y se marche, ¿no es cierto? ¿No lo echaría de menos?

—¡Vaya que sí! ¡Sería como cerrar a cal y canto la puerta y las ventanas de mi chocita! ¡Qué oscura y qué triste se quedaría! No, no quiero que se marche mi dulce niño.

—Pero ¿y si es sólo por esta tarde? —dijo la señora—; puede quedarse unas horas con nosotros, luego lo recoge usted, hay una luna preciosa para hacerlos compañía por el camino, y supongo que no tendrá miedo de los ladrones, ¿o me equivoco?

—Bueno, el chico puede quedarse unas horas, y entretanto usted puede ir a comprar lo que necesiten en casa —dijo *Sua Eccellenza*, poniendo una bolsita en la mano de Domenica. Yo no oí nada más, pues la señora me condujo al salón y dejó solos al príncipe y a mi anciana madre.

El lujo, la noble compañía me deslumbraron; miraba, ora a los sonrientes angelitos que asomaban entre las verdes parras pintadas en las paredes, ora a los senadores de calzas violetas y a los cardenales de rojas medias, que siempre me habían parecido semidioses, pero en cuyo círculo parecía ser ahora admitido. Pero observé sobre todo al bello Amor que, como un lindo niño, cabalgaba sobre un feo delfín que arrojaba a lo alto dos chorros de agua que volvían a caer en el estanque en el que nadaban, y que estaba en el centro mismo del salón.

Los nobles invitados, incluso cardenales y senadores, nos saludaron con un «buenas tardes», y un hombre joven y apuesto, vestido de oficial de la guardia papal, me dio la mano cuando la joven señora me presentó como el ángel bueno de su tío. Me hicieron miles de preguntas, que respondí con bastante desparpajo, y al pronto sonaron risas y aplausos. *Sua Eccellenza* entró y dijo que tenía que cantarles una canción, y lo hice bien gustoso. El joven oficial me ofreció vino espumoso, pero la señora dijo que no con la cabeza y me quitó la copa antes de que hubiera podido

vaciarla. El vino había entrado en mi sangre como llameante fuego. El oficial dijo que tenía que cantar algo sobre la hermosa dama que tenía a mi lado, sonriente, y me apresuré a satisfacer sus deseos; el cielo sabrá lo que inventé, pero el torrente de mis palabras sustituyó a la elocuencia, y mi osadía a la sabiduría, y el hecho de que yo no fuera sino un niño pobre de la campiña añadió al conjunto el adorno del genio. Todos me aplaudieron y el oficial incluso le quitó la corona de laurel al busto del rincón y me la colocó sonriente en la cabeza. Todo era una broma, pero yo creí ver en aquello una total seriedad y un homenaje, que me hicieron feliz, me proporcionaron los mejores momentos de mi vida. Canté para ellos las tonadas que me habían enseñado Mariuccia y Domenica, les hablé de los perversos ojos de los búfalos, de nuestro saloncito, en las ruinas de un túmulo. Demasiado rápido transcurrió el tiempo, llegó la hora de volver a casa, acompañado de mi anciana madre adoptiva.

Íbamos cargados de pasteles, frutas y relucientes monedas de plata; ella estaba feliz y contenta, igual que yo, pues había hecho numerosas compras: prendas de vestir, utensilios de cocina y dos grandes frascos de vino. El atardecer era de una belleza infinita. La noche se adormecía sobre árboles y arbustos, pero arriba del todo colgaba la luna llena, como una preciosa barca dorada, en medio del inmenso cielo azul oscuro, que derramaba frescor sobre la requemada campiña.

Pensé en las espléndidas salas, en la amable señora y en los aplausos, soñé despierto, y también durmiendo, los mismos bellos sueños que pronto se convertirían en realidad, en bella realidad.

Más de una vez me hicieron ir a Roma, pues la bella y amable señora gustaba de mi presencia; tenía que contarle cosas, simple charla, igual que con la anciana Domenica. A ella le encantaba, y me alababa ante *Sua Eccellenza*. También él era bueno conmigo, y más incluso, pues había sido él la causa inocente de la muerte de mi madre; era él quien iba en el coche cuyos caballos desbocados saltaron sobre nuestras cabezas. La bella dama se llamaba Francesca; me llevaba con frecuencia a la espléndida galería de pinturas del Palacio Borghese. Mis ingenuas preguntas y mis comentarios ante los magníficos cuadros la hacían reír, se los contaba a los demás y todos reían con ella. Por las mañanas, las salas estaban llenas de forasteros llegados de más allá de las montañas, y los pintores se instalaban a copiar las obras. Pero por la tarde las pinturas recuperaban la soledad y era entonces cuando íbamos Francesca y yo, y ella me contaba historias a las que daban ocasión los cuadros que veíamos.

Las Estaciones de Francesco Albani era uno de mis cuadros favoritos; me dijo que aquellos preciosos angelitos felices se llamaban *Amoretti*, parecían surgidos de mis propios sueños. Qué bonito es verlos retozar en *La Primavera*: un grupo afila sus flechas, otro hace girar la gran amoladora sobre la que arrojan agua otros dos que revolotean por encima. En *El Verano* vuelan entre las ramas de los árboles cargados de fruta; nadan en las frescas aguas y juegan en ellas. *El Otoño* trae las alegrías de la caza, Amor lleva una especie de escopeta en la mano, va sentado en un cochecito que arrastran dos de sus compañeros, mientras la amada indica al ágil cazador un

lugar donde podrán descansar los dos juntos. *El Invierno* los tiene a todos adormecidos, duermen por acá y por allá. Las ninfas les roban sus aljabas y sus flechas para arrojarlas al fuego, que enseguida devora tan peligrosas armas.

¿Por qué se llamaban *Amoretti* aquellos ángeles, por qué disparaban flechas? Había muchas cosas que quería saber y que Francesca no me podía explicar con suficiente detalle.

—Puedes leerlo tú mismo —me dijo—, hay muchas cosas que puedes aprender tú solo, pero los comienzos nunca son fáciles. Tendrás que pasarte el día entero con tu libro, sentado en tu pupitre, no podrás jugar con las cabras en el campo, ni ir a visitar a tus amiguitos. ¿Qué prefieres, acompañar con yelmo y sable la carroza del Santo Padre, y llevar una armadura de la cabeza a los pies, como la que viste a Fabiani, o comprender todos esos preciosos cuadros, conocer el mundo entero que te rodea, saber miles de historias, mucho más bellas que las que yo te haya podido contar?

—Pero ¿ya no podré venir a tu casa? —pregunté—. ¿No podré seguir viviendo nunca más con la buena de Domenica?

—Seguramente te acordarás de tu madre y del hogar en que vivíais. Seguramente, entonces no querías moverte nunca de allí, no existíamos Domenica ni yo, que somos ahora tus allegadas más cercanas. Dentro de poco, las cosas pueden haber cambiado de nuevo. Así sucede siempre en la vida.

—¡Pero vosotras no moriréis como mi madre! —protesté, con lágrimas en los ojos.

—¡Todos hemos de morir y separarnos! Llegará un momento en que no podremos continuar juntos como hasta ahora, y en ese momento me gustaría que fueses feliz.

Un torrente de lágrimas fue mi respuesta, me sentía muy desdichado, aunque ni yo mismo llegaba a comprender los motivos. Francesca me dio una palmadita en la mejilla y dijo que era demasiado blando, lo que no era nada bueno en este mundo. Llegó entonces *Sua Eccellenza* con el joven oficial que me había puesto la corona en la cabeza la primera vez que improvisé para ellos. Se llamaba Fabiani, y él también me apreciaba mucho.

¡Hay boda en Villa Borghese, una boda deslumbrante! La noticia llegó unos días después hasta la casucha de Domenica, en la campiña; Francesca era novia de Fabiani y en pocos días se iría con él a la hacienda que poseía cerca de Florencia. Los esponsales tendrían lugar muy cerca de Roma, en la Villa de la familia Borghese, en el bello y espeso bosque de encinas y laureles donde esbeltos pinos yerguen sus altas copas, verano e invierno, frente al cielo azul. Entonces, igual que ahora, ese bosque servía de lugar de esparcimiento para romanos y forasteros; ricos carruajes circulaban por los estrechos senderos entre encinas, blancos cisnes nadaban en lagunas perfectamente calmas donde se reflejaban los sauces llorones y una cascada artificial se precipitaba sobre bloques de piedra. Romanas de altos senos y ojos de fuego se dirigían a los esponsales y miraban orgullosas a las alegres muchachas campesinas que bailaban por el camino tocando la pandereta. La anciana Domenica recorrió a pie,

conmigo, el largo camino por la campiña, pues también nosotros podríamos asistir a la boda de nuestros benefactores. En el jardín, donde las altas alamedas tienen sus árboles plantados en espaldera junto a las blancas tapias, estábamos nosotros viendo el parpadeo de las luces por las ventanas. Francesca y Fabiani habían recibido el sacramento del matrimonio. Desde el salón llegaba hasta nosotros el sonido de la música; y desde la verde explanada en la que se había dispuesto un anfiteatro, ascendían cohetes y preciosos peces de fuego que jugueteaban en el cielo azul. Las sombras de una dama y un caballero se deslizaron frente a la alta ventana.

—¡Son ellos! —dijo Domenica. Las sombras se inclinaron una hacia la otra en la penumbra de la ventana, y un beso unió a los novios. Vi a mi anciana madre adoptiva juntar las manos y rezar, y yo me arrodillé frente a los negros cipreses y oré por mi bondadosa *Signora*. Domenica se arrodilló a mi lado—. ¡Que sean muy felices! —y el fuego cayó del cielo como miles de estrellas fugaces precipitándose desde las alturas. Pero mi buena anciana seguía llorando, lloraba ahora por mí, pues pronto habríamos de separarnos. *Sua Eccellenza* había reservado una plaza para mí en el Colegio de los Jesuitas, donde me formaría con otros niños para que mi vida pudiera ser mejor que la que podrían ofrecerme la vieja Domenica y la campiña.

—Esta es probablemente —dijo mi anciana madre— la última vez que volvamos juntos los dos por la campiña, mientras mis ojos estén aún abiertos. Tus pies pisarán suelos resplandecientes y alfombras multicolores, algo que la vieja Domenica jamás pudo hacer; pero siempre has sido un niño bueno y seguirás siéndolo y nunca te olvidarás de mí, ni del pobre Benedetto. ¡Dios mío, un plato de castañas asadas aún será capaz de hacerte feliz! Siéntate a soplar las cañas, y mientras arden y se asan las pobres castañas, podré ver en tus ojos a los ángeles de Dios. Nunca más serás tan feliz con un regalo tan insignificante. Los cardos del campo tienen flores rojas, pero en los suelos deslumbrantes del poderoso no crece ni una mala hierba, y son tan lisos que no es difícil resbalar y caer. No olvides jamás que eres un niño pobre, mi pequeño Antonio. ¡Recuerda que deberás ver sin ver, oír sin oír! De este modo saldrás adelante en este mundo. Y cuando nuestro Señor nos libere a Benedetto y a mí, cuando el niño que acunabas vaya por la vida entre los pobres del campo, tal vez, un día, tú pasarás en tu propio coche, o a lomos de un precioso caballo, y te detendrás en la salita de la antigua tumba en la que dormiste, donde jugabas y vivías con nosotros. Encontrarás personas desconocidas que te harán grandes reverencias. No seas altanero entonces, piensa en los viejos tiempos, piensa en la vieja Domenica, verás el lugar donde asábamos las castañas y el sitio donde acunabas a la criatura. Y pensarás en tu infancia de niño pobre, ¡alma bendita! —y me dio un beso muy fuerte, bañado en lágrimas. Era como si mi corazón estuviera a punto de romperse. El regreso a casa y sus palabras me fueron más difíciles de soportar que la despedida propiamente dicha, pues ese día no habló, se limitó a llorar y, cuando estábamos ya fuera, salió corriendo y cogió de la pared la vieja estampa de la Madonna, casi oscurecida por el humo, que teníamos pegada al lado de la puerta, y me la dio. Yo la

había besado tantas veces... y no tenía otra cosa que darme.

VII

Vida de colegial. Habbas Dahdah. La *Divina Commedia*. El sobrino del senador

La *Signora* se había marchado con su esposo, yo era colegial en la escuela de los jesuitas; nuevas ocupaciones llenaban mi mente, surgieron nuevas amistades, comenzaba ahora la parte dramática de mi vida. Aquí, los años se confunden unos con otros, cada hora rebosante de cambios, hay todo un ciclo de imágenes que ahora, al verlas desde lejos, se funden en un único gran cuadro: mi vida en la escuela. El mundo de mi espíritu se iba manifestando, progresando y creciendo igual que le sucede al forastero que por primera vez asciende a las montañas y, desde arriba, ve a sus pies un mar de nubes y brumas, que poco a poco van alzándose o abriéndose, hasta el momento en que asoma la cima de una montaña, luego aldeas, o la solana de un valle. Tierras y ciudades, con las que jamás había siquiera soñado, nacían detrás de las montañas que cerraban la campiña, la historia hacía que el más mínimo lugarejo apareciese poblado de gente, me cantaba extrañas leyendas y raros cuentos; cada flor, cada planta, adquiría significado, pero lo que más bello me parecía era mi tierra patria, la maravillosa Italia. Me sentía orgulloso de ser romano, cada lugar de mi ciudad natal me resultaba entrañable y apasionante, los capiteles caídos, aprovechados para rematar las esquinas de las estrechas calles, eran para mí santas reliquias, columnas de Memnón que cantaban a mi corazón. Los juncos del Tíber me susurraban historias sobre Rómulo y Remo, arcos de triunfo, columnas y estatuas me grababan en lo más hondo la historia de mi patria; yo vivía la Edad Clásica, y mi presente, es decir, los maestros y la historia, me alababan y honraban por ello.

Cada grupo de personas, trátese del mundo político o del eclesiástico, las reuniones de taberna o el aristocrático círculo que se reúne en torno a las mesas de juego, todos tienen su Arlequín, con camisa de retales, cachiporra al cinto y adornos en el gorro, y una escuela no puede ser menos. Las jóvenes miradas descubrían fácilmente al que habría de convertirse en blanco de sus burlas; y es que nosotros también teníamos nuestra sociedad, tan buena como cualquier otra, y nuestro arlequín era el más serio, el más gruñón, el más protestón y el más sermoneador, de modo que era el mejor de todos: el abate^[25] Habbas Dahdah, un individuo de raíces árabes, trasplantado en su infancia a los territorios papales, donde creció, y que ahora hacía las veces de guía y preceptor de nuestros gustos en la escuela de los jesuitas, incluso era la cabeza estética de la *Accademia Tiberina*.

Ya de mayor, he pensado muchas veces en la poesía, ese extraño impulso divino. Para mí es como el preciado oro de la mina; la formación y la educación son los hábiles mineros que saben cómo extraerlo; en ocasiones podemos encontrar pepitas

de total pureza: las improvisaciones líricas del poeta natural. Una veta lleva oro, otra, plata, pero también hay estaño y metales inferiores, a los que no debemos despreciar, pues muchas veces, a base de pulirlos y abrillantarlos, pueden acabar pareciendo oro y plata auténticos; de acuerdo con los diferentes metales, clasifico a mis poetas en gentes de oro, plata, cobre y hierro. Pero ahora se añade un grupo nuevo, aquellos que solamente trabajan con simple arcilla de ceramista, los no poetas, que estarían encantados de ser considerados parte de la categoría. Habbas Dahdah era uno de éstos, y había llegado justo al punto de saber fabricar cierto tipo de cacerola que vaciaba sobre la gente con algo así como libertad poética, aunque ni por la profundidad de su sensibilidad ni por su estro poético mostraba asomo alguno de poesía. Versos ligeros y ágiles, artísticas construcciones a partir de los mismos que formaban algo así como floreros, corazones y cosas semejantes, eran lo que más gozaba de su aplauso y su admiración. Era quizá la asombrosa melodía de los sonetos de Petrarca lo que lo entusiasmaba de este poeta, aunque también podía tratarse simplemente de la moda, o de una idea fija, un instante de luz en la endebles de sus intuiciones, pues Petrarca y Habbas Dahdah eran dos seres total y absolutamente diferentes. Él nos hizo aprender casi una cuarta parte del largo poema épico *África*^[26], de modo que los Escipiones se vieron premiados con saladas lágrimas y buenas palizas. Diariamente se nos ponía de relieve la profundidad de Petrarca; «los poetas superficiales», decía él, «esos que sólo pintan con acuarela, los hijos de la fantasía, ¡son los alevines de la degradación! Incluso el más grande de todos, Dante, capaz de poner en movimiento cielo, tierra e infierno, en un intento de alcanzar una inmortalidad que Petrarca consigue con un pequeño soneto, me resulta difícilmente soportable. Ojalá hubiera seguido su plan original de no escribir sino en latín, pues entonces haría al menos un buen objeto de estudio, pero le resultó demasiado difícil y escribió en ese *volgare* que aún seguimos usando. Y escribió un río entero, al decir de Boccaccio, por el que podría nadar un león y pasear un cordero; yo no encuentro semejante profundidad y simpleza. Carecía de cimientos realmente firmes, siempre oscilando entre la antigüedad y los tiempos modernos. En cambio, Petrarca, ese apóstol de la verdad, no se limitaba a usar la pluma para arrojar al infierno a un papa o un emperador muertos; él era de su tiempo y como el coro de la tragedia griega, o como una Casandra masculina, se alzaba para amonestar y acusar a papas y príncipes. Hablando cara a cara con Carlos IV se atreve a decirle: “¡Eres claro ejemplo de que las virtudes no se heredan!”. Con la más noble conciencia, animó a sus contemporáneos a decidir si era digno, o no, de ser coronado como poeta, cuando Roma y París quisieron ofrecerle la corona. Durante tres días se hizo examinar por ellos, como si fuera un simple patán como vosotros, antes de ascender al Capitolio, donde el rey de Nápoles lo envolvió en el manto de púrpura y el senado de Roma le entregó la corona de laurel, que Dante jamás pudo conseguir^[27]».

Así eran todos sus discursos, sólo para ensalzar a Petrarca y rebajar a Dante, aunque las cosas bellas deben estar juntas, como el aromático dompedro y el florido

rosal. Teníamos que aprender de memoria todos los sonetos, pero de Dante no leíamos ni una palabra, aunque las críticas de Habbas Dahdah me permitieron saber que se movía por el paraíso, el purgatorio y el infierno, tres cosas que me atraían muchísimo y me produjeron un ardiente deseo de conocer esa obra, aunque había de ser en secreto, pues Habbas Dahdah no me habría permitido nunca tocar la fruta prohibida.

Un día, cuando paseaba por Piazza Navona^[28] entre los montones de naranjas y de chatarra de toda clase, dispuestos sin orden ni concierto sobre el suelo, además de ropas viejas y toda la quincalla, más propia de un trastero, que se ofrece en la plaza, encontré una mesa con libros y estampas antiguos. Había allí caricaturas de devoradores de macarrones, madonnas con la espada atravesando su corazón sangrante, y cosas así, en enorme variedad. Un volumen del Metastasio atrajo mi atención. Llevaba un *paolo*^[29] en el bolsillo. Una auténtica fortuna para mí, y los últimos restos de los *scudi* que *Sua Eccellenza* me había regalado seis meses antes para mis gastos. Algunos *baiocchi* quería gastarlos en Metastasio, pero no podía perder todo el *paolo*^[30]. El trato casi había acabado, cuando mis ojos fueron a dar a una portada: *Divina Commedia di Dante*. ¡La prohibida fruta del conocimiento del bien y del mal! Dejé a Metastasio y cogí el otro, pero su precio era demasiado elevado para mí, sólo lo venderían por tres *paoli*; le estuve dando vueltas en la mano a mi dinero hasta que empezó a quemarme como el fuego, pero se negaba a multiplicarse por dos, y sólo hasta ese precio podría regatear con el vendedor, pues era el mejor libro de Italia, la primera obra poética del mundo, dijo, y un auténtico río de alabanzas a Dante, al mismo Dante que tanto criticaba Habbas Dahdah, brotó de los labios de aquel hombre.

—Cada una de sus páginas —dijo—, es tan buena como una homilía entera. Es un profeta de Dios, de cuya mano atraviesa los fuegos del infierno camino del paraíso eterno. Usted no lo conoce, joven. De otro modo se lo llevaría al momento, aunque le pidiera un *scudo*. Para su vida entera tendrá usted el libro más bello de la patria, y por sólo dos miserables *paoli*.

¡Ay, cómo me habría gustado poder darle incluso tres, de haberlos tenido, pero en ese momento, como la zorra ante las uvas verdes, a fin de mostrar que yo también tenía mis trucos, eché mano de los discursos de Habbas Dahdah contra Dante, y alabé a Petrarca!

—Sí, sí —dijo el librero, que defendió a su poeta con gran entusiasmo y no menor vehemencia—: usted es demasiado joven y yo soy demasiado lego para juzgar a personas así. ¡Que cada uno valga para lo suyo! ¡Usted no lo ha leído! ¡Usted no sabe de lo que habla! ¡Sangre joven y caliente no puede sustentar semejantes barbaridades contra tamaño profeta de la humanidad!

Cuando le confesé, con toda sinceridad, que mi juicio estaba basado única y exclusivamente en las afirmaciones de mi maestro, cogió el libro, lleno de admiración por su poeta, y me lo entregó, pidiéndome solamente, a cambio del *paolo* que faltaba,

que lo leyese antes de criticar al orgullo de Italia, a su querido y celestial Dante.

¡Oh, qué feliz me sentí con aquel libro! Ahora era mío, de mi propiedad. Siempre había albergado dudas sobre los duros juicios de Habbas Dahdah; mi curiosidad y el entusiasmo del librero me habían creado enormes expectativas y casi era incapaz de esperar el momento en que, lejos de todas las miradas, podría comenzar la lectura de aquel libro.

¡Prometía crearme una vida nueva! Mi fantasía halló en Dante una América aún ignota, una naturaleza más grande y fértil que la que hasta entonces había conocido; campos más espléndidos, colores más ricos. Yo vivía todo aquello en mi caminar de mano del inmortal cantor. La inscripción en la puerta del infierno sonaba a mis oídos como las campanas del juicio final en mi peregrinaje a su lado por el Averno.

Por mí se va hasta la ciudad doliente,
Por mí se va al eterno sufrimiento,
Por mí se va a la gente condenada.
La justicia movió a mi alto arquitecto.
Hízome la divina potestad,
El saber sumo y el amor primero^[31].

Yo veía aquel cielo, siempre negro, como la arena del desierto que se alza en remolinos durante la tormenta, la casa de Adán caer como hojas en otoño mientras almas gimientes aullaban en el huracán. Las lágrimas brotaban de los ojos a la vista de los grandes nobles que, al no participar de la fe cristiana, tenían allí su obligada residencia: Sócrates, Bruto, Virgilio y otros muchos de los mejores y más nobles de la antigüedad, alejados para siempre del Paraíso. Para mí no bastaba con que Dante hubiera hecho aquel lugar todo lo bueno y acogedor que podía llegar a ser el infierno, pues la existencia era allí un padecer sin tormentos, un ansia sin esperanza; pero pertenecían al reino de los condenados, su territorio estaba rodeado por los profundos pantanos del infierno, donde los condenados bebían ponzoña y respiraban vapores pestíferos. ¿Por qué no pudo Cristo, cuando bajó a los infiernos y salió de ellos para estar a la diestra del Padre, llevar consigo a todos los que habitaban aquel valle de la nostalgia? ¿Podía el amor elegir entre quienes son igual de desdichados?... Olvidaba que no era más que un poema. Hasta mi corazón llegaban los hondos suspiros desde el hirviente mar de brea; lo vi, vi el ejército de los simonistas intentando salir y los demonios que les clavaban afilados tridentes. Las vívidas descripciones se grabaron profundamente en mi alma, aparecían en mis ideas durante el día, en mis sueños durante la noche. Muchas veces, mientras dormía, me oían gritar: «¡Papé Satán, Papé Satán, aleppe!» y creían que estaba siendo atacado por el demonio, pero no se trataba sino de reminiscencias de lo que había leído, y que repetía. Durante las horas de clase estaba distraído, miles de ideas se acumulaban en mi interior. No podía apartarlas ni con mi mejor voluntad.

—¿Adónde te has ido, Antonio? —preguntaban, y me veía sometido a burlas y bromas, y yo sabía bien a qué se debían, pero me resultaba imposible abandonar a Dante sin concluir el peregrinaje.

El día me resultaba largo y tedioso como el dorado manto de plomo que los hipócritas habían de vestir en el infierno dantesco. Con corazón intranquilo me escondía para enfrascarme en mi fruto prohibido y absorber imágenes horribles que me castigaban por el pecado original. Sentía en mis carnes la picadura de la serpiente del abismo, que muerde y se enrosca en una llama de la que surgen sus crías, como el ave fénix, para arrojar también ellas sus venenos.

Los otros alumnos que dormían en la habitación conmigo se despertaban a menudo durante la noche con mis gritos, y me hablaban de mis extraños e incoherentes relatos sobre el infierno y los condenados. El viejo *custode* vio con espanto, una mañana, que me incorporaba en la cama con los ojos abiertos, aunque seguía dormido, nombraba a Lucifer y combatía contra él hasta que me dejaba caer de nuevo en el lecho, exhausto.

Era opinión general que yo sufría acometidas del maligno; purificaron mi cama con agua bendita, me recomendaron rezar cierta oración con recogimiento antes de dormir; pero nada podía resultar más perjudicial para mi recuperación, precisamente, que aquella forma de proceder conmigo, pues hacía que mi sangre se agitara aún más y yo mismo me viera sometido a una tensión aún más angustiada, pues sabía perfectamente el motivo de todo y me daba cuenta de que estaba desvelando mi secreto. Finalmente llegué a un punto de transición, salí de la tormenta y hallé algo así como un mar encalmado.

Entre todos los colegas no había ninguno superior, por cabeza o cuna, a Bernardo, al más que feliz Bernardo. Su broma cotidiana consistía en cabalgar sobre un alero del tejado, por encima del cuarto piso, y guardar el equilibrio sobre una tabla colocada entre las dos ventanas esquineras del último piso. Existía la creencia de que todos los trastornos que experimentaba nuestro Estado Escolar se debían a él, y por regla general era así, efectivamente. Intentaban hacernos a todos nosotros, y al edificio entero, partícipes del silencio y la placidez del convento, pero Bernardo hacía de duende travieso, aunque sus intenciones no fueran nunca perversas, pues sólo en sus tratos con el pedante Habbas Dahdah llegaba a aproximarse a ese punto, lo que hacía que la relación entre ambos fuera siempre bastante tensa; pero a Bernardo no le causaba temor alguno: era sobrino del senador de Roma^[32], poseía grandes riquezas y un espléndido porvenir, «pues la fortuna», decía Habbas Dahdah, «arroja sus perlas a los alcornocos y pasa de largo ante los erguidos pinos».

Bernardo tenía una opinión firme sobre todas las cosas, y cuando no conseguía imponerla entre sus camaradas mediante la palabra, siempre podía recurrir a las manos, a fin de incrustarles en los lomos sus espléndidas ideas; de modo que siempre era él quien mandaba. Totalmente diferentes como éramos en nuestra respectiva forma de ser, entre él y yo reinó siempre una magnífica relación. Claro que yo era

siempre el subordinado, pero incluso esta situación le proporcionaba motivo suficiente para embromarme.

—¡Antonio! —me decía—. Te daría una paliza si supiera que eso te iba a volver aunque sólo fuera un poquitín loco. ¡Ojalá demostraras carácter por una vez! ¡Si me dieras un puñetazo en la cara cuando te estoy tomando el pelo, sería tu amigo más incondicional, pero ya he perdido todas las esperanzas contigo!

Una mañana que estábamos los dos solos en el salón, se sentó en la mesa delante de mí, me miró sonriente a los ojos y dijo:

—¡Pero si tú eres mucho más bribón que yo! ¡Eres un actor estupendo! En casos como este le dan la vuelta a la cama y ahúman bien a la persona, para dejarlo todo bien limpio. ¿Te crees que no lo sé? ¡Estás leyendo la *Commedia* de Dante!

Me quedé rojo como la sangre y le pregunté si era capaz de reprocharme algo así.

—Pero si esta noche misma me describiste al demonio tal como se pinta en la *Divina Commedia*. ¿Te cuento la historia? Tú tienes mucha fantasía, desde luego, y sabes disfrutar de esas descripciones. En el infierno no hay solamente mares de fuego y ciénagas pestíferas, como sabes perfectamente por Dante, sino que también hay grandes estanques congelados, y allí hay almas en perenne estado de congelación; más allá de éstas, se llega al más profundo de todos los abismos, donde están los que han traicionado a sus bienhechores, y donde está también Lucifer, como traidor a Dios, que es nuestro máximo bienhechor. Está enterrado en el hielo hasta el pecho, abiertas las fauces de las que cuelgan Bruto y Casio; Judas Iscariote tiene la cabeza metida en las fauces, mientras el horrible Lucifer agita sus inmensas alas de murciélago. Ya ves, hijo mío, una vez que se ha visto a ese tipo, no se le olvida tan fácilmente. Yo lo conocí en el infierno de Dante y tú lo describiste con pelos y señales esta noche, en sueños; entonces te lo dije igual que ahora: ¡Has leído a Dante! Pero entonces fuiste más sincero que ahora, me hiciste callar y mencionaste a nuestro estimado Habbas Dahdah. ¡Reconócelo también ahora que estás despierto! ¡No tengo intención alguna de desvelar tu secreto! ¡Por fin haces algo que valga la pena! Bueno, desde luego, siempre he tenido esperanzas de que un día lo hicieras. Pero ¿dónde conseguiste el libro? Podrías habérmelo pedido a mí; yo lo compré el primer día: como Habbas Dahdah decía pestes de él, me di perfecta cuenta de que valía la pena leerlo. Daba un poco de susto al principio por lo grueso que es, pero lo compré para fastidiarlo a él, y ya es la tercera vez que lo leo. ¿No es espléndido el infierno? ¿Adónde crees que irá Habbas Dahdah? ¡Le vendría bien el infierno caliente, pero tampoco le vendría mal el frío!

Mi secreto había sido descubierto, pero podía confiar en el silencio de Bernardo. Entre nosotros se creó una relación de mayor confianza todavía; nuestras conversaciones, cuando estábamos solos, giraban en torno a la *Divina Commedia*; esta obra me llenaba y entusiasmaba, y ahora podía expresar lo que ocupaba mi alma y mis pensamientos: Dante y su obra inmortal se convirtieron así en el primer poema que yo garrapateaba en el papel.

Aquella edición de la *Divina Commedia* incluía una biografía, ciertamente un simple esbozo, pero suficiente para permitirme construir un cuadro propio de la vida de Dante. Yo cantaba, en Beatrice y él, el puro amor espiritual, esbozaba su sufrimiento en la lucha entre Negros y Blancos en Florencia, el difícil peregrinaje del exilio hasta más allá de las montañas, y su muerte entre extranjeros. Con ardor expresé la huida del alma liberada, que va dejando su sombra sobre la tierra y las profundidades: todo estaba tomado a grandes rasgos de su inmortal poema. El purgatorio que él mismo había cantado volvía a abrirse; la palma ostentaba espléndidos frutos en sus ramas combadas, húmedas por el salpicar de una cascada que murmuraba sin fin. Iba en la barca en la que el ángel utilizaba como velas sus enormes alas blancas, mientras los montes a su alrededor se estremecían al ascender el alma purificada hacia el paraíso, donde el sol y los ángeles todos, como un espejo, reflejaban los rayos que llegaban hasta ellos desde el eterno Dios, donde todo era éxtasis; el más bajo de los peldaños, al igual que el más alto, parecían igualmente grandes pues que todo corazón podía albergarlo.

Bernardo escuchó mi poema y le pareció magistral.

—Antonio —me dijo—. ¡Tienes que presentarlo en el festival! ¡Enfadará sin duda a Habbas Dahdah! ¡Es magnífico! ¡Sí, eso es lo que deberás presentar, ninguna otra cosa!

Negué con un gesto.

—¿Qué? —exclamó escandalizado—. ¿Qué no quieres? ¡Pues lo haré yo! ¡Lo torturaré con el inmortal Dante! ¡Pero algo así escapa a mis fuerzas! ¿No te gustaría desprenderte de tus bellas plumas para herir a la grajilla? ¡Eres demasiado complaciente, aunque ese es un hermoso rasgo de tu personalidad! ¿Me dirás que sí?

Cuánto me habría gustado complacerle, con qué gusto habría gastado semejante burla; así que no eran precisos muchos argumentos para convencerme.

Por entonces, era costumbre en la escuela de los jesuitas, igual que sucede ahora en el *Collegium de propaganda fide* en la Piazza di Spagna, que el 13 de enero, *in onore dei sancti re magi*, los alumnos, en su mayor parte, interviniesen como declamadores, cada uno con un poema en alguna de las diferentes lenguas que allí se practicaban o que habían recibido en su nacimiento y su hogar; nosotros mismos podíamos elegir el tema, y la composición era sometida a la censura de nuestros maestros y luego se nos devolvía corregida.

—Y usted, Bernardo —dijo Habbas Dahdah el día en que habíamos de presentar nuestros temas—. Usted, Bernardo, ¿no ha elegido nada? ¡Usted no pertenece a la estirpe de las aves canoras, podemos pasar de usted!

—Oh, no —fue la respuesta—. Esta vez sí que me atreveré. He pensado en cantar a uno de los poetas. Claro que no al más grande de ellos, ciertamente, aún no tengo valor para tal cosa, pero he pensado en uno de los menores, en Dante.

—¡Ay, ay, ay! —respondió Habbas Dahdah—. ¡Pero si quiere intervenir, y nada menos que con Dante! ¡Será una obra maestra! ¡Eso tengo que oírlo! Pero como

asistirán todos los cardenales y viajeros del mundo entero, lo mejor será dejar la broma para los carnavales —y siguió sin prestarle mayor atención, pero Bernardo no se dejó ningunear de semejante forma y solicitó la autorización a los otros profesores. Ahora tenía cada uno su tema, pues yo opté por la belleza de Italia.

Desde luego, habría que trabajar muy duro, pero no había métodos sencillos para derrotar a Habbas Dahdah y hacer surgir en su rostro tormentoso una especie de sol, dándole el poema para que lo repasara, y pidiéndole consejo y ayuda. Por regla general solía rehacer el poema entero, remendando y zurciendo aquí y allá, para que siguiera siendo como antes, pero distinto; si se daba el caso de que algún forastero alababa el poema, siempre podía decir que, claro, tenía un toque de su propia sabiduría, que él había sabido pulir lo más grosero, etc., etc.

No tuvo ocasión de ver mi poema sobre Dante, que Bernardo presentaría como suyo propio.

Por fin llegó el día. Desde todas partes llegaban los carruajes hasta el portón; los viejos cardenales con sus rojas capas de larga cola entraban y tomaban asiento en los adornados butacones. Se distribuyeron carteles con nuestros nombres y las lenguas en las que leería su poema cada uno de nosotros. Habbas Dahdah pronunció el discurso de apertura y a continuación fueron llegando poemas en siriaco, caldeo, copto, incluso en sánscrito, en inglés y otras lenguas extrañas, y cuanto más exótico y raro sonaba un idioma, tanto mayor era la ovación, y bravos y aplausos se alzaban entre cordialísimas risas.

Con corazón palpitante subí al estrado y recité las pocas estrofas dedicadas a mi Italia. Repetidos gritos de «¡bravo!» me saludaron desde la audiencia entera, los ancianos cardenales me dedicaron su ovación y Habbas Dahdah sonrió con toda la amabilidad de que era capaz, moviendo la corona entre sus manos, con aire profético, pues entre los de lengua italiana solamente quedaba Bernardo, y no podía esperarse que el poema inglés que se presentaría tras él pudiera ganar laurel alguno. Y Bernardo ocupó el estrado. Mis ojos y mis oídos lo siguieron intranquilos. Con audacia y orgullo recitó mi poema sobre Dante; un profundo silencio se hizo en la sala. Todos parecían impresionados por la extraña fuerza que desprendía. Y aunque, naturalmente, yo conocía cada una de las palabras que en él había, a mis oídos sonaba como el canto del poeta que ha alcanzado las alas de la música. Su final fue recibido con la más unánime ovación. Los cardenales se pusieron en pie. Era como si todo hubiese concluido, la corona era de Bernardo; sólo por guardar las formas se escuchó el siguiente poema, que también recibió sus aplausos, pero al momento volvieron todos al entusiasmo por el poema sobre Dante.

Mis mejillas ardían como el fuego, mi pecho se ensanchaba, sentía una infinita felicidad sin nombre, mi alma entera absorbía el incienso que ofrecían a Bernardo; lo miré, estaba totalmente distinto a como lo había visto siempre; pálido como un cadáver, la mirada clavada en el suelo, parecía un delincuente; él, que siempre miraba a todos directamente a los ojos. Habbas Dahdah tenía un aspecto no muy diferente, y

parecía arder en deseos de destrozar la corona; pero uno de los cardenales la cogió y la puso sobre las sienes de Bernardo, quien hincó la rodilla mientras se cubría el rostro con las manos. Concluida la fiesta, fui en busca de Bernardo.

—¡Mañana! —dijo soltándose de mi abrazo.

Al día siguiente me percaté de que me evitaba, lo que me entristeció, pues mi corazón sentía gran apego por él, necesitaba un alma compañera en este mundo y lo había elegido a él.

Pasaron dos días; y entonces se colgó de mi pecho, me apretó la mano y dijo:

—¡Antonio! He de hablar contigo, no puedo seguir callándolo. Cuando colocaron la corona sobre mi cabeza la sentí como si fuera de miles de espinas. ¡La gloria la sentí como burla! ¡Era a ti a quien se debía aquel honor! Vi la alegría en tus ojos, y ¿puedes imaginarlo? ¡Te odié! Sí, ya no eres para mí como antes, es un sentimiento perverso por el que solicito tu perdón, pero hemos de separarnos, este no es mi hogar. ¡Quiero irme! No quiero convertirme el año que viene en objeto de burla de todos, cuando descubran que ya no tengo las robadas alas. Mi tío se encargará de mí, se lo he contado todo. Siento una acritud hacia ti que me duele, me duele hasta lo más hondo del alma. Sólo podremos seguir siendo amigos en una relación nueva. ¡Y lo seguiremos siendo, prométemelo, Antonio!

—Eres injusto conmigo —le respondí—, e injusto contigo mismo. No pensemos más en ese estúpido poema, olvidemos toda esta historia. Dame la mano, Bernardo, y no me apenes con tus absurdas palabras.

—¡Seremos siempre amigos! —dijo, y se marchó. No volvió al dormitorio hasta muy tarde, y a la mañana siguiente se supo que abandonaba el colegio para seguir un camino nuevo.

—¡Pasó como una estrella fugaz! —dijo irónico Habbas Dahdah—. Desapareció nada más mostrar su resplandor. Todo ha sido una chiquillada, incluyendo el poema. Lo he guardado yo, porque un tesoro semejante no puede perderse. ¡Virgen Santa! ¡Si se mira en detalle, lo que se ve!... ¡Y a eso llaman poesía! Se mire por donde se mire, carece de forma o figura; al principio creí que sería un jarrón, luego una copa francesa de vino o un bisturí, pero cuantas más vueltas le daba, más claramente se iba poniendo de manifiesto que es una forma sin significado ninguno. ¡En tres lugares tiene un pie de más, asoman hiatos espantosos! Y veinticinco veces aparece la palabra *divina*, como si el poema se volviese divino a base de repetir la palabra. ¡Sentimientos y más sentimientos! No es eso lo que convierte a alguien en poeta, en absoluto. ¡Ni toda esa historia de la fantasía, ahora estamos aquí, luego estamos allí! Tampoco es el pensamiento lo importante, qué va, es la ponderación, la ponderación áurea. El poeta no debe dejarse arrastrar por su tema. Ha de ser frío, frío como el hielo, ha de despedazar al hijo de su corazón y analizar cada una de sus partes: sólo entonces surge una auténtica obra de arte. ¡No con ese ímpetu y sensiblerías por el estilo! ¡Y le dieron la corona a un tipo así! ¡Palos es lo que habría que haberle dado, por sus errores históricos, por sus hiatos, por su falta de toda ponderación! ¡He

acabado por enfadarme! ¡Y mi constitución no lo permite!... ¡Ese asqueroso Bernardo!

Este fue, poco más o menos, el encomio de Habbas Dahdah^[33].

VIII

Un encuentro desagradable y otro agradable. La pequeña abadesa. El anciano judío

Todos echábamos de menos al salvaje y exagerado Bernardo, y nadie lo añoraba más que yo; tenía la sensación de que se había creado un vacío a nuestro alrededor; mis libros no me satisfacían, en mi alma resonaban disonancias que ni yo mismo era capaz de solucionar, solamente la música me aportaba armonía por un instante; tan sólo en el mundo de las notas comenzaron mi alma y mi entero afán a hallar alguna claridad, aquí encontraba más de lo que ningún poeta, incluido Dante, era capaz de expresar, aquí no sólo el sentimiento se llenaba de felices imágenes, también el oído, esa parte tan veraz de nuestro cuerpo, absorbía con ellas su feliz existencia. Cada tarde, ante la imagen de la Madonna que había en la pared, las voces infantiles me cantaban el recuerdo de mi propia infancia, que resonaba como una canción de cuna desde la melancólica gaita, pues volvía a oír en ellas la monótona salmodia del cortejo fúnebre que acompañó al ataúd de mi madre. Empecé a pensar en lo ya pasado y en lo que estaba aún por venir; con el ánimo extrañamente sobrecogido sentía en mi corazón lo que me veía capaz de cantar, viejas melodías sonaban en mis oídos y hacían brotar las palabras hasta que llegaban a mis labios, incluso con fuerza excesiva, pues llegué a molestar a Habbas Dahdah, que estaba a varias habitaciones de distancia, y me mandó decir que aquel lugar no era un teatro de la ópera ni una escuela de canto, que los únicos trémolos que podía haber en la escuela de los jesuitas eran los que entonaban loas a la Madonna. Silencioso apoyé la cabeza contra el cristal de la ventana, mi mirada vuelta hacia el jardín, y la mente hacia mí mismo.

—¡*Felicissima notte*, Antonio^[34]! —llegó hasta mis oídos. Un precioso, orgulloso corcel hacía cabriolas ante la ventana y se alejaba luego con su orgulloso jinete. Era un oficial del Papa; con juvenil agilidad se alzaba en el caballo, saludando una y otra vez hasta perderse de vista, pero yo había conseguido reconocerlo: ¡era Bernardo, el alegre Bernardo! ¡Qué diferentes, su vida y la mía! No, mejor no pensar en ello, me calé el sombrero hasta las cejas y, como acosado por un espíritu maligno, me alejé hacia donde quisiera llevarme el viento. Ni se me pasó por la cabeza que existía una ley por la cual el colegial de una escuela jesuítica, de la Propaganda de la Fe o de cualquier otra institución de los Estados Papales, debía ser acompañado por un discípulo mayor o de igual edad, y que no podía ausentarse sin permiso especial. Nunca se me había grabado en la memoria una ley tan estúpida. Así que no pensaba que mi libertad estuviera limitada, y me escapé tranquilamente. El viejo *custode* pensó que tendría permiso para ausentarme.

El Corso estaba rebosante de carruajes, una fila de coches ocupados por romanos

y forasteros iba subiendo por él, y otra bajaba; daban su paseo vespertino; la gente formaba corros ante los grabados expuestos en las galerías de arte y los mendigos buscaban el mejor lugar para conseguir un chelín; se hacía difícil avanzar sin meterse entre los coches; yo había acabado de pasar, precisamente, cuando una mano me sujetó por la chaqueta y oí una fea voz, bien conocida, que me susurraba: «¡*Buon giorno*, Antonio!»; miré hacia abajo: allí estaba mi tío, el feo Peppo, con sus inútiles piernas dobladas a los lados, e instalado sobre la tabla de madera. Hacía años que no coincidíamos a tan escasa distancia; siempre había conseguido esquivarlo dando rodeos en vez de pasar por la escalinata de España en la que se instalaba, y si tenía que pasar delante de él en alguna procesión, acompañado por mis compañeros, hacía todo lo posible por ocultar el rostro.

—¡Antonio! ¡Sangre de mi sangre! —dijo, agarrándome por la levita—. ¿Es que ya no conoces al hermano de tu madre, al pobre Peppo? Cada vez que pienses en San José^[35] recordarás mi nombre. ¡Ya eres grande y viril!

—¡Suéltame! —grité, pues la gente a nuestro alrededor estaba mirándonos.

—¡Antonio! —dijo—. ¿Te acuerdas de cuando fuimos los dos montados en el burrito? ¡Mi querido niño! Ahora cabalgas en mejores monturas y no quieres reconocer a tu pobre tío. Nunca vienes a verme a la escalinata. Pero en otro tiempo me besaste la mano y dormiste en mi mísera paja. ¡No seas tan ingrato, Antonio...!

—¡Suéltame de una vez! —grité, arranqué de sus manos mi levita, me metí entre los coches que se cruzaban, y entré en una callejuela; mi corazón palpitaba de miedo, de... cómo llamarlo, orgullo herido: me sentía humillado ante todas las personas que nos habían visto; pero aquel sentimiento dominó solamente unos instantes, y entonces despertó otro, mucho más amargo. Todas las palabras que me había dicho eran ciertas, yo era ciertamente el único hijo de su hermana. Me di cuenta de la crueldad de mi conducta, me avergoncé ante Dios y ante mí mismo, la vergüenza ardía en mi corazón como si de fuego se tratase; si hubiese estado solo con Peppo habría besado sus horribles manos y le habría pedido perdón. Me sentí conmovido en lo más hondo.

Sonaron las campanadas del Avemaría en la iglesia de San Agustín; mi pecado pesaba en mi alma, y entré a implorar el perdón de la madre de Dios. Bajo las altas bóvedas, todo estaba oscuro y vacío, los cirios de los altares ardían despacio y con luz mate, sin rayos, como los fuegos fatuos en la noche, cuando sopla el húmedo siroco. Mi alma bebió consuelo y perdón.

—¡*Signore* Antonio! —dijo una voz, justo a mi lado—. ¡Están aquí *Sua Eccellenza* y la bella *Signora*! Han venido desde Florencia, y han traído a su angelito del cielo. ¿No quiere pasar a visitarlos y saludarlos?

Era la anciana Fenella, la mujer del portero del Palazzo Borghese. Mi bienhechora estaba allí con su marido y su hijo, no los había visto desde hacía varios años. Mi alma se llenó de gozo, eché a correr y, al poco, sus queridos y amables rostros me dieron la bienvenida.

Fabiani se mostró amable e indulgente, Francesca dejó traslucir maternal alegría;

hizo que me trajeran a su hija Flaminia, una niña preciosa de ojos increíblemente claros; enseguida puso la boquita para darme un beso, se vino conmigo encantada y durante dos minutos fuimos viejos amigos. Dejó que la tomara en mis brazos y rió de alegría cuando me puse a bailar con ella por la sala cantando mis alegres canciones de otros tiempos.

—¡No vayas a convertir a mi pequeña abadesa en una niña del mundo^[36]! —dijo Fabiani sonriendo—. ¿No ves que ya lleva el símbolo de su dignidad? —y me indicó una crucecita de plata que colgaba de una cadenita sobre su pecho y en la que se veía al Redentor en el madero—. Se la ha regalado el Santo Padre, ya lleva junto a su corazón al novio de su alma.

En la felicidad de su amor habían prometido a la iglesia entregarle su primer hijo, y el Papa regaló a la criatura el sagrado símbolo cuando aún estaba en la cuna; como descendiente de la poderosa familia de los Borghese, tenía reservado para ella el lugar de honor en los conventos de monjas de Roma, por lo que todos quienes la rodeaban la llamaban ya por su nombre de honor: la pequeña abadesa. Todo cuento, todo juguete, iba destinado a proporcionarle una idea del mundo para el que realmente existía, para la felicidad que la esperaba.

Me mostró su Niño Jesús, sus monjitas vestidas de blanco que iban a misa todos los días, las colocaba en filas sobre la mesa como le había enseñado su nodriza y me explicaba lo bien que cantaban y recibían al precioso Niño Jesús. Yo le dibujaba alegres campesinos que bailaban, ataviados con sus largos trajes de lana, en torno al tritón de piedra, polichinelas sentados unos en las jorobas de otros, y aquellas nuevas estampas divertían enormemente a la pequeña. Las besó muchas veces, pero con tanta insistencia las rompió que tuve que estar haciendo nuevos dibujos hasta que nos separamos, pues la nodriza llamó a la pequeña abadesa porque ya era hora de irse a la cama, había pasado la hora en que habitualmente estaba ya dormida.

Fabiani y Francesca me preguntaron por el Colegio de los Jesuitas, por mi salud y mi estado de ánimo, prometieron que siempre serían buenos conmigo y me desearon la mejor de las suertes.

—Podemos vernos todos los días —dijo ella—. Ven siempre que te apetezca, mientras estamos aquí.

También me preguntó por la anciana Domenica, que seguía en el campo, y le conté lo feliz que era cuando iba a verla aunque sólo fuera una sola vez, en otoño o primavera, cómo me asaba castañas y parecía rejuvenecer hablando de los días en que vivíamos juntos; y todas las veces volvía a mostrarme el rinconcito en que dormía yo, y los dibujos que había hecho, y que ella conservaba junto a su corona de rosas benditas y el viejo misal.

—Qué divertidas reverencias hace —dijo Francesca a Fabiani cuando los saludé como despedida—. Es estupendo educar el espíritu, pero tampoco hay que dejar de lado al cuerpo, también tiene su importancia en este mundo. Pero todo llegará, ¿verdad, Antonio? —y con una sonrisa en los labios me ofreció su mano para que la

besara.

Sólo quedaban unas horas para la noche cerrada cuando salí a la calle para volver al colegio, pero todo estaba ya oscuro como boca de lobo. Por entonces aún no se utilizaban lámparas en Roma: como es sabido, son cosa de estos últimos decenios; la lámpara que había ante la imagen de la Madonna era la única luz en las serpenteantes y angostas callejas. Había que andar con cuidado para no tropezar, de modo que avanzaba con lentitud, con la mente ocupada con los sucesos de aquella tarde.

Según iba caminando, mi mano tropezó con un objeto.

—¡Demonios! —exclamó una voz conocida—. No me saques los ojos, porque si lo haces veré aún menos.

—¡Bernardo! —exclamé yo, feliz—. ¡Por fin nos encontramos!

—¡Antonio, mi querido Antonio! —gritó cogiéndome por el brazo—. ¡Vaya si estás alegre! ¿De dónde vienes? ¿Alguna aventurita? No esperaba de ti una cosa así. Pero vas a oscuras. ¿Dónde está tu carabina, tu cicerón, o como llames tú a tu fiel acompañante?

—Estoy solo —dije.

—¡Solo! —repitió él—. Si en el fondo es que eres un tipo osado. Deberías entrar en la guardia papal, a lo mejor podríamos ponerte derecho, por fin.

Le conté en pocas palabras la llegada de *Sua Eccellenza* y la *Signora*, y le expresé mi alegría por nuestro encuentro. Su alegría no era menor que la mía, ni siquiera pensamos en la oscuridad y caminamos lentamente sin pensar hacia dónde, ni por dónde.

—Pues mira, Antonio —dijo—. Sólo ahora he comprendido lo que es la vida. ¡Tú no tienes ni idea! Es demasiado divertida como para dejarla de lado y sentarse en el duro pupitre a escuchar las torpes peroratas de Habbas Dahdah. Sé hacer cabriolas con mi caballo, ¿me viste antes? Y las bellas *signore* dirigen hacia mí sus miradas, ¡y vaya si son ardientes! Y es que soy un tipo de lo más apuesto, y el uniforme me sienta muy bien. Vaya oscuridad que hay aquí. Ni siquiera puedes verme bien. Mis nuevos camaradas me lo enseñan todo, no se limitan a chupar pupitre, como vosotros. Vaciamos nuestras copas en honor de los Estados Pontificios, pero también tenemos nuestras aventurillas, aunque tu santidad no querrá saber nada de ellas. ¡Pero qué malo eres! Fíjate, Antonio, en estos pocos meses he adquirido la experiencia de diez años. Ahora sí que soy consciente de mi juventud, me arde en la sangre, se arremolina en mi corazón y la disfruto, la disfruto a grandes tragos mientras mis labios siguen ardiendo, y noto una sed insaciable.

—Tus compañías no son buenas, Bernardo —dije yo.

—¡Que no son buenas! —exclamó él—. ¡No me vengas con sermones! ¿Qué tienes en contra de mis amigos? Mis camaradas son auténticos romanos, de la más pura sangre patricia. Somos la guardia de honor del Santo Padre, su bendición limpia nuestros pecadillos. Durante los primeros días, recién salido del colegio, yo también tenía esas preocupaciones conventuales, pero fui suficientemente listo para evitar que

mis nuevos camaradas las notaran, hice lo mismo que ellos, la totalidad de mi verdadero Yo temblaba de alegría de vivir y satisfice ese fuerte impulso. Pero también sentí una voz fea y perversa dentro de mí, era la disciplina conventual y las últimas migajas de la niñez, que me decían: ¡Ya no eres inocente como un niño! Desde que empecé a reírme de esa voz, lo comprendo todo mucho mejor. Soy un hombre, el niño ya no existe. Era el que lloraba, el que renunciaba a sus propios deseos... Pero estamos en frente de Chiavica, la mejor *osteria*, donde se reúnen los artistas; ven conmigo, beberemos a la salud de nuestro encuentro. ¡Ven! ¡El lugar es muy divertido!

—¡Pero en qué estás pensando! —repuse—. ¡Si en el colegio se enteran de que he estado ahí con un oficial de la guardia papal!

—¡Ay, sí, qué cosa tan terrible! Beber un vaso de vino y oír a los artistas extranjeros cantar sus melodías en su propia lengua, alemán, francés, inglés y Dios sabe qué idiomas más. ¡Ya verás lo divertido que es!

—Lo que es adecuado para ti es ilegal para mí, no intentes convencerme y... —me interrumpí al oír risas y bravos que llegaban de la callejuela vecina, prefería continuar nuestra conversación en otro sitio—. ¡Allí hay mucha gente! ¿Qué pasará? Creo que hay una función delante justo de la imagen de la Madonna —y lo arrastré conmigo hacia allá.

Hombres y muchachos de la más baja clase habían cerrado la calle; formaban una especie de círculo en torno a un viejo judío al que, por lo que oímos, querían obligar a saltar sobre un palo sostenido por uno de los hombres, si quería salir de la calle.

Sabido es que en Roma, la primera ciudad de la Cristiandad, los judíos sólo están autorizados a vivir en el barrio de la ciudad que les está asignado, el angosto y sucio gueto; cada noche se cierra el portón y los soldados montan guardia para que nadie pueda salir ni entrar a escondidas. Una vez al año, los más ancianos han de ir hasta el Capitolio a pedir permiso, hincados de rodillas, para permanecer un año más en Roma, ofreciéndose a pagar los gastos de las carreras de carnaval y prometiendo que todos, una vez al año, en el día estipulado para ello, irían a una iglesia católica a escuchar la prédica de la conversión.

El anciano al que allí veíamos había pasado solo por la calle donde se entretenían los muchachos mientras los adultos jugaban a la morra.

—¡Mirad ese judío! —gritó uno, y empezaron a burlarse del anciano; y como éste, sin decir nada, intentó seguir su camino, cerraron la calle. Uno de los hombres, un individuo grueso y de anchos hombros, sacó un largo bastón y gritó:

—¡Venga, judío, arriba esas piernas! El gueto está cerrado, esta noche no entras. ¡Enséñanos lo que tienes en las piernas!

—¡Salta, judío! —chillaron los muchachos—. ¡El Dios de Abraham te ayudará, seguro!

—¿Qué mal os he hecho? —dijo él—. Dejad a este pobre anciano seguir su camino, no hagáis chanza de sus canas ante la Señora a la que pedís gracia —y señaló

con el dedo la imagen de la Madonna.

—¿Te crees tú que la Madonna se va a preocupar de un judío? ¡Salta, perro! —y se acercó más a él, y los muchachos estrecharon el círculo.

En ese momento, Bernardo avanzó de un salto, empujó a un lado al más cercano, arrancó el bastón de las manos del hombre, blandió su sable por encima de la cabeza y el bastón delante del hombre al que se lo había arrebatado, y gritó con fuerte voz varonil:

—¡Salta tú, o te corto la cabeza! ¡Sin tardanza! ¡Por todos los santos, que te rajaré la frente si no saltas!

El hombre parecía atónito, en medio de la muchedumbre asombrada. Las atronadoras palabras, el sable desenvainado y el uniforme de oficial del Papa, todo lo tenía como electrizado y, sin pronunciar una sola palabra, dio un salto sobre el bastón que un momento antes había sostenido ante el pobre judío. Toda la concurrencia estaba igual de atónita, nadie se atrevió a pronunciar una sola palabra, se limitaban a contemplar en petrificado silencio lo que sucedía. El hombre no había hecho más que saltar, cuando Bernardo lo agarró por los hombros y le dio un golpe en la mejilla con la hoja de la espada.

—¡Bravo, perro! ¡Muy bien! Repítelo y creeré que ya sabes hacer el perro perfectamente.

El hombre tuvo que saltar y la concurrencia, que se había pasado al lado divertido del asunto, aplaudió y gritó bravo.

—¿Adónde vas, judío? —preguntó Bernardo—. Venga, te acompañaré —pero ya se había ido. Nadie respondió.

—Vámonos —dije cuando habíamos salido de entre aquella turbamulta—. Venga, que digan lo que quieran, beberé un frasco de vino contigo. ¡Beberé a tu salud! Seguiremos siendo amigos para siempre, pase lo que pase en nuestras vidas.

—¡Estás loco, Antonio! —respondió—. Y, en el fondo, yo también, por haberme enfadado con ese patán. Me parece que por una temporada no hará saltar a nadie más.

Entramos en la hostería, ninguno de cuyos alegres clientes nos prestó la menor atención. En un rincón había una mesita; allá hicimos llevar una folleta de vino y chocamos nuestros vasos por nuestro feliz encuentro y nuestra amistad eterna; luego nos despedimos. Yo fui al colegio de los jesuitas, donde el viejo *custode*, mi protector, me abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, de forma que nadie se dio cuenta, y al poco dormí soñando con las muchas aventuras de aquella tarde.

IX

La muchacha judía

Más tarde me sentí angustiado al pensar que había pasado la tarde fuera y que incluso había estado bebiendo con Bernardo en una hostería, pero el caso no tuvo consecuencias negativas, había tenido suerte: nadie me había echado en falta, o bien, como el viejo *custode*, pensaron que disponía de permiso; lo cierto es que se me consideraba una persona de lo más tranquila y consciente. Los días discurrían apacibles y se convertían en semanas; estudiaba con aplicación y de vez en cuando visitaba a mi noble bienhechora, lo que representaba mi mayor placer; su pequeña abadesa me resultaba de día en día más y más querida; llevaba a la niña dibujos que había hecho yo mismo de pequeño, pero en cuanto jugaba con ellos unos momentos, los dejaba desparramados en pedazos por el suelo; yo recogía los pedazos y los guardaba.

Por entonces estaba leyendo a Virgilio; el sexto libro, donde la sibila de Cumas conduce a Eneas hasta el Averno, me interesó mucho por su relación con Dante; pensé entonces en mi poema, y ese pensamiento me condujo a Bernardo, a quien no había vuelto a ver en bastante tiempo; lo echaba mucho de menos. Era precisamente uno de los días de la semana en que estaban abiertas las galerías vaticanas; pedí permiso de salida para ver los espléndidos dioses de mármol y los magníficos cuadros, aunque lo que realmente deseaba era encontrar a mi querido Bernardo.

Me encontraba ya en la gran arquería abierta donde se halla el más bello busto de Rafael, y donde el techo entero es la Biblia en espléndidas pinturas, esbozadas por el gran maestro y realizadas por sus alumnos. Los extraños arabescos de las paredes, la legión de ángeles, que aparecen arrodillados y volando con sus grandes alas hacia la eternidad, no eran nuevos para mí; sin embargo, permanecí allí un largo rato contemplándolos, aunque en realidad esperaba que una feliz casualidad trajera a Bernardo entre las salas. Me apoyé contra la cancela y contemplé la preciosa formación montañosa, las orgullosas ondulaciones de la campiña, con un ojo puesto al mismo tiempo en la guardia vaticana, por si se trataba de Bernardo, cada vez que se oía chirriar un sable contra las losas de piedra. Pero no apareció.

Inútilmente paseé por las estancias, visité el Grupo del Nilo y el Laocoonte, pero lo que veía no acababa de satisfacerme y acabé poniéndome de mal humor; pues no había manera de encontrar a Bernardo; de ahí que el camino de vuelta me pareciese tan interesante como el Torso o el espléndido Antínoo.

Surgió entonces una figura grácil con penacho y espuelas que resonaban en el pasillo, y la seguí: era Bernardo; su alegría no fue menor que la mía, e insistió en que lo acompañara, pues tenía miles de cosas que contarme, según dijo:

—No sabes lo que he sufrido y lo que sigo sufriendo. ¡Tendrás que ser mi

médico! Sólo tú puedes ayudarme con tus yerbas mágicas —y me condujo a través de la gran sala donde montaban guardia los suizos del Papa, y hasta la gran estancia dispuesta para los oficiales.

—¿No estarás enfermo? —pregunté—. ¡Imposible! ¡Tus ojos y tus mejillas tienen un color estupendo!

—¡Color, color! De fuego, porque ardo de la cabeza a los pies. Pero ahora todo está bien. Tú eres mi estrella de la felicidad, traes estupendas aventuras y buenas ideas, ¡tienes que ayudarme! Pero siéntate. No tienes ni idea de todo lo sucedido desde la última vez que nos vimos; te lo confiaré todo, pues eres un amigo fiel, y podrás participar de la aventura.

No me permitió hablar, tuve que limitarme a escuchar lo que tan emocionado lo tenía.

—¿Recuerdas al judío? —preguntó—. El anciano judío al que los muchachos intentaban obligar a saltar, y que salió corriendo sin dar las gracias por mi caballerosa ayuda, ¿recuerdas? No me olvidé de él ni de la historia. Pocos días después paso por la puerta del gueto; no me fijé hasta que el soldado que estaba de centinela en la puerta me presentó armas, porque yo soy de éstos con elevada graduación; respondo a su saludo y veo allí mismo, al otro lado de la puerta, un grupito delicioso de niñas de ojos negros, de raza judía, e imagínate, me dieron ganas de pasear por aquellas estrechas y sucias callejas. Allí dentro hay hasta una sinagoga, las casas pegadas unas a otras y hacia el cielo, en todas las ventanas ponía: *Bereshit bara Elohim*^[37]! Estaban todos apiñados, como cuando cruzaron el Mar Rojo. Alrededor colgaban ropas viejas, paraguas y todas esas cosas que se guardan en los trasteros; caminaba evitando chatarras, carteles y barro natural, y además había un chillerío y un griterío invitándome a comerciar, comprar o vender, que apenas me dejaban tiempo ni para mirar a un par de muchachitas de ojos negros que me sonreían desde las puertas. Menudo paseo, créeme, Dante habría debido describirlo. De repente se me viene encima un anciano judío, se inclina ante mí como si yo fuera el Santo Padre. «¡*Eccellenza!*», me dice; «mi noble bienhechor, salvador de mi vida, bendita sea la hora en que puedo saludarlo; no piense que el anciano Hanoch es un desagradecido» y muchas cosas más que no entendí ni tampoco recuerdo; en ese momento lo reconocí, era el viejo hebreo al que querían hacer saltar. «Aquí está mi pobre casa, pero mi umbral es demasiado bajo para que usted pueda entrar por él», y me besó las manos y las faldas de la levita; intenté marcharme, pues toda la vecindad se dedicaba a observarnos, pero miré casualmente la casa y vi la más preciosa cabecita que haya visto nunca, una Venus de mármol con sangre caliente en las mejillas y unos ojos como los de una hija de Arabia... así que ya ves, seguí al judío que me había invitado a su casa. Ciertamente, la entrada era sombría y estrecha, como si se tratase del acceso a la tumba de los Escipiones, y la escalera de piedra y la bonita galería de madera... sí, todo ello era especialmente adecuado para aprender a tener paso firme y la más exquisita precaución hasta la punta de los dedos. Pero en el interior de la casa

no se estaba tan mal, solamente faltaba la niña, ¡y la de cosas que había que ver! Tuve que digerir un largo discurso de agradecimiento, en el que abundaban las metáforas orientales, que seguramente habrían agradado a tu sentido poético. Lo dejé ir, pensando en que la chica acabaría por aparecer. Pero no fue así. En cambio, el judío tuvo una idea que en otra ocasión habría podido ser especialmente buena; me indicó que yo, como hombre joven que era y estaba en el mundo, sabría gastar el dinero pero que también necesitaría más en algún momento, y entonces tendría que recurrir a espíritus compasivos que supieran mostrarme caridad cristiana al veinte o incluso treinta por ciento... pero que él, lo que resultaba un auténtico milagro en el mundo de los judíos, estaría dispuesto a prestarme sin intereses. ¿Tú? ¿Sin intereses?... Yo era un joven aristócrata y él confiaba en mi honorabilidad. Yo había protegido a una rama del tronco de Israel, y su tocón no iba a desgarrar mis ropas. Como yo no precisaba dinero, no tomé ninguno prestado, pero entonces me preguntó si estaría dispuesto a rebajarme degustando su vino, la única botella que tenía; no sé lo que respondí, lo que sí sé es que apareció en la estancia la más bella muchacha de estirpe oriental, qué formas y qué colores, el cabello relucía tan negro como el ébano. Escanció un delicioso vino chipriota para mí, y la majestuosa sangre salomónica le subió a las mejillas cuando vacié el vaso a su salud. Debías haberla oído hablar, haberla oído darme las gracias por ayudar a su padre, no merecía el esfuerzo. Todo aquello sonó como música a mis oídos. ¡No era una criatura normal y corriente! Y volvió a desaparecer, sólo quedó el anciano.

—Es todo un poema lo que me cuentas —exclamé—. Quedaría precioso, puesto en verso.

—No sabes cómo sufro desde entonces, la de planes que construí en mi cabeza y que luego destruí, para poder ver de nuevo a mi bella hija de Sión. Imagínate, decidí ir a tomar un préstamo que no necesitaba en absoluto. Tomé prestados veinte escudos a ocho días, pero no conseguí verla. Los devolví tres días después, sin tocarlos, y el viejo sonrió y se frotó las manos, pues su confianza en mi tan alabada honorabilidad no era tan grande como había dicho. Alabé su vino de Chipre, pero ella volvió a decepcionarme, fue él quien me lo sirvió con sus flacas manos temblorosas. Mis ojos escudriñaron hasta el último rincón, pero no estaba allí. No se dejó ver; sólo cuando iba ya bajando las escaleras me pareció ver que la cortina de la ventana abierta se movía; tenía que ser ella: «¡Adiós, *signora!*!» grité, pero todo continuó en silencio, como un muro, no apareció nadie. Aún no he conseguido progresar en mi aventura. Aconséjame. ¡No quiero ni puedo renunciar a ella! ¿Qué puedo hacer? ¡Ten alguna idea brillante, muchachito! Sé para mí Saturnia y Venus, que conducen a Eneas y a la hija de Libia hasta las secretas grutas.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¡No tengo ni idea de qué podría hacer en algo así!

—¡Tú podrías hacer todo lo que te propongas! El hebreo es una lengua preciosa, un mundo poético de imágenes, tienes que aprenderla, busca un judío que te la enseñe. ¡Yo lo pagaré todo! Eliges al viejo Hanoch, porque he hecho mis

averiguaciones y pertenece al grupo de los ilustrados del gueto; cuando tu leal criatura se lo haya ganado, conocerás también a su hija, y entonces te ocuparás de mis cosas, pero al galope, al galope tendido; tengo en mi sangre un veneno ardiente, el ardiente veneno del amor. ¡Ve hoy mismo a ver al judío!

—¡No puedo hacer eso! —respondí—. No tienes en cuenta mi situación, el papel que tendría que desempeñar; y ¿cómo, mi querido Bernardo, se te ocurre rebajarte a una aventura amorosa con una muchacha judía?...

—¡No comprendes nada! —me interrumpió—. Judía o no, eso no importa lo más mínimo si la mercancía es buena. ¡Venga, bendito muchacho! ¡Mi espléndido Antonio! ¡Dedícate a aprender hebreo; lo estudiaremos los dos, aunque de formas distintas! Sé razonable y piensa en lo que puedes hacer por mi felicidad.

—Sabes bien —repuse— lo dentro de mi corazón que te llevo. Sabes cómo tu poderosa fuerza se apodera de mis pensamientos, de mi voluntad entera. Si fueras perverso me pervertirías... ¡Entraré en tu círculo mágico! No juzgo tus ideas de la vida comparándolas con las mías, cada cual ha de seguir su propio natural. Tampoco creo que sea pecado la forma en que buscas el placer, pues así eres de naturaleza, yo soy completamente diferente. No me convanzas para participar en una aventura que, aunque resulte bien, jamás redundará en tu verdadera felicidad.

—¡Bien, bien! —me interrumpió, y vi aquella extraña mirada orgullosa que tantas veces había dirigido a Habbas Dahdah cuando sus posiciones resultaban irrefutables—. ¡Bien, Antonio! ¡En realidad todo era una broma! No tendrás que ir al confesonario por mi culpa. Pero ¿qué mal puede haber en que tú aprendas un poco de hebreo y precisamente de mi judío? Eso sí que no lo entiendo. ¡Pero ni una palabra más! Gracias por la visita. ¿Quieres comer algo, beber algo? Aquí se te puede servir.

Me sentí incómodo. El tono en que me hablaba, toda su forma de comportarse era como insultante. Un frío gélido y una cortesía puramente formal respondieron a mi apretón de manos. Triste y preocupado abandoné enseguida su compañía.

Tenía la clara sensación de que él no tenía razón alguna, de que yo me había comportado como debía, pero hubo instantes en que sentía que había sido malo con él. En mi lucha conmigo mismo recorrí el barrio judío con la esperanza de que mi buena estrella me proporcionara una aventura que beneficiase a mi querido Bernardo, pero ni siquiera vi al anciano judío; rostros desconocidos me observaban desde puertas y ventanas; niños sucios paseaban por las aceras en medio de toda clase de deshechos de hierro y ropa, y el incesante griterío de si quería comprar o vender me atontaba. Algunas niñas jugaban, de ventana en ventana, tirándose una pelotita de un lado a otro de la calle; una de aquellas niñas era realmente bonita... ¿sería la amada de Bernardo? Sin querer me quité el sombrero, pero me avergoncé al momento y me pasé la mano por la frente, como si hubiera sido el calor y no la muchacha lo que me hizo desnudar mi cabeza.

X

Un año después. El carnaval romano. La cantante

Si he de seguir sin interrupción el hilo del amor de Bernardo y de mi peregrinar por el gueto, tendré que pasar por alto un año entero de mi vida; pero ese año, con todos sus altibajos, me trajo mucho más que el simple aumento de mi edad en doce meses. Fue una especie de entreacto en el drama de mi vida.

Veía a Bernardo tan sólo raras veces, y cuando nos encontrábamos seguía siendo siempre el mismo mozo alegre y ocurrente de siempre, aunque ya no parecía, en absoluto, tan dado a las confidencias conmigo; su fría y noble mirada me observaba detrás de la máscara de la amistad; ¡aquello me apenaba y entristecía! Nunca tuve valor de preguntarle cómo iban sus amores.

Acudía con bastante frecuencia al Palacio Borghese y al lado de *Sua Eccellenza*, de Fabiani y Francesca, encontraba un auténtico hogar, aunque muchas veces también un motivo de profundo dolor. Mi alma estaba llena de agradecimiento por todo cuanto les debía a todos ellos, pero cualquier mirada hosca proyectaba de inmediato una sombra sobre mi alegría de vivir. Francesca alababa mis buenas cualidades, pero al mismo tiempo pretendía corregirme: mi actitud, mis formas de expresarme, merecían sus críticas, que eran severas, incluso demasiado severas; no pocas veces me hacían saltar lágrimas a los ojos, aunque yo era ya toda una persona de dieciséis años. Su anciana *Eccellenza*, que me había sacado de la cabaña de Domenica y me había llevado a su espléndido hogar, seguía siendo bondadoso conmigo, ciertamente, como lo había sido desde nuestro primer encuentro, pero también él tenía las mismas objeciones de la *Signora* ante mi forma de ser. Yo no compartía su gran afición por las plantas y las hierbas más extrañas, y él lo consideraba una falta de interés por el trabajo escrupuloso. Mi propio Yo, pensaba el anciano, me tenía demasiado ocupado; yo no salía suficientemente de mí mismo, no dejaba que los rayos del espíritu cortaran el gran círculo del mundo.

—Recuerda, hijo mío —proseguía— que la hoja que se limita a enrollarse sobre sí misma acaba marchitándose.

Pero después de cada uno de aquellos discursos me daba una palmadita en la mejilla y me consolaba irónicamente diciendo que vivíamos en un mundo perverso y que era preciso meternos en la prensa de secar flores para que la Madonna pudiera encontrar al menos algún buen ejemplar de nuestra especie. Fabiani se lo tomaba todo por el lado divertido, se reía de sus lecciones bien intencionadas, asegurando que yo nunca llegaría a ser erudito como *Sua Eccellenza* ni tan puntilloso como Francesca, sino un temperamento distinto a los dos, eso es parte de la vida, y tampoco es un temperamento que haya que rechazar. Entonces llamaba a su pequeña abadesa, y con

ella olvidaba enseguida mis pequeños disgustos.

El año siguiente tenían intención de vivir en el norte de Italia, pasando los cálidos meses de verano en Génova y el invierno en Milán; en esa misma época se presentaba ante mí el gran salto: una especie de examen para aspirar al grado de abate y alcanzar así una posición más elevada que la que poseía por el momento.

Antes de la marcha de la familia se celebró un gran baile en el Palacio Borghese, al que yo también fui invitado. En el exterior ardían coronas de brea y todas las antorchas que precedían a los carruajes se colocaron en los candeleros del muro, que parecía, así, una cascada de fuego. Soldados pontificios a caballo hacían guardia frente al portón. El jardincito estaba decorado con multicolores farolas de papel, la escalera de mármol estaba bellamente iluminada y se aspiraba el aroma de las flores, pues en cada escalón, al lado de la pared, había jarrones de flores y pequeños naranjos. Los soldados montaban guardia hombro con hombro junto a la puerta; por todas partes, criados elegantemente ataviados. Francesca estaba deslumbrantemente bella; la costosa pluma que llevaba, de un ave del paraíso, y los ricos encajes le sentaban maravillosamente, pero el que me ofreciera su mano... ¡eso me pareció aún más hermoso! En dos salas, cada una con una orquesta completa, se deslizaban los danzantes. Entre ellos estaba Bernardo, muy apuesto; el uniforme rojo con bordados en oro, las ceñidas calzas blancas, todo servía para poner de relieve sus bellas formas; bailaba con la más hermosa, que le sonreía cariñosa y confiada. Me irritó no saber bailar; tampoco nadie se percató realmente de mi presencia. En mi único hogar me sentía el más forastero entre los forasteros; pero Bernardo me extendió su mano y todo mi desánimo desapareció. Detrás de las largas cortinas rojas, junto a la ventana abierta, bebimos espumeante champán, él chocó confiado su copa contra la mía, hermosas melodías penetraban en nuestros corazones desde los oídos, y desapareció cualquier idea de ruina de nuestra amistad, como habíamos empezado a temer en días anteriores. Incluso me atreví a mencionar a la bella muchacha judía, y él rió y pareció perfectamente recuperado de la profunda herida.

—Tengo ya otro gorrioncito —respondió—. Es más manso y su canto me ha hecho olvidar mis antojos. ¡Dejemos volar a la otra avecilla! Y a decir verdad se ha marchado, ha escapado del barrio judío, incluso de Roma, si he de creer a mi gente.

Una vez más chocamos nuestras copas, el champán y la alegre música derramaban doble vida en nuestra sangre. Bernardo estaba otra vez en medio del baile, yo me quedé solo pero con esa mirada perdida que asoma cuando el alma se siente feliz, cuando uno se ve capaz de absorber el mundo entero. Abajo en la calle los niños pobres estaban felices y contentos con las chispas que saltaban de las coronas de brea; pensé en mi propia infancia de niño pobre, en cómo jugaba yo también con las chispas, y que ahora estaba en lo que ya consideraba mi hogar, en la espléndida sala de baile, entre las más importantes familias de Roma. El agradecimiento y el amor a la Madre de Dios, que me había conducido tan cariñosamente por el mundo, inundaban mi alma, mis rodillas se doblaron en una

oración; las largas y espesas cortinas me ocultaban a la vista de los demás. Era inmensamente feliz.

La noche pasó; dos días más, y la familia entera abandonó Roma. Habbas Dahdah estaba constantemente machacando con lo que me traería aquel año, el nombre y dignidad de abate. Yo estudiaba con aplicación, casi nunca veía a Bernardo ni a otros conocidos; pasaron semanas, que se convirtieron en meses, y éstos trajeron el día que, una vez concluido el examen, me proporcionó la hopalanda negra y la corta capa de seda.

¡Todo cantaba mi victoria! Los altos pinos y las anémonas recién abiertas, los gritos en las calles y las ligeras nubes que se deslizaban por el cielo azul. Con la negra capa abacial de seda me sentía una persona nueva y más feliz. Además, Francesca me había enviado una libranza de cien *scudi* para gastos y gustos. En mi alegría subí a la carrera la escalinata española, le arrojé un *scudo* reluciente a mi tío Peppo y me marché sin oír nada más que «¡*Eccellenza, Eccellenza Antonio!*».

Eran los primeros días de febrero, los almendros estaban en flor, los naranjos amarilleaban más y más, el alegre carnaval se aproximaba, como si se tratara de una fiesta en honor de mi entrada en el estado abacial, los heraldos a caballo, con trompetas y magníficos palios de terciopelo, ya habían anunciado su llegada. Nunca antes había podido gozar plenamente de aquellas diversiones, ni había contemplado con tranquilidad aquella imagen de felicidad: liberarse de todas las ataduras. Cuando era niño, mi madre tenía miedo de que pudiera recibir algún daño en aquellas aglomeraciones; por eso sólo veía algunos momentos de toda aquella maravilla, pues se colocaba junto a mí, siempre en una determinada esquina de la calle; como colegial de los jesuitas lo había visto siempre de la misma forma, pues, juntamente con una sección de los demás alumnos, se me autorizaba a subir al tejado plano del edificio anexo, el Palazzo del Doria. Pero participar realmente, poder correr yo sólo de un extremo de la calle al otro, llegar al Capitolio y al Trastevere, en pocas palabras, ir adonde me apeteciera y detenerme donde quisiera, tal cosa no era posible ni pensarla. Nada más natural, en consecuencia, que me sumergiera en la salvaje corriente y disfrutara con todo aquello como un niño. Nunca había pensado ni por asomo en que la aventura más seria de mi vida estuviera a punto de empezar, que un suceso que un cierto momento me ocupó la mente de modo tan absoluto como absoluto fue más tarde mi olvido, y ahora surgiera de nuevo con fuerza y viveza; que la vieja simiente, olvidada y nunca más vista, se mostraría ya como verde y perfumada planta que se enroscaba firmemente al árbol de mi propia vida.

El carnaval era lo único en que pensaba. Visité la Piazza del Popolo, a primeras horas de la mañana, para observar los preparativos del concurso, por la tarde subí y bajé por el Corso contemplando los multicolores disfraces de carnaval, que estaban allí expuestos, y las figuras con máscara y disfraz completo. Alquilé un traje de abogado, que se consideraba uno de los personajes más cómicos, y casi no dormí en toda la noche; tenía que reflexionar bien y estudiar a fondo mi papel.

El día siguiente me parecía una fiesta sagrada; era feliz como un niño. Alrededor, por las callejuelas laterales, los vendedores de *confetti* instalaban sus mesas y sus bandejas y exponían bien a la vista sus coloristas mercancías^[38]; habían barrido a fondo el Corso y en todas las ventanas colgaban tapices multicolores. Hacia las tres, según el modo francés de contar las horas^[39], yo estaba en el Capitolio para disfrutar por primera vez del comienzo de la fiesta. Los balcones estaban repletos de forasteros de importancia; el senador estaba sentado con sus ropajes púrpuras en un trono de terciopelo, y preciosos pajecitos, con plumas y gorritos de terciopelo, se situaban a izquierda y derecha, delante de la pontificia Guardia Suiza. Apareció entonces una multitud de los judíos más ancianos; con la cabeza descubierta se arrodillaron ante el senador. Reconocí al que iba en el centro, era Hanoch, el anciano judío cuya hija había interesado tantísimo a Bernardo. El anciano llevaba la voz cantante, hizo una especie de discurso en el que, siguiendo una antiquísima tradición, solicitó autorización para que él y su gente pudieran permanecer un año más en Roma, en el barrio a ellos asignado; prometió acudir una vez a la iglesia católica y solicitó que, en lugar de correr ellos, según establecían las antiguas costumbres, por el Corso para júbilo de los romanos, se les permitiera pagar los costes de la carrera hípica, junto con los premios prometidos y los multicolores palios de terciopelo. El senador asintió con un gesto benévolo (la antigua usanza de poner el pie sobre los hombros del suplicante ya se había abolido), y a continuación descendió la escalera en procesión, con acompañamiento completo de música, hasta su hermoso carruaje, en el cual se instalaron también los pajes, iniciando de este modo el carnaval. Las grandes campanas del Capitolio repicaron llamando a la alegría, yo eché a correr hacia mi casa para embutirme a toda prisa el disfraz de abogado. Con él me sentía una persona completamente distinta. Con una especie de satisfacción conmigo mismo recorrí la calle, donde ya me saludó un buen puñado de máscaras. Eran trabajadores pobres, que en aquellos días compartían ocupación con los más ricos aristócratas. Sus atavíos eran de lo más original, y al mismo tiempo baratísimos. Sobre sus ropas habituales llevaban una basta túnica cubierta de cáscaras de limón cosidas, que habían de semejar grandes botones, mientras sobre los hombros y los zapatos llevaban lechugas verdes y una peluca de hinojos, además de grandes gafas, recortadas en cáscaras de naranja.

Amenacé a todos con emprender procesos contra ellos, les enseñé en mi libro pasajes legales que prohibían disfraces del elevado precio de los suyos y después, ovacionado por todos, seguí dando brincos por el largo Corso, transformado de calle en salón de baile. En todas las ventanas, balcones y miradores colgaban tapices de colores, junto a las paredes de las casas había una fila interminable de sillas, «espléndidos lugares para observar», como aseguraba el anunciante. Un carruaje seguía al otro, en su mayor parte llenos de personas disfrazadas, formando dos largas filas, una iba calle arriba y otra calle abajo; algunos incluso llevaban las ruedas envueltas en ramas de laurel, sus coches parecían cenadores móviles, y entre ellos se

agitaba la alegre muchedumbre. Todas las ventanas estaban repletas de espectadores. Preciosas romanas vestidas de oficiales, con bigote sobre sus finas boquitas, arrojaban *confetti* a los conocidos que pasaban por la calle. Les dirigí todo un discurso, las cité ante el juzgado porque no se limitaban a arrojar *confeti* al rostro, sino también miradas ardientes a los corazones; pero una lluvia de flores premió mi discurso.

Encontré una abuelita toda emperejilada, guiada por su *cicisbeo*; durante unos instantes, el camino se nos cerró a causa de una pelea entre un grupo de polichinelas, y la buena señora no tuvo más remedio que aguantar mi elocuencia.

—*Signora* —le dije—; ¿es eso, acaso, cumplir vuestra promesa? ¿Es eso mantener una costumbre romana, católica, como hacer debéis? Ay, Lucretia, Tarquinii Collatini, ¿dó son ahora las amas de hogar? Vos y otras damas de Roma expulsáis a vuestros beneméritos esposos durante los carnavales, los hacéis marchar a los *Exercitia* con los monjes del Trastévere. Juráis llevar vida tranquila y religiosa en vuestro hogar mientras el esposo mortifica sus carnes en tiempos de gozo, orando y laborando día y noche entre los muros del convento. ¡Tenéis vos entonces vía libre, y salís con vuestros galanes al Corso y al Festino! ¡Ah, *Signora*! Os acusaré ante el tribunal de acuerdo con la ley 27, el día 16.

Un enérgico golpe con su abanico en plena cara fue su respuesta pero, a juzgar por lo concienzudo del castigo, es posible que yo hubiera acertado plenamente con la verdad.

—¡Estás loco, Antonio! —me musitó su acompañante, y se largaron en medio de esbirros, griegos y pastorcillas. Aquellas pocas palabras me habían permitido reconocerle, era Bernardo. Pero ¿quién podría ser la señora?

—¡*Luoghi, luoghi, patroni!* —gritaban los que alquilaban asientos, mi pensamiento estaba alterado, pero quién iba a querer pensar en un día de carnaval. Un grupo de arlequines, con cascabeles en los hombros y los zapatos, bailó a mi alrededor, y un nuevo abogado sobre zancos del tamaño de una persona nos gritaba a todos; cuando descubrió en mí a un colega se burló de la inferioridad de mis posiciones y aseguró que sólo él sería capaz de ganar un caso; en el suelo por donde me arrastraba no existía la justicia; ésta sólo se hallaba en lo más alto, y señaló el elevado espacio en el que se encontraba, y siguió paseando. En la Piazza Colonna había un coro musical; alegres doctores y pastorcillas danzaban felices, incluso en torno a los escasos grupos de soldados que, para mantener el orden, caminaban mecánicamente calle arriba y calle abajo entre los carruajes y la muchedumbre; allí comencé un nuevo discurso, pero llegó un escribano y se acabó, pues su pendolista, que iba por delante con la gran campana, me atronó los oídos de tal forma que no conseguía ni oír mis propias palabras; y en ese momento, además, sonó el cañonazo que indicaba que todos los carruajes debían abandonar la calle, pues por hoy acababa el carnaval.

Me senté en uno de los andamios. A mis pies bullía la muchedumbre, que no

hacía caso alguno a los soldados, que exigían que se hiciera espacio para los caballos, que enseguida empezaría a correr por la calle, en la que no había tabiques que delimitaran un camino especial para ellos.

Al final de la calle, en la Piazza del Popolo, situaron a los caballos ante la barrera. Parecían todos medio salvajes. En el lomo les habían adherido una esponja de yesca ardiendo, pequeños cohetes detrás de las orejas y en los costados placas sueltas de hierro, que al correr los agujoneaban hasta hacerles sangrar. Los mozos de caballos apenas conseguían retenerlos, sonó entonces el cañonazo, cayó la cuerda que hacía de barrera y echaron a correr como un vendaval, pasaron delante de mí Corso arriba. El chisporroteo crepitaba, las crines y las cintas de colores revoloteaban al aire, las chispas centelleaban por el suelo, toda la muchedumbre gritaba violentamente, y en un abrir y cerrar de ojos habían pasado y la masa volvía a inundar el pasillo, igual que el mar que se cierra tras la quilla del navío^[40].

Por hoy, la fiesta había terminado. Volví deprisa a casa para quitarme el disfraz, y en la habitación encontré a Bernardo, que me estaba esperando.

—¡Tú aquí! —exclamé—. ¿Y tu damisela, en qué lugar del mundo la has abandonado?

—¡Silencio! —dijo, amenazándome en broma con el dedo—. No convirtamos esto en una causa de honor entre tú y yo... ¡Cómo pudiste tener la absurda ocurrencia de decir lo que dijiste!... Pero demos la absolución y un acto de contrición. Esta noche vienes conmigo al Teatro Alibert^[41], dan la ópera *Dido*, ¡dicen que es una música divina! Y asistirán bellezas de primera categoría, y además hay una cantante extranjera que hará el papel de protagonista, parece que ha prendido fuego a Nápoles entero; dicen que tiene una voz, una expresión y una forma de actuar que ni imaginar podemos, y además es guapa, guapísima, según dicen. Tienes que llevarte un lápiz; porque si corresponde con la descripción que me han dado, te entusiasmarás tanto que compondrás magníficos sonetos. He guardado los últimos ramos de violetas del carnaval para ofrecérselos, si me gusta tanto como imagino.

Yo estaba encantado de acompañarlo, estaba dispuesto a apurar hasta la última gota del alegre carnaval. Fue una gran velada para ambos. En mi ejemplar del *Diario Romano*, la fecha del 3 de febrero está subrayada dos veces. Bernardo podía tener motivos para hacer lo mismo.

Fue en el Teatro Alibert, el primer teatro de la ópera de Roma; fuimos a ver a la nueva cantante interpretar a Dido. El magnífico techo donde vuelan las musas, el telón con el Olimpo entero y los dorados arabescos de los palcos eran completamente nuevos. Todo estaba repleto de gente, desde la platea hasta el quinto piso; en cada uno de los palcos ardían velas en candelabros, todo lucía deslumbrante como un mar de luz. Bernardo dirigía mi mirada hacia cada nueva beldad que entraba en un palco y decía una docena de maldades sobre las feas.

Comenzó la obertura. Era, en notas, la escena de introducción a la obra. La salvaje tormenta soplaba sobre el mar y empujaba a Eneas hasta las costas de Libia.

El torbellino de la tormenta se disolvió en mansos himnos que se fueron elevando hasta convertirse en júbilo, y con las suaves notas de la flauta me soñé en el despertar del amor, un sentimiento que aún desconocía. El corno resonó, la tormenta se elevó de nuevo y yo me reuní con los amantes en la misteriosa gruta donde una viola tañía el amor, una fuerte pasión sonora que se rompía en profunda disonancia, momento en el que se alzó el telón. Eneas quería marcharse, ganar el reino de Hespéride para Ascanio^[42], abandonar a Dido, que lo había acogido, siendo como era un simple extranjero, que había sacrificado ante él su honor y su paz; ella aún no lo sabe, «pero pronto romperá el trueno», dice él, «pronto, cuando el ejército de Teucro se acerque a la playa, cargado de botín, como las negras turbas de las ciénagas».

Entonces aparece Dido. En el momento mismo en que entró en escena se hizo un profundo silencio en todo el público; todo su ser, su porte majestuoso y al tiempo deliciosamente ligero, conmovieron a todos, también a mí, y sin embargo ella no era como yo había imaginado a Dido. Allí estaba, una criatura tierna y deliciosa, infinitamente bella y espiritual, como Rafael habría imaginado una mujer. Negros como el ébano se derramaban sus cabellos sobre la hermosa y curva frente, los ojos oscuros, llenos de expresión. Una enorme ovación se alzó del teatro, era la belleza lo que aplaudían, sólo la belleza, pues aún no había cantado ni una nota. Vi claramente el rubor volando sobre su frente, hizo una reverencia a la muchedumbre asombrada, que en profundo silencio siguió un instante después su recitativo de sin igual belleza.

—¡Antonio! —exclamó Bernardo casi en voz alta, agitándome por el brazo—, ¡es ella! O he perdido la razón o es ella, ¡miavecilla huida! ¡Sí, sí, no puedo equivocarme, la voz es también suya! ¡La recuerdo demasiado bien!

—¿A quién te refieres? —pregunté.

—¡La muchacha judía del gueto! —me respondió—. ¡Pero parece imposible, totalmente imposible! ¡No puede ser la misma!

Se quedó mudo, extasiado en la contemplación de aquel ser silfídico de asombrosa belleza. Ella cantaba la felicidad de su amor; era un corazón que exhalaba notas musicales, el puro y profundo sentimiento que en las alas de la música se despegaba del pecho humano. Una extraña melancolía se adueñó de mi alma, como si aquellas notas quisieran evocar los más hondos recuerdos terrenales, y yo también exclamé, como Bernardo: ¡Es ella! Sí, la persona en la que nunca había pensado durante años y años, con la que jamás había soñado siquiera, se hallaba ahora ante mis ojos, asombrosamente viva, como en mi niñez, cuando prediqué una Navidad en la iglesia de Aracoeli, aquella niña de constitución extrañamente delicada y con aquella voz extrañamente sonora, que había ganado el premio por delante de mí; pensé en ella, y cuanto más vi y oí aquella noche, tanto mayor era la seguridad de mi mente: «¡Es ella, ella, no puede ser nadie sino ella!».

Más tarde, Eneas le confiesa que se marcha, pues no están casados, él nunca le ofreció las nupciales teas. De qué forma tan magistral supo ella expresar el cambio acaecido en su alma, la sorpresa, el dolor, la furia; y ahora cantó su gran aria;

¡parecían olas surgidas de las profundidades, que golpeaban las nubes! ¿Cómo podría yo expresar todo aquel mundo de notas que allí se manifestó? Mi mente buscaba una imagen corpórea para aquellas notas, que no parecían surgidas de un pecho humano, y vi al cisne exhalando su vida en un canto: ora golpeaba con sus alas las elevadas corrientes del éter, ora se hundía en el profundo mar y desgarraba con sus garras la espuma, para alzarse de nuevo. Un unánime ¡bravo! resonó en todo el edificio. «¡Annunziata! ¡Annunziata!», gritaban, y la cantante tuvo que salir una y otra vez ante la multitud entusiasmada.

Y sin embargo aquella aria no fue nada en comparación con el dúo del segundo acto, donde suplica a Eneas que no se marche todavía, que no la abandone así; a ella, que por él ultrajó a las tribus de Libia, «a los príncipes de África, su honor y fama». «¡Yo no envié mis naves contra Troya, ni perturbé los manes ni las cenizas de Anquises!» Su expresión entera estaba llena de verdad y de dolor, me hizo saltar lágrimas a los ojos, y el profundo silencio a mi alrededor dejaba ver que todos los corazones sentían lo mismo.

Eneas la abandona y por un instante queda pálida, fría como el mármol, como una Niobe, pero enseguida vuelve a correr la sangre por sus venas, ya no es Dido, la amorosa, cálida Dido, la esposa abandonada, ahora es una furia, su belleza respira muerte y veneno; Annunziata supo cambiar su expresión toda, helar de miedo a todos los presentes, nadie podía evitar el respirar y padecer con ella.

Leonardo da Vinci pintó una cabeza de Medusa, está en la Galería de Florencia. Todos se sienten sobrecogidos al verla, y nadie puede dejar de mirarla. Es como la espumeante ola del abismo en las más bellas formas, la profundidad que con víboras y ponzoña ha creado una Venus de Médicis. La mirada, incluso la posición de la boca, respiran muerte, igual que Dido en aquel momento para nosotros.

Se veía la pira que había erigido su hermana Ana, el jardín cubierto de negras coronas mortuorias, a lo lejos navega el bajel de Eneas sobre el mar agitado. Dido tiene el arma que Eneas olvidó, su canto es grave y pesado y vuelve a adquirir altura y fuerza, como el lamento del ángel caído. La pira se inflamó en llamas, el corazón rompió en notas.

La ovación atronó como una tempestad cuando cayó el telón. Todos estábamos fuera de sí, llenos de admiración por aquella suprema artista, su belleza y su voz indescriptiblemente hermosa.

«¡Annunziata! ¡Annunziata!», sonó desde la platea y desde los palcos, y se levantó el telón y allí estaba ella, tímida y bellísima, sus ojos llenos de amor y dulzura. Sobre ella llovían las flores, las damas agitaban sus pañuelos blancos y los caballeros gritaban entusiasmados su nombre; bajó el telón pero la ovación pareció redoblar, hubo de salir de nuevo, dando la mano al intérprete de Eneas, pero una y otra vez seguía sonando el mismo grito: «¡Annunziata!»; apareció con toda la compañía que había contribuido a su triunfo, mas de nuevo gritó la audiencia su nombre, y la cuarta vez apareció sola y agradeció con unas pocas palabras cordiales

el estímulo que se concedía a su talento. En mi entusiasmo, yo había escrito algunas líneas en un papel; entre flores y coronas llegaron volando hasta sus pies.

El telón no se volvió a levantar, pero el mismo griterío continuaba sin cesar; todos querían volver a verla, seguir rindiéndole homenaje. Apareció entonces por un extremo del telón, fue caminando junto a las bambalinas y enviando besos y gracias a la muchedumbre entusiasmada. La alegría brillaba en sus ojos y todo su semblante dejaba apreciar una felicidad que me siento incapaz de describir, aquél era sin duda uno de los instantes más felices de su vida. ¿Pero no sucedía tal vez lo mismo en mi propio semblante? Yo compartía con ella la alegría, igual que compartía con todos aquella aclamación; mis ojos, mi alma entera, bebían su imagen; yo no veía ni pensaba en nada; sólo existía Annunziata.

La muchedumbre abandonó el teatro, yo me vi arrastrado por la corriente que se movió dando vuelta a la esquina, hasta donde se encontraba el carruaje de la cantante; me aplastaban contra la pared. Todos querían verla una vez más. Todos se quitaron el sombrero. Yo también grité con ellos, y mi corazón se sintió henchido al hacerlo. Bernardo había conseguido acercarse a empujones hasta la puerta del coche y la abrió para que ella entrase. Vi cómo en un abrir y cerrar de ojos soltaron los caballos, y los entusiasmados jóvenes agarraron el mástil para arrastrar el coche ellos mismos; ella les dio las gracias y con voz temblorosa les pidió que lo dejaran, pero sólo su nombre, en inmenso júbilo, resonaba en la calle. Bernardo subió al estribo del coche y la tranquilizó, yo también agarré el mástil y me sentí tan feliz como los demás. Pero demasiado pronto acabó todo, como en un bello sueño.

Tuve la gran suerte de toparme con Bernardo; él había podido hablar con ella, había estado muy cerca de ella.

—Bueno, ¿qué dices ahora, Antonio? Si no sientes aún conmovido tu corazón y si no ardes hasta la médula de tus huesos, es que no mereces que se te llame hombre. ¿Comprendes ahora que la amase desde la primera vez que la vi? ¿Entiendes ahora, cuando tú mismo has sido iluminado por su luz, que yo quisiera llevarte hasta su casa, y que valiese la pena aprender hebreo para poder estar al lado de una criatura como ella? Sí, Antonio, no tengo la menor duda, por muy incomprendible que pueda parecer todo, ¡ella es mi muchacha judía! Fue ella la que vi hace un año en casa del viejo Hanoch, fue ella la que me sirvió el vino de Chipre y desapareció. La tengo otra vez, está aquí, como una espléndida Ave Fénix surgida de su nido: el horrible gueto.

—Eso es imposible, Bernardo —respondí—. También en mí despierta recuerdos que hacen imposible que sea judía. Ciertamente, pertenece a la única iglesia redentora. Si la hubieras observado bien, como hice yo, habrías visto que no son hebreas sus formas ni sus rasgos, no tienen la marca de Caín de esa maldita e infeliz nación. La lengua misma, esas notas, no, no podían brotar de labios judíos. ¡Oh, Bernardo, me siento tan feliz, tan lleno del mundo de la música, ella ha penetrado hasta el fondo de mi alma...! Pero ¿qué dijo? ¡Hablaste con ella! ¡Estuviste al lado mismo del coche! ¿Se sentía realmente feliz, con esa felicidad que nos ha hecho

sentir a todos?

—¡Vaya si estás entusiasmado, Antonio! —exclamó él. ¡Se está evaporando la astucia adquirida en la escuela jesuítica!... ¿Qué dijo? Estaba atemorizada y orgullosa a un tiempo de que vosotros, pobres chavalillos, quisierais arrastrar su coche por toda la calle. Se cubrió el rostro con el velo y se acurrucó en un rincón del carruaje; yo la tranquilicé y le dije todo lo que mi corazón habría podido decir a la reina de la belleza y la inocencia; pero ni siquiera aceptó mi mano cuando quise ayudarla a salir.

—¿Pero cómo pudiste hacer tal cosa, si no la conoces? ¡Yo jamás habría sido capaz de tamaña insolencia!

—Bueno, tú no conoces el mundo, ni a las mujeres. ¡Ella se fijó en mí, lo que ya es algo!

Tuve que recitarle el poemita que le dediqué; le pareció espléndido, había que publicarlo en el *Diario di Roma*. Chocamos nuestras copas y bebimos a la salud de Annunziata. En el café, todos hablaban de ella. Todos, igual que nosotros, eran incansables en sus alabanzas. Era ya tarde cuando me despedí de Bernardo; volví a casa pero ni pensar en dormir, me sentí feliz reviviendo en mi alma la ópera entera, la primera aparición de Annunziata, el aria, el dúo, esa escena final asombrosamente emocionante. En mi arrobó, rompí en aplausos y grité su nombre. Luego recorrí mentalmente mi poema, lo escribí en un papel y me pareció bello, lo recité un par de veces para mí y, a fuer de sincero, he de decir que el amor hacia ella llenaba demasiado el poema y ahora, después de muchos años, lo veo con ojos completamente distintos; en aquel momento me parecía una obra maestra. Seguramente lo habrá recogido, pensé, y ahora está medio desvestida sobre el blando sofá de seda, con su precioso brazo bajo la mejilla, leyendo lo que garabateé en el papel:

Contigo mi alma en terrenal desmayo,
con noble andar del Dante sólo propio;
en notas por los cielos, y en abismos
me arrastraron tu canto y tu mirada.
Lo que Dante hizo en piedra con palabras
en el alma con notas tú grabaste.

Yo no conocía mundo más rico y bello que el de la poesía de Dante, pero ahora tenía la sensación de que aquel mundo recién descubierto poseía para mí una vida más alta, una claridad mucho mayor que antes; su canto, su mirada, el dolor y la desesperación que había sabido representar, reproducían plenamente el tritono de la poesía dantesca^[43]. ¡Mi poema le parecerá bello! Imaginé lo que pensaría, que desearía conocer al autor, y casi creo que antes de dormirme estaba en realidad, al pensar en ella, atareado sobre todo conmigo mismo y con mi pequeño e insignificante

poema.

XI

Bernardo como *deus ex machina*. La prova d'un opera seria. Mi primera improvisación. El último día de carnaval

A la mañana siguiente no vi a Bernardo por ningún sitio, lo busqué sin éxito; pasé varias veces por Piazza Colonna, no para ver la columna de Antonino, sino para poder descubrir aunque fuera una manga del vestido de Annunziata; vivía allí, en su casa había forasteros, ¡felices ellos! Oí un piano y presté toda mi atención, pero no era Annunziata quien cantaba; un bajo profundo hizo algunos gorgoritos, debía de ser el maestro de capilla o alguno de los cantantes de la compañía. ¡Qué suerte tan envidiable! ¡Quién estuviera en el lugar del que representaba a Eneas, quién pudiera ver sus ojos tan de cerca, beber aquella mirada de amor, volar de ciudad en ciudad, cosechar admiración y honores! Me quedé pensativo. Arlequines con cascabeles, polichinelas y ogros danzaban a mi alrededor, había olvidado por completo que era carnaval, que ya era hora de comenzar el nuevo día. La multicolor muchedumbre, el ruido y el griterío me causaban ahora una desagradable impresión. Los coches pasaban a toda prisa; casi todos los cocheros iban ataviados con ropas de mujer, pero me resultaba demasiado chillón; aquellas negras patillas bajo la capa femenina; los movimientos duros, todo me parecía pintado en colores chillones, incluso asquerosos. No me sentía predispuesto a la alegría como el día anterior. Dejé que el gentío se alejara y dirigí mi mirada por última vez a la casa en la que vivía Annunziata, cuando Bernardo salió por el portal y se dirigió hacia mí, gritando sonriente:

—¡Pero ven! ¡No te quedes ahí! ¡Voy a presentarte a Annunziata, te está esperando! Ya ves, es una muestra de amistad que te hago.

—¿Que ella...? —balbuceé, la sangre zumbando en mis oídos—. ¡No te burles de mí! ¿Adónde quieres llevarme?

—Con ella, con la que tú cantaste —respondió—; con la mujer por quien todos enloquecemos, con la divina Annunziata —y me arrastró con él hacia el portal.

—Pero explícame cómo has llegado tú hasta ella, cómo es que me puedes llevar a su casa.

—¡Luego, luego te lo contaré todo! —respondió—. Ahora procura poner cara alegre.

—¡Pero mi ropa! —balbucí, intentando atusarme lo mejor posible.

—¡Oh, estás guapísimo, amigo! ¡Un auténtico cielo! Bueno, esta es la puerta.

Se abrió y me encontré ante Annunziata. Llevaba un vestido negro de seda, un velo de gasa, medio rojo y medio azul, colgaba sobre su pecho y sus hombros, el cabello negro como la pez estaba peinado hacia atrás y dejaba al descubierto la alta frente en la que colgaba una joyita negra que semejaba una piedra antigua. A cierta distancia de ella, delante de la ventana, estaba sentada una dama de edad vestida con

unas modestas ropas de color marrón oscuro; sus ojos, la forma del rostro decían ya a primera vista que era judía; pensé en las palabras de Bernardo, que Annunziata y la bella del gueto eran la misma persona, pero, cuando miré a Annunziata, mi corazón volvió a decirme que era imposible. En el salón había también un caballero al que no conocía, se puso en pie, ella lo imitó y se acercó a mí sonriente, cuando Bernardo me hizo dar un paso al frente y dijo con tono burlón:

—Mi graciosa *Signora*, tengo el honor de presentarle a mi amigo el poeta, el destacado abate Antonio, favorito de la familia Borghese.

—Perdone el *Signore* —dijo ella—; pero en verdad no es culpa mía que lo importuno presentándome a usted, por muy encantada que esté de conocerlo. Usted me ha hecho el honor de componer un poema para mí —continuó, ruborizándose—; su amigo mencionó que era usted el autor y prometió presentármelo. De repente lo ve a usted en la calle y me dice: «Enseguida se lo presento» y sale corriendo antes de que yo pueda decir nada para evitarlo... porque de este modo... pero usted conoce a su amigo mejor que yo, ¿no es cierto?

Bernardo hizo alguna broma al respecto, yo conseguí balbucir una excusa y algunas pocas palabras sobre mi buena suerte, mi alegría por serle presentado.

Me ardían las mejillas, ella extendió su mano y en mi arrobo yo la apreté contra mis labios. Me presentó al señor desconocido, que era el maestro de capilla de la compañía. A la señora anciana la llamó madre adoptiva, pero ésta nos miró muy seria, casi con severidad, a Bernardo y a mí, aunque yo enseguida lo olvidé ante la amabilidad de Annunziata y su buen humor. El maestro de capilla dijo también algo complaciente sobre mi poema y me dio la mano mientras me animaba a escribir libretos de ópera, empezando con uno para él.

—¡No le haga caso! —interrumpió Annunziata—. ¡No tiene ni idea de la vida miserable a la que lo arrastraría! Los compositores no piensan en sus víctimas, y el público aún menos. Esta noche, en *La prova d'un opera seria* tendrá ocasión de ver el retrato de un pobre autor, ¡y ni siquiera está pintado en toda su crudeza^[44]!

El director intentó objetar algo, Annunziata rió y se acercó a mí.

—Usted escribe una pieza —dijo—, vierte su alma entera en los más bellos versos. La unidad, los personajes, todo lo ha pensado a fondo, pero entonces llega el compositor, que tiene sus propias ideas, que son las que han de prevalecer; las de usted, fuera, él quiere gaitas y tambores, y usted tiene que danzar a su son. La *Prima donna* dice que no canta a menos que se añada un aria con la que pueda hacer una aparición deslumbrante; quiere un *furioso maestoso*, será responsabilidad de usted conseguir que encaje en algún sitio. El *Primo tenore* tiene exigencias parecidas. ¡Hay que ir de la *prima* a la *tertia donna*, bajos y tenores se inclinan zalameros, soportan todo lo que nuestro humor les eche encima, que no es poco!

El maestro de capilla intentó interrumpir pero Annunziata no lo permitió, y continuó:

—Llega entonces el director, sopesa, escoge y rechaza, y usted habrá de ser su

humilde servidor por muchas tonterías e insensateces que le diga. El jefe de tramoyistas asegura que las instalaciones del teatro no permiten ese arreglo, esa decoración, y que no quieren pintar la nueva; así que también habrá usted de cambiar esto y aquello, lo que en el argot teatral se dice «retorcerlo». El pintor del teatro no permite que se introduzca ese decorado en su nueva decoración, la réplica relacionada con él habrá que retorcerla también. Y la *Signora* no puede hacer trémolos en la sílaba en la que termina uno de los versos, quiere un La. ¡Que lo saque de donde pueda! Hay que retorcer, y el texto se retuerce, y cuando por fin el conjunto final, que para usted es como una criatura nueva, revolotea por la escena, usted podrá tener el placer de oír que lo silban y que el compositor aúlla: «¡Es culpa de ese asqueroso libreto, que lo ha echado todo a perder! ¡Las alas de mis notas no podían sostener esa mole, tenía que caer!»...

Hasta nosotros llegó alegre la música de la calle; las máscaras de carnaval zumbaban por toda la plaza y por las calles adyacentes. Grandes exclamaciones de alegría, aplausos incluidos, nos atrajeron a todos hacia la ventana, que estaba abierta. En aquel momento, tan cerca de Annunziata, satisfechos de forma tan repentina los primeros deseos de mi corazón, me sentía infinitamente feliz, y el Carnaval volvió a parecerme alegre como el día anterior, cuando yo mismo participé de su alegría.

Debajo de la ventana se habían congregado más de cincuenta polichinelas; eligieron a su rey, que subió a un pequeño carromato lleno de colgaduras de palios de colores, guirnaldas de laurel y cáscaras de limón que aleteaban como si fueran cintas y cordones. El rey subió al carro, sobre su cabeza pusieron una corona de huevos dorados, pintados de muchos colores, le entregaron el cetro, un enorme sonajero adornado con macarrones, y todos bailaron a su alrededor mientras él saludaba constantemente con la cabeza a uno y otro lado; entonces se uncieron ellos mismos a su carro para arrastrarlo por las calles. En ese momento, los ojos del rey descubrieron a Annunziata, la reconoció y la saludó con familiaridad gritando mientras se alejaba: «¡Tú ayer, hoy yo, el carro tirado por pura sangre romana!». Vi que Annunziata se ponía roja como la sangre y retrocedía un paso, pero, recuperada al instante, se inclinó sobre la barandilla del balcón, saludó con un amable gesto, y le gritó a su vez: «¡Da las gracias a tu buena estrella, lo mereces tan poco como yo!».

La habían visto, habían oído las palabras del rey y la respuesta de Annunziata, un ¡Viva! resonó en el aire y ramos de flores volaron hacia ella; uno de ellos dio en su hombro y cayó en mi pecho; lo apreté con fuerza: era un tesoro que no quería perder.

Bernardo estaba indignado, según dijo, por la desvergüenza del rey polichinela, pretendía bajar inmediatamente a escarmentar a aquel individuo, pero el maestro de capilla, ayudado por los demás, lo detuvo, y calificó todo lo sucedido como una simple broma.

El criado anunció al primer tenor, que venía acompañado de un abate y un artista extranjero que quería ser presentado a Annunziata. Un instante después llegaron nuevas visitas: artistas extranjeros, que se presentaron ellos solos, y que venían a

ofrecerle sus respetos. Éramos toda una compañía; se habló del divertido Festino la noche anterior en el teatro *Argentina*, de las máscaras artísticas de estatuas famosas: Apolo Musagetes, los gladiadores y los discóbolos. La única persona que no participó en la conversación era la anciana señora que yo había tomado por judía; seguía sentada en silencio, ocupada haciendo calceta y limitándose a asentir muy levemente cuando Annunziata se dirigía a ella, lo que hizo varias veces.

¡Qué distinta era Annunziata a como la había imaginado mi alma al verla y oírla la noche anterior!; allí en su hogar parecía una criatura feliz de la vida, ¡casi demasiado! Pero también aquello le sentaba magníficamente, y me parecía asombroso que supiera hechizarnos a todos por sus sutiles comentarios, medio en broma, y por la forma inteligente y aguda con que sabía expresarse. De repente miró su reloj, se puso en pie y se excusó diciendo que había de arreglarse, pues esa noche haría su aparición como *Prima donna* en *La prova d'un opera seria*. Con una amistosa inclinación de cabeza se dirigió a una de las habitaciones.

—¡Qué feliz me has hecho, Bernardo! —le dije en voz bien alta cuando nos hallamos de nuevo en la calle—; ¡qué dulce es, dulce como su canto y su interpretación! Pero ¿cómo, por todos los santos, llegaste hasta ella, cómo hiciste amistad con ella en tan breve tiempo? No lo comprendo, todo me parece un sueño, incluso el haber estado aquí yo mismo.

—¿Que cómo he llegado hasta ella? —respondió—; oh, muy sencillo; pensé que era mi obligación hacerle los honores, como uno de los jóvenes *nobili* de Roma, como oficial de la guardia de honor del Papa y como admirador de todo lo bello. El amor no tiene que ocupar el primer lugar como motivación para hacer estas cosas. De modo que allá fui, y no cabe duda de que me sé presentar a mí mismo tan bien como esos que viste llegar sin nadie que los anunciara ni los introdujera. Cuando estoy enamorado me vuelvo interesante, y además has de saber que se me da muy bien entretener. Al cabo de media hora nos conocíamos ya suficientemente bien para poderte llevar conmigo en cuanto apareciste.

—¿La amas? —pregunté—. ¿Realmente la amas?

—¡Sí, y ahora más que antes! —exclamó—. Y la afirmación que te hice, de que se trata de la muchacha que me sirvió el vino en casa del anciano judío, no me cabe la menor duda de que es cierta; me reconoció cuando me presenté, lo noté claramente; hasta la anciana matrona judía, que no dice una palabra pero que se dedica a llevar el ritmo con la cabeza, es el sello salomónico de la verdad de mi suposición. ¡Pero Annunziata no es judía! Fueron su cabello negro, sus ojos oscuros, el ambiente y el lugar donde la vi por vez primera los que me confundieron. Tu suposición es más acertada: pertenece a nuestra fe e irá a nuestro Paraíso...

Habíamos acordado reunirnos por la tarde en el teatro; el gentío era enorme, inútilmente busqué a Bernardo, no había forma de encontrarlo. Conseguí una plaza, a mi alrededor todo estaba completo, hacía un calor opresivo, mi sangre estaba ya en una especie de extraña agitación, tenía la sensación casi de haber soñado los sucesos

de los dos últimos días. Todo era como un sueño. No había obra menos apropiada para devolver el equilibrio a mi agitado espíritu que la que estaba a punto de comenzar. La ópera bufa titulada *La prova d'un opera seria*, es fruto, como bien se sabe, del humor más fantástico y excesivo; prácticamente no existe hilo alguno que recorra la obra en su conjunto, poeta y compositor sólo pensaron en producir risas y dar a los cantantes una oportunidad de destacar. Hay una bienhumorada y sentimental *Prima donna*, un compositor que actúa en el mismo estilo, y un personaje tras otro consistentes todos en personal del teatro, ese peculiar género de persona a la que hay que tratar con mucho cuidado, más o menos como al veneno, que puede matar y curar. El pobre poeta da saltitos en medio de unos y otros, como sufriente víctima menospreciada.

Ovaciones y coronas de flores saludaron a Annunziata en cuanto salió a escena; su humor, su alegría, lo calificaban de arte excelso, para mí era la auténtica naturaleza: así, exactamente así, la había visto en su casa, y cuando sonó su canto, como mil campanas de plata que se transformaban en tenues armonías, los corazones bebieron la alegría que cantaba, la alegría que brillaba en sus ojos. El dúo entre ella e *il compositore della musica*, donde intercambiaban papeles, de modo que ella era el hombre y él la señora, fue un triunfo para el virtuosismo de ambos, pero todo el mundo se sintió especialmente impresionado por cómo pasaba del contralto más grave hasta el más agudo soprano. En su leve y preciosa danza se asemejaba a la Terpsícore de los vasos etruscos, cada uno de sus movimientos podía ser obra de un pintor o un escultor. Toda aquella espléndida viveza me parecía un desarrollo de su propia personalidad, que yo había podido descubrir ese mismo día. Para mí, la representación de Dido era un estudio artístico, su *Prima donna*, en esa velada, era la más excelsa subjetividad.

Sin especial coherencia se insertaban números de otras obras, muy ovacionados; la picardía con que ella los cantaba los hacía parecer naturales; era la alegría rebosante, la burla, lo que la empujaba a tan espléndidas actuaciones.

Hacia el final de la pieza, el compositor asegura que todo está perfecto, que la obertura puede comenzar, distribuye la música a la verdadera orquesta, ayudado por la *Prima donna*; se da la señal y los dos atacan con los alaridos más espeluznantes y las disonancias más desgarradoras, y ellos mismos aplauden «¡Bravo, bravo!», y el público con ellos. La risa casi ahogaba la música, pero yo estaba emocionado en lo más hondo y me sentía preso de una exaltación casi enfermiza. Annunziata era una niña exagerada pero adorable en su exageración. Resonó su canto, como los salvajes ditirambos de las bacantes, ni siquiera en la alegría podía ser yo como ella, su entrega era espiritual, bella y grande, y al verla hube de pensar en la bella cúpula pintada por Guido Reni: Aurora, con las diosas del tiempo danzando en torno al carro del sol; una de ellas guardaba un parecido asombroso con el retrato de Beatrice Cenci^[45], pero en el momento más feliz de su vida, y esa misma expresión la volvía a descubrir yo en Annunziata; si hubiera sido escultor le habría dado forma en la piedra, y el mundo

habría titulado a la estatua «Alegoría inocente». La orquesta atronaba cada vez más aguda en feroces disonancias; *il compositore* y la *Prima donna* cantaban; «¡magnífico!», y en un momento dado gritaron «¡la obertura ha concluido, levantad el telón!» y éste bajaba, la ópera bufa había terminado. Pero, igual que el día anterior, Annunziata hubo de salir nuevamente, hacia ella volaron coronas de flores, poemas con ondeantes cintas. Una parte de mis coetáneos, a algunos de los cuales conocía, decidieron ofrecerle una serenata esa misma noche, y yo fui con ellos; hacía una eternidad desde la última vez que había cantado.

Una hora después de que Annunziata hubiera vuelto a su casa, nuestra cuadrilla atravesó la Piazza Colonna; los músicos se dispusieron bajo el balcón, en el que aún se veía luz tras los largos cortinajes; toda mi alma estaba agitada, sólo pensaba en ella, mi canto se mezcló osado al de los demás, hice un solo y, al cantar, se borró todo el mundo, sólo existía mi propio canto, mi voz alcanzó una fuerza, una pureza que nunca había imaginado poseer. Quienes me rodeaban no pudieron reprimir un débil ¡bravo!, pero fue suficiente para mí, para llamar mi atención hacia mi propio canto; una extraña alegría se abrió paso en mi pecho. Sentí al Dios que se agitaba en mí, y cuando Annunziata se dejó ver en el balcón, inclinándose profundamente y dándonos las gracias, sentí que todo iba dirigido solamente a mí; me oí a mí mismo por encima del coro, cómo aleteaba mi voz, como si se tratara del alma que anima en el cuerpo de la música. En una embriagada exaltación regresé a mi casa, mi mente sobrecogida sólo podía soñar con la alegría de Annunziata ante mi canto. Me había asombrado de mí mismo.

Al día siguiente le rendí visita; encontré a Bernardo y otros conocidos, que ya se encontraban allí. Estaba entusiasmada por la preciosa voz de tenor que había oído en la serenata, y yo me puse rojo como la sangre. Uno de los presentes reveló que era yo el cantor, y entonces ella me arrastró hasta el piano y me exigió que cantara con ella a dúo. Me quedé como si me hubieran ordenado subir al patíbulo, dije que me pedía un imposible, pero Bernardo protestó de que quisiera privarles del placer de oír a la *Signora*; ella me tomó de la mano y fui pájaro cazado: de nada serviría agitar las alas, no tenía más remedio que cantar. Era un dúo que yo conocía; Annunziata comenzó y elevó su voz; con notas temblorosas inicié yo mi *adagio*, su mirada descansaba sobre mí, como diciendo «¡Ánimo, ánimo! ¡Sígueme al mundo de la música!» y sólo pensé entonces en él y en Annunziata, sólo con ella soñé. Mi temor desapareció y acabé mi intrépido canto. Una ovación atronadora nos saludó a ambos, incluso la anciana silenciosa me hizo un gesto de cariño.

—¡Pero hombre! —musitó Bernardo—. ¡Me has dejado asombrado! —y entonces contó a todos que yo poseía otro talento más, igual de hermoso, pues era improvisador, y que les daría a todos una alegría demostrándoselo. Toda mi alma estaba agitada al verme alabado por mi canto y, seguro de mis propias fuerzas, sólo hacía falta un ruego de Annunziata, y por primera vez en mi edad adulta tuve la osadía suficiente para lanzarme a improvisar; tomé su guitarra y ella me proporcionó

el tema, una palabra: «Inmortalidad». Reflexioné un poco sobre tan rico tema, hice unos acordes y comencé mi poema, que iba naciendo en lo más hondo de mi alma. Mi genio me condujo por el Mediterráneo de azufrados azules hasta los feraces valles de Grecia, Atenas estaba en ruinas, la higuera silvestre crecía sobre los capiteles derruidos y el espíritu suspiraba: pues antaño, en los días de Pericles, el alegre gentío se movía bajo los grandes soportales, era la fiesta de la belleza, hermosas mujeres danzaban con coronas por las calles y los vates recitaban en alta voz que lo bello y lo bueno jamás desaparecerían. Ahora, las nobles hijas de la belleza eran sólo polvo confundido con el polvo, olvidadas estaban las formas que entusiasmaron a una estirpe feliz; y mientras mi genio lloraba sobre las ruinas de Atenas, surgían de la tierra espléndidos cuadros creados por la mano de los artistas, magníficas diosas adormecidas en ropajes de mármol, y mi genio conoció a las hijas de Atenas, belleza enaltecida en divinidad, conservadas en el blanco mármol para generaciones futuras. Inmortal, cantó mi genio, es la belleza, mas no la fuerza y el poder terrenales, y se deslizó luego sobre el mar hasta Italia, hasta la ciudad eterna que silenciosa se agitaba desde las ruinas de la urbe imperial por toda la antigua Roma. El Tíber agitaba sus amarillentas olas, y donde en otro tiempo caminó Horacio Cocles se hallaba ahora la gabarra que llevaba a Ostia aceite y madera. Donde, en el Foro, Curcio se arrojó al abismo, paseaba ahora el ganado entre altas hierbas. ¡Augusto y Tito! Nobles nombres recordados ya sólo por sus templos y sus arcos derruidos. Las águilas de Roma, aves del poderoso Júpiter, yacían muertas en su nido. ¿Dónde quedó tu inmortalidad?

Llameó el rayo del águila, el rayo atraviesa la Europa que se despereza. El trono derrocado de Roma deviene Cátedra de San Pedro y los reyes acuden descalzos a la ciudad santa: Roma, dominadora del mundo. ¡Mas con el correr de los siglos retumba la muerte! Muerte para todo cuanto la mano asir puede, para cuanto el ojo terrenal puede contemplar. ¿Pero puede herrumbrarse la espada de Pedro? ¡Águilas echan a volar desde poniente y levante! ¿Puede acaecer lo imposible? Pero Roma se alza aún orgullosa sobre sus ruinas, con los dioses de la antigüedad y las sagradas imágenes que rigen el mundo con las eternas, elevadas artes. A tus colinas, Roma, peregrinarán siempre los hijos de Europa; desde el este y el oeste, desde el frío norte acudirán hasta aquí y los corazones confesarán: «¡Roma! ¡Tu poder es inmortal!».

Una ovación atronadora me saludó al terminar la estrofa; sólo Annunziata, silenciosa y bella como una estatua de Venus, no movió ni una mano, limitándose a mirarme a los ojos con una mirada tan noble que llenó el mudo lenguaje del corazón y las palabras brotaron de mis labios en leves versos, tal como los creaban la mente y el entusiasmo.

Desde el gran escenario del mundo los conduje a un escenario más reducido, les describí a la gran artista que con su actuación y su música hechizaba los corazones. Annunziata bajó los ojos, pues era ella en quien pensaba, era a ella a quien debía reconocerse en mi descripción. Y cuando se apagó la última nota, cuando cayó el

telón e incluso el atronador entusiasmo fue enmudeciendo, cuando incluso su arte hubo muerto, siguió existiendo un precioso cuerpo sepultado en el pecho del espectador. Pero el corazón del poeta es como la tumba de la Madonna: todo son flores y fragancias, el difunto se eleva y su poderoso canto resuena ante ella: «¡Inmortalidad!».

Mis ojos reposaron en Annunziata; mente y labios se habían expresado, hice una profunda reverencia y todos me rodearon con gracias y halagos.

—¡Realmente me ha alegrado usted! —dijo Annunziata, mirándome confiada a los ojos; osé besar su mano.

Con mi poesía, su interés por mí había crecido, sentía ya entonces lo que no comprendí hasta más tarde: que mi amor por ella me había llevado a situar su arte y a la persona que lo practicaba en un lugar inmortal al que yo jamás podría llegar. El arte dramático es, como el arco iris, un adorno celestial, un puente entre cielo y tierra, que asombra y desaparece al borrarse sus colores.

La visitaba diariamente. Los pocos días de carnaval que quedaban se esfumaron como un sueño, pero los gocé a fondo, pues en casa de Annunziata bebí una alegría de vivir que jamás antes había conocido.

—¡Estás empezando a ser persona! —dijo Bernardo—. Una persona como los demás, aunque hasta ahora sólo has probado un poquito del borde de la copa. Me atrevería a jurar que nunca has besado a una muchacha, que nunca has apoyado tu cabeza en sus hombros. ¿Y si Annunziata te amara...?

—¡Cómo puedes pensar eso! —repuse medio enfadado, la sangre ardiendo en mis mejillas—. ¡Annunziata! ¡Esa nobilísima dama que está tan por encima de mí!

—Bueno, amigo, alta o baja, es una mujer y tú un poeta, y nunca hay que censurar esa relación. Si el poeta ocupa el primer lugar en el corazón, también tendrá la llave que puede encerrar allí dentro al amante.

—Lo que llena mi alma es la admiración por ella. Rindo homenaje a su alegría, a su perspicacia y al arte que practica. ¿Amarla? Nunca ha surgido en mí semejante idea.

—¡Cuán serio y solemne! —exclamó Bernardo sonriendo—. ¡No estás enamorado! ¡Claro que no, es cierto, tú eres uno de esos anfibios espirituales que no se acaba de saber si pertenecen al mundo del cuerpo o al mundo de los sueños! No estás enamorado, no lo estás como yo ni como pueda estarlo cualquier otra alma. Tú me lo dices y yo te creo. Pero tendrás que demostrarlo también en tu comportamiento. No debes dejar que la sangre suba y baje como loca a tus mejillas cuando ella te habla, ni mirarla con esa reveladora mirada de fuego. Te lo aconsejo por tu propio bien. ¿Qué crees que piensan los demás? Pero pasado mañana sale de viaje, y quién sabe si volverá después de Pascua, como ha prometido.

Annunziata pretendía abandonarnos durante cinco largas semanas. Tenía un compromiso en el teatro de Florencia, y la partida estaba fijada para el primer día de Cuaresma.

—¡Ahora encontrará un nuevo grupo de adoradores! —exclamó—. Los antiguos serán olvidados enseguida, incluso tu preciosa improvisación, por la que te envié unas miradas tan cariñosas que casi daban miedo. ¡Pero es un loco quien piense en una sola mujer! ¡Las tenemos a todas! ¡Ninguna está tan llena de flores, pero se puede picotear un poco en cada una!

Esa noche estuvimos juntos en el teatro; era la última vez que actuaba Annunziata antes de su partida. Volvimos a verla como Dido, y su interpretación y su canto alcanzaron alturas tan excelsas como la primera vez: mayores, era imposible; era la perfección del arte. La alegría, la animación que respiraba en la ópera bufa y en la vida real me parecían un multicolor vestido de gala que le sentaba muy bien, pero en Dido se mostraba su alma entera, su Yo auténtico y espiritual. Entusiasmo y regocijo la saludaron; difícilmente habría sido mayor el que recibieran César y Tito del entusiasmado pueblo romano.

Con el agradecimiento de un corazón conmovido nos dijo adiós a todos y prometió regresar pronto. Un repetido «¡Brava!» llenó el teatro; todos querían verla otra vez, y otra más, y en triunfo, igual que la primera vez, fue arrastrado su carruaje por las calles. ¡Yo estaba entre los primeros! Bernardo estaba tan entusiasmado como yo, y ambos sujetábamos el coche en el que Annunziata sonreía tan feliz como pueda llegar a serlo un corazón noble.

El día siguiente era el último del carnaval, y el último que Annunziata pasaría en Roma. Fui a hacer mi visita de despedida. Ella estaba enormemente conmovida por la gentileza que se había hecho a su talento; se alegraba ya de pensar en la Pascua y regresar, pese a que Florencia, con su bella naturaleza y sus espléndidas galerías de arte, era un lugar que le agradaba sobremanera. En pocos trazos me ofreció una clara imagen de la ciudad y su entorno, y yo pude verlo todo con claridad, los Apeninos cubiertos de bosques y sembrados de villas, la Piazza del Granduca y los antiguos, espléndidos palacios.

—Volveré a ver la magnífica Galería —exclamó—; donde gusté por vez primera el amor por la escultura y sentí la grandeza del espíritu humano, capaz, como Prometeo, de insuflar vida en lo muerto. Si en un instante pudiera llevar a usted a una de las salas, la más pequeña de todas, sería usted tan feliz como lo fui yo, como lo soy ahora mismo al recordarlo. En la pequeña sala octogonal cuelgan solamente obras maestras escogidas, pero todas ellas se desvanecen ante la viviente escultura de piedra, ¡la Venus de Médici! ¡Jamás he visto semejante expresión de vida en una piedra! El mármol, que carece de esencia vital, está aquí enteramente vivo; es la diosa misma, nacida de la espuma del mar, quien nos observa. En la pared, detrás de la estatua, cuelgan dos magníficas pinturas de Venus por Tiziano, es la diosa de la belleza en vida y en colores, pero sólo de la belleza terrenal, la maravillosa diosa de mármol lo es de la celestial. La Fornarina de Rafael, las sobrenaturales Madonnas, conmueven mi espíritu y mi corazón, pero jamás podrán superar a la estatua de Venus, que para mí no es una escultura, sino algo vivo, que contempla el interior de

mi alma desde sus ojos de mármol. No conozco estatua alguna, grupo alguno que me diga tantas cosas, ni siquiera el Laocoonte, aunque la piedra parezca gemir de dolor. El Apolo vaticano, que usted sin duda conoce, no es para mí sino una pieza menor. La fuerza y la grandeza espiritual que el artista supo infundir en el dios poeta, posee una grandeza femenina aún más grande en la diosa de la belleza.

—Conozco esa maravillosa estatua por copias en yeso —respondí—. Vi una espléndida reproducción en terracota.

—¡Pero no hay nada más insuficiente! La muerta máscara de yeso mata la expresión. El mármol da vida y ánimo, la piedra se hace carne, es como si la sangre corriese bajo la fina piel. Ojalá viniese usted a Florencia para adorarla y admirarla. Yo sería su guía, igual que usted podrá ser el mío en Roma a mi regreso.

Hice una profunda reverencia y me sentí halagado y feliz por sus deseos.

—¿No volveremos a verla hasta después de Pascua?

—¡Sí, para la iluminación y la Girandola de la Iglesia de San Pedro! —respondió—. Entretanto sea tan amable de acordarse de mí, igual que yo lo recordaré cada vez que vaya a la Galería de Florencia, deseando que estuviera usted allí para ver aquellos tesoros. Siempre me sucede igual, en cuanto veo algo hermoso añoro estar con mis amigos, añoro que estén conmigo y puedan disfrutarlo igual que yo. ¡Esa es mi particular versión de la añoranza!

Me ofreció su mano, que besé, y me atreví a decir, medio en broma:

—¡Lleve este beso a la Venus de Médicis, de mi parte!

—¡De modo que no es para mí! —dijo Annunziata—. ¡Bueno, cumpliré su encargo! —y con estas palabras hizo un gesto dulcísimo y me dio las gracias por las alegres horas que le había proporcionado con mis canciones e improvisaciones—. ¡Volveremos a vernos! —exclamó, y yo abandoné la sala como sumido en un sueño.

Fuera encontré a la anciana señora, que me saludó con amabilidad y confianza; en la agitación de mi estado de ánimo le besé la mano, y ella me dio una palmadita en el hombro; la oí decir: «Usted es una buena persona», y enseguida me encontré en la calle, feliz por la amabilidad de Annunziata y entusiasmado por su espíritu y su belleza.

Me sentía bien dispuesto para disfrutar aquel último día de carnaval; no podía ni imaginarme que Annunziata se marchara de viaje, nuestra despedida había sido tan intrascendente que tenía casi la sensación de que íbamos a vernos al día siguiente. Sin máscara alguna, participé alegremente en la lucha de *confetti*. Todas las sillas de la calle estaban ocupadas, los andamios y ventanas estaban repletos, los coches circulaban arriba y abajo y la abigarrada muchedumbre se apretujaba entre ellos como un río ondulante. Para poder respirar un poco más libremente había que saltar osadamente delante de los coches, el pequeño espacio delante y detrás de cada uno era el único sitio en el que existía cierta libertad de movimiento. La música atronaba, alegres máscaras cantaban, y detrás de uno de los carruajes pregonaba *il capitano* sus hazañas por tierra y mar; traviosos muchachos sobre caballos de madera, de los que

en realidad solamente se veía la cabeza y los cuartos traseros, pues el resto estaba cubierto con un tapiz de color que ocultaba las dos piernas del jinete, sustitutas de las cuatro del corcel, se apretujaban por el estrecho espacio entre los coches, aumentando aún más la confusión. Yo no podía escapar adelante ni atrás, la espuma de los caballos que estaban justo detrás de mí me salpicaba los oídos; en aquellas apreturas salté sobre un coche en el que iban sentados dos enmascarados, aparentemente un señor grueso y anciano, en bata y gorro de dormir, y una preciosa jovencita en flor. Ésta se dio cuenta enseguida de que no era la petulancia sino el miedo lo que me había hecho subir, de modo que me dio unas palmadas en las manos al tiempo que me ofrecía unas cuantas bolitas de *confetti* para mi diversión. En cambio, el anciano me arrojó a la cara una cesta llena, y en cuanto el espacio detrás de nosotros quedó un poco más libre, la muchacha empezó a hacer lo mismo, de modo que, superado y sin disponer de iguales armas, hube de darme a la fuga, blanco de la cabeza a los pies, a todo lo que corrían mis piernas; dos arlequines me cepillaron tan contentos con sus cachiporras, pero cuando el coche volvió a adelantarme, comenzó de nuevo la tormenta; decidí hacer acopio de *confetti* pero sonaron los cañonazos y los carruajes hubieron de adentrarse en las estrechas callejas laterales a fin de dejar sitio para la carrera, y perdí de vista a mis dos enmascarados. Parecían conocerme: ¿quiénes podrían ser?

Ese día no había visto a Bernardo en el Corso. Una idea se me pasó por la cabeza: aquel anciano en bata y gorro de dormir podía ser él, y la preciosa pastorcilla, su llamada «avecilla mansa». ¡Tenía que haberle visto la cara! Había conseguido sitio en una de las sillas justo en la esquina; enseguida sonó el disparo de cañón, y los caballos salieron disparados por el Corso, en dirección a la Piazza di Venezia. Tras ellos, la multitud volvía a llenar la calle; yo iba ya a bajar, cuando sonó un grito angustiado: «¡Cavallo!». Uno de los caballos que habían llegado a la meta en primer lugar no se quedó allí sino que volvió grupas para continuar el camino en dirección contraria. Si se piensa en el denso gentío y la tranquilidad con que iban todos una vez concluida la carrera, será fácil entender las desgracias que podían acontecer. Como un zigzagueante relámpago atravesó mi memoria el recuerdo de la muerte de mi madre, fue como revivir el instante de terror en que los caballos desbocados saltaron sobre nosotros. Mis ojos se quedaron fijos. La muchedumbre se desplazó hacia los lados como por ensalmo, como si de pronto se hubiera acurrucado sobre sí misma; vi al caballo, espumeante y con los costados ensangrentados, las crines ondeantes y las chispas saltando de sus patas, pasar a gran velocidad y de repente, como derribado por tierra de un disparo, cayó al suelo, muerto. Todos preguntaban si había habido algún accidente, pero la Madonna había extendido su mano protectora sobre su pueblo, no había sucedido nada grave, al parecer, y el peligro recién superado volvió los ánimos aún más alegres y festivos.

Sonó la señal de que había concluido la retirada de los carruajes y que iba a comenzar el espléndido *moccolo*, como deslumbrante final de los carnavales. Los

carruajes se entremezclaron unos con otros, el ajetreo y el alboroto aumentaron, la oscuridad iba creciendo por momentos, pero entonces todos encendieron sus cabos de vela y, algunos, manojos enteros. En todas las ventanas habían puesto velas, casas y carruajes en el precioso, tranquilo atardecer, estaban como cubiertos por aquellas brillantes estrellas, lámparas de papel; pirámides de luz se movían en largas pértigas desde el piso más alto hasta los bajos, todos intentaban proteger su propia luz y apagar la del vecino, mientras el grito iba haciéndose cada vez más frenético: *Sia ammazato, chi non porta moccolo!* En vano intentaba proteger mi cabo de vela, cada vez que tiraba uno, todos hacían lo mismo. Las señoras que estaban junto a la pared de la casa metían sus velas por las ventanas de los pisos bajos y me gritaban riendo: *Senza mocoli!*; ellas creían que su vela estaba segura, pero los niños que había dentro trepaban a las mesas y las apagaban a soplidos. Pequeños globos de papel caían desde las ventanas más altas, donde había varias personas con cientos de cabos de vela encendidos que arrojaban por los tubos de desagüe hasta la calle, gritando: «¡Que muera el que no lleve su vela!», y nuevas figuras trepaban al borde del tejado llevando, atados a largos palos, unos pañuelos que utilizaban para apagar las velas de los demás mientras mantenían en alto las suyas propias y gritaban: *Senza mocoli!* Un forastero que no lo haya visto nunca no podrá hacerse idea de aquel atronador tumulto, aquel ajetreo y aquel gentío. El aire está denso y caliente por las masas humanas y las velas encendidas. De repente, cuando varios coches entraron desde el oscuro callejón, vi, justo delante de mí, a mis dos máscaras; las velas se le habían apagado al caballero en bata, pero la zagalilla mantenía en alto un ramillete de cabos encendidos con ayuda de un tubo que tendría sus buenas cuatro o cinco varas de largo. Reía a carcajadas con alegría, porque no se podían alcanzar ni siquiera con los pañuelos atados a palos, y el hombre de la bata bombardeaba con *confetti* a todo el que se atrevía a aproximarse; yo no me amilané; en un abrir y cerrar de ojos llegué detrás del coche, cogí el tubo y, aunque oí un suplicante «¡No!» y su protectora me arrojó un montón de bolitas de yeso, sin indulgencia alguna, lo sujeté con fuerza para bajar las velas, pero se me rompió en las manos y el llameante ramillete cayó a tierra, para gran alegría de los circunstantes. «¡Hombre, Antonio!», gritó la muchacha. Aquel grito me llegó hasta la médula de los huesos, pues era la voz de Annunziata. Me arrojó con fuerza todo su *confetti* a la cara, y también el cesto. En mi sorpresa salté del coche, que siguió su camino, pero vi un ramo de flores volar hacia mí como señal de perdón; lo agarré en el aire, intenté seguir al coche pero era imposible avanzar, los carruajes habían formado una auténtica aglomeración, aquello era un caos, pues algunos retrocedían hacia un lado, otros hacia el contrario; llegué al callejón pero, cuando pude respirar, sentí con más fuerza aquel peso en mi corazón. «¿Con quién iba Annunziata?» Me parecía natural que quisiera participar en el carnaval el último día, pero ¿y el señor de la bata? ¡Ay, mi primera sospecha debía de ser cierta, sin duda! Tenía que tratarse de Bernardo. Quise convencerme. A toda prisa me marché por las callejuelas y llegué a Piazza Colonna, donde vivía Annunziata, y

me instalé junto al portal a aguardar su llegada. Al poco llegó el coche y, como si yo fuera uno de los criados de la casa, me acerqué y Annunziata bajó sin siquiera mirarme; después el señor de la bata, que se movía demasiado torpemente para ser Bernardo. «Gracias, amigo» dijo, y en su voz reconocí a la anciana, cuando bajó del coche vi también sus piernas y el vestido marrón, que sobresalía por debajo de la bata; mi conjetura estaba equivocada.

—*Felicissima notte, Signora!* —grité con fuerza, lleno de alegría. Annunziata rió, dijo en broma que yo era muy mala persona y que se iría enseguida a Florencia, pero su mano apretó la mía. Feliz y con el corazón aliviado la dejé y lancé al aire el grito de «¡muera quien no lleve vela!», aunque yo no tenía ninguna. Pero sólo pensaba en ella y en la buena anciana que, seguramente tan sólo para alegrarla, se había puesto bata y gorro de dormir y había participado en el carnaval, alegría para la que no parecía nacida.

Y qué detalle tan natural por parte de Annunziata no haber ido con ningún extraño, no haber invitado a Bernardo, ni siquiera al maestro de capilla, a que la acompañaran en su coche. No quería reconocer que sentí celos del gorro de dormir; me sentía alegre y dichoso, y con alegría quería pasar las pocas horas que quedaban hasta que el carnaval concluyera, como un sueño. Fui al Festino, todo el teatro estaba decorado con guirnaldas de lámparas o velas, todos los palcos estaban llenos de enmascarados y de forasteros sin disfraz; desde el parterre ascendía una alta, ancha escalera sobre la orquesta habitual, a la que ocultaba, hasta el escenario, que estaba decorado con colgantes y coronas para convertirlo en salón de baile. Dos orquestas se alternaban. Un grupo de máscaras de cuáqueros y cocheros bailaron una alegre danza en corro sobre Baco y Ariadna; me incorporaron al corro y en mi alegría hice los primeros pasos de baile, y me resultó tan divertido que no me limité a ellos, qué va, pues cuando, entrada ya la noche, me dirigía hacia mi casa, seguía balanceándome con las divertidas máscaras, y gritando con ellas: «¡La noche más feliz del más bello carnaval!».

Pero mi sueño fue breve. En los bellos momentos del amanecer pensé en Annunziata, que quizá en aquel mismo momento dejaba Roma, pensé en los alegres días de carnaval, que parecían haber creado una nueva vida para mí, y que ahora, con su alegría y su ajeteo, habían concluido. ¡No podía descansar! Salí al aire libre. Todo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Puertas y tiendas cerradas, poca gente en la calle y, en el Corso, donde el día anterior apenas podía moverse el gentío por las enormes apreturas, iban sólo unos cuantos siervos del municipio con sus ropas blancas de rayas azules, barriendo el *confetti* que cubría la calle como si fuera granizo; un jamelgo miserable, con su bolsa de forraje, de la que comía, atada a un costado, arrastraba el carrito donde juntaban los desechos de la fiesta. Un cochero se detuvo delante de una casa, llenó hasta los topes el alto de su carromato con cajas y valijas, echó una gran lona sobre aquella pila de cosas y ató con fuerza los arneses de hierro, hasta morder casi el cuero de los baúles de atrás. De una calle lateral salió un

carruaje con parecido cargamento. Todos se iban. A Nápoles o a Florencia. Roma estaría muerta durante cinco largas semanas, desde el Miércoles de Ceniza hasta la Pascua.

XII

Cuaresma. El Miserere de Allegri en la Capilla Sixtina. Visita a Bernardo. Annunziata

Silenciosos y mortalmente largos pasaban los días; la mente me rememoraba y repetía el teatro del carnaval, el gran suceso de mi propia vida, en el que Annunziata desempeñaba el papel protagonista. Pero día a día iba creciendo la monotonía, y el silencio sepulcral se extendía por doquier. Sentía un vacío que mis libros no conseguían llenar. Bernardo lo había sido todo para mí, mas ahora era como si se hubiera abierto un abismo entre nosotros, yo me sentía agobiado cuando estaba cerca de él y comprendía cada vez con mayor claridad que lo único que ocupaba mi espíritu era Annunziata. Algunos momentos me sentía feliz con ese sentimiento, pero había horas, había noches en que pensaba en Bernardo, que ya la amaba antes que yo; y era también él quien me había conducido ante ella; yo le había asegurado que era sólo admiración, y nada más, lo que sentía por ella; a él, mi único amigo, le había reiterado una y otra vez la lealtad de mi corazón, pero yo era desleal y malo. Entonces se encendía la ira en mi corazón, pero mi mente no podía separarse de Annunziata. Cada recuerdo de ella, de mis más alegres horas, ya acabadas, me ocasionaban la más profunda melancolía. De ese modo contemplamos el viviente, sonriente retrato de un difunto querido, y cuanto más viviente es, cuanta más afabilidad hay en su sonrisa, tanto mayor es la melancolía que se apodera de nosotros. Sólo ahora empezaba a darme cuenta de lo que era esa dura lucha de la vida de la que tantas veces me habían hablado en la escuela y que yo creí que consistía en la dificultad de una lección, o en la aversión hacia los despropósitos de un maestro. ¿No debería tal vez refrenar esa pasión que había despertado en mí, con lo que mi antiguo sosiego volvería sin duda? Porque ¿adónde podía conducir aquel amor? Annunziata estaba en la cúspide de su arte, pero el mundo me condenaría si yo abandonaba mi posición para seguirla; incluso se irritaría la Madonna, para cuya exaltación había nacido yo; Bernardo nunca podría perdonármelo y... en realidad, ni siquiera sabía si Annunziata me amaba. Aquella era para mí, en el fondo, la idea más amarga. En vano me arrojé en la iglesia ante la imagen de la Madonna, en vano le supliqué que diera fuerzas a mi alma en mi horrible lucha: incluso allí se ponía de manifiesto mi pecado, pues hasta la Madonna me recordaba a Annunziata; en ciertos momentos, cualquier bello rostro femenino intentaba aproximarse a la expresión del espíritu que yo veía en Annunziata. «No, tengo que extirpar de mi alma estos sentimientos», me dije, «¡no quiero volver a verla nunca más!».

Ahora comprendía perfectamente lo que antes era incapaz de concebir, que uno pueda sentir el impulso de martirizar su cuerpo, que intente vencer en la lucha del alma por medio de torturar la carne. Mis ardientes labios besaron el frío pie de

mármol de la Madonna y, por unos instantes, la paz retornó a mi alma; pensé en mi infancia, cuando mi querida madre vivía aún, qué feliz era yo entonces, cuántas alegrías me había regalado incluso aquel tiempo taciturno antes de la Pascua. Todo seguía siendo aún igual que antes. En las esquinas y las plazas seguían, como antes, las pequeñas enramadas verdes, decoradas con estrellas de plata y oro; a su alrededor seguían colgando los preciosos rótulos con versos que narraban los exquisitos platos que se degustaban allí antes de la Cuaresma. Cada atardecer se encendían multicolores lamparitas de papel bajo las verdes ramas; ¡cuánto me gustaban cuando era niño! ¡Qué feliz había sido en la preciosa tienda del abacero, que en Pascua veía resplandecer como un mundo de fantasía, con aquellos encantadores ángeles de mantequilla que danzaban en un templo cuyas columnas eran salchichas envueltas en plata y su cúpula un queso parmesano! Y mi primer poema fue sobre aquella maravilla, y la *signora* del abacero la había llamado *una Divina Commedia di Dante*. Entonces no conocía yo a ese espléndido vate, pero tampoco conocía a cantante alguna... ¡ojalá consiguiera olvidar a Annunziata!

Con la procesión recorrí las siete sagradas iglesias de Roma, uní mi canto al de los peregrinos y mi sentimiento era profundo y sincero, pero Bernardo me susurró al oído la broma demoníaca: «¡El astuto abogado del Corso, el virtuoso improvisador, con ojos de penitente y ceniza en la frente! ¡Vaya, qué bien te organizas! Sabes adaptarte a cualquier papel, yo no sería capaz de imitarte, Antonio». Sus palabras contenían una burla, pero también una verdad manifiesta, que me hería en lo más hondo.

Había llegado la última semana de la Cuaresma; los forasteros volvieron a acudir en tropel a Roma. Casi un carruaje tras otro entraban por la Porta del Popolo y la Porta San Giovanni. La tarde del miércoles comenzaba el Miserere en la Capilla Sixtina. Mi alma ansiaba música, deseaba hallar en el mundo de las notas compasión y consuelo. El gentío era enorme, incluso en el interior de la Capilla, la primera sección estaba ya repleta de señoras. Se habían montado unos preciosos palcos con cortinajes de terciopelo y dorados, para las personas de sangre real de cortes extranjeras, a tal altura que podían ver por encima de la cancela artísticamente tallada que separaba a las señoras de la parte interior de la capilla. Los pontificios guardas suizos montaban guardia con sus multicolores uniformes de gala, los oficiales llevaban ligeras corazas y un ondeante penacho de plumas en el yelmo; a Bernardo le sentaba el uniforme especialmente bien, y saludaba a las jóvenes damitas que conocía.

Conseguí un lugar justo detrás de la cancela, no lejos del balcón donde se sitúan los cantores pontificios. Detrás de mí había una parte de los ingleses a los que había visto en el carnaval con abigarrados disfraces; allí no tenían un aspecto muy diferente. ¡Así se creerían oficiales hasta los niños de diez años! Todos gastaban costosos uniformes, de las telas y los cortes más vistosos. Uno vestía una guerrera azul claro con bordados de plata, oro en las botas y una especie de turbante con perlas

y plumas. Aquello no era nada nuevo en las fiestas romanas, donde un uniforme siempre ayuda a conseguir los mejores lugares; a su alrededor, la gente se reía de semejantes galas, pero mi mente no estuvo ocupada mucho tiempo con ese asunto.

Llegaron los ancianos cardenales con sus capas magnas de terciopelo morado y los omerales de armiño blanco. Se sentaron uno junto a otro en un gran semicírculo por dentro de la cancela, los clérigos que llevaban las colas de sus capas tomaron asiento a sus pies. De la puertecita junto al altar salió el Santo Padre con su capa púrpura y la blanca tiara papal, deslumbrante como la plata. Subió a su trono, los obispos movieron los incensarios a su alrededor mientras jóvenes clérigos, en hábitos de color rojo vivo, se arrodillaban ante él y el altar mayor portando hachones encendidos.

Comenzaron las *lectiones*^[46], pero me fue imposible dejar mis ojos perderse en aquellas letras muertas, sino que se elevaron, arrastrando con ellos a mi mente, hacia aquel gran universo que Miguel Ángel había plasmado en colores sobre el techo y las paredes. Contemplé sus poderosas sibilas y sus venerables profetas, ¡cada una de aquellas figuras era un tratado de arte! Mis ojos bebieron los poderosos trazos, los bellos grupos de ángeles; para mí no eran pinturas, ¡allí arriba todo estaba vivo! El árbol del conocimiento del bien y del mal, donde Eva ofreció la fruta a Adán, Dios todopoderoso volando sobre las aguas, no llevado por ángeles, como lo mostraban los maestros antiguos, no, pues aquí son los tropeles de ángeles quienes descansan sobre él y sus aleteantes ropajes. Ciertamente había visto aquellas pinturas en anteriores ocasiones, pero nunca me había sentido tan impresionado como ahora: mi agitado estado de ánimo, la multitud, quizá incluso también la lírica de mi pensamiento, me llevaban a captarlo todo en una forma extrañamente poética. ¡No podía dejar de sentirlo así, y lo mismo han sentido también muchos corazones de poetas!

Los atrevidos escorzos, la enorme fuerza con que se muestran las figuras, son portentosos, asombrosos. ¡Es como un sermón de la montaña en formas y colores! Con Rafael, quedamos atónitos ante la fuerza de Miguel Ángel; cada profeta es un Moisés como el que él mismo esculpió en mármol. ¡Qué figuras tan espléndidas! Son éstas las que captan la atención de nuestros ojos y nuestra mente cuando entramos; pero, como bendecidos por los santos que acaban de ver, nuestros ojos se dirigen al fondo de la capilla, cuyas paredes son altares del arte y el pensamiento. La enorme y caótica composición, que se extiende desde el suelo hasta el techo, es como la piedra preciosa a la cual todo lo demás servía de marco. Presenciamos el día del juicio.

Cristo es el juez en el cielo, y su madre y los apóstoles extienden las manos suplicando por el desdichado género humano. Los muertos levantan sus lápidas; almas benditas ascienden orantes hacia Dios mientras el Averno se apodera de sus víctimas. Ahí, un alma que se eleva intenta liberar a su hermano condenado, a quien el Averno sujeta con lazos serpentinos; los hijos de la desesperación se golpean la frente con los puños mientras se hunden en el abismo. En osados escorzos vuelan y caen legiones entre cielo e infierno. La concurrencia de los ángeles, expresada por el

encuentro de los amantes, el niño que al sonido de las trompas se aprieta contra el pecho de su madre, es tan bello y natural que uno mismo se siente arrastrado a la muchedumbre que espera el juicio. Miguel Ángel expresó en colores lo que Dante vio y cantó para las estirpes de la tierra.

El sol poniente arrojaba sus últimos rayos a través de las ventanas más altas. Cristo y los justos que lo rodeaban estaban fuertemente iluminados, mientras que la parte inferior, donde se alzan los muertos, así como el demonio que empuja la barca cargada de condenados para abandonar la orilla, estaban en casi completa oscuridad. Justo en el momento en que se puso el sol terminó la última *lectio*, y fue apagado el único cirio que quedaba encendido; todo el mundo pictórico se ocultó en las tinieblas, pero en ese mismo instante resonaron la música y el canto; lo que los colores habían manifestado en formas corpóreas, se elevaba ahora en las notas; el día del juicio con su desesperación y su júbilo sonaba sobre nosotros.

El Padre de la Iglesia, despojado de su pompa papal, fue ante el altar, oró ante la santa cruz y en las alas de las poderosas trompas sonó el estremecedor coro: *Populus meus, quid feci tibi?* Desnudas notas angelicales se cernían sobre un canto profundo, sobre unas notas que no brotaban del pecho de un ser humano, ni hombre ni mujer, pertenecían solamente al mundo espiritual; eran como el llanto de los ángeles hecho melodía.

En aquel mundo de notas, mi alma bebía fuerza espiritual y plenitud vital. Me sentía alegre y fuerte como no lo había estado en mucho tiempo. Annunziata, Bernardo, todos mis seres queridos se agitaban en mi mente. Tal como yo los amaba en aquel instante, se aman tal vez unas a otras las almas de los justos. La paz que yo buscaba en mis plegarias, sin encontrarla, fluía ahora hasta lo más hondo de mi corazón transportada por las notas.

Una vez concluido el Miserere, cuando todos se habían marchado ya, fui a estar un rato con Bernardo en su alojamiento. Le estreché la mano con toda sinceridad, conté todo lo que mi alma llena de entusiasmo me empujaba a decir, mis labios estaban plenos de elocuencia; el Miserere de Allegri, nuestra amistad, todo el extraño cuento de mi vida proporcionaba material suficiente para ello. Le conté cómo aquella música me había sanado espiritualmente, el peso que hasta entonces había sentido mi corazón, mi padecer, mi angustia y melancolía, el largo tiempo de la Cuaresma, aunque sin decirle la parte que les cabía a él o a Annunziata en mis pesares, pero aquel fue el único recoveco de mi corazón que no abrí para él. Se rió de mí, me llamó mal hombre, aquello se debía a mi vida de pastor con Domenica, y a la *Signora*... a la educación que me dieron todas aquellas mujeres, y finalmente a la escuela de los jesuitas, que me había pervertido. Que mi cálida, ardiente sangre italiana había sido apagada con leche de cabra, que mi medida trapense me hacía enfermar, que necesitaba unaavecilla mansa que con sus trinos me sacara del mundo de los sueños. Que yo tenía que ser una persona como las demás, y así me encontraría a mí mismo en cuerpo y alma.

—¡Somos muy distintos tú y yo, Bernardo! —repuse—. Y sin embargo, mi corazón está asombrosamente apegado al tuyo. Muchas veces siento el deseo de estar contigo.

—Eso sería malo para la amistad —respondió él—. Seguramente se rompería antes de que nos diésemos cuenta. La amistad es como el amor, se refuerza con la separación. Muchas veces pienso que, en el fondo, debe de ser aburridísimo estar casado. Verse un día sí y otro también, y además hasta los últimos pliegues. La mayoría de los matrimonios están aburridos el uno de la otra, es sólo una especie de sentido del decoro, algo así como alguna clase de bondad, lo que los mantiene unidos por largo tiempo. Yo lo noto perfectamente en mí, deseo que mi corazón arda con fuerza, y querría que el de la mujer a la que amara ardiese tanto como el mío; pero cuando dos llamas se encuentran, se apagan. El amor es añoranza, y la añoranza muere cuando deja de haber motivo para su existencia.

—Pero si tu mujer —dije yo— fuera bella e inteligente como...

—¡... Como Annunziata! —volvió a hablar cuando yo me detuve un instante para encontrar un objeto adecuado para mis palabras—. Sí, Antonio, querría ver a la bella rosa mientras estuviera fresca; y cuando los pétalos se marchitaran y el aroma desapareciera... bueno, Dios sabrá cuáles serán entonces mis deseos. En este instante son de lo más peculiares, y ya he sentido antes algo parecido... Me gustaría ver lo roja que es tu sangre. Pero soy una persona razonable, tú eres mi amigo, mi leal amigo. No vamos a pelearnos, aunque coincidamos en una misma aventura amorosa —y rió a carcajadas, me apretó con fuerza contra su pecho y dijo medio en broma—: Te cedo miavecilla mansa, que ya empieza a ponerse demasiado sentimental, y que seguramente te encantará. Ven conmigo esta tarde. Los amigos de verdad no deben ocultarse nada unos a otros, pasaremos una tarde estupenda. ¡Y el domingo, el Santo Padre nos dará la bendición a todos!

—¡Yo no voy contigo! —respondí.

—Eres un cobarde, Antonio —repuso él—. ¡No permitas que la leche de cabra derrote a tu sangre! ¡Tus ojos saben arder como los míos! ¡Claro que saben arder, lo he visto ya! Tus penas, tu angustia, tu penitencia durante la Cuaresma... te diré sinceramente el motivo, es el ansia de esos labios jugosos, de esas bellas formas. Lo sé bien, Antonio, no puedes ocultarlo... Tienes que apretar la belleza contra tu pecho... pero no tienes valor para hacerlo, eres demasiado cobarde, eres un pusilánime inútil...

—¡Tus palabras, Bernardo —respondí—, me ofenden!

—¡Pues di tú algo, entonces! —exclamó; y la sangre me subió a las mejillas, pero las lágrimas también se acumularon en mis ojos.

—¿Así juegas con mi devoción por ti? —exclamé—. ¿Crees que me interpongo entre Annunziata y tú, crees que ella es más amable conmigo que contigo?

—¡Oh no! —repuso él, casi en un grito—. ¡Sabes perfectamente que mi imaginación no es tan fuerte! ¡Pero olvida esos asuntos ahora! Y por lo que respecta a

tu devoción, de la que siempre hablas tanto, no te comprendo; nos estrechamos la mano, somos amigos, amigos razonables, pero mis ideas son excéntricas, y tienes que aceptarme tal como soy.

Aquello fue más o menos lo más granado de nuestra conversación, la parte que penetró en mi corazón y, por así decir, se incorporó a mi sangre; me sentí agraviado, aunque, cuando estrechó mi mano en la suya, se dejó ver cierta cordialidad.

Al día siguiente, las campanas del Jueves Santo me llamaron a la Iglesia de San Pedro. En su espléndido pórtico, cuyas dimensiones habrían hecho pensar a cualquier forastero que sólo él formaba la iglesia entera, iba aumentando el gentío, igual que en las calles y en el puente de Sant'Angelo; era como si toda Roma acudiese allá para maravillarse, igual que los forasteros, ante las dimensiones de la iglesia, pues parecía dilatarse más y más ante la muchedumbre.

El canto resonó sobre nosotros, dos grandes coros se respondían uno al otro desde lugares distintos del Coro de la Iglesia. Todos se apelonaban intentando ver el lavado de los pies que iba a empezar en ese momento^[47]. Desde la cancela tras la que se sentaban las damas más principales, una persona me hizo un gesto amistoso. Era Annunziata. Había regresado, estaba allí, en la iglesia, mi corazón palpitó con fuerza. ¡Estaba tan cerca de ella que podía darle la bienvenida!

Había llegado el día anterior, pero demasiado tarde para el Miserere de Allegri, aunque durante el Avemaría había visitado la Iglesia de San Pedro.

—Esa prodigiosa oscuridad —dijo— lo hacía todo aún más imponente que como aparece ahora, de día. No había encendidas más luces que las lámparas de la tumba de San Pedro, era una corona de rayos pero insuficientemente fuerte para iluminar incluso los pilares más cercanos. A mi alrededor, todos se arrodillaban silenciosos, yo misma me hiqué de rodillas, sentía con toda viveza cuánto puede haber en la nada. ¡Qué fuerza vive en el silencio religioso!

Su anciana amiga, a la que no había descubierto hasta entonces, pues vestía un largo velo, me saludó amablemente con un gesto. La ceremonia había concluido, inútilmente busqué a sus criados, que habrían de conducirlas hasta el carruaje. Un grupo de caballeros jóvenes habían reconocido también a Annunziata, que parecía intranquila y deseosa de marcharse; le hice una señal con la mano para sacarla de la iglesia y llevarla a su coche. La anciana me tomó enseguida del brazo, mientras Annunziata caminaba sola a un lado; no tuve valor para ofrecerle mi brazo, pero cuando alcanzamos la puerta y la muchedumbre nos arrastró, sentí su brazo en torno al mío. Fue como si el fuego recorriese mis venas.

Encontré el carruaje; cuando se acomodaron en él, Annunziata me invitó a compartir con ella la cena.

—Una modesta cena —dijo—; como es propio de la Cuaresma.

¡Yo era feliz! La anciana señora, que no tenía buen oído, comprendió lo suficiente por la expresión del rostro de Annunziata, que estaba hablando de una invitación, y que yo iría también en el coche. Al instante despejó el asiento delantero de los

abrigos y chales que había sobre él, me tomó de la mano y dijo:

—Hágame el favor, Sr. Abate. Hay sitio de sobra.

—No era eso lo que Annunziata pretendía; vi que un cierto rubor se deslizaba por sus mejillas, pero yo estaba ya sentado delante de ella, y el coche se puso en movimiento. Una pequeña mesa principesca nos esperaba. Annunziata habló de su estancia en Florencia y de la fiesta de hoy, me preguntó por la Cuaresma romana y cómo había pasado yo ese tiempo, pregunta que no supe contestar demasiado bien.

—¿Irá a ver el bautismo de judíos el sábado? —pregunté, pero en ese mismo momento dirigí una mirada a la anciana señora, a la que había olvidado por completo.

—¡No lo ha oído! —respondió Annunziata—. De haberlo oído, habría enrojecido de ira. Sólo voy adonde ella puede acompañarme, y para ella no sería muy apropiado asistir a la fiesta en la capilla bautismal de Constantino^[48]. A mí tampoco me interesa demasiado porque, sólo en rarísimas ocasiones, los musulmanes o judíos a los que ungen con el bautismo lo hacen por convicción. Recuerdo, en mi infancia, la desagradable impresión que me causaba verlo. Vi bautizar a un niño judío de seis o siete años de edad; llevaba sucios los zapatos y las medias, el cabello desgredado y polvoriento y con todo aquello vestía también, en atroz contraste, un precioso hábito de seda blanca, regalo de la Iglesia. Los padres, tan sucios como el niño, iban detrás de él; habían vendido el alma de su hijo a una santidad que ellos mismos no reconocían.

—¿Vio usted eso en Roma, de niña?

—Sí —respondió ella, ruborizándose—. ¡Aunque no soy romana!

—La primera vez que la vi a usted y la oí cantar, tuve la sensación de conocerla de antes. No lo sé realmente, pero sigo pensándolo. Si creyéramos en la transmigración de las almas, yo pensaría que los dos habíamos sido aves, que habíamos saltado a la misma rama y que nos conocíamos desde mucho tiempo atrás. ¿No hay recuerdo alguno de ello en su alma? ¿No hay nada que le diga que nos habíamos visto antes?

—Nada en absoluto —respondió Annunziata, mirándome fijamente a los ojos.

—Al decirme usted hace un instante que vivió en Roma de niña y no, como yo creía, que había pasado su infancia en España, despertó en mi alma un recuerdo, el mismo que acudió a mi mente la primera vez que la vi ante mí representando a Dido. Cuando era niña, ¿nunca hizo un discurso navideño para el Bambino en la Iglesia de Aracoeli, como los demás niños?

—¡Claro que sí! —exclamó—. Y usted, Antonio, ¿no sería aquel muchachito que llamó la atención de todos?...

—¡Usted me superó! —contesté.

—¡Era usted, Antonio! —exclamó en voz bien alta, me tomó las dos manos y me miró a los ojos con una mirada de indescriptible dulzura; la anciana amiga acercó su silla y nos miró muy seria. Annunziata se lo contó todo, y ella sonrió con la escena de nuestro reencuentro.

—¡Cuánto hablaron de usted y mi madre y todos los demás! —dije—. Sus formas delicadas, casi incorpóreas, su dulce voz. Yo sentía celos de usted, mi vanidad no permitía que otra persona pudiera hacerme sombra... ¡Qué extraño, cómo se entrecruzan los caminos de la vida!

—Lo recuerdo bien —dijo ella—. Llevaba puesta una chaquetita con muchos botones relucientes, eso fue casi lo que más me interesó de usted.

—Usted —respondí— llevaba una preciosa banda roja en el pecho, pero no fue eso lo que más me impresionó, sino sus ojos, su cabello negro como la pez... Sí, tenía que reconocerlos, siguen siendo iguales, aunque con rasgos más desarrollados, los habría reconocido aunque el cambio hubiera sido mucho mayor. Se lo comenté enseguida a Bernardo, pero él me contradijo, tenía una idea completamente diferente...

—¡Bernardo! —exclamó ella, y creí oí un temblor en su voz.

—Sí —respondí algo confundido—; él también creía conocerla, creía haberla visto antes, digamos, en un contexto que haría imposible mi sospecha... Su cabello negro, su mirada, no se vaya a enojar, él cambió al instante su significado, creyó a primera vista que usted era —me detuve—... que no pertenecía... a la iglesia católica, y que por consiguiente yo no podía haberla oído hablar en Aracoeli.

—¿Quizá que yo pertenecía a la misma fe que mi amiga? —dijo Annunziata, señalando a la anciana señora. Asentí con la cabeza involuntariamente, pero al instante tomé su mano y pregunté:

—¿Está usted irritada conmigo?

—¿Porque su amigo me haya tomado por una muchacha judía? —preguntó sonriente—. ¡Es usted una persona de lo más extraña! —sentí que nuestro contacto en la infancia nos había hecho más íntimos, toda pena estaba olvidada, pero también mi determinación de no volver a verla, de no seguir amándola. Mi alma ardía solamente por ella.

Las galerías estaban cerradas los dos días que quedaban hasta el Domingo de Resurrección. Annunziata afirmó que sería estupendo poder entrar en alguna de ellas en esa época con total calma; pero no era posible. El deseo expresado por sus labios era una orden, yo conocía al *custode* y al portero, a todos los criados que seguían aún en el Palazzo Borghese, donde se halla una de las colecciones más interesantes de Roma, por la que había paseado con Francesca en mi infancia y había trabado conocimiento con todos los *amoretti* de las *estaciones* de Francesco Albani.

Le ofrecí llevarlas allí, a ella y a la anciana señora, al día siguiente, Annunziata me dio las gracias y yo me sentí inmensamente feliz.

De nuevo en la soledad de mi hogar, volvió el recuerdo de Bernardo. No, él no la ama, me decía a mí mismo para confortarme; su cariño y su lealtad, sin embargo, no son tan grandes como los míos. Nuestra última conversación me parecía aún más amarga de lo que en realidad había sido, yo veía solamente su orgullo, percibía su recelo hacia mí, y creé en mi interior una ira mayor que la que había sentido jamás.

Su orgullo está herido porque se da cuenta de que Annunziata es más amable conmigo que con él; cierto que fue él quien me condujo hasta ella, pero quizá su mente había previsto que yo me convertiría en simple objeto de burla; por eso se asombró al oírme cantar e improvisar, nunca había podido imaginar que yo llegara a cantar al lado de su bella criatura, superando su libertad y su osadía... Ahora pretende asustarme para que no vuelva a visitarla. ¡Un ángel bueno desearía algo muy distinto! Su dulzura, sus ojos, todo en ella me dice que me ama, que es benévola conmigo, más aún que benévola, pues ha de darse cuenta de que la amo.

Feliz, deposité cálidos besos sobre las almohadas, mas con la alegría del amor creció también mi acritud hacia Bernardo. Me irrité conmigo mismo por no tener más temperamento, más ímpetu y más cólera; ahora disponía de cien espléndidas respuestas que habría debido darle la última vez que me trató como a un niño, cada una de sus pequeñas ofensas seguían vivas en mi recuerdo. Por primera vez sentí de verdad la sangre hervir en mis venas, una seria determinación, los sentimientos más nobles y puros mezclados con una repulsiva cólera me privaron del sueño. Sólo de madrugada conseguí dormir un poco, pero aquello me dio fuerzas y desperté con el corazón más ligero; avisé al *custode* de la llegada de unas damas forasteras que querían visitar la galería, y acudí a casa de Annunziata. Los tres fuimos en el carruaje hasta el Palazzo Borghese.

XIII

La galería de arte. Algunas precisiones.

La fiesta de Resurrección. El punto de inflexión de mi destino

Para mí fue toda una emoción guiar a Annunziata por el lugar en el que había jugado de pequeño, y donde la *Signora* me había enseñado las pinturas y se había divertido con la simpleza de mis preguntas y mis comentarios. Yo conocía cada una de las piezas, pero Annunziata las conocía mejor, pues las conocía espiritualmente; sus observaciones eran completamente atinadas; con mirada habituada y sentido natural ponía de relieve cada belleza... Estábamos ante la famosa pieza de Gherardo delle Notti, *Lot con sus hijas*, yo alabé el gran efecto que creaba, la poderosa mirada de Lot y sus hijas, alegres de vivir, que le servían el vino; el rojizo cielo del atardecer, que brilla entre los oscuros árboles.

—¡Esta pintado con llamas y espíritu! —exclamó ella, mirándome—. Admiro el pincel del artista en el colorido y la expresión, pero no me agrada que haya elegido este tema, yo exijo de la pintura una especie de decencia, una noble pureza en la elección de tema. Por ello tampoco me atrae la Dánae de Correggio tanto como podría hacerlo; es bella, y divino es el angelito de alas de colores que está sentado en la cama ayudándola a recoger el oro, pero el tema me parece innoble, hace daño, si así puedo expresarlo, al sentido de la belleza de mi propio corazón. Por eso me parece tan grande Rafael; en todo lo que conozco de él es siempre un apóstol de la inocencia, y por eso pudo darnos a su Madonna.

—Pero la belleza de la obra de arte —la interrumpí— puede hacernos olvidar lo innoble del tema.

—Jamás —respondió Annunziata—; el arte, en cada una de sus ramas, es sagrado y elevado, y la pureza del espíritu impresiona más que la pureza de las formas; por eso pueden impresionarnos tan profundamente las ingenuas representaciones de los maestros antiguos, aunque a veces parezcan cuadros chinos, con sus formas tan marcadas. ¡Todo es rígido y duro! El espíritu puede ser puro en el cuadro del pintor igual que en el canto del poeta, estoy dispuesta a permitir algún exceso, a considerarlo una estridencia y lamentar que el artista tuviera esa ocurrencia, pero podré alegrarme con el conjunto.

—Pero —la interrumpí—, la alternancia de distintos temas lo hace interesante; ver permanentemente...

—Usted me malinterpreta. No pretendo en absoluto que me estén pintando siempre a la Madonna. No, soy feliz con el precioso paisaje, la realista escena de vida popular, el barco en la tormenta y los ataques de piratas de Salvatore Rosa. Pero no quiero nada inmoral en el reino del arte, y así denomino yo incluso a la pieza, muy bien pintada, de Schedino que hay en el Palazzo Sciarra. ¿La recuerda? Dos

campesinos a lomos de asnos pasan ante una tapia de piedra en la cual hay una calavera, como si fuera un ratón, una lombriz o un tábano, y en la tapia se leen las palabras *et in Arcadia ego*.

—Lo conozco —respondí—; cuelga al lado de los espléndidos violinistas de Rafael.

—Sí —respondió Annunziata—, ojalá la inscripción apareciera debajo de ese cuadro y no del otro, tan horrible.

Nos hallábamos ahora ante las *Estaciones* de Francesco Albani; le conté la impresión que me habían causado, de niño, aquellos pequeños *amorini*, cómo viví y cómo llegué a la galería.

—¡Estuvo usted en unos sitios deliciosos durante su infancia! —exclamó ella reprimiendo un suspiro, que tal vez era un eco de la suya.

—¡La suya no los tuvo en menor grado! —respondí—. Usted era una niña feliz, admirada, cuando la vi por vez primera, y la segunda vez que nos encontramos, había extasiado a Roma entera y... parecía feliz, ¡y eso es lo principal!

Me había inclinado hacia ella, que me miró a los ojos con una mirada extrañamente melancólica y exclamó:

—¡Aquella niña admirada y feliz perdió a su padre y a su madre, era un pajarillo silvestre sobre la rama desnuda; habría muerto de hambre, sin duda, pero el despreciado judío le dio cobijo y alimento hasta que pudo salir volando sobre el proceloso mar!

Calló, agitó la cabeza y continuó:

—No es un cuento capaz de entretener a un forastero, y no sé si puedo contar mucho de algo como eso —quiso levantarse, pero le tomé la mano preguntando:

—¿Acaso soy para usted un simple forastero?

Dejó perdida la mirada por un instante, sonrió melancólica, y dijo:

—Pero sí, también he tenido momentos hermosos en mi vida —y añadió, con su alegría habitual—; ¡sólo pensaré en ellos! Nuestro encuentro de infancia, me ha contagiado usted su retorno al pasado para convertirlo en un sueño, y el corazón podrá contemplar así sus propios cuadros, en vez de las obras de arte que están fuera de nosotros.

Cuando salimos de la galería y llegamos a su hotel, Bernardo había pasado ya por allí a visitarla; le habían dicho que había salido con la anciana señora, y que yo la acompañaba. Imaginé que se habría sentido muy dolido pero, en lugar de entristecerme como en ocasiones anteriores, mi amor por Annunziata despertó mi rechazo y mi acritud hacia él; siempre había deseado, ciertamente, que yo tuviera temperamento y fuerza de voluntad, aunque fuera injusto con él; ahora habría de padecerlos.

Constantemente sonaban en mis oídos las palabras de Annunziata sobre el despreciado judío que tomó bajo sus alas a la avecilla silvestre; de forma que ella tenía que ser la misma persona que Bernardo había visto en casa del anciano Hanoch;

aquella historia me resultaba apasionante, pero no había forma de empujarla a continuar el hilo.

Cuando volví al día siguiente, ella estaba en su dormitorio estudiando su nuevo papel, y me entretuve un buen rato con la anciana señora, que estaba más sorda de lo que yo pensaba; parecía muy agradecida de que hablara con ella. Me llamó la atención que ya la primera vez, después de mi improvisación, me había mirado con cordialidad y pensé que me habría oído.

—¡Y lo oí! —aseguró ella—. Por la expresión de su rostro y las pocas palabras que conseguía captar, comprendí el conjunto. ¡Y era muy hermoso! Y es que los recitativos de Annunziata los comprendo bien, simplemente por la mímica; mi vista se ha hecho más aguda al debilitármese el oído.

Me preguntó por Bernardo, que había estado allí el día anterior, y lamentó que no se encontrara ahora con nosotros. Manifestó interés y bondad hacia él.

—Sí —me dijo cuando se lo hice observar—. Tiene una personalidad bien noble. Lo conozco perfectamente... ¡ojalá el Dios de los judíos y el de los cristianos lo protejan!

Poco a poco se fue volviendo más locuaz, su amor por Annunziata era grande y conmovedor; eso me quedó muy claro por los numerosos pormenores interrumpidos y continuados otra vez, aunque no siempre claros, que me contó: Annunziata había nacido en España, de padres españoles, pero en su primera infancia llegó a Roma y, como no tenía padre ni madre, el anciano Hanoch, que en su juventud había vivido en la patria de la niña y había conocido a sus padres, fue el único que se ocupó de ella; que más tarde, cuando era todavía una niña, volvió a su tierra natal, donde vivió con una señora que educó su voz y su talento dramático. Un hombre de grandes influencias se enamoró de la preciosa niña, pero la frialdad de ésta hacia él despertó su ira y su insistencia. La anciana no parecía atreverse a alzar el misterioso velo que cubría aquellos sucesos.

La vida de Annunziata corrió peligro y ella escapó secretamente a Italia, pues en el barrio judío de Roma, en casa de su anciano padre adoptivo, nadie la buscaría. Aquello había sido solamente año y medio atrás; fue entonces cuando debió de ver a Bernardo y le sirvió el vino, como tantas veces me había contado él. Me pareció que había sido una seria imprudencia mostrarse de ese modo ante un desconocido, pues podía temer un asesino en cualquier forastero. Sin embargo, sabía que Bernardo no podía serlo, pues había oído alabar su bravura y su nobleza. Poco después les llegó la noticia de que su perseguidor había muerto; por eso se marchó, entusiasmada con su sagrado arte, y encantó a las multitudes con su arte y su belleza. La anciana señora la acompañó a Nápoles, la vio recoger los primeros laureles, y desde entonces no la había abandonado.

—Sí, es todo un ángel de Dios —dijo la locuaz anciana—; es devota en su religión, como ha de serlo una mujer, y tiene tan buena cabeza como se puede esperar en alguien con tan magnífico corazón.

Cuando salí de la casa empezaron a sonar los disparos de alegría. En todas las calles, en las plazas, en los balcones y las ventanas, la gente disparaba pistolas y escopetas como señal de que había terminado la Cuaresma. Los tapices negros de iglesias y capillas que habían tenido ocultas las pinturas durante cinco largas semanas cayeron al mismo tiempo; todo era la alegría de la Pascua, día de gozo, doblemente gozoso para mí, pues había sido invitado a acompañar a Annunziata a la fiesta de la iglesia y a la iluminación de la cúpula.

Repicaban a Pascua todas las campanas, los cardenales salían en sus lujosos carruajes sobrecargados de lacayos en la parte trasera; los séquitos de los ricos forasteros, el ajetreo de los peatones, todo llenaba por completo las estrechas callejas. En el Castillo de Sant'Angelo ondeaban las grandes banderas con los colores papales y las sagradas imágenes de la Madonna. En la Plaza de San Pedro había música y se vendían coronas de flores, tallas que representaban al Papa que iba a dar la bendición. Las fuentes jugaban con sus inmensos chorros y por toda la columnata habían instalado palcos y bancos que ya estaban casi completamente ocupados, igual que la plaza misma. Al poco salió de la iglesia una multitud casi igual de grande, donde procesiones y cantos, exposición de sagradas reliquias, trozos de la lanza, de los clavos, etc., confortaban a tantos espíritus piadosos. La enorme plaza parecía un mar de personas, una cabeza, al moverse, rozaba otra cabeza, las hileras de coches se hacían cada vez más apretadas, campesinos y muchachos trepaban a los pedestales de las estatuas de santos, era como si en aquel instante Roma entera viviera y respirase solamente allí. El Papa fue sacado de la iglesia en procesión, en un espléndido trono llevado sobre los hombros de seis sacerdotes vestidos de carmesí, dos clérigos más jóvenes lo abanaban con gigantescas colas de pavo real sujetas a largas varas, los sacerdotes movían ante él los incensarios y los cardenales iban detrás, entonando cantos píos. En el instante en que el cortejo salió por las grandes puertas, fue recibido con júbilo por todos los coros. Descendió por la gran escalinata de mármol hasta la galería, en cuyo balcón se mostró el Papa, rodeado por los cardenales. Todos, jóvenes o ancianos, se hincaron de rodillas, también las largas filas de soldados; solamente los extranjeros de religión protestante siguieron en pie, pues no estaban dispuestos a inclinarse para recibir la bendición de un anciano. Annunziata hincó una rodilla en el suelo de su coche y miró con ojos de profunda emoción al Santo Padre, cuando el profundo silencio lo inundó todo y la bendición descendió como invisibles lenguas de fuego sobre nuestras cabezas. Desde el balcón papal ondearon dos legajos, uno con el perdón de los pecados, otro con el anatema a los enemigos de la iglesia, y el populacho pugnó por apoderarse aunque sólo fuera de un pedacito de ellos. Repicaron de nuevo las campanas de todas las iglesias, la música se sumó a su júbilo; yo me sentía tan feliz como Annunziata. En el momento en que nuestro carruaje se puso en movimiento, Bernardo pasó muy cerca de nosotros; saludó a las damas, pero no dio señal alguna de reconocer mi presencia.

—¡Qué pálido está! —dijo Annunziata—. ¿Estará enfermo?

—No lo creo —respondí, aunque sabía perfectamente qué era lo que alejaba la sangre de sus mejillas. Aquello animó mi determinación; sentí cuán alto era mi amor por Annunziata, que sería capaz de hacer por ella cualquier cosa, y si ella me concedía su amor, yo la seguiría, no me cabían dudas sobre mi propio talento dramático, y de mi canto conocía bien el efecto que causaba, ansiaba poder comparecer por siempre en el escenario con gloria, a su lado, ¡mas había de atreverme a dar el primer paso! Si ella me amaba, ¿qué podía exigir Bernardo? Podía cortejarla si quería, si su amor era tan fuerte como el mío, y si ella lo amaba a él, bien, yo me apartaría en ese mismo instante. Eso le escribí ese mismo día en una carta que, estoy convencido de ello, respiraba un corazón cálido y leal; pues derramé muchas lágrimas sobre el papel al recordar nuestra antigua relación y la forma en que mi corazón se había unido a él. Al enviar la carta me sentí mucho más tranquilo, aunque la idea de perder a Annunziata me atormentaba con su afilado pico como el águila a Prometeo. Pero también soñé con ir siempre con ella, cosechar gloria y satisfacción a su lado. Como cantante, como improvisador, mi vida tendría un nuevo comienzo.

Después del Avemaría acompañé a Annunziata y a la anciana en su coche para ver la iluminación de la cúpula. Toda la iglesia de San Pedro con su elevada cúpula, las dos menores a los lados y la fachada entera, estaba decorada con lámparas transparentes de papel; estaban colocadas de tal modo que el enorme edificio, en su totalidad, era una silueta de fuego sobre el cielo azul. La muchedumbre parecía aún mayor que en las horas de la tarde, sólo podíamos movernos a pie. Desde el Puente Sant'Angelo vimos por vez primera en su totalidad el inmenso edificio iluminado que se reflejaba en el amarillento Tíber sobre el que algunas barcas, repletas de gentes felices, animaban el cuadro. En el momento en que estábamos llegando a la Plaza de San Pedro, donde todo era alegría, música, repicar de campanas, sonó la señal para el cambio de iluminación. Varios cientos de personas estaban repartidas por los techos y las cúpulas de la iglesia, y todos a una sacaron grandes pailas de hierro y coronas de brea encendida. Era como si cada farol ardiese en una llama, el edificio entero se convirtió en un llameante templo de Dios que iluminaba Roma como la estrella sobre el pesebre de Belén^[49]. El júbilo de la gente crecía más y más, y Annunziata quedó absorta en la contemplación de aquella maravilla.

—¡Qué horrible! —exclamó—. Ese pobre hombre que tiene que colocar la lámpara más alta en la cruz de la gran cúpula. ¡Me mareo sólo de pensarlo!

—¡Es tan alta como las pirámides de Egipto! Hace falta gran agilidad para trepar hasta allí arriba y sujetar las cuerdas. El Santo Padre ordena que se le administren los santos sacramentos antes de subir hasta allí.

—Así se arriesga una vida humana —suspiró ella—, y tan sólo por la pompa y la alegría de un instante.

—¡Pero es también para ensalzar a Dios! —respondí yo—. ¡Y cuántas veces ponemos nuestra vida en peligro por cosas menores! —los carruajes pasaban a toda

velocidad, la mayoría se dirigía al Monte Pincio para ver desde allí, a mayor distancia, la iglesia iluminada y la ciudad entera, imbuida de su resplandor—. Pero es una idea muy bella —continuó— que la iglesia irradie su luz sobre toda la ciudad. Quizá fue aquí donde tuvo Correggio la idea de su noche eterna.

—¡Perdóneme! —exclamó ella—; tal vez ha olvidado que el cuadro se concluyó antes que la iglesia. Ciertamente, la idea debió surgir de su propio corazón, y eso incluso me parece más hermoso. Pero podemos contemplar todo este boato desde un punto más alejado. Podríamos verlo desde el Monte Mario, allí no habrá tanta gente como en Monte Pincio. Y estamos cerca.

Retrocedimos por la columnata y pronto estuvimos fuera. El coche se detuvo junto a la pequeña fonda en el camino hacia lo alto de la colina, la cúpula de la iglesia se mostraba espléndida, parecía construida de ardientes soles. La fachada estaba aún oculta, pero también ella tenía un efecto propio, pues el resplandor que se expandía desde el aire iluminado hacía parecer que la cúpula resplandeciente flotara sobre un mar de luz. El sonido de la música y las campanas llegaba hasta nosotros, pero en torno nuestro la noche era mucho más oscura de lo normal y las estrellas parecían solamente puntitos blancos en el cielo, habían apagado su brillo ante los deslumbrantes fuegos de Roma. Me apeé del coche y entré en la pequeña hospedería para comprar algún refrigerio. Al entrar en el estrecho pasillo en el cual brillaba la lámpara ante el cuadro de la Madonna, me topé con Bernardo, tan pálido como cuando recibió la corona en la escuela jesuita. Sus ojos ardían como los de un enfermo de fiebre, y me cogió la mano con una violencia y una fuerza de loco.

—¡No soy un asesino, Antonio! —dijo con una voz extrañamente apagada—. De otro modo, clavaría mi sable en tu innoble corazón, pero ¡habrás de luchar conmigo, lo quiera o no tu cobardía! ¡Ven, ven conmigo!

—¡Bernardo, estás trastornado! —exclamé intentando soltarme.

—¡Grita todo lo que quieras! —continuó con su voz apagada—. ¡Que vengan a ayudarte, pues que tú solo no te atreves a enfrentarte ni a una persona sola! ¡Antes de que me aten las manos, tú estarás muerto! —me entregó una pistola—. ¡Venga, dispárame, o seré yo quien te mate a ti! —y me arrastró con él hacia el exterior, yo tenía en la mano la pistola que me había dado, con la que me defendía de él.

—¡Ella te ama a ti! ¡Y con orgullo pretendes demostrárselo a todos los romanos, y a mí, a quien engañaste con traicioneras zalamerías, aunque jamás te di pie para ello!

—¡Estás enfermo, Bernardo! ¡Estás loco, no te acerques! —intentó arrojar sobre mí y yo lo empujé para apartarle... entonces oí el disparo, mi mano temblaba, todo estaba lleno de humo a mi alrededor, pero un extraño suspiro, grito no puedo llamarlo, llegó hasta mis oídos, hasta mi corazón... ¡Mi pistola se había disparado, Bernardo yacía ante mí sobre un charco de sangre! Igual que un sonámbulo seguía yo con la pistola bien sujeta entre mis dedos; sólo entonces oí voces que provenían de la gente de la casa, y oí el grito de Annunziata:

—¡Cielo Santo! —vi ante mí a Annunziata y a la anciana señora, y me di cuenta

de la desgracia que acababa de suceder.

—¡Bernardo! —aullé desesperado, e intenté arrojarme sobre su cuerpo, pero Annunziata estaba arrodillada a su lado, intentando detener la sangre. Aún veo su pálido rostro, la mirada fija en mí. ¡Yo estaba como clavado en el sitio!

—¡Sálvese, sálvese! —gritó la anciana señora, tirándome del brazo.

Entonces grité yo, abrumado por el dolor:

—¡Soy inocente! ¡Jesús, María! ¡Soy inocente! ¡Quería matarme, fue él quien me dio la pistola, se disparó por azar! —y lo que en otra situación nunca me habría atrevido a confesar, lo dije ahora a gritos en mi desesperación—: ¡Annunziata, los dos te amábamos! ¡Yo quería morir por tu amor, igual que él! ¿Quién de nosotros dos te era más querido? ¡En este momento de desesperación, dime si me amas, y entonces huiré!

—¡Fuera! —balbuceó ella haciéndome un gesto con la mano, mientras atendía al muerto.

—¡Huya! —gritó la anciana señora.

—Annunziata, ¿quién te era más querido? —pregunté, abrumado por el dolor. Entonces bajó su cabeza hacia el muerto, la oí llorar y vi sus labios tocar la frente de Bernardo.

—¡Los gendarmes! —se oyó gritar a nuestro alrededor—. ¡Huya, huya! —y fui alejado de la casa como por unas manos invisibles.

XIV

Los campesinos de Rocca di Papa. La guarida de ladrones. Las Parcas de mi vida

¡Ama a Bernardo! resonó en lo más profundo de mi corazón; era el dardo de la muerte, que vertía veneno por toda mi sangre, me hacía escapar e incluso ahogaba la voz que gritaba: Has matado a tu hermano y amigo.

Instintivamente corrí entre arbustos y matorrales, trepé muros que rodeaban las viñas de la montaña. La cúpula de San Pedro brillaba muy alta en el cielo; así brillaba también el fuego en los altares de Caín y Abel cuando el asesino corría para escapar.

Anduve errante durante varias horas sin interrupción; no me detuve hasta llegar al amarillento Tíber, que me cortaba el camino; desde Roma hasta el Mediterráneo no encontraría puente ni barca que pudieran llevarme hasta el otro lado. Aquel obstáculo inesperado fue una cuchillada que por un instante rajó el gusano que me corroía el corazón, pero pronto volvió a crecer de nuevo, y sentí con redoblada fuerza mi desdicha.

A sólo unos pocos pasos de mí estaban las ruinas de una tumba, algo mayor que aquella en la que había vivido con la vieja Domenica, aunque más arruinada. Junto a los bloques de piedra caídos vi tres caballos trabados, comían del saco de forraje que llevaban bajo el cuello.

Daba acceso a la sala de la tumba una amplia apertura con varios escalones descendentes; dentro ardía una fogata. Dos labriegos de fuerte constitución, cubiertos con pieles de cordero con la lana hacia afuera, y con grandes botas y sombreros puntiagudos con estampas de la Virgen María, estaban sentados en torno al fuego fumando sus pipas de tubo corto; una figura más pequeña, envuelta en una gran capa gris y con un sombrero de ala ancha calado sobre los ojos, se apoyaba en la pared mientras bebía de un frasco de vino, brindando por la salud y el alegre reencuentro. No había hecho más que ver al grupo cuando fui descubierto por ellos. Echaron mano de sus armas, que estaban en el suelo a su lado, como si temiesen un ataque, y al momento se enfrentaron a mí.

—¿Qué busca aquí? —preguntaron.

—Una barca para cruzar el Tíber —respondí.

—¡Pues busque todo lo que quiera! Aquí no hay más puente ni barca que los que pueda llevar uno mismo.

—Pero —comenzó el otro, mientras me estudiaba de arriba abajo—; se ha alejado usted mucho de la carretera, *signore*, y esta región no es nada recomendable por las noches. La banda del feroz de Cesaris^[50] debe tener raíces bien largas, aunque el Santo Padre haya intentado sacarlas con la pala, así que lo mismo cae usted en sus

brazos.

—¡Debería llevar usted algún arma! —dijo otro—. Es lo que hacemos nosotros, carga triple en el trabuco de chispa y una pistola en el cinturón, por si falla el trabuco.

—Bueno, yo hasta llevo una navajita —dijo el primero, que se sacó del cinturón una navaja afilada y muy brillante, con la que jugueteó pasándosela de una mano a otra.

—¡Vuelve a meterla en su funda, Emidio! Me parece que este *signore* forastero está muy pálido; es un hombre joven que se espanta al ver un arma tan afilada. Le quitarán sus pocos *scudi* los primeros canallas con que se encuentre. Con nosotros no lo tendrán tan fácil, sabe usted —me dijo el hombre—; denos su dinero para que se lo guardemos y estará a salvo, créame.

—Pueden coger todo lo que tengo —respondí, harto de la vida y embotado por el dolor—. No conseguirán mucho —para entonces ya me había dado cuenta de la compañía en la que me encontraba; al momento metí la mano en el bolsillo, donde sabía que tenía dos *scudi*, pero para gran asombro mío encontré una bolsa. La saqué, era labor femenina; la había visto ya antes, en manos de la anciana *signora* en casa de Annunziata; debió de habérmela metido en el bolsillo en el último momento, para que tuviera algún dinero que pudiera utilizar en mi desdichada huida. Los tres echaron mano a la bolsa, que estaba bien llena, pero yo dejé caer su contenido en una piedra plana que había delante de la fogata.

—¡Oro y plata! —exclamaron al ver los brillantes luises de oro y las piastras—. ¡Sería una pena que estas preciosidades cayeran en manos de bandidos!

—Ahora, matadme —dije—. ¿Es esa vuestra intención? Así pondréis fin a mis padecimientos.

—¡Madonna mía! —exclamó el primero—. ¿Pero quiénes se cree usted que somos? Somos unos honrados campesinos de Rocca di Papa. ¡Nunca mataríamos a un hermano cristiano! ¡Bébase un poco de vino con nosotros y cuéntenos qué lo ha empujado a venir por aquí!

—Ese será mi secreto —respondí, y cogí el vino que me ofrecían, pues los labios me ardían y me pedían algo para refrescarlos.

Se cuchichearon unos a otros unas palabras al oído. El hombre del sombrero de ala ancha se puso en pie e hizo un gesto de confianza a los otros, me miró burlón a la cara y dijo:

—Después de esta tarde tan divertida y tan templada tendrá usted una noche bien fría —se fue, y al poco le oímos trotar por la campiña.

—¿No quería usted cruzar el Tíber? —dijo uno de ellos—. ¡A menos que venga con nosotros, tendrá que esperar mucho! Siéntese conmigo en el caballo, porque no creo que le apetezca demasiado ir nadando agarrado a la cola.

En aquel lugar no estaba seguro, sentía que mi hogar se hallaba junto a los fugitivos. El hombre me ayudó a montar sobre su poderoso y brioso caballo, y él se sentó delante.

—Déjeme que lo sujete con esta cuerda —dijo el hombre—. De otro modo se escurrirá —y me pasó una soga por el pecho y los brazos, que luego se pasó él por la cintura, de modo que íbamos espalda con espalda; yo no podía mover los brazos. El caballo entró en la corriente despacio, tanteando con las patas, y al poco el agua le llegaba hasta el codillo, con fuerza se abrió paso hasta la orilla opuesta. En cuanto llegamos allí, el hombre soltó la cuerda que me tenía sujeto a él, pero sólo para atarme las manos aún más fuerte a la cincha.

—¡Podría caerse y romperse el cuello! —dijo—. Sujétese bien, porque ahora iremos campo a través —apretó los pies contra los costados del caballo; el otro hizo lo mismo, y como hábiles jinetes empezaron a recorrer la gran llanura vacía. Yo me agarraba con manos y pies. El viento levantaba el largo cabello negro del hombre, que me azotaba las mejillas. Pasamos delante de tumbas derruidas, vi los acueductos y la luna que, roja como la sangre, se elevaba sobre el horizonte mientras una neblina blancuzca pasaba entre nosotros.

Haber matado a Bernardo, haber abandonado a Annunziata y mi hogar, y estar ahora huyendo locamente por la campiña, atado al caballo de un bandido... todo me parecía un sueño, una horrible pesadilla. ¡Ojalá despertara para ver desaparecer aquel horror! Cerré los ojos con fuerza y solamente sentí el viento frío de las montañas que me soplaba en las mejillas.

—Enseguida estaremos bajo las sayas de la abuelita —dijo el jinete, cuando nos acercamos a las montañas—. ¿Verdad que es bueno este caballo? Este año recibió la bendición de San Antonio; mi chavalillo lo adornó con un copete y unas cintas de sedas, le pusimos una Biblia y agua bendita, y este año no habrá demonio ni mal ojo que pueda dañarlo.

El amanecer ya empezaba a brillar en el horizonte cuando nos adentramos en las montañas.

—Empieza a clarear —dijo uno de los jinetes—. El sol podría hacer daño al *signore* en los ojos, así que le daré una sombrilla —y me echó una pañoleta sobre la cabeza y la sujetó fuerte para que no pudiera ver ni lo más mínimo; mis manos estaban atadas, era su prisionero, y en mi dolor me sentí indiferente. Noté que ascendíamos, pero al poco volvimos a descender; ramas y matorrales me golpeaban la cara; era un camino completamente agreste. Por fin pude apearme, me llevaron de la cuerda pero nadie dijo una sola palabra; descendimos por una escalera a través de una angosta abertura. Mi alma había estado demasiado ocupada consigo misma para darse cuenta de la dirección que habían seguido conmigo montañas adentro, aunque la distancia no había podido ser demasiado grande. Sólo muchos años después de conocer aquel lugar, muchos forasteros se alojaron allí y muchos pintores lo reprodujeron en formas y colores. Estábamos en la antigua Tusculum. A espaldas de Frascati, donde la ladera está cubierta de bosques de castaños y elevados laureles, siguen hoy existiendo aquellas ruinas de la antigüedad. En varios lugares de la montaña hay profundos agujeros, bóvedas casi ocultas por feraz hierba y espesos

matorrales. Al otro lado del valle se ven los altos Abruzos, los reducidos pantanos, lo que otorga al paisaje una agrestura que en ningún sitio es tan fuerte como aquí, junto a los últimos restos de una de las ciudades de la antigüedad.

Me hicieron pasar por una de las aberturas de la montaña, medio oculta por las enredaderas y los matorrales; nos detuvimos; oí un silbido tenue y en seguida el ruido de una puerta o una trampilla que se abría. Descendimos unos escalones más y pude oír varias voces, me quitaron la máscara de los ojos y pude ver que me hallaba en una amplia estancia abovedada; hombres corpulentos vestidos con pieles de oveja, igual que mis guías, estaban jugando a las cartas en torno a una larga mesa de madera sobre la cual ardían dos candiles de latón con varias bocas, que iluminaban fuertemente sus oscuros y expresivos rostros. Delante de ellos había vino en grandes garrafas. Mi llegada no causó extrañeza alguna; se me hizo sitio a la mesa, me entregaron un vaso y un pedazo de salami mientras hablaban entre ellos en un dialecto que yo no comprendía, pero su conversación no parecía tener relación conmigo.

No sentía hambre alguna, tan sólo una sed ardiente, y bebí algo de vino; mis ojos recorrieron las paredes y por todas partes vi armas y prendas de vestir; en un rincón de la estancia había una cavidad y en lo más alto de ella colgaban dos liebres despellejadas, y debajo de ellas descubrí otra criatura más. Una mujer anciana y flaca, de porte erguido, casi juvenil, estaba sentada casi inmóvil, hilando lino en su huso; su cabello plateado se había soltado del moño y le caía sobre una mejilla y en torno al cuello parduzco; los negros ojos estaban fijos en el copo de lino. Era el modelo viviente de una de las Parcas. Ante sus pies había un buen número de ascuas de madera que ardían lentamente, como si formaran un círculo mágico que la mantenía apartada de este mundo.

No me dejaron tranquilo demasiado tiempo, empezaron a hacerme una especie de examen sobre mi situación social, mi fortuna y mi familia. Les conté que ya tenían todo cuanto poseía, que nadie en Roma, si acaso pensaban pedir rescate por mí, daría ni un *scudo*, y que no era más que un pobre hombre que llevaba un tiempo pensando en viajar a Nápoles para hacer valer su talento de improvisador. No les oculté el auténtico motivo de mi huida, el desafortunado disparo accidental, aunque sin mencionar detalles más precisos.

—El único rescate que podréis obtener por mí —les dije— es el que os den las autoridades si me entregáis. Hacedlo, pues por el momento no deseo nada mejor.

—¡Pues menudo deseo! —dijo uno de los hombres—. Seguro que tiene en Roma alguna mujercita que estará encantada de sacrificar sus zarcillos de oro por la libertad de usted. Siempre podrá irse después a improvisar a Nápoles, nosotros sabremos hacerle pasar la frontera. Y el rescate será señal de hermandad, así que aquí está mi mano. Está usted entre personas honorables, no le quepa la menor duda. Pero duerma y piénselo, ahí tiene la cama, le traeré una manta que soporta las tormentas y la lluvia del siroco: ¡mi capa marrón, que está ahí colgada! —me la echó, indicó con la mano un jergón de paja que había en el suelo a un extremo de la mesa, y me dejó solo

mientras entonaba una canción popular de Albano, *Discendi o mia Bettina*.

Me dejé caer en el catre, sin pensar en el descanso. Los últimos sucesos se deslizaban ante mí como espantosos cuadros de horror; pero mis ojos se cerraron. Mis fuerzas físicas estaban agotadas, dormí profundamente hasta bien entrado el día. Cuando desperté, me sentí considerablemente más fuerte. Todo lo que había desgarrado mi alma parecía ahora solamente un sueño, pero el lugar en que me hallaba, los oscuros rostros a mi alrededor, me dijeron al instante que mis recuerdos eran la realidad.

Un forastero, con pistolas al cinto y la larga capa gris suelta sobre un hombro, estaba sentado a caballo en el banco, enzarzado en conversación con los demás bandidos. En el rincón de la bóveda seguía la anciana de tez de mulata hilando en su huso, exactamente igual que antes, un cuadro pintado sobre el fondo oscuro. Las brasas de madera sobre las losas de piedra que había ante ella esparcían calor.

—El disparo le entró por el costado —oí contar al forastero—; ha perdido algo de sangre, pero en un mes se le habrá pasado todo.

—¡Eh, *signore!* —gritó mi jinete al verme despertar—. Doce horas de sueño en una espléndida almohada. Vaya, Gregorio trae noticias de Roma, que seguramente le gustarán. Le ha dado usted un buen pisotón a la cola del excelentísimo Senado. Ha sido como usted dijo. Todos los detalles coinciden. Le ha agujereado el pellejo al sobrino del senador. ¡Vaya tiro más atrevido!

—¿Ha muerto? —fueron las únicas palabras que logré articular.

—No, no del todo —respondió el forastero—; por esta vez no se va a morir. Al menos es lo que dice el doctor. La *Signora* esa extranjera tan guapa, que dicen canta como un ruiseñor, se pasó la noche en vela junto a su cama, hasta que el doctor le aseguró que podía estarse tranquila, que no había ningún peligro.

—Falló usted el tiro, tanto el que le pegó a él, como el dirigido al corazón de la *signora*. Deje volar a los pajarillos, que hacen buena pareja, y quédese con nosotros. Nuestra vida es libre y divertida, puede llegar a ser usted todo un principito, y el peligro no es mayor que el propio de cualquier corona. Tendrá usted vino, aventuras y chicas preciosas a cambio de esa que se le largó. ¡Más vale beberse la vida de un trago feliz que andar suspirando y lloriqueando!

«¡Bernardo está vivo! ¡No soy su asesino!» Este pensamiento vertió nueva vida en mi alma, pero no consiguió calmar el dolor por Annunziata. Tranquilo y decidido contesté al hombre que podían hacer conmigo lo que quisieran, mi naturaleza, mi educación y mis principios me prohibían tener con él cualquier otra relación que la que me había acarreado el azar.

—¡Seiscientos *scudi* por lo menos será su rescate! —dijo el hombre con tenebrosa seriedad—. Tienen que estar aquí en seis días, o haremos con usted lo que nos plazca. ¡Vivo o muerto! Su apuesto rostro y mi bondad con usted no le servirán de nada. Sin los seiscientos *scudi* puede elegir entre la hermandad con nosotros o la hermandad con los muchos que se están abrazando en el fondo del pozo. Escríbale a su amigo o a

la bella cantante, en el fondo tienen que estarle agradecidos, pues les ha ayudado a aclararse entre ellos. ¡Estarán encantados de pagar esa mísera cantidad por usted! Nadie ha salido nunca de nuestra hospedería por un precio tan bajo. ¡Piénselo! —continuó sonriendo—. El transporte hasta aquí fue gratuito y ahora tendrá alojamiento y manutención durante seis días. ¡Nadie puede decir que no sea barato!

Mi respuesta no varió.

—¡Testarudo! —dijo—; eso me gusta de ti, y tengo que decírtelo, aunque te vaya a meter una bala en el corazón. Nuestra arrojada existencia puede atraer a un alma juvenil y tú eres poeta, improvisador, no te vas a dejar asustar por una audaz fuga. Si yo ahora te pidiese que cantaras «la orgullosa fuerza que habita entre los picachos», ¿no alabarías y ensalzarías la vida que ahora parece despreciar? Bebe tu copa y déjanos oír tu arte, nos cantarás lo que acabo de decirte, la orgullosa fuerza de los montes, y si lo haces como un auténtico maestro, añadiré un día más a tu plazo —me entregó la cítara que colgaba en la pared, los bandidos se reunieron a mi alrededor exigiéndome que cantara.

Reflexioné por unos instantes. Tenía que cantar sobre el bosque, sobre los roquedales, yo, que en realidad jamás había estado en ellos; la noche de mi peregrinaje la hice con los ojos vendados, y durante mi estancia en Roma solamente visité los pinares de Villa Borghese y Villa Pamfili; las montañas me habían interesado de pequeño, ciertamente, pero solamente desde mi observatorio en la choza de Domenica; la única vez que estuve en ellas fue con ocasión de la desgraciada excursión a la fiesta de las flores de Genzano. La oscuridad y el silencio del bosque formaban parte de la imagen que me trajo la memoria del paseo bajo los altos plátanos del lago de Nemi, donde trenzamos coronas aquella tarde; volvía a verlo, las ideas despertaron en mi alma. De pronto se movieron ante mí todas aquellas imágenes que necesitaría el doble de tiempo para poder expresarlas en palabras. Toqué algunos acordes y el pensamiento se hizo habla, el habla, ondeante verso; describí el profundo lago rodeado de bosques, el pico que se alza hacia el cielo. En el nido de águilas estaba la hembra enseñando a sus polluelos la fuerza de las alas, entrenando su orgullosa mirada para que pudieran mirar el sol. «Sois los reyes de las aves, agudos vuestros ojos, fuertes vuestras garras; volad y dejad a vuestra madre, os seguirán mis ojos y cantará mi corazón con la lengua del cisne besado por la muerte, cantaré vuestra orgullosa fuerza». Y los polluelos vuelan del nido, uno voló tan sólo hasta el más cercano picacho y allí quedó en silencio, sus ojos hacia los rayos del sol, como queriendo embeberse de sus llamas, pero el segundo se deslizó audaz en grandes círculos, muy por encima de los bosques y el quieto lago profundo. La superficie del agua era un espejo para la corona boscosa y el azul cielo. Un pez inmenso estaba quieto como un junco en la superficie; pero el reflejo condujo al águila hacia su presa, hincó en su lomo sus afiladas garras y el corazón de la madre tembló de deleite. Pero pez y ave eran de parejas fuerzas. La afilada garra estaba clavada con demasiada fuerza para poder soltarse, y comenzó la lucha que hizo

agitarse el calmado lago en enormes anillos; por un instante quedó de nuevo tranquilo, las grandes alas abiertas sobre el lago cual hojas de loto; golpearon el aire con fuerza, sonó un chasquido, un ala se hundió mientras la otra convertía el lago en espuma y desaparecía... Pez y ave se hundieron en el abismo; profirió la madre un aullido de dolor y dirigió su mirada al otro hijo, que había subido hasta el picacho, pero ya no estaba; mas muy alto, frente al sol, vio un punto negro, muy negro, ascender y desaparecer en sus rayos; y el corazón de la madre palpité de gozo y cantó a la orgullosa fuerza que sólo es grande cuando es grande su empeño.

Mi canto había concluido, un sonoro aplauso me saludó, pero mis ojos seguían clavados en la anciana del rincón; y pude ver cómo dejaba caer el huso y en ese instante clavaba en mí su oscura, aguda mirada, aquello parecía la reproducción de la escena de infancia que había descrito en mi canto. Se puso en pie y avanzó hacia mí con andar ágil, y exclamó:

—¡Cantando, has pagado tu rescate! El sonido de la música es más fuerte que el del oro, vi en tus ojos la estrella de la buena suerte cuando ave y pez se hundieron para morir en el profundo abismo. Vuela hacia el sol, mi osado aguilucho, la vieja sigue en el nido y se alegrará con tu vuelo. ¡Nadie atará tus alas!

—¡Muy lista, Fulvia! —dijo el bandido que me había ordenado improvisar y que ahora se inclinaba con extraña seriedad ante la anciana—. ¿Conoces al *signore*? ¿Ya lo habías oído improvisar?

—¡He visto la estrella en sus ojos! —respondió ella—. He visto el invisible resplandor que emana de los hijos de la fortuna. Él trenzó su corona y aún trenzará otra más bella, pero con las manos libres. Dentro de seis días matarás de un tiro a mi joven aguilucho, ya que él no quiere clavar sus garras en el lomo del pez. Reposará seis días aquí, en el nido, y luego volará hacia el sol... —Y entonces abrió un armarito que había en la pared, sacó de él un papel e intentó escribir—. La tinta está dura como el camino seco, pero tú tienes suficiente líquido negro; hazte un corte en la mano, Cosmo, la vieja Fulvia también piensa en tu buena suerte —sin decir nada, el bandido sacó su navaja, se hizo un corte superficial en la piel y mojó la pluma en la sangre. La anciana me la dio, pidiéndome que escribiera: «Me voy a Nápoles»—. Pon debajo tu nombre —añadió—; es como un sello pontificio.

—¿De qué servirá eso? —oí decir a media voz al más joven, a la vez que miraba con desgana a la anciana.

—¿El gusano ya tiene voz? —exclamó ella—. ¡Guárdate del pie que te puede aplastar!

—Creemos en tu sabiduría, madre —dijo el mayor—. Tu voluntad es nuestro relicario, nuestra fortuna y nuestra bendición.

No dijeron nada más. Regresó el buen humor, la botella de vino pasó de uno a otro. Me dieron palmaditas en la espalda como muestra de confianza, me ofrecieron el mejor pedazo de la caza que estaban comiendo, pero la anciana siguió igual que antes, hilando en su huso, mientras el más joven echaba brasas nuevas a sus pies,

diciendo: «¡Te vas a helar, anciana madre!».

A juzgar por lo que ésta había dicho, por el nombre que oí, me di cuenta de que era ella la que había predicho mi futuro cuando estaba con mi madre y Mariuccia trenzando coronas junto al lago de Nemi. Sentí que mi destino estaba en sus manos. «Me voy a Nápoles» era lo que me había hecho escribir; aquel era mi deseo, pero ¿cómo atravesaría la frontera sin un pasaporte? ¿Cómo sería mi futuro en aquella ciudad extraña, en la que no conocía a nadie? No me atrevía a presentarme como improvisador huido del estado vecino. Mis conocimientos de lenguas y una confianza infantil en la Madonna reforzaron mi alma, incluso el pensar en Annunziata, que se había transformado en una extraña melancolía, trajo tranquilidad a mi alma, la tranquilidad que embarga al navegante que, hundido su barco, se dirige, sólo en un pequeño esquife, hacia una costa desconocida.

Transcurrieron los días, uno tras otro, los hombres iban y venían, incluso Fulvia estuvo fuera un día entero, y yo me quedé en la guarida con uno de los bandidos.

Era un hombre joven, como de veintiún años de edad, rasgos innobles pero una mirada extrañamente melancólica que de vez en cuando se volvía pura furia, como la de un animal; su aspecto estaba adornado por largos y hermosos cabellos que le caían sobre los hombros. Estuvo un buen rato en silencio con la cabeza apoyada sobre un brazo, y luego se volvió hacia mí y dijo:

—Tú sabes leer, léeme una oración de este libro —y sacó un pequeño misal, que le leí, y en sus grandes ojos oscuros se veía la más profunda devoción—. ¿Por qué quieres abandonarnos? —dijo, dándome su mano con buen humor—. Maldad y falsedad habitan en la ciudad tanto como en los bosques, pero el bosque tiene aire más fresco y menos gente.

Entre nosotros creció una especie de confianza, y yo me estremecía por su ferocidad al tiempo que me sentía conmovido por su infelicidad.

—Conocerás seguramente la historia del Príncipe de Savelli, ¿no? —preguntó—. Las alegres bodas de Ariccia. No era en realidad más que una humilde campesina, una chica pobre, pero era muy bonita y se hicieron las bodas. El poderoso señor de Savelli honró a la novia con un baile, la citó en el jardín, pero ella se lo confesó a su novio, que tomó sus ropas y su velo de novia y se hizo pasar por ella; y cuando el conde intentó estrecharla contra su pecho, él clavó su daga en el corazón del noble... Yo conocí un conde como ese y un novio como ese, pero la novia no era tan sincera; el poderoso señor celebró la noche de bodas y el novio un funeral. El pecho de la novia brillaba como la nieve cuando el deslumbrante cuchillo buscó su camino hasta el corazón.

Lo miré a los ojos en silencio, no tenía palabras para expresarle mi compasión.

—Pensarás que nunca he conocido el amor; que nunca, como la abeja, he bebido el aromático cáliz —exclamó—. Una dama principal, inglesa, viajaba a Nápoles, llevaba consigo a una chica preciosa, salud en las mejillas y fuego en los ojos; mis camaradas los obligaron a todos a bajar del carruaje y tumbarse en tierra, en silencio,

mientras saqueaban; a las dos mujeres y a un hombre joven, imagino que era el amante, nos los llevamos a las montañas; a él lo atamos a un árbol, la muchacha era muy bella, era la novia... ¡yo también podría ser el Príncipe de Savelli! Cuando llegó por fin el dinero de rescate de los tres, las rojas mejillas de la muchacha habían desaparecido, sus ojos no quemaban con tanta fuerza, todo por la oscuridad que reina en las montañas —me aparté de él, que añadió como para justificarse—: ¡La muchacha era protestante, no era cristiana, era una hija de Satanás!

Por un rato permanecemos los dos en silencio.

—Léeme otra oración —dijo, y así lo hice.

Al atardecer llegó Fulvia; me entregó un sobre pero no me permitió abrirlo.

—Las montañas te envuelven con su húmeda capa; es hora de echar a volar. Come y bebe, tenemos por delante una larga caminata y en los desnudos senderos no crecen las *pagnotte*^[51] —el bandido joven sacó enseguida algo de alimento, que comí; y Fulvia se echó sobre los hombros su capa y me arrastró con ella por los oscuros corredores excavados—. ¡En la carta están tus alas! —dijo—. Ningún soldado de la frontera te tocará ni una pluma, mi joven aguilucho. Llevas una varita mágica, ella te proporcionará oro y plata hasta que tú mismo hayas encontrado tu tesoro.

Con sus desnudos, flacos brazos separó la espesa hiedra que colgaba como un tapiz ante la entrada del cubil; era noche cerrada, una niebla húmeda envolvía las montañas. Caminé agarrado a su vestido; sólo con dificultad podía seguir sus rápidos pasos por el sendero en aquella oscuridad, ella avanzaba como un fantasma; a ambos lados se alzaban arbustos y matorrales. Llevábamos caminando ya varias horas, estábamos en un estrecho valle entre montañas; allí había una choza de paja como las que suele haber en los pantanos. No tenía paredes, el tejado de cañas y paja llegaba hasta el suelo. Brillaba una luz a través de una rendija en la baja puerta. Entramos, era como el interior de una gran colmena, pero todo estaba negro por el humo, cuya única salida era a través de la rendija de la puerta; postes y vigas, hasta las cañas, todo estaba reluciente de hollín. En mitad del suelo había una elevación de varios codos de altura y más o menos la mitad de anchura; allí había cenizas y carbón, era el lugar donde guisaban la comida y que servía para calentar la choza. Más atrás, en la pared, había una abertura que conducía a una choza más pequeña, adosada a la mayor, igual que las cebollas pequeñas crecen pegadas a la madre; dentro dormían una mujer y varios niños; un asno asomó la cabeza y se quedó mirándonos como un tonto; un hombre bastante mayor, casi desnudo, sólo con los destrozados pantalones de piel de cabra sobre los muslos, vino hacia nosotros; besó la mano de Fulvia y, sin intercambiar una sola palabra, se echó el capote de lana sobre los hombros desnudos, hizo salir al burro y me indicó que montara.

—¡El caballo de la fortuna trotará mejor que el asno de la campiña! —dijo Fulvia. El campesino sacó de la choza al asno, en el que monté. Mi corazón estaba profundamente conmovido de agradecimiento a aquella misteriosa anciana, me

incliné a besar su mano pero ella dijo que no con la cabeza y me pasó la mano para retirar mis cabellos de la frente; sentí su frío beso, la vi saludar de nuevo con la mano, y ramas y arbustos la ocultaron de mi vista, el campesino fustigó el asno y echó a correr, compitiendo con él, hacia el sendero; le hablé, él dejó escapar un débil sonido y con un gesto me indicó que era mudo. Mi curiosidad por leer la carta que Fulvia me había entregado no me dejaba un instante de calma, la saqué y la abrí. Eran varios papeles, pero la oscuridad me impedía distinguir ni una sola palabra, por mucho que esforcé los ojos.

Al amanecer estábamos en la cresta de la montaña, que no ero sino granito desnudo y algunas plantas bajas y el aromático ajeno de color gris verdoso. El cielo estaba iluminado por las lucientes estrellas, bajo nosotros se extendía un ondeante mar de nubes, eran los pantanos^[52], que se prolongaban desde los Cerros Albanos de Veletri a Terracina, enmarcados entre los Abruzos y el Mediterráneo. Las bajas, hinchadas masas de niebla brillaban a nuestros pies y al poco vi cómo el cielo infinitamente azul se iba haciendo violáceo y luego adquiriría un purísimo color sonrosado, las montañas se vistieron de terciopelo azulado, yo estaba cegado por la hermosura de los colores, una hoguera ardía en la ladera de la montaña, parecía una estrella escapada del fondo claro. Mis manos se juntaron en una plegaria, mi corazón se inclinó ante Dios en el gran templo de la naturaleza y rogó en silencio: «¡Hágase en mi según Tu voluntad!».

La luz del día era ya lo bastante fuerte como para poder ver lo que incluía el sobre; había un pasaporte extendido a mi nombre por la policía de Roma, y el visado del embajador de Nápoles, y una letra de cambio por valor de 500 *scudi* para la Casa Falconet, en Nápoles^[53]. Un sobre más pequeño incluía sólo las palabras: «La vida de Bernardo no corre peligro, pero no vuelvas a Roma hasta pasados unos meses».

Fulvia tenía razón: allí estaban mis alas y mi varita mágica. ¡Era libre! Un suspiro de agradecimiento brotó de mi corazón. Al poco, llegamos a un camino mejor preparado; había algunos pastores comiendo su almuerzo. Mi guía se detuvo, los otros parecían conocerlo; hizo una señal con los dedos y nos invitaron a participar de su comida, consistente en pan y queso de búfala, que acompañaban con leche de burra; di unos bocados y me sentí más fuerte. Mi guía me señaló entonces un sendero y los otros me explicaron que iba montaña abajo, a lo largo de los pantanos, hasta Terracina, adonde podría llegar antes del anochecer. Sólo había de seguir el sendero dejando las montañas a mi izquierda, y tras unas horas de camino me llevaría hasta un largo canal que iba de las montañas a la gran carretera, cuya larga alameda podría ver enseguida, en cuanto se disipara la niebla. Siguiendo el canal llegaría al camino, justo al lado del convento abandonado que era ahora una hostería; se llamaba Torre Tre Ponti.

Gustosamente habría hecho algún regalo a mi guía, pero no tenía nada en absoluto que darle. Entonces recordé que aún tenía los dos *scudi* que llevaba en el bolsillo al salir de Roma, sólo había entregado la bolsa del dinero que me habían

dado para una necesidad. Así que aquellos dos *scudi* eran por el momento toda mi fortuna, uno se lo daría a mi guía y el otro lo conservaría para poder vivir de él hasta que llegara a Nápoles, pues sólo allí podría hacer uso de mi carta de crédito. Eché mano al bolsillo, pero busqué inútilmente; hacía mucho que me habían despojado de mis escasos bienes. ¡No tenía absolutamente nada! Así que desaté el pañuelo de seda que llevaba al cuello y se lo di al buen hombre, le estreché la mano y seguí sólo por el sendero hacia los pantanos.

Parte segunda

I

Las ciénagas pontinas. Terracina. Un viejo conocido en la ciudad natal de Fra Diavolo. El huerto de naranjos de Mola di Gaeta. La Signora napolitana. Nápoles

Muchos se imaginan las ciénagas pontinas como un simple terreno pantanoso, una extensión desierta de aguas estancadas, llenas de lodo, un camino penoso de recorrer; muy al contrario, los pantanos tienen más en común con las ricas llanuras de la Lombardía, e incluso son más fértiles; el césped y las hierbas aromáticas se muestran con una opulencia y una jugosidad que la Italia del norte no llega a ofrecer.

Tampoco puede haber camino alguno más espléndido que el que atraviesa los pantanos; es como deslizarse sobre un mapa, el carruaje viaja bajo la larguísima avenida de tilos, cuyas espesas ramas ofrecen sombra frente a los ardientes rayos del sol. A ambos lados se extiende la inacabable llanura con su alta hierba, su verde vegetación palustre; los canales se entrecruzan y absorben el agua que por todas partes se nos muestra en forma de estanques y lagunas llenos de juncos y nenúfares de anchas hojas. A la izquierda, viniendo desde Roma, se extienden los altos Abruzos con muchos pueblecitos que, con sus paredes blancas, destacan como empinados castillos sobre los grises roquedales. A la derecha, la verde llanura que desciende hasta el mar, donde se yergue el promontorio del Circeo, ahora parte de tierra firme, antes Isla de Circe, donde la leyenda quiso que desembarcara Ulises.

Según iba caminando se disipaba la niebla que flotaba sobre la verde superficie, donde los canales relucían como sábanas puestas a secar; el sol ardía con calor de verano aunque sólo estábamos a finales de febrero. Rebaños de búfalos paseaban entre las altas hierbas. Una manada de caballos correteaba libre, golpeando el aire con las patas traseras, haciendo que el agua salpicara; sus ágiles posturas, sus osados saltos y piruetas podrían ser un auténtico estudio para cualquier pintor de animales. A la izquierda vi una enorme, imponente columna de humo que procedía de la gran fogata que encendían los pastores para limpiar el aire en torno a sus cabañas. Me topé con un campesino cuya tez enfermiza, amarillenta, contradecía la fecundidad que ofrecían las ciénagas. Como un muerto salido de su tumba, cabalgaba a lomos de su caballo negro, llevando en la mano una garrocha que utilizaba para recoger y reunir los búfalos que paseaban por el turbio fango; algunos estaban tumbados y asomaba sólo su negra, fea cabeza de ojos malignos. Las distanciadas casas de postas de tres o cuatro pisos construidas al lado mismo del camino, dejaban ver también, ya a primera vista, el aire ponzoñoso que se elevaba desde los pantanos. Las paredes encaladas estaban totalmente cubiertas de un espeso moho grisáceo. Los edificios, igual que las personas, mostraban las cicatrices del traicionero hálito, llamativo contraste con la

feracidad de los alrededores, con la fresca verdura y el cálido sol.

Mi alma enferma me hacía ver en la naturaleza una imagen de la falsa felicidad de la vida; así ve casi siempre el ser humano a través de las gafas del sentimiento, y todo será negro o rosa según sea el color del cristal con que se mira. Aproximadamente una hora antes del Avemaría había dejado los pantanos a mi espalda; las montañas, con sus amarillas masas rocosas, estaban cada vez más cerca, y allí delante se veía Terracina, en medio de la exuberante naturaleza hespéride. Tres esbeltas palmeras cargadas de fruto se alzaban a escasa distancia del camino; los grandes huertos de frutales que se encaramaban por la ladera semejaban una gran alfombra verde con millones de puntos dorados: eran limones y naranjas que hacían a las ramas doblarse hacia el suelo. Ante una pequeña alquería junto al camino había en el suelo una buena cantidad de limones caídos, reunidos en montones como si fueran castañas arrancadas del árbol. Romero y encarnados alhelíes silvestres crecían feraces en las grietas de la roca hasta la más alta cumbre del picacho, donde se alzaban aún las majestuosas ruinas del castillo del rey ostrogodo Teodorico de Verona, cerniéndose sobre la ciudad y la comarca toda.

Mis ojos quedaron cegados por aquel bello cuadro; en silenciosa ensoñación entré en Terracina. Ante mí, el mar. Era la primera vez que veía el mar, el bellissimo Mediterráneo. Era el cielo mismo, en su más puro color ultramarino, que se extendía ante mí como una inmensa planicie. Muy lejos se vislumbraban algunas islas, como nubes flotantes del más hermoso color lila; entreví el Vesubio azuleante en el horizonte con su columna de humo negro. La superficie del mar parecía una balsa de aceite; pero hacia la costa, donde yo me encontraba, rompían las largas olas, tan azules, tan transparentes como el mismo éter, resonando como el trueno contra las montañas.

Mis ojos estaban tan atados como mis pies; toda mi alma respiraba fascinación. Era como si lo corporal que había dentro de mí, el corazón y la sangre, se convirtieran en espíritu, se diluyeran en él para poder deslizarse entre ambos cielos: el mar infinito y el cielo que lo cubre. Las lágrimas brotaron en tromba por mis mejillas, lloré como un niño.

Junto al lugar donde me encontraba había un gran edificio blanco; la rompiente golpeaba contra el terreno sobre el que se levantaba. Su piso inferior, hacia la calle, era una única columnata, dentro de la cual se detenían los carruajes de los viajeros. Era la posada de Terracina, la mayor y más bella de todo el camino entre Roma y Nápoles.

El eco de un latigazo resonó en la pared de piedra: un carruaje cerrado con cuatro caballos se dirigía a la posada. Detrás del coche, unos criados armados; un señor pálido y delgado, envuelto en un gran batín de colores, se estiró en el interior. El postillón descendió, chasqueó de nuevo un par de veces su largo látigo, y uncieron al coche caballos nuevos. El forastero quería salir de inmediato, pero cuando solicitó escolta para atravesar las montañas, donde Fra Diavolo y los Cesaris contaban con

una muy osada descendencia, se vio obligado a esperar un cuarto de hora, y se puso a maldecir medio en inglés, medio en italiano, por la holgazanería de aquella gente, por todos los males y padecimientos que había de soportar el viajero, y finalmente anudó su pañuelo para formar un gorro de dormir, se lo calzó en la cabeza y se tumbó en un rincón del carruaje, cerró los ojos y pareció rendirse a su destino.

Me enteré de que era inglés, que llevaba ya diez días recorriendo el norte y el centro de Italia y que en ese breve tiempo se había familiarizado perfectamente con aquellas tierras, había pasado un día en Roma y ahora quería llegar a Nápoles para ascender al Vesubio y partir desde allí en vapor hasta Marsella, a fin de conocer también el sur de Francia, aunque contaba con poder hacerlo en un tiempo aún más breve. Finalmente llegaron ocho jinetes bien armados, el postillón chasqueó su látigo, y coche y jinetes desaparecieron por el portal, al lado del gran roquedal amarillento.

—Con toda su escolta y todas sus armas, no está tan seguro como mis viajeros —dijo un hombre pequeño, rechoncho, que jugaba con su látigo—. A los ingleses les encanta ir siempre al galope. ¡Qué tipos más raros! ¡Por Santa Filomena de Nápoles!

—¿Lleva usted muchos viajeros en su coche? —pregunté.

—Un corazón en cada esquina —respondió—. Ya ve, eso hace cuatro personas. El del cabriolé no era más que uno. Si el *signore* desea ir a Nápoles, podrá estar allí pasado mañana, cuando el sol brille aún sobre San Telmo.

Nos pusimos de acuerdo y así me libré del apuro que me causaba mi total carencia de dinero de bolsillo^[54].

—Seguramente querrá usted algo de dinero de bolsillo, *signore* —preguntó el cochero, con una moneda de cinco *paolo* entre los dedos.

—Proporcionéme un sitio a la mesa y una buena cama —respondí—. Salimos mañana, ¿no?

—Sí, si quieren San Antonio y mis caballos —exclamó— saldremos a las tres. Tenemos que pasar dos veces por la aduana y apuntarnos tres veces en los papeles, eso es lo más difícil de nuestro camino mañana —y levantó la mano hacia la gorra, hizo un gesto con la cabeza, y se fue.

Me señalaron una habitación que daba al mar, donde entraba el aire fresco, donde las largas rompientes alborotaban; un cuadro muy distinto al de la campiña, pero la amplia extensión me hizo pensar en el hogar en el que viví, y en la anciana Domenica; me apenaba no haberla visitado con suficiente frecuencia, ella me amaba de todo corazón y era sin duda la única que así lo hacía. *Sua Eccellenza*, Francesca, bueno, ellos también sentían cariño por mí, pero con sus propios matices. Cuando son los beneficios los que unen y no pueden hallar reciprocidad entre donante y receptor, surge un foso que puede salvarse durante años a base de las plantas trepadoras del afecto, pero que nunca se llena por completo. Pensé en Bernardo y Annunziata... mis labios gustaron saladas gotas que descendían de mis ojos, o quizá... del mar que se abría a mis pies, pues la rompiente salpicaba la pared hasta muy arriba.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, salí de Terracina con mi cochero y sus

viajeros. En la frontera hicimos un alto; estaba empezando a clarear. Todos descendieron del coche mientras revisaban nuestros pasaportes. Fue entonces cuando vi por primera vez a mis compañeros de viaje. Entre ellos había un hombre de unos treinta y tantos años de edad, bastante rubio y de ojos azules; atrajo mi atención, me pareció haberle visto antes, aunque no podía recordar cuándo; las pocas palabras que le oí pronunciar delataban que se trataba de un extranjero.

Fuimos retenidos largo rato con los pasaportes, pues la mayoría de ellos estaban en lenguas extranjeras que los soldados no comprendían. El forastero sacó entretanto un libro de hojas en blanco y dibujó el escenario en el que nos encontrábamos: las dos altas torres con la puerta que cruza el camino, las pintorescas cuevas allí cerca, y en el fondo el pueblecito, en lo alto de las montañas.

Me acerqué un poco y me llamó la atención el bello cuadro que formaban las cabras agrupadas dentro de la cueva más grande. En ese mismo instante dieron un salto; fue apartado un gran haz de leña que estaba colocado en una de las aberturas más pequeñas que conducían al interior de la cueva y que hacía las veces de puerta, y las cabras salieron dando saltos, de dos en dos, igual que los animales al abandonar el Arca de Noé. Un zagalillo diminuto cerraba el grupo: su sombrerito en punta, ceñido por el bramante, las medias agujereadas y las sandalias, además de la capa corta de color marrón que se había echado sobre los hombros, le daban un aspecto de lo más pintoresco. Encima de la cueva triscaban las cabras entre los bajos matorrales; el muchachito se instaló sobre una roca que sobresalía de la cueva y nos miró, y también al pintor que lo dibujaba a él y a cuanto le rodeaba.

—¡*Maledetto!* —oímos gritar al cochero, y lo vimos corriendo a toda velocidad hacia nosotros: uno de los pasaportes tenía un problema. Pensé que seguramente había de ser el mío, y la sangre me subió a las mejillas. El extranjero maldijo la ignorancia de los soldados, no sabían leer, dijo, y acompañamos al cochero hasta una de las torres, donde encontramos a cinco o seis hombres inclinados sobre una mesa, donde examinaban un pasaporte que tenían abierto de par en par.

—¿Quién se llama Frederik? —preguntó uno de los más importantes que había en la mesa.

—Yo —respondió el extranjero—. Me llamo Frederik, que en italiano es Federigo.

—¿De modo que Federigo Seis?

—¡Oh no! Ese es el nombre de mi rey, que figura en el pasaporte.

—¡Vaaaya! —dijo el hombre, que leyó lentamente en voz alta: *Frédéric Six par la grace de Dieu Roi de Danemarc, des Vandales, des Gothes, etc*—. ¿Pero qué es esto? —dijo el hombre, interrumpiéndose a sí mismo—. ¿Es usted vándalo? ¿Es usted uno de esos bárbaros?

—Sí —dijo el extranjero, riendo—. Soy un bárbaro que ha venido a Italia a cultivarse. Abajo pone mi nombre, que es también Frederik, igual que el de mi rey, Frederik o Federigo.

—¡Es inglés! —dijo uno de los escribientes.

—¡Oh no, no! —respondió el otro—. Confundes los países; aquí pone bien claro que es del norte: ¡Es ruso!

Federigo, Dinamarca, aquellos nombres encendieron una luz en mi alma. ¡Era el amigo de mi infancia, el inquilino de mi madre, el que me llevó a las catacumbas y me regaló su precioso reloj de plata, el que me dibujaba preciosas escenas!

El pasaporte estaba correcto y los soldados de la frontera lo comprendieron perfectamente en cuanto el extranjero les puso un *paolo* en la mano, para que no nos hicieran perder más tiempo^[55].

En cuanto nos pusimos de nuevo en movimiento, me di a conocer al extranjero; era, efectivamente, quien yo pensaba, nuestro Federigo el danés, que había vivido con mi madre y conmigo. Manifestó auténtica alegría al reconocermelo y enseguida me llamó su pequeño Antonio; había miles de cosas que preguntarnos y contarnos. Pidió a mi anterior vecino en el cabriolé que cambiara el lugar con él, y nos sentamos juntos; de nuevo me estrechó las manos, rió y bromeó.

Le hablé a grandes rasgos de lo que había sucedido en mi vida desde que fui a la cabaña de Domenica hasta que me convertí en abate, di luego un salto adelante sin tocar los últimos sucesos, y terminé con una breve frase: «Ahora voy a Nápoles».

Recordaba bien la promesa que me hizo cuando nos vimos por última vez en la campiña, que un día me llevaría a Roma; pero poco después, una carta que le llegó de su patria le obligó a hacer el largo camino hasta su casa, de manera que no pudo volver a verme. En el hogar, su amor a Italia fue haciéndose cada vez más fuerte, hasta que lo hizo volver a abandonar su país.

—Y ahora es cuando realmente disfruto de todo —dijo—; me bebo el aire a grandes tragos, reconozco cada rincón en el que había estado antes. Aquí me saluda la patria de mi corazón, aquí están las formas. ¡Italia es un bendito cuerno de la abundancia!

El tiempo y el camino pasaban rápidos en compañía de Federigo, ni siquiera me percaté de la parada, un tanto larga, en la aduana de Fondi. Él sabía captar la belleza poética de todas las cosas, me resultó doblemente querido e interesante y fue el mejor ángel consolador de mi corazón entristecido.

—Allí delante tenemos la sucia Itri —exclamó señalando la ciudad que estaba ante nosotros—. ¡No te lo vas a creer, Antonio! Pero en el norte, donde las calles están tan limpias y repintadas, donde son tan regulares, añoraba una ciudad italiana realmente sucia; tienen algo especial y exclusivo, justo lo que desea un pintor. Esas callejuelas estrechas y mugrientas, esos balcones de piedra grises y sucios donde cuelgan medias y campanas, las ventanas sin orden alguno, una arriba, otra abajo, unas grandes, otras pequeñas, allí una escalera de cuatro o cinco varas de alto que permite llegar hasta la puerta donde está sentada la abuelita con su huso, y luego un limonero con grandes frutos amarillos que asoma por la tapia. ¡Sí, de ahí sí que puede sacarse una pintura! Pero esas calles tan pulcras, con las casas tiesas como soldados,

escaleras y miradores perfectamente alineados, ¡de eso no hay nada que sacar!

—¡Es el pueblo natal de Fra Diavolo^[56]! —gritaron los viajeros cuando entramos en la estrecha y sucia Itri, que tan pintoresca le parecía a Federigo. La ciudad está encaramada en un picacho frente a un profundo barranco; la calle mayor apenas era suficientemente ancha, en la mayor parte de su recorrido, para dejar paso a un coche. La mayoría de los pisos bajos carecían de ventanas, en un sitio había un ancho portal por el cual se podía ver hasta el oscuro sótano; por todas partes niños sucios y mujeres; todos extendían la mano para mendigar. Las mujeres reían y los niños chillaban y sacaban la lengua para hacernos burla. No nos atrevíamos a sacar la cabeza del carruaje para que no quedara aplastada entre éste y las casas salientes, cuyos balcones de piedra asomaban muy por encima de nosotros en algunos lugares, hasta el punto de que parecía que fuésemos por una avenida con soportales. A ambos lados veía paredes negras, el humo se abría camino por los portones abiertos y trepaba por las paredes cubiertas de hollín.

—Es un pueblo precioso —dijo Federigo dando una palmada.

—Un pueblo de bandidos es lo que es —dijo el cochero cuando salimos—. A la mitad de la población la policía la ha hecho mudarse a otro pueblo al otro lado de la montaña, y ha traído a otra gente; pero no sirve de nada, todo lo que se planta aquí se convierte en mala hierba. Pero la pobre gente también tiene que vivir.

La situación del pueblo, junto a la gran carretera de Roma a Nápoles, invita ciertamente al bandidaje; era fácil esconderse en los espesos olivares, en las cuevas de la montaña, las murallas ciclópeas y las demás ruinas, que no escaseaban.

Federigo llamó mi atención a una colosal muralla solitaria, cubierta de madreselva y otras plantas trepadoras. Era la tumba de Cicerón; allí, el puñal asesino había herido al fugitivo, allí se habían hecho ceniza aquellos elocuentes labios.

—El cochero nos llevará hasta la villa de Mola di Gaeta —dijo Federigo—; es la mejor posada y tiene unas vistas que no desmerecen de las de Nápoles.

La formación montañosa era tan bella, la vegetación, tan ubérrima; ahora íbamos por una avenida de altos laureles y ante nosotros vimos el hotel mencionado. El *cameriere* estaba ya con la servilleta esperándonos en la ancha escalera adornada con bustos y flores.

—¡*Eccellenza*, es usted! —exclamó al ayudar a una señora algo gruesa a apearse del coche. La observé: el rostro era bello, muy bello, los ardientes ojos negros como el carbón decían de inmediato que era napolitana.

—¡Ay, sí, soy yo! —respondió la mujer—. Aquí vengo con mi doncella, como si fuera mi *cicisbeo*; ese es todo mi séquito, no llevo conmigo ni a uno sólo de mis hombres. ¿Qué te parece el valor que tengo, viajar así de Roma a Nápoles?

Como una doliente, se arrojó en el sofá, apoyó su bella mejilla en la pequeña mano rechoncha y empezó a estudiar la carta de comidas:

—*Brodetto, cipollette, facioli*; ya sabe que no quiero sopas, se me pondrá una figura como el *Castel dell'Ovo*. Unas *animelle dorate* y unos *finocchi* serán

suficiente^[57]; porque volveremos a comer en Santa Ágata... ¡Ay, ahora respiro mejor! —continuó, soltando la cinta de su capa—. ¡Ahora siento soplar ya mi aire napolitano, *bella Napoli!* —exclamó, abrió de par en par la puerta del balcón, que daba al mar, extendió los brazos y aspiró profundamente.

—¿Ya se puede ver Nápoles? —pregunté.

—Todavía no —respondió Federigo—, pero sí la Hesperia, el encantador huerto de Armida^[58].

Subimos a la Logia, que tenía una tapia de madera sobre el puerto. ¡Qué espléndido, más imponente de lo que puede imaginar la fantasía! A nuestros pies se extendía un bosque de limoneros y naranjos que parecían sobrecargados de fruta, las ramas se inclinaban hacia el suelo bajo su dorado peso; cipreses de enorme altura, como los álamos del norte de Italia, delimitaban el huerto. Parecían más oscuros aún de lo que eran por el contraste con el luminoso mar celeste que se extendía a sus espaldas y que golpeaba con su rompiente los restos de baños y templos de la antigüedad, al otro lado de la baja tapia del huerto. Naves y barcas de grandes velas blancas penetraban en la calma bahía, por la cual se extendía Gaeta^[59] con sus altos edificios. Un montecillo se encumbraba sobre la ciudad, y encima de todo había unas ruinas.

Aquella espléndida belleza me cegó los ojos.

—¡Mira el Vesubio humeante, allí! —dijo Federigo señalando con el dedo hacia la izquierda, donde la costa montañosa se esfumaba como leves nubecillas que descansaban sobre un mar de incomprensible belleza. Con alma infantil capté toda aquella majestuosa hermosura, y Federigo era tan feliz como yo mismo. Descendimos hasta los altos naranjos y yo besé las doradas frutas que colgaban de sus ramas, cogí algunas de las que había por el suelo, las hice bailar en el aire como bolas doradas y las lancé al mar azul.

—¡Preciosa Italia! —clamó, feliz, Federigo—. Sí, así la imaginaba allá en el lejano norte. En mis recuerdos, este aroma estaba por todas partes. Pensaba en sus olivares cuando veía nuestros sauces; soñaba con los campos de naranjos cuando veía las doradas manzanas en los huertos de los labriegos, junto al aromático campo de tréboles. Pero el agua verde del Báltico nunca se volvía azul como el espléndido Mediterráneo; el cielo del norte no era nunca tan alto ni tan rico en colores como en el cálido y hermoso sur —su alegría era entusiasmo, sus palabras se hacían poesía.

—¡Qué añoranza tan grande he sentido en mi país! —dijo—. Es más feliz quien jamás ha visto el paraíso que quien estuvo en él y lo abandonó para no regresar jamás. Mi patria es bella; Dinamarca es un jardín en flor que puede compararse con lo que hay al otro lado de los Alpes; tiene bosques de hayas y tiene el mar. ¿Pero qué es la belleza terrena comparada con la celestial? Italia es la tierra de la fantasía, de la belleza. ¡Tanto más feliz es quien la saluda de nuevo! —y besó, igual que yo, las amarillas naranjas; las lágrimas corrían por sus mejillas y me cogió del cuello, sus labios ardían sobre mi frente.

Y entonces mi corazón se abrió también a él; pues no era un forastero, era mi amigo de la infancia. Le conté el último gran suceso de mi vida y sentí mi corazón aliviado al poder pronunciar en voz alta el nombre de Annunziata, mi dolor y mi desdicha, y Federigo escuchó con la comprensión de un auténtico amigo; leal, me ofreció su mano y me miró con sus ojos azules que alcanzaban hasta el fondo de mi alma. Un suspiro apagado sonó en el seto próximo; pero el alto laurel y las ramas cargadas de naranjas lo ocultaban todo; quien fuera, podía llevar allí un buen rato y haber escuchado lo que había estado contando, ni siquiera lo habría podido imaginar. Apartamos las ramas y muy cerca de nosotros, ante la entrada a las ruinas de las termas de Cicerón, estaba sentada la *signora* napolitana, llorando como una Magdalena.

—¡Ay, joven caballero! —exclamó—. Soy totalmente inocente... Ya estaba sentada aquí cuando llegó usted con su amigo, este es un sitio fresco y aireado. Hablaban ustedes tan alto que yo ya estaba a mitad de la historia cuando me di cuenta de que era una conservación de lo más privada... Me ha emocionado profundamente... No le quepa duda alguna de que a partir de ahora seré su cómplice; mi lengua está muda como la de un muerto.

Cohibido, me incliné ante la desconocida *signora* que de aquella forma había llegado a conocer lo más profundo de mi corazón. Más tarde, Federigo intentó consolarme diciendo que nadie podría saber cómo acabarían las cosas.

—Esa es mi fe en el destino —dijo—; como un auténtico turco; además cada corazón tiene en sus propios archivos memorias igual de tristes. Tal vez, lo que te oyó contar era la historia de la juventud de la *signora*; quiero creerlo, pues las personas rara vez vierten sus lágrimas por el dolor de otros, excepto cuando les toca directamente a ellos. Todos somos egoístas, incluso en nuestras mayores penas y sufrimientos.

Volvimos al coche y nos pusimos en marcha. Todo el paraje aumentaba su frondosidad; hasta la altura de un hombre crecía junto al camino el áloe de anchas hojas, usado para formar vallas. Los grandes sauces llorones con sus péndulas ramas colgantes parecían besar su propia sombra en el suelo.

A la puesta del sol atravesamos el río Garigliano, donde en tiempos estuvo la antigua Minturnae; vi el amarillento río Liri, lleno de juncos, donde Mario se ocultó para escapar del feroz Sila. Pero aún nos faltaba un largo trecho hasta Santa Ágata, cayó la oscuridad y la *signora* empezó a sentirse inquieta por los bandoleros y no hacía más que mirar al exterior, por si aparecía alguien dispuesto a cortar las lonas del coche. En vano azuzaba el cochero a sus caballos sin dejar de repetir su «¡*maledetto!*», pero la negra noche corría más veloz que él. Por fin vimos luces ante nosotros; estábamos en Santa Ágata.

La *signora* estuvo extrañamente silenciosa durante la cena; pero no se me escapó que su mirada descansaba sobre mí, y cuando salí, casi de madrugada, antes de la partida, para beber un vaso de café^[60], ella me abordó con gran amabilidad.

Estábamos completamente solos, me dio su mano y me dijo con bondad y familiaridad:

—No me guardará rencor, espero. Me siento realmente avergonzada, aunque todo sucedió de la forma más inocente.

La tranquilicé y le aseguré que tenía la máxima confianza en su femineidad.

—Usted no me conoce en absoluto —dijo—, pero puede ser; es posible que mi esposo pueda serle de ayuda, pues llega usted a la gran ciudad desconocida. Puede visitarnos. Seguramente no conocerá a mucha gente, y un hombre joven puede equivocarse fácilmente en su elección.

Le agradecí cordialmente su interés por mí, que me conmovía; cierto es que en todas partes se hallan buenas personas.

—Nápoles es una ciudad peligrosa —me dijo; pero llegó Federico y nos interrumpió.

Al poco estábamos sentados de nuevo en el coche, habíamos bajado las ventanillas de cristal, todos nos conocíamos mejor y nos aproximábamos a nuestro objetivo común, Nápoles. Federico estaba encantado con los pintorescos grupos que encontrábamos. Mujeres con los rojos chales sobre la cabeza pasaban a nuestro lado montadas en sus asnos; el niño de pecho mamaba, y un niño algo mayor dormía en un cesto a sus pies. Una familia entera a lomos de un solo caballo; la mujer detrás, con el marido, apoyaba el brazo y la cabeza sobre su hombro, parecía dormida; el hombre tenía sentado ante él a su muchachito, que jugaba con el látigo; era un grupo como los que nos ofrecía Pinelli en sus preciosas escenas de la vida popular.

El aire era gris, llovía un poco; no podíamos ver Capri ni el Vesubio. El grano estaba jugosamente verde en los campos, bajo los altos frutales y los álamos a los que se enroscaban las vides.

—¿Ve usted? —dijo la *signora*—. Nuestra campiña es una verdadera mesa con pan, vino y fruta; y enseguida verá nuestra alegre ciudad y el hinchado mar.

Al atardecer nos acercamos a ella. La espléndida calle de Toledo se abría ante nosotros, ¡era todo un Corso^[61]! Tiendas con las luces encendidas, mesas ante la puerta, cubiertas de higos y naranjas, iluminadas por lámparas y farolillos de colores. La calle entera parecía un río de estrellas con sus incontables luces, al aire libre. A ambos lados, altas casas con balcones en cada ventana, incluso en la esquina misma; damas y caballeros estaban fuera, como si aún estuviéramos en el tiempo del alegre carnaval. Un coche se cruzaba con otro; ahora resbalaban los caballos en las pulidas losas con las que estaba pavimentada la calle; llegó entonces un pequeño cabriolé de dos ruedas; cinco y hasta seis personas iban sentadas en el pequeño carruaje, detrás, unos niños harapientos, y debajo, en la oscilante red, iba tumbado un *lazzarone* medio desnudo, tan tranquilo, y un único caballo tiraba de todos, y aun así, iba al galope. En una casa esquinera había fuego encendido; unos hombres medio desnudos, vestidos sólo con calzones de baño y sobre el pecho un chaleco con su único botón abrochado, estaban allí tumbados jugando a las cartas; organillos y pianolas tocaban sus

melodías, unas mujeres cantaban, todos chillaban; todos corrían unos hacia otros: militares, griegos, turcos e ingleses. Me sentí trasladado a un mundo completamente distinto; una vida más meridional que la que yo conocía, me salía al encuentro. La *signora* daba palmas por su alegre Nápoles; Roma era una tumba en comparación con su risueña ciudad.

Continuamos hasta el Largo del Castello^[62]: idéntico alboroto, idéntico gentío fue lo que encontramos. A la vuelta resplandecía el teatro, con coloristas pinturas en el exterior, mostrando la escena principal de la pieza que se estaba representando. Desde un andamio muy alto alborotaba una familia de payasos: la mujer gritaba con todas sus fuerzas, el hombre soplabá una trompeta y el hijo pequeño los apaleaba a los dos con una enorme fusta, mientras un caballito se levantaba sobre las patas traseras y leía un libro abierto... Un hombre se detuvo y se puso a hacer esgrima y a bailar en medio de un grupo de marineros que estaban sentados en una esquina; había un improvisador, decían. Un hombre anciano leyó en voz alta de un libro. *Orlando Furioso*, me dijeron. Sus oyentes aplaudieron en el momento en que pasábamos por delante de ellos.

—¡El Vesubio! —oí exclamar a la *signora*, y entonces vi, al final de la plaza donde se levanta el faro, el Vesubio alzándose muy alto en el cielo, y la lava de color de fuego como un río de sangre agitándose a un costado. Por encima del cráter había una nube que brillaba roja por la ardiente lava; pero sólo un instante pudimos verlo. El coche cruzó la plaza y nos condujo hasta el Hotel Casa Tedesca. A su lado había un teatro de marionetas, fuera habían montado otro más pequeño en el que Polichinela hacía divertidos saltos, silbaba, ponía muecas y soltaba divertidos discursos. Todo eran risas alrededor nuestro. Sólo unos pocos hacían caso del monje que estaba en la esquina opuesta predicando en uno de los escalones de piedra; un hombre anciano, de hombros anchos, con aspecto de marino, sujetaba la cruz con la imagen del Redentor. El monje miraba con ojos centelleantes los muñecos de madera del marionetero, que atraía la atención de la gente apartándola así de sus predicaciones.

—¡Es el tiempo de ayuno! —lo oí gritar—. ¡Es el tiempo que el cielo consagra, el tiempo en que hemos de abstenernos de la carne, vestirnos de telas de saco, cubrirnos de cenizas! ¡Es carnaval! ¡Es carnaval todo el tiempo, de día y de noche, un año y otro, hasta que caigáis en los abismos del infierno! ¡Allí será el llanto y el crujir de dientes, haréis bailes y fiestas en los pantanos y los suplicios del infierno!

Su voz se hacía cada vez más alta; el suave dialecto napolitano sonaba a mis oídos como ondeante verso, las palabras se engarzaban unas en otras melódicamente. Pero cuanto más elevaba su voz, más subía el polichinela la suya y sus saltos se hacían doblemente divertidos, y la gente aplaudía; entonces, lleno de ira, el monje cogió la cruz de manos del hombre que la sostenía en alto, se arrancó con ella hacia el frente mostrando al crucificado, al tiempo que gritaba:

—¡Ved, este es el verdadero polichinela! ¡A él veréis! ¡A él oiréis, para ello tenéis

ojos y oídos! *¡Kyrie eleison!* —incluso el marionetero dejó caer su polichinela. Yo estaba al lado de nuestro coche, profundamente impresionado por aquella escena.

Federigo había conseguido un coche para la *signora*, a fin de que pudiera llegar hasta su casa. Le dio la mano en señal de agradecimiento, pero a mí me abrazó pasando su brazo por el cuello, sentí un ardiente beso en mis labios y la oí decir: «¡Bienvenido a Nápoles!». Desde el coche, que se alejaba con ella, me lanzó otro beso con los dedos. Subimos a las habitaciones del hotel que nos había indicado el *cameriere*.

II

Dolor y consuelo. Conozco mejor a la *signora*. El profesor. La carta. ¿La interpreté mal?

Cuando Federigo se retiró a la cama, yo me quedé sentado ante el balcón abierto que daba a la plaza, con el Vesubio ante mí; el extraño mundo que parecía haber soñado no me invitaba a dormir. Con el paso del tiempo iba haciéndose mayor el silencio en la calle a mis pies, las luces se apagaron; ya era pasada la media noche. Mis ojos descansaban en la montaña, cuya columna de fuego se elevaba desde el cráter hacia la amplia masa nubosa de violento color rojo, que parecía así un colosal pino de fuego y llamas; el río de lava formaba sus raíces, con las que abrazaba el monte. Mi alma estaba sobrecogida por el inmenso espectáculo, por la voz divina que hablaba de Vulcano, pero también por el silencioso, apacible cielo nocturno. Era un instante, uno de esos que raras veces vivimos, en que, por así decir, el alma mira cara a cara a su Dios: yo comprendía Su omnipotencia, Su sabiduría y Su bondad, a la que sirven el rayo y el torbellino, y sin Cuya voluntad ni un gorrión cae a tierra. Mi propia vida estaba clara ante mis ojos, veía en todo lo sucedido en ella una orientación, un sentido; incluso las desdichas, las penas, habían dado lugar a algo mejor. La desgraciada muerte de mi madre a causa del caballo desbocado pareció privarme de cualquier futuro mejor, pues me quedé como un pobre huérfano; pero ¿no fue aquel acaso el auténtico y más noble motivo que luego condujo a *Sua Eccellenza* a ocuparse de mi educación, pues él había sido el inocente causante de mi desdicha? La pelea de Mariuccia y Peppo, los horribles momentos que pasé en casa de mi tío, me lanzaron a la corriente del mundo; pero de no haber vivido en casa de la anciana Domenica en la desierta campiña, tal vez *Sua Eccellenza* jamás se habría fijado en mí. Fui rememorando así, en mi mente, escena tras escena de mi vida, y hallé en todas ellas las más excelsas sabiduría y bondad. Sólo cuando llegaba al borde del abismo parecía todo desplomarse. Mi amistad con Annunziata era como un día de primavera que de repente había abierto hasta el último capullo dentro de mi alma; a su lado, yo habría podido serlo todo, su amor habría culminado la felicidad de mi vida. Los sentimientos de Bernardo eran mera sensualidad; aunque sufriera momentáneamente por perderla, su dolor sería de poca duración, enseguida conseguiría consolarse; pero que Annunziata lo amase a él lo aniquilaba todo para mí. En este punto era yo incapaz de comprender la sabiduría del Todopoderoso, solamente sentía dolor por mis sueños aniquilados. En ese instante sonó una cítara debajo del balcón; vi a un hombre con la capa echada sobre los hombros tañendo las cuerdas, notas de amor brotaban de ellas. Poco después se abrió muy lentamente la puerta vecina y el hombre desapareció tras ella.

¡Un amante feliz, ha llegado su hora de besar y abrazar! Miré el cielo iluminado

por las estrellas, el brillante mar azul oscuro, el deslumbrante rojo de la lava y las erupciones... «¡Espléndida naturaleza!», exclamó entonces mi corazón. «¡Tú eres mi amante! ¡Tú te aprietas contra mi corazón, me abres tu cielo y tu brisa me besa los labios y la frente! ¡A ti te cantaré, a tu belleza, a tu sagrada grandeza! Repetiré ante las gentes las profundas melodías que cantas tú a mi alma. Deja sangrar mi corazón; ¡la mariposa que se agita clavada en el alfiler tiene en ese mismo instante sus mejores brillos! El río que, hecho cascada, se precipita desde la roca y se deshace en espuma, aparece entonces con su máxima belleza. Es el sino del cantor. La vida, empero, no es sino un breve sueño. Cuando, en el más allá, vuelva a encontrar a Annunziata, ella me amará; todas las almas limpias se aman unas a otras; cogidas todas del brazo, ascienden hacia Dios las almas benditas en procesión».

Así soñaba mi mente, y el valor y la fuerza para actuar como improvisador, también unos fuertes deseos de hacerlo, llenaron mi alma entera. Sólo una cosa pesaba aún en mi corazón: ¿qué dirían *Sua Eccellenza* y Francesca de mi huida de Roma, de mi actuación como improvisador? Seguramente creerían que estaba aún en Roma, aplicado y silencioso, dedicado a mis libros. Aquel sentimiento no me permitía el reposo, tenía que escribirles esa misma noche. Con filial devoción se lo conté todo, tal y como había sucedido, hasta el último detalle, mi amor por Annunziata y el solo consuelo que encontraba en la naturaleza y el arte; acababa suplicándoles encarecidamente que me respondieran, si así quería concedérmelo la bondad de sus corazones; hasta que llegara su respuesta no daría un solo paso, no me presentaría en público... No me dejarían sumido en la desesperación por más de un mes... Mis lágrimas caían sobre la carta mientras escribía, pero me sentí aliviado con la misiva y al concluirla me dormí enseguida, con una tranquilidad que no había conocido en mucho tiempo.

Al día siguiente, Federigo y yo ordenamos nuestras cosas, él se marchó a su nuevo alojamiento en una de las calles laterales, yo me quedé en Casa Tedesca, desde donde podía ver el mar y el Vesubio, dos maravillas del mundo que sólo entonces conocía. Visité el Museo Borbónico, los teatros y el paseo, y al cabo de tres días de estancia me sentía ya familiarizado con la ciudad desconocida.

Nos llegó, a Federigo y a mí, una invitación del Profesor Maretti y su esposa Santa. En el primer momento pensé que se trataba de un error, pues no conocía a ninguna de aquellas dos personas, y la invitación parecía estar dirigida específicamente a mí, con el ruego de que llevase también a Federigo. Al inquirir más detalles, pude saber que Maretti era un gran erudito en antigüedades y que la *signora* Santa acababa de regresar de una visita a Roma; que seguramente Federigo y yo la habríamos conocido en el viaje. ¡De modo que se trataba de la *signora* napolitana!

Al atardecer acudí a la casa acompañado por Federigo. Encontramos una abundante compañía de personas en el salón iluminado, donde el bruñido suelo de mármol reflejaba las lámparas mientras una estufa rodeada de una verja de hierro templaba suavemente el espacio.

La *signora*, o, puesto que ya sabemos su nombre, Santa, vino a recibirnos con los brazos abiertos. Su vestido de seda azul celeste le quedaba muy bien; si hubiera estado algo menos rellenita se la habría podido considerar una mujer muy bella. Nos presentó a sus acompañantes y nos dijo que nos sintiéramos como en nuestra casa.

—A mi casa solamente vienen amigos; enseguida conocerán ustedes a toda la concurrencia —y mencionó una serie de nombres, señalando a las personas correspondientes. Charlamos, bailamos, oímos cantar ¡y las horas pasaron volando! Nos indicó un lugar donde sentarnos. Una dama joven estaba sentada al piano cantando; era precisamente la misma aria que cantó Annunziata en el papel de Dido; pero la impresión que me causó entonces fue completamente diferente: captaba el alma con una fuerza mucho mayor. Mas hube de aplaudir, igual que los demás, a la cantante, que a continuación tocó unos acordes y una alegre danza; tres o cuatro caballeros tomaron de la mano a sus damas y se deslizaron sobre el suelo resplandeciente. Yo me acerqué a una ventana, un hombre delgado y de baja estatura, de vivaces ojos transparentes, me hizo una profunda reverencia; lo había visto entrar y salir por la puerta como un duendecillo. Para trabar conversación empecé a hablar de las erupciones del Vesubio, de la belleza de la espléndida corriente de lava...

—Eso no es nada, amigo —respondió—. Nada en comparación con la gran erupción del 79, que describe Plinio; las cenizas llegaron hasta Constantinopla. También en mis tiempos tuvimos que usar paraguas en Nápoles por causa de la ceniza, pero entre Nápoles y Constantinopla hay cierta diferencia. Estábamos en plena época clásica, una época en la que habríamos rezado: *serus in coelum redeas*^[63]!

Yo hablé del teatro Carolino, y el hombre volvió al Carro de Tespis y me ofreció todo un tratado sobre la máscara trágica y cómica. Mencioné la revista de las tropas del rey, y al momento pasó él a la antigua forma de hacer la guerra, cómo se capitaneaba una falange completa. La única pregunta que me hizo él a mí fue si había estudiado historia del arte, refiriéndose sólo a la antigüedad. Le dije que me interesaba toda la vida del mundo, todo, que sentía la vocación de convertirme en poeta, y el hombre dio palmas y declamó sobre mi lira:

*O decus Phoebi, et dapibus supremi
Grata testudo Iovis*^[64]!

—¡Ya lo ha pillado! —dijo riendo Santa, que se acercó a nosotros—. ¡Andará ya en la época de Sesostris! Pero nuestra propia época lo reclama a usted, en ella están las damas con las que ha de bailar.

—¡Pero yo no bailo, no he bailado nunca! —respondí.

—Pero si se lo pido yo, que soy la anfitriona, no podrá decirme que no.

—Me temo que he de decir que no, pues mi torpeza hará quizá que caigamos los dos a ese suelo tan pulido.

—¡Pues muy bien! —exclamó, yéndose hacia Federigo, y al poco los dos se deslizaban sobre el mármol.

—¡Una mujer muy alegre! —dijo el marido, que añadió—: Bella, muy bella, Señor Abate.

—¡Muy bella! —respondí cortésmente, y de pronto nos vimos, el cielo sabrá cómo, entre vasos etruscos. Se ofreció a servirme de guía en el Museo Borbónico y me explicó prolijamente qué grandes maestros eran quienes pintaron aquellos inmensos tesoros, en los que hasta la más mínima línea contribuye a la belleza, la expresión y la presencia de las figuras; y había que pintar mientras la arcilla estaba aún húmeda para que no se perdiera ni un solo trazo, para que se conservara perfectamente todo lo que se había dibujado.

—¿Aún siguen ustedes metidos en la historia? —preguntó Santa al regresar—. ¡Continuará! —dijo riendo, me apartó del erudito y me susurró a media voz—: ¡No se moleste por ese hombre! Tiene que estar usted alegre. Ha de participar en la diversión. ¡Quiero pervertirlo! Tiene que contarme lo que ha visto, oído y disfrutado.

Le conté cuánto me agradaba Nápoles, le conté lo más inmediato, un paseíto que había dado esa misma tarde por la Gruta de Posillipo, delante de la cual había encontrado, en medio del denso viñedo, las ruinas de una pequeña iglesia transformada en alojamiento de una familia; los amables niños y la bella mujer que me sirvió vino habían contribuido a hacerlo todo aún más romántico.

—¿De forma que ya ha conocido gente? —dijo riendo, y levantó el dedo índice—. Bueno, no hay por qué avergonzarse, a la edad de usted, el corazón no se da por satisfecho con un sermón de Cuaresma.

Eso, más o menos, fue lo que aquella velada me enseñó sobre la *signora* Santa y su esposo. La *signora* tenía la costumbre de expresarse de una forma tan campechana, tan natural, como es propio de las napolitanas; y con una cordialidad que me resultaba extraordinariamente atractiva. El marido era un erudito, lo que no es ningún defecto; en el museo podría ser mi mejor guía.

Y lo fue; y Santa, a la que visité en varias ocasiones, me parecía más animada con cada visita; las atenciones que me dedicaba me halagaban, y su simpatía me abría el corazón y los labios. Yo apenas conocía nada del mundo, en muchas cosas seguía siendo un muchacho, de ahí que tomara la primera mano que se me ofreció amablemente, y a cambio de ella le ofrecí toda mi confianza.

Un día, Santa mencionó de pasada el momento más importante de mi vida, la separación de Annunziata, y sentí un consuelo, un alivio al poder expresarme ante aquella mujer tan afectuosa. Que supiera señalar algunas sombras en Bernardo, a juzgar por cómo lo había descrito yo mismo, fue para mi como un bálsamo. Pero no quise aceptar que también fuera capaz de encontrar defectos en Annunziata.

—¡Es demasiado menuda para los escenarios! —dijo—. Su constitución es demasiado tierna, eso me lo concederá usted, ¿no? Hace falta algo de cuerpo, mientras tengamos que vivir en este mundo. Ya sé que también aquí, en Nápoles,

todos los caballeros jóvenes se quedaron entusiasmados con su belleza. Fue su voz, esa voz preciosa, sin tara alguna, lo que los arrastró al mundo del espíritu, al que pertenece realmente su delicada figura. Si yo fuera hombre, nunca podría enamorarme de una criatura semejante, me daría miedo que se pudiera hacer pedazos al primer abrazo.

Sus palabras lograron hacerme sonreír, y quizá era esa su verdadera intención, pensé. El talento, la inteligencia y el immaculado corazón de Annunziata los respetó como cosa fuera de toda duda.

Las últimas tardes había escrito, hechizado por la belleza de aquella naturaleza nueva que me rodeaba, y también por mi estado de exaltación, algunos pequeños poemas: «Tasso en prisión», «Monje mendigo» e incluso algún pequeño estallido lírico, enfermizo, que reflejaba mi desdichado amor y el destrozado cuadro del mundo que flotaba en mi alma. Empecé a leérselos a Santa, pero a mitad del primero me vi tan superado por el sentimiento que expresaba en él, que rompí a llorar; entonces me cogió las manos con fuerza y lloró conmigo, ¡aquellas lágrimas la unieron a mí para siempre! Su casa fue para mí un hogar; yo estaba siempre deseando que llegara el momento de poder hablar otra vez con ella; su buen humor, las divertidas ocurrencias con las que salía tantas veces, me hacían reír, aunque mi alma se diera perfecta cuenta de cuán distintas eran la alegría y la agudeza de Annunziata: más nobles, más puras. Pero como no había Annunziata alguna que viviera para mí, yo estaba agradecido y entregado a Santa.

—¿Ha visto usted últimamente —me preguntó un día— a la bella mujer de Posillipo, esa casa tan romántica, que es en parte una iglesia?

—¡Sólo una vez! —respondí.

—¿Era cariñosa? —preguntó Santa—. ¿Los niños estaban fuera y hacían de guías, se reflejaba la luna en el mar? ¡Tenga cuidado, *signore*, en esa parte de Nápoles es donde están los bajos fondos! —le aseguré con toda sinceridad que lo único que me atrajo a la Gruta de Posillipo era lo romántico del paraje.

—Querido amigo —me dijo en confianza—, yo entiendo más de esas cosas. Su corazón se vio lleno de amor, del primer amor violento, por la mujer que le dispensó un trato, no diré que indigno, pero sí injusto... no intente contradecirme... ella llenó su alma y usted ha tenido que librarse de esa imagen, ha tenido que abandonarla usted también, tal como usted mismo me aseguró, pero al hacerlo se abrió un vacío en su alma que necesita llenarse. Antes vivía usted solamente para sus libros y sus sueños, esa cantante lo hizo descender al mundo de los seres humanos, usted se convirtió en una persona de carne y hueso igual que todos nosotros, y eso exige sus derechos. ¿Y por qué no?... Yo nunca juzgo a una persona joven con severidad; ¡además, cada uno ha de actuar como le place!

La contradije en este último punto, pero el vacío que se había formado en mi alma tras la pérdida de Annunziata me obligaba a reconocer que tenía razón; pero ¿qué podría llenar la imagen perdida?

—¡Usted no es una persona como las demás! Usted es un personaje poético, y es posible que incluso la ideal Annunziata deseara un hombre de carne y hueso; por eso prefirió quizá a Bernardo, que está tan por debajo de ustedes dos... Pero —prosiguió— usted me hace hablar en una forma de la que soy incapaz, pues soy una dama; su asombrosa ingenuidad y su escaso conocimiento del mundo hacen que los demás se expresen con la misma ingenuidad con la que usted piensa —y se echó a reír a carcajadas, y me dio una palmadita en la mejilla.

Una tarde estaba con Federigo, cuando éste comenzó a contarme, con franqueza, sus felices días en Roma, cómo también su corazón palpitaba entonces con fuerza; Mariuccia era parte de la historia. A la casa de Maretti y Santa acudían otros jóvenes; buenos bailarines, excelentes conversadores, que recibían cariñosas miradas de las damas, y respeto de los caballeros; yo los conocía sólo de poco tiempo, y ellos ya me hacían confidente de sus asuntos del corazón, sobre los que yo expresaba mi espanto cuando me encontraba a solas con Bernardo, lo que no hacía sino acrecentar mi aprecio por él, y que solamente el aprecio que por él sentía me hacía perdonarlo... ¡bueno, eran muy distintos a mí! Si Santa tenía realmente razón, ¡yo no sería más que un personaje poético en este mundo! Que Annunziata amase a Bernardo venía a ser una demostración de ello; mi Yo espiritual le resultaba querido, seguramente, pero yo, como persona completa, era incapaz de conquistarla.

Llevaba en Nápoles como un mes sin tener noticia alguna de ella o de Bernardo, cuando el correo me trajo una carta; la cogí con el corazón palpitante, en la estampilla y el sobrescrito vi de quién procedía, reconocí el escudo de los Borghese y la escritura de su anciana *Eccellenza*... Casi ni me atrevía a abrirla. «Eterna Madre de Dios», oré, «¡ten misericordia de mí! ¡Sea tu voluntad, que sin duda traerá lo mejor!». Abrí la carta y leí:

«*Signore*:

Mientras yo creía que estaba usted aprovechando la oportunidad que le había proporcionado de aprender algo y convertirse en un miembro útil de la sociedad, sigue usted caminos completamente distintos, diferentes a los que yo deseaba. Como causa inocente de la muerte de su señora madre, ya he cumplido con usted. ¡Estamos en paz! Puede usted presentarse como improvisador, como poeta, como lo que usted quiera, pero, como única prueba del agradecimiento de que tantas veces ha hablado, deme su palabra de jamás relacionar mi nombre con el suyo, ni permitir que sea de público conocimiento lo que por usted he hecho; puesto que el gran servicio que habría debido hacerme usted, que no era sino aprender, no quiso usted satisfacerlo, no se le ocurra mencionarme como su bienhechor, pues me desagradaría sobremanera y acarrearía sobre usted toda mi ira.»

La sangre se agolpó en mi corazón, mis manos cayeron sobre mi regazo, pero no

pude llorar; ¡hacerlo habría aliviado mi alma! «¡Dios mío!», balbucí, mi cabeza cayó sobre la mesa; aturdido, sin pensamientos, incluso sin dolor, me quedé en aquella postura largo rato. No tenía palabras con las que rezar a Dios y a los santos, tampoco a quienes, igual que el mundo entero, parecían haberme repudiado. Llegó entonces Federigo.

—¿Estás enfermo, Antonio? —preguntó, apretándome la mano—. ¡No puedes encerrarte aquí dentro todo el tiempo con tus penas! ¿Quién sabe si habrías podido llegar a ser feliz con Annunziata?... Siempre sucede lo que va a ser mejor para nosotros, yo mismo lo aprendí hace tiempo, y no en la forma más agradable.

En silencio le alargué la carta, que leyó; entretanto, mis lágrimas hallaron rienda suelta, pero me avergoncé de que las viera y aparté el rostro; mas él me apretó entre sus brazos y me preguntó si había tomado alguna determinación. Atravesó entonces mi alma una idea, que me reconcilió con la Madonna, a cuyo servicio había estado de niño, a la que había sido consagrado; en aquella idea hallé protección y solución para mi futuro:

—¡Lo mejor es hacerme monje! —dije—. A ello me conduce mi destino, en este mundo ya no hay nada para mí, no soy sino un personaje poético, no un ser humano como los demás. ¡Sí, será sólo en el regazo de la Iglesia donde podré hallar paz y hogar!

—¡Sé razonable, Antonio! —protestó Federigo—. ¡Haz que *Sua Eccellenza* y el mundo entero vean que tienes fuerzas, haz que la oposición del mundo te enaltezca en vez de hundirte!... Pienso, y espero, que solamente ahora, en estos momentos, deseas hacerte monje, y que mañana, cuando el sol brille y lleve la claridad a tu corazón, ya no seguirás deseándolo. Eres un improvisador, un poeta, posees espíritu y conocimiento, todo puede llegar a ser espléndido, magnífico. Mañana tomaré un cabriolé, nos escaparemos a Herculano y Pompeya, ascenderemos al Vesubio, aún no hemos estado allí; así te relajarás, te pondrás de mejor humor y, cuando tus negras fantasías hayan desaparecido, hablaremos razonablemente del futuro. Ahora vente conmigo a Via Toledo, ¡vamos a divertirnos! La vida pasa al galope e, igual que el caracol, todos llevamos auestas nuestra propia carga, de plomo o de juguete, tanto da, si el peso es el mismo —su preocupación por mí me conmovió, al menos conservaba un amigo. Sin decir una sola palabra tomé mi sombrero y lo seguí. En la plaza sonaba alegre la música de los pequeños teatros callejeros, nos detuvimos ante uno de ellos, en medio del gentío. Toda la familia de artistas estaba, como de costumbre, en su tablado: el marido y la mujer vestidos con ropas de colores, roncós ya de tanto gritar; un muchachito pálido de rostro muy triste tocaba el violín vestido de Pierrot mientras sus dos hermanitas daban vueltas y más vueltas en una alegre danza. Me pareció muy trágico. ¡Pobres criaturas desdichadas!, pensé, sin saber si mi propio destino sería como el suyo. Me aproximé más a Federigo y no pude reprimir el suspiro que brotó de mi pecho.

—¡Tranquilo, y sé razonable! Vamos a pasear un poco, que el viento haga

palidecer nuestras sonrosadas mejillas, y luego iremos a visitar a la *signora* Maretti! Con sus risas te animará, o llorará contigo hasta que te canses, a ella se le da mejor que a mí —así que paseamos por la ancha avenida y finalmente fuimos a casa de los Maretti.

—¡Por fin vienen ustedes una tarde fuera de lo habitual! —exclamó Santa con amabilidad, al vernos entrar.

—El *signor* Antonio está de ánimo elegíaco, hay que echarle un poquito de humor, ¡y dónde mejor que en casa de usted! Mañana vamos a Pompeya y Herculano, y subiremos al Vesubio. ¡Espero que tengamos suerte con las erupciones!

—¡*Carpe diem!* —exclamó Maretti—. ¡Me encantaría ir de excursión con ustedes! Pero no para subir al Vesubio, sino para comprobar cómo van las excavaciones de Pompeya. Acabo de recibir de allí unos adornos de cristal de colores, los he ordenado por su factura y he escrito un *opusculum* al respecto. Puede ver usted esas maravillas —le dijo a Federigo— y proporcionarme alguna indicación en lo tocante a los colores. ¡Y en cuanto a usted! —exclamó dándome una palmada en el hombro— ¡Usted tiene que empezar a mostrarse alegre! Tomemos un vaso de Falerno y cantemos con Horacio:

*Ornatus viridi tempora pampino,
Liber vota bonos ducit ad exitus*^[65]!

Me quedé a solas con Santa.

—¿Ha escrito usted algo nuevo? —preguntó—. Tiene toda la pinta de haber compuesto alguna de esas bonitas piezas que hablan al corazón de forma tan asombrosa. He pensado varias veces en usted y en su Tasso, y me he sentido de lo más melancólica al recordarlo, aunque ya sabe usted perfectamente que no soy de las lloronas. ¡Esté de buen humor un rato! ¡Míreme! ¡Dígame algo bonito! ¡Diga algo sobre mi vestido nuevo! ¿Qué le parece, me sienta bien? ¡Un poeta tiene que saber apreciar todas las cosas! ¡Estoy tan esbelta como un pino! ¿No es cierto?

—¡Eso se ve al momento! —respondí.

—¡Adulador! —exclamó—. ¿No estaré como de costumbre? ¡El vestido me queda de lo más holgado! ¿Hay algo de lo que avergonzarse? A fin de cuentas, usted es un hombre. Si queremos que ande usted en compañía de señoras, habrá que educarlo un poco. ¡Y lo vamos a hacer! Ahí andan mi marido y Federigo metidos hasta las cejas en la bendita antigüedad, vivamos nosotros el presente, es mucho más divertido. Tiene que probar nuestro espléndido vino de Falerno, y será ahora mismo, luego podrá volver a hacerlo con los otros dos.

Rechacé la idea de conversar sobre los sucesos del día, pero me di perfecta cuenta de lo abstraído que estaba.

—¡No soy más que una molestia para usted! —le dije, me puse en pie e hice ademán de coger mi sombrero—. Perdóneme, *Signora*, no me encuentro bien y eso

me hace estar poco sociable.

—¡No puede dejarme sola! —protestó, haciéndome sentar de nuevo; me miró con simpatía y preocupación—. ¿Qué ha sucedido? ¡Tenga confianza en mí! Mis intenciones son buenas y nobles. ¡No le habrá hecho sentir mal mi petulancia! ¡Es que soy así! Dígame lo que ha sucedido. ¿Ha recibido carta? ¿Ha muerto Bernardo?

—¡No, gracias a Dios, no! —respondí—. Es otra cosa. Algo completamente distinto —no quería hablar de la carta de *Sua Eccellenza*, pero en mi dolor y mi confianza acabé contándoselo todo y, con lágrimas en los ojos, ella me rogó que no me entristeciera—. ¡Estoy solo en el mundo —gemí— abandonado por todos, nadie, ya nadie me quiere!

—¡Cómo que no, Antonio! —exclamó ella, y sentí su mano acariciándome la frente, sobre la que unos labios ardientes depositaron un beso—. ¡Claro que lo quieren! Usted es apuesto, es bueno. ¡Yo lo quiero, lo quiero, Antonio! —y llena de pasión me rodeó con sus brazos. Su mejilla descansó sobre la mía. Mi sangre se convirtió en una llama, un temblor recorrió todos mis miembros, era como si mi respiración se detuviera, jamás había sentido nada parecido; hubo ruido entonces en la puerta, ésta se abrió, y Federigo y el marido entraron en la estancia.

—¡Su amigo tiene fiebre! —dijo ella en su habitual tono intrascendente—. Ha estado a punto de asustarme, de pronto se puso pálido y rojo, creí que se iba a desmayar en mis brazos, pero ahora ya va mejor, ¿no es cierto, Antonio? —y como si no hubiera sucedido nada, como si nada se hubiera dicho, se burló de mí. Oí los latidos de mi propio corazón, y una sensación de vergüenza y asco despertaron en mi alma, y me aparté de ella, de la bella hija del pecado.

—*Quae sit hiems Veliae, quod coelum, Vala Salerni!* —dijo Maretti—. ¿Cómo van el corazón y la cabeza del *signore*? ¿Qué ha hecho ahora *ferus cupido*, que está siempre afilando sus sangrientas flechas en la ardiente amoladora^[66]?

El vino de Falerno derramó perlas en el vaso, Santa chocó su copa con la mía, y dijo con una mirada extraña: «¡Por tiempos mejores!».

—¡Por tiempos mejores! —repitió Federigo—. ¡Ya vendrán! ¡Pero no hay que rendirse jamás!

Maretti también chocó su vaso con los nuestros, y asintió con la cabeza:

—¡Por tiempos mejores! —Santa rió a carcajadas y me dio una palmadita en la mejilla.

III

Paseo por Herculano y Pompeya. Atardecer en el Vesubio

A la mañana siguiente vino Federigo a recogerme. Maretti subió también al coche, una brisa fresca soplaba desde el mar y fuimos bordeando el lago desde Nápoles hacia Herculano.

—¡Cómo humea el Vesubio! —dijo Federigo señalando la montaña—. ¡Estará estupendo esta tarde!

—De modo bien distinto se alzaba el humo —dijo Maretti—, era como la sombra de las nubes oscureciendo toda la comarca en *anno 79 post Christum*, cuando las ciudades que ahora visitaremos desaparecieron bajo la lava y las cenizas.

Ya a las puertas mismas de Nápoles empezaban los pueblos de San Giovanni, Portici y Resina, que están tan próximos unos a otros que podrían considerarse una sola ciudad. ¡Llegamos a nuestro destino antes de que pudiera darme ni cuenta! Nos detuvimos delante de una casa de Resina^[67]. Bajo la calle, bajo el pueblo entero, yace oculto Herculano. Lava y cenizas cubrieron en pocas horas la ciudad entera, se olvidó su existencia, y la ciudad de Resina se construyó sobre sus ruinas.

Entramos en la casa más próxima, en el patio había un gran pozo abierto, una escalera de caracol descendía por él.

—Ya ven, *signori* —dijo Maretti—. Fue *post Christum* 1720 cuando el Príncipe d'Elboeuf hizo excavar este pozo. En cuanto pusieron pie en el interior hallaron unas estatuas, así que se prohibió toda excavación ulterior y, *mirabile dictu*, a lo largo de treinta años no se movió un dedo hasta que llegó hasta aquí Carlos de España, hizo excavar a más profundidad el pozo y dio con una imponente escalinata de piedra, como aquí podemos ver.

El día brillaba sobre una pequeña parte de lo que fueron las graderías del gran teatro de Herculano. Nuestro guía encendió una vela para cada uno de nosotros, descendimos a lo más hondo del pozo y nos encontramos en las gradas donde, hace mil setecientos años, los espectadores, como un único cuerpo inmenso, sentían y aplaudían las historias que allí se representaban.

Una puertecita a un lado nos condujo al interior de un estrecho pasadizo; descendimos hasta la orquesta, luego a los distintos espacios para los músicos, los camerinos y el escenario mismo; la magnitud del conjunto me conmovió. Sólo podíamos iluminarlo parcialmente, pero me pareció mucho mayor que el Teatro San Carlo. Todo aparecía vacío, oscuro y desolado, mientras el mundo seguía ruidoso allá arriba. Igual que imaginamos que una raza desaparecida puede participar como espíritus en nuestras actividades y nuestra vida, así creía yo haber escapado de mi

época y estar paseando, como una aparición, por aquellos lejanos tiempos. Sentí fuertes deseos de ver la luz del día, y al poco respirábamos de nuevo su cálida brisa.

Giramos a la derecha en la calle de Resina y ante nosotros se abrió un lugar excavado, aunque de menor tamaño; aquello era todo lo que de Herculano recibía la luz del sol, vimos una única calle, las casas con pequeñas, angostas estancias, paredes pintadas de rojo y azul; anunciaban tan sólo lo que nos esperaba en Pompeya.

Resina quedó a nuestra espalda, y ahora veíamos a nuestro alrededor una extensión que semejava un espumeante mar negro como pez, solidificado en escorias de hierro; había edificios nuevos, pequeños viñedos verdeaban, una iglesia asomaba medio hundida en aquella tierra de la muerte.

—Yo mismo he presenciado esta destrucción —dijo Maretti—; era un niño, en la edad entre *lactens* y *puer*, si me permiten expresarlo así. Jamás olvidaré aquel día. Esta masa de escoria negra sobre la que ahora se desliza nuestro coche, era un ardiente río de fuego, vi cómo se precipitaba desde la montaña hacia Torre del Greco. Mi padre, *beati sunt mortui*, me cogía uvas maduras aquí al lado, donde ahora queda tan sólo esa costra negra, dura como una piedra. Las luces brillaban azules en la iglesia y los muros estaban rojos por el inmenso calor. Los viñedos quedaron cubiertos, pero la iglesia siguió en pie como un arca flotando sobre el llameante mar de fuego.

Igual que los pámpanos se enroscan con las pesadas uvas entre un árbol y otro, hasta parecer una única guirnalda, así va enlazándose un pueblo con otro en torno a la bahía de Nápoles^[68]. Todo el camino, con la excepción de la zona arrasada que acabo de mencionar, parece una gran Via Toledo. Ligeros cabriolés sobrecargados de gente, jinetes a caballo y en burro se cruzaban en ambas direcciones; caravanas de viajeros, damas y caballeros, hacían su aportación a la viveza del cuadro.

Siempre me había imaginado Pompeya bajo tierra, igual que Herculano, pero no es así. Desde la colina miraba, sobre los viñedos, hacia el azul Mediterráneo. Cada paso nos llevaba más arriba, y ahora nos encontrábamos ante un terraplén cubierto de cenizas grises al que algunos arbustos verdes y algunas matas de algodón intentaban conceder una apariencia más amable. Se dejaban ver unos soldados que montaban guardia, y penetramos en Pompeya.

—¿Ha leído usted la carta a Tácito? —preguntó Maretti—. Habrá leído a Plinio el joven, y ahora podrá ver unos comentarios a su obra que no están al alcance de cualquiera.

«Calle de los sepulcros» se llamaba la larga calle en la que nos encontrábamos, y en la que un monumento seguía a otro, ante ellos se veían curvados y cómodos divanes con bellas decoraciones; allí descansaban en aquellos tiempos las hijas y los hijos de Pompeya en sus paseos por fuera de la ciudad; desde la tumbas contemplaban la floreciente naturaleza y el vivo tráfico de la carretera, e incluso la bahía. Vimos entonces una fila de casas a ambos lados, todas con tiendas; me miraban fijamente, como calaveras con las vacías cuencas de sus ojos; alrededor se

apreciaban huellas del terremoto que arrasó la ciudad antes de la gran destrucción. Varias casas mostraban hallarse en reconstrucción cuando el fuego y las cenizas las enterraron durante siglos; cornisas de mármol sin terminar yacían por el suelo y, junto a ellas, modelos en terracota.

Sólo entonces llegamos a los muros de la ciudad; hasta ellos ascendían anchos escalones, como en un anfiteatro; ante nosotros se extendía una calle larga y estrecha, empedrada, como en Nápoles, con grandes losas de lava, restos de una erupción más antigua que la que trajo la destrucción a Pompeya y Herculano hace mil setecientos años. Profundas huellas de carros estaban grabadas en la piedra, en las casas podían leerse aún los nombres de sus moradores, grabados mientras aún vivían; en algunos lugares colgaban aún rótulos, uno de los cuales anunciaba que en aquella casa se realizaban trabajos de mosaico.

Todas las estancias eran pequeñas, la luz llegaba hasta ellas a través del techo o por una abertura encima de la puerta; un pórtico cuadrado rodeaba el patio, que habitualmente apenas era suficiente para un solitario macizo de flores, o el estanque de donde salía agua de manantial. Pero patio y suelos estaban decorados con bellos cuadros en mosaico, cuyas artísticas formas, círculos y cuadrados, se solapaban unas con otras. Las paredes estaban decoradas con pinturas en color blanco, azul y rojo; bailarinas, genios, ligeras figuras flotantes, todo en torno al deslumbrante suelo. Todas inmensamente hermosas de colorido y dibujo, y con una frescura como si las hubieran pintado ayer mismo. Federigo y Maretti estaban enfrascados en una conversación sobre la asombrosa composición de colores, increíblemente bien conservada, y antes de que pudiera darme ni cuenta, estaban incluso metidos en los diez volúmenes en folio de Bayardi^[69].

Los dos eran como todos aquellos que olvidan la realidad poética que tienen ante los ojos y se dedican a su crítica y a los tratados que tratan de ella; Pompeya quedó olvidada para aquellos eruditos. Yo no era tan letrado en esos misterios estudiados hasta la última letra, la realidad que me rodeaba era un mundo poético en el que mi alma se sentía como en su hogar, allí, los siglos se fundían en años, éstos en meros instantes, las penas se mitigaban y mi mente recuperó la calma y el entusiasmo.

Estábamos ante la casa de Salustio.

—¡Salustio! —dijo Maretti quitándose el sombrero—: *¡corpus sine animo!* El alma se ha ido, pero saludamos respetuosos el cuerpo muerto.

Una gran pintura de Diana y Acteón ocupaba la pared delantera. Los trabajadores dejaron escapar un grito de alegría y sacaron a la luz una espléndida mesa de mármol, blanca como la piedra de Carrara, cuyas patas remataban en dos espléndidas esfinges; pero lo que me emocionó más aún fueron los amarillentos huesos que pude ver, y en la ceniza la impresión de un seno femenino, de inmensa belleza.

Continuamos hasta el Templo de Júpiter, el sol brillaba sobre las blancas columnas de mármol, detrás de ellas humeaba el Vesubio, nubes negras como la pez surgían del cráter y el espeso vapor, blanco como la nieve, cubría el río de lava que se

abría paso ladera abajo.

Vimos los teatros y nos sentamos en las gradas, que eran como grandes escaleras. La escena con su pétreo telón de foro, y los portones de salida. Todo estaba como si hubieran estado representando una pieza el día anterior; pero de la orquesta no surgía nota alguna, ningún Roscio^[70] hablaba a la muchedumbre, todo estaba muerto, sólo el gran escenario de la naturaleza respiraba vida. Los feraces viñedos, la transitada carretera a Salerno y, al fondo, las montañas azuladas que dibujaban siluetas frente a los cálidos tonos del cielo, todo era un espectáculo en el que Pompeya aparecía como coro trágico que cantaba el poder del ángel de la muerte. Y a éste lo vi con mis propios ojos, sus alas son negras, y cenizas y fluyente lava se extiende sobre pueblos y ciudades.

No queríamos subir al Vesubio hasta el atardecer, cuando la lava ardiente y la luz de la luna alcanzan su mayor efecto. Desde Resina tomamos unos asnos y subimos la montaña. El camino atravesaba viñedos y jardines solitarios, pero enseguida desapareció la vegetación y sólo quedaron algunos matorrales abrasados y unos tallos secos que parecían juncos. El viento soplaba fuerte y frío, pero el atardecer era inmensamente hermoso. Brillaba el sol y, al ir desapareciendo, el cielo, como fuego llameante, deslumbraba como el oro, el mar era índigo y las islas, pálidas nubes azuladas. Era un mundo mágico el que contemplaba. Por toda la bahía, el mar de Nápoles iba empalideciendo cada vez más; muy lejos se erguían las montañas cubiertas de nieve, relucientes como glaciares alpinos y a la derecha, muy cerca de nosotros, descendía ardiente la roja lava del Vesubio.

Llegamos entonces a una llanura cubierta de aquella lava dura de aspecto férreo, sin camino ni sendero. Nuestros asnos tanteaban el terreno con las patas antes de dar un paso; así fuimos llegando lentamente a una parte más alta de la montaña que, como si de un promontorio se tratara, se adentraba en aquel mar petrificado, muerto. Por un estrecho camino de herradura en el que sólo destacaban los tallos de aspecto de junco, nos fuimos acercando a las chozas de los ermitaños. Un pelotón de soldados estaba allí ante una fogata, bebiendo una botella de *Lacrymae Christi*. Servían de escolta a los viajeros, como protección ante los bandoleros de las montañas. Se encendieron antorchas, el viento agitó la llama como si quisiera apagarla y esparcir hasta la última de sus chispas. Ascendimos al resplandor de aquellas luces inseguras, móviles, cuando ya era noche cerrada, por el estrecho sendero, entre trozos sueltos de lava, muy cerca de los profundos barrancos; finalmente se alzó ante nosotros, como una montaña, la negra cumbre de cenizas, seguiríamos el camino a pie, nuestros asnos no podían continuar la ascensión, se quedaron atrás con los muchachos que los conducían. El guía iba delante con la antorcha, detrás nosotros, pero en una fila irregular, pues el sendero era muy empinado y atravesaba ceniza blanda en la que nos hundíamos hasta la rodilla; no podíamos ir uno detrás de otro, pues en la ceniza había grandes piedras sueltas y bloques de lava que caían rodando cuando los pisábamos; dábamos dos pasos adelante y uno atrás, a cada instante caíamos sobre la negra

ceniza, era como si arrastráramos cargas de plomo en las piernas.

—¡Ánimo! —gritó el guía—, enseguida estaremos arriba —pero la cima parecía seguir siempre a la misma altura, delante de nosotros. La expectación y el deseo me daban alas a los pies, pasó una hora y llegamos arriba, yo fui el primero.

Una gran superficie con enormes trozos de lava, arrojados unos sobre otros, se extendía ante nuestra vista; en medio se alzaba aún una elevación de ceniza; era la caldera con el profundo cráter; la luna parecía colgada allí arriba como una fruta de fuego, tan alta estaba ya, sólo ahora podíamos verla sin que lo impidiera la montaña: pero fue solamente por un breve instante. Al momento brotó del cráter, en torbellino, con la velocidad del pensamiento, una humarada negra como carbón, todo se hizo noche oscura a nuestro alrededor, un profundo trueno resonó en las entrañas del volcán, el suelo se agitó bajo nuestros pies, hubimos de agarrarnos unos a otros para no caer, y entonces detonó un estampido, sólo podría compararse al disparo de cien cañones, aunque más fuerte aún que ellos, el humo se rajó y una columna de fuego se alzó hasta quizá una milla de altura en el negro cielo; piedras ardientes volaron como rubíes de sangre en medio del atroz fuego, las vi caer hacia nosotros como cohetes, pero descendieron en línea recta hasta el interior del cráter o bajaron rodando, llameantes, por el montículo de ceniza.

«¡Dios todopoderoso!», balbució mi corazón, casi ni me atrevía a respirar...

—¡El Vesubio está de humor de domingo! —dijo el guía, haciéndonos seña de que siguiéramos. Yo creía que nuestra excursión había terminado, pero el guía nos indicó un lugar más allá de la zona llana, donde el horizonte entero era una deslumbrante hoguera, figuras titánicas se movían como negras sombras sobre el poderoso fondo de fuego; eran viajeros que se encontraban entre nosotros y la lava que se precipitaba ladera abajo; teníamos que rodear el monte y subir por el lado opuesto, el oriental: con la intranquilidad que mostraba el volcán, no podíamos acercarnos al cráter propiamente dicho, aunque sí al lugar por donde los ríos de lava se derramaban, como un torrente, por el borde de la ladera. Así que dejamos el cráter a la izquierda, caminamos por la ladera llana, trepando sobre los grandes bloques de lava; no había vereda ni sendero. La pálida luz de la luna, que formaba rojos rayos de antorcha sobre el terreno irregular, hacía que cada sombra, cada grieta pareciese un abismo, pues solamente veíamos profunda oscuridad; volvió a retumbar el poderoso trueno a nuestros pies, todo se hizo noche y una nueva erupción se mostró a nuestros ojos. Muy lentamente, cogiéndonos de las manos, caminamos y trepamos hacia nuestra meta, pero enseguida notamos que todo cuanto tocábamos estaba caliente, entre los trozos de lava se elevaba un vapor cálido, como en un horno. Ahora teníamos delante una zona llana, más uniforme: un río de lava que solamente tenía dos días de edad, su costra superior estaba ya negra y dura por efecto del aire pero apenas a un par de varas de profundidad por debajo de la superficie, la lava estaba aún ardiente; casi como la superficie de hielo sobre un lago, aunque allí la dura cáscara ocultaba un mar de fuego. Tuvimos que cruzarla, al otro lado aparecieron de

nuevo los bloques irregulares sobre los que había unos forasteros mirando el nuevo río de lava, que sólo desde allí se lograba ver.

Uno a uno fuimos avanzando precedidos por nuestro guía sobre la corteza, cuyo calor nos quemaba a través de las suelas de los zapatos. El calor había abierto grandes grietas por todas partes, y a través de ellas veíamos el rojo fuego; si se rompía aquella costra, nos precipitaríamos a un mar de fuego. Con cautela tanteábamos el suelo con el pie y dábamos un paso decidido para avanzar lo más rápido posible, pues nos abrasábamos los pies y, al igual que el hierro que empieza a enfriarse se vuelve negro pero al tocarlo recupera al instante su ígnea apariencia, así era el efecto de lo que allí presenciábamos: sobre la nieve se crean huellas negras, las que allí dejábamos eran rojas. Ninguno de nosotros decía una sola palabra; nuestras mentes no habían imaginado algo tan espeluznante. Un inglés regresaba con su guía, pasó a mi lado sobre la misma corteza llena de grietas.

—¿Hay ingleses entre ustedes? —preguntó.

—Italianos y un danés —respondí.

—¡*A diavolo!*

Eso fue todo lo que hablamos. Estábamos ya junto a los grandes bloques sobre los que había más forasteros, trepé y, ante mí, por la ladera del volcán, fluía lentamente el nuevo río de lava, como lodo rojo, ardiente como el metal fundido que brota del horno; grande, ancho e inmensamente largo se extendía a nuestros pies; no hay palabras, no hay imágenes que puedan hacer justicia a su grandeza y a su misterio. Las corrientes de aire parecían también fuego y azufre, un vapor denso se deslizaba sobre la lava, era rojo por el resplandor del fuego, pero a nuestro alrededor todo era noche, oíamos truenos en las profundidades y por encima de nosotros ascendían columnas de fuego con ardientes piedras; jamás he sentido más cerca a mi Dios. ¡Su poder y Su gloria inundaron mi alma! Era como si el fuego que nos rodeaba abrasase todo lo que en ella podía haber de enfermizo, ¡sentí fuerzas y ánimos, mi alma inmortal alzó sus alas!:

«¡Dios todopoderoso, quiero ser Tu apóstol! Cantaré Tu nombre en la tormenta del mundo. ¡Tu nombre, Tu poder y Tu gloria, con más fuerza que pueda hacerlo el monje en su solitaria celda! ¡Soy poeta! ¡Concédeme fuerzas, conserva limpia mi alma, como ha de ser la del poeta de Tu gloria y de la naturaleza!»

Mis manos se unieron en una plegaria y, entre el fuego y las nubes, mi alma se arrodilló ante Él, como si el milagro y la grandeza hablasen a mi alma.

Bajamos, y apenas a unos pasos de distancia del lugar en el que estábamos, vimos un bloque de lava hundirse con un crujido por la corteza rajada; una nube de chispas se elevó en el aire pero no temblé, sentía que mi Dios estaba cerca, fue para mí el instante de mi vida en el que el alma contemplaba la felicidad de su inmortalidad, donde no hay miedo, ni dolor, pues se reconoce a sí misma y a su Dios. A nuestro alrededor brotaban chispas de pequeños cráteres, y el mayor dejaba escapar a cada minuto una nueva erupción; el aire estaba lleno de un rumor semejante al que

producen las bandadas de pájaros al salir volando de entre los árboles. Federigo estaba tan maravillado como yo, y el descenso por la ladera sobre la ceniza blanda respondió a nuestros ánimos conmovidos; volábamos, era una caída por el aire, patinábamos, corríamos, nos hundíamos; la ceniza estaba blanda como la nieve recién caída en las montañas. Sólo necesitamos diez minutos para lo que habíamos tardado una hora en subir. El viento se había calmado, nuestros burros estaban esperándonos y en la choza del eremita aguardaba nuestro erudito, que no había querido hacer la agotadora caminata monte arriba. Yo me sentía revivido, mi mirada no hacía sino volver atrás; la lava semejaba colosales estrellas caídas, la luna iluminaba como si fuera de día, fuimos luego en nuestro coche rodeando la bahía, vimos los reflejos de la luna y la lava en dos largos rayos, rojo y azul, que se deslizaban sobre la superficie del agua. Sentí fuerzas en mi alma, claridad en mis ideas y, si me es dado comparar lo menor con lo mayor, compartí con Bocaccio la impresión de un lugar cuyo hechizo instantáneo es decisivo para la actividad toda del alma: la tumba de Virgilio la vieron sus lágrimas, el mundo su estro poético y en mí la grandeza y el misterio borraron toda tristeza y toda duda. Por eso, las visiones de aquel día y aquella noche perviven tan claramente en mi alma, por eso me he demorado en la descripción, dejando salir lo que quedó grabado en mi pecho y que más tarde sentí necesidad de expresar.

Nuestro erudito nos invitó a acompañarlo a su casa; al instante tuve una sensación de embarazo y un extraño temor, como consecuencia del último sucedido entre Santa y yo, ante la idea de volver a verla, pero la decisión, más fuerte, más determinada, de mi alma anuló enseguida aquellas sensaciones. La *signora* me tomó amablemente de la mano, nos llenó las copas, estuvo muy natural y finalmente acabé por mudar mi severo juicio sobre ella; pensé que aquel pensamiento torpe se hallaba solamente dentro de mí. Su simpatía y su interés, que se habían expresado de forma tan manifiesta, los había interpretado yo como pasión auténtica, pero ahora la amistad y la diversión, que mi ánimo me permitía ver en su naturalidad, me llevaban a corregir mi extraña sensación del día anterior, ella pareció comprenderme y en su mirada leí el interés y el cariño de una hermana.

Aún no me habían oído improvisar, me convencieron para que lo hiciera, canté nuestra excursión al Vesubio, y aplausos y entusiasmo me saludaron. Lo que había dicho la mirada silenciosa de Annunziata brotaba ahora en elocuencia de los labios de Santa, y con sus palabras se hizo doblemente bella, sus ojos ardieron hasta lo más hondo de mi alma con una mirada de agradecimiento.

IV

Un encuentro inesperado. Mi presentación en el San Carlo

Acordamos que haría mi presentación pública como improvisador. De día en día sentía crecer mis ánimos; en casa de Maretti y en las de otras familias que había tenido ocasión de conocer, aportaba mi talento para el esparcimiento social, y coseché ánimos y agasajos. Fue un auténtico renacer para mi alma enferma, que se sintió feliz y agradecida por las deferencias que tenían conmigo, aunque nadie que pudiese leer mis pensamientos habría podido calificar de vanidad lo que brillaba en mis ojos: ¡era pura y simple alegría! Ciertamente tenía algo así como aprensión ante las alabanzas que se me pudieran dirigir, temía no ser merecedor de ellas, o ser incapaz de estar siempre a su altura; sentía profundamente, y me atrevo a decirlo, aunque no se refiera sólo a mí mismo, que la alabanza y el encomio son la mejor escuela para un alma noble, mientras que la severidad y el reproche injustos, o bien la intimidan, o bien despiertan en ella el orgullo y la soberbia; lo había aprendido en carne propia. Maretti me mostraba gran consideración y por mí abandonó en gran medida sus ocupaciones cotidianas, me presentó a algunas personas cuyo conocimiento podría serme beneficioso en el nuevo camino que había elegido, e incluso Santa se mostraba extraordinariamente dulce y cariñosa conmigo, aunque seguía habiendo algo que me mantenía distanciado de ella. Procuraba ir siempre en compañía de Federigo, o cuando sabía que había alguna visita, sentía miedo ante la idea de que pudiera repetirse aquella escena, pero cuando mis ojos se detenían en ella sin que se diera cuenta, no podía menos que encomiar su belleza. Me sucedía algo muy frecuente en todas partes: se burlan de ti diciendo que quieres a alguien, aunque se trate de una persona a la que no has prestado nunca demasiada atención, pero entonces te vienen deseos de comprobar qué puede haber en ella para que todos crean que precisamente ella hubiera de ser nuestra elegida. Sientes curiosidad, que se convierte en interés, y hay suficientes ejemplos que muestran cómo el interés se transforma en amor. En mi caso sólo se había llegado hasta el nivel de la atención, una forma de contemplación que nunca había experimentado pero que me producía unas palpitaciones, una desazón que me hacían sentir inquieto y me obligaba a guardar las distancias con ella.

Llevaba ya dos meses en Nápoles, y el domingo siguiente se había fijado para mi presentación en el gran teatro de San Carlo; se representaba la ópera *El barbero de Sevilla* y tras esta yo improvisaría sobre los temas que me indicaran. Me hice llamar Cenci, no tenía osadía suficiente para hacer figurar mi apellido en el cartel. Llenaba mi alma una extraña ansiedad que me hacía desear que el día hubiera terminado, pues para entonces ya habría quedado firmemente establecida mi gloria, aunque a ratos me acuciaba también el miedo, un temor febril que invadía toda mi sangre. Federigo me

confortó, dijo que era a causa de los malos aires, él y casi todos los demás sentían algo parecido, era culpa del Vesubio, cuyas erupciones iban haciéndose cada vez más violentas, el río de lava ya había descendido hasta los pies de la montaña y se dirigía hacia Torre Annunziata; al atardecer podíamos oír las explosiones dentro de la montaña, el aire estaba repleto de ceniza que se iba depositando en espesas capas sobre árboles y flores, la cima de la montaña estaba oculta por negros nubarrones tormentosos atravesados en cada erupción por azulados rayos que surgían zigzagueantes. Santa tampoco se encontraba bien.

—Es fiebre —dijo; sus ojos ardían, tenía la tez pálida y expresaba enérgicamente su disgusto, pues bajo ninguna circunstancia quería estar ausente del San Carlo la noche de mi debut—. ¡Sí! —decía—, aunque al día siguiente tenga el triple de fiebre, no estoy dispuesta a quedarme en casa, hay que arriesgar la vida por los amigos, aunque después no te lo agradezcan.

A ratos me iba dando tumbos a la avenida, entraba en los cafés, en los teatros; otras veces, mi ánimo conmovido me hacía entrar en las iglesias para postrarme a los pies de la Madonna, confesarle mis pensamientos pecaminosos y suplicarle valor y fuerza para poder seguir el poderoso instinto de mi alma.

«*Bella ragazza!*», me susurraba el tentador al oído, y cuando me libraba de la tentación me ardían las mejillas, mi alma y mi sangre temían el Juicio del Señor, sentía que mi autentico Yo estaba experimentando un periodo de transición; veía la noche del domingo como el punto de su culminación.

—¡Tenemos que ir un día al gran Casino! —me había dicho Federigo en varias ocasiones—. Un poeta tiene que conocerlo todo —no habíamos estado en aquel lugar nunca, pero yo sentía cierto recelo ante la idea de ir allí. Pero Bernardo tenía parte de razón cuando aseguraba que mi crianza con la anciana Domenica y la vida conventual de la escuela de los jesuitas me habían metido sangre de cabra en las venas, ¡incluso me ofendió hablando de cobardía pura y simple! Necesitaba más determinación, tenía que vivir más el mundo si pretendía describirlo. Estas ideas se agitaban dentro de mi alma cuando, una noche, a hora ya bastante tardía, pasé ante el famoso Casino de Nápoles.

«¡Tengo que entrar, aunque sea sólo porque carezco de valor para hacerlo!» —me dije a mí mismo—; «no tengo necesidad ninguna de jugar. Federigo y mis demás amigos dirán que fue muy razonable hacerlo así.» ¡Qué débil se puede llegar a ser! Mi corazón palpitaba como si estuviera cometiendo un pecado, mientras mi razón me decía que aquello carecía de toda importancia. En la puerta había unos guardias suizos, la escalinata estaba espléndidamente iluminada, en la antesala había un buen grupo de sirvientes que me cogieron sombrero y bastón y me abrieron la puerta; me encontré ante una serie de salones ricamente iluminados. Había gran concurrencia de damas y caballeros, no quería parecer tímido y entré muy estirado en la primera de las salas, sin que nadie me prestara atención alguna. A mi alrededor estaban los concurrentes sentados junto a las grandes mesas de juego, con montones de *colonati*

y luises de oro. Entre ellos había una dama de edad avanzada, que fue sin duda muy bella en sus tiempos, con las mejillas pintadas, ricamente vestida y con una extraña mirada de halcón sobre el montón de oro, la mano demacrada agarraba con fuerza las cartas. Algunas muchachas jóvenes, muy bellas, estaban en familiar charla con unos señores. Todas las hermosas hijas del pecado, hasta la anciana de mirada de halcón, habían conquistado corazones alguna vez, aunque ella sólo podía conquistarlos ya gracias al colorete. En uno de los salones menores había una mesa con cristales rojos y verdes, vi que ponían un *colonato*, o más, en uno de los colores, las bolas rodaban y si se quedaban en el color elegido se ganaba el doble de lo apostado, aquello iba tan rápido como mi pulso. Oro y plata se jugaban en aquella mesa; entonces eché yo también mano al bolsillo y dejé caer un *colonato* sobre la mesa, en el color rojo. El hombre que estaba delante me miró como preguntándome si quería dejarlo allí, y yo asentí sin darme cuenta. La bola giró y mi riqueza se multiplicó por dos. Me quedé un tanto desconcertado, el dinero no se movió y las bolas volvieron a rodar una y otra vez. Tuve suerte en el juego, mi sangre se puso en movimiento, aquel dinero que estaba arriesgando era de la buena suerte; pronto había un buen montón de plata delante de mí, y los luises de oro servían de contrapeso; bebí un vaso de vino, porque me ardía el paladar. Aquel montón de oro y plata crecía sin parar, porque yo no lo movía. Las bolas volvieron a girar y, con gran sangre fría, el *croupier* recogió el resplandeciente montón; mi bello sueño de oro había terminado, pero la pérdida me hizo despertar y no seguí jugando, no había perdido nada más que el *colonato* que puse al principio, lo que me sirvió de consuelo; pasé al siguiente salón.

Entre las damas jóvenes había una que atrajo mi atención por su asombroso parecido con Annunziata, aunque era más alta y más rellenita; mi mirada se detuvo en ella, que se dio cuenta y se acercó a mí y preguntó si jugábamos una partida, señalando una de las mesas de juego más pequeñas, pero yo me excusé y regresé a la estancia anterior; ella me siguió con la mirada. En el salón interior había un grupo de caballeros jóvenes jugando al billar; se habían quitado la levita aunque había también damas jugando, ya no me acordaba de las libertades que se permitían en aquel lugar. Delante de la puerta, pero con la espalda hacia mí, había un hombre joven de apuesta figura; apoyó el palo contra la bola e hizo un tiro magistral, que recibió aplausos, incluso la dama que había despertado mi atención le hizo una amable inclinación de la cabeza, parecía divertida; el hombre se volvió y depositó un sonoro beso en su mejilla, ella le golpeó el hombro en broma, pero mi corazón dio un salto... era Bernardo.

No tenía valor para acercarme más, pero había de cerciorarme. Fui pegado a la pared hasta una puerta abierta que daba a una gran sala en penumbra, a fin de poder observarlo sin que él me viera. En la sala reinaba una luz crepuscular, rojas y blancas lámparas de cristal desprendían una débil luz, allí dentro había un jardín artificial con cabañas de hojas, aunque éstas eran de latón pintado, y entre unas y otras había bonitas vasijas de madera con naranjos; papagayos disecados de plumas multicolores

aleteaban en las ramas, mientras un pequeño armonio tocaba, en apagadas notas, ligeras, bellas melodías que llegaban al corazón. Una suave brisa soplabla desde el porche por las puertas abiertas. No había hecho sino lanzar una rápida mirada al conjunto cuando entró Bernardo, caminando directamente hacia donde yo me encontraba, y mecánicamente me escondí en la cabaña de hojas más próxima; saludó sonriente con la cabeza, como si hubiera visto a algún conocido, y entró a la cabaña más cercana, se dejó caer sobre el diván y tarareó a media voz una canción. Mil sentimientos se agitaban en mi pecho: ¿él aquí? ¿Yo tan cerca de él? Sentí un temblor recorrerme todo el cuerpo y hube de sentarme. Las aromáticas flores, la música medio apagada, la penumbra, incluso el mullido diván, todo creaba una especie de mundo onírico, y sólo en éste podía creer en el azar de ver a Bernardo de nuevo. En éstas, la joven dama en la que me había fijado entró por la puerta, entró en la cabaña de enramada en la que me encontraba, fuego y espanto recorrieron mi sangre; pero entonces canturreó Bernardo en alta voz, ella reconoció la voz y fue hacia él, oí un beso... que abrasó mi alma.

¡Annunziata lo había preferido a él, al frívolo, desleal Bernardo, en vez de a mí! Y ya, tan poco tiempo después de cumplirse la felicidad de su amor, la había olvidado, había profanado sus labios en una figura de belleza hecha de simple barro. Salí corriendo de la estancia y del edificio, mi corazón palpitaba violentamente de furia y dolor, sólo de madrugada conseguí conciliar el sueño.

Había llegado la noche en que haría mi debut en el teatro San Carlo. Aquella idea y lo sucedido el día anterior agitaban mi alma entera. Mi corazón jamás había rezado con tanta devoción a la Madonna y a los santos, fui a la iglesia, tomé de manos del sacerdote la hostia consagrada, el cuerpo ensangrentado de nuestro Salvador, oré para rogarle que me purificase y me diera fuerzas, y noté su milagroso poder; solamente un pensamiento alteraba aún la calma que precisaba: si Annunziata estaría también allí, si Bernardo estaría con ella. Federigo me informó con toda certeza de que ella no estaba, mientras que Bernardo llevaba cuatro días en la ciudad, según lo que indicaban los registros de viajeros. Yo sabía que Santa tenía fiebre pero quería ir al teatro de todos modos. Los carteles estaban expuestos, Federigo contaba historias y el Vesubio arrojaba fuego y cenizas con más violencia de lo habitual, todo estaba en marcha.

La ópera había empezado cuando el carruaje me llevó al teatro. Si la Parca hubiera estado sentada junto a mí, con su hacha levantada, a punto de cortar el hilo de mi vida, creo que le habría gritado: ¡Corta!... ¡Dios mío, que todo salga bien!, fue mi pensamiento y mi plegaria.

En el *foyer* encontré un buen número de artistas de la escena y algunos espíritus bellos, incluso un improvisador, profesor de lengua francesa, llamado Santini; Maretti me lo había presentado. La conversación era agradable, bromeaban y reían; los cantantes del *Barbero* iban y venían, como si se tratase de un baile de sociedad, el escenario era su hogar, al que ya estaban más que acostumbrados.

—Le daremos a usted un tema —dijo Santini—; bueno, una nuez dura de cascar. ¡Pero no habrá problema! Aún recuerdo cómo temblaba la primera vez que subí a un escenario, pero todo fue bien, yo tenía mis trucos, pequeños artificios artísticos inocentes que la razón nos proporciona. Saberse de memoria unos cuantas piecitas sobre el amor, sobre la antigüedad, la belleza de Italia, la poesía y el arte, de las que se puede echar mano cuando es necesario, y también un par de poemas, naturalmente.

Le aseguré que yo no llevaba nada preparado.

—¡Bueno, eso se dice siempre! —respondió riendo—; pero bien, vale. Usted es un joven inteligente, le saldrá todo a pedir de boca.

La pieza concluyó, me encontré solo en el escenario vacío.

—¡Patíbulo listo! —dijo riendo el regidor, y dio la señal al jefe de máquinas. El telón se alzó.

Solamente vi un fondo negro, apenas podía vislumbrar las cabezas de la primera fila, junto a la orquesta, y los primeros palcos de aquel edificio de cinco plantas; un aire cálido y denso me envolvía. Sentí una serenidad que me llenó de asombro a mí mismo; ciertamente mi alma estaba agitada, pero era como si se tratara de algo normal y necesario para que surgieran las ideas con facilidad y destreza, igual que el cielo es especialmente claro cuando, en invierno, es atravesado por un frío penetrante. Sentí, de pronto, tensión y claridad a un tiempo. ¡Todas mis facultades espirituales estaban despiertas, como habían de estarlo en aquellos instantes!

Cualquier persona podía proponerme un tema escrito en un papel, para que improvisara sobre él; un funcionario de policía comprobaría primero si no se trataba de nada ilícito, y luego era yo el que elegía entre las propuestas: *il cavalier servente*, una especie de servidor en el que nunca había pensado mucho, aunque sabía que el *cicisbeo*, como también se denomina, era el caballero de nuestro tiempo, aquel que, ya que no puede batirse por su dama, se convierte en su leal guía, en sustitución del esposo. Recordé el famoso soneto *Femina di costume di maniere*; pero de momento no acudía a mi mente idea alguna^[71]; abrí con gran expectación el segundo papel; ponía «Capri», también aquello me sumió en la confusión, pues nunca había estado en aquella isla, solamente había visto desde Nápoles sus bellas formaciones montañosas. Lo que no conocía, tampoco podía cantarlo, de manera que sería preferible optar por *il cavalier servente*. Abrí el tercer papel: ponía «Catacumbas de Nápoles»; tampoco había estado en ellas, pero la palabra «catacumbas» me trajo un episodio de mi propia vida, la excursión, en mi infancia, con Federigo; nuestra aventura se presentó con toda viveza ante mi alma, e hice varios acordes. Los versos salieron por sí solos, conté lo que había vivido y sentido, aunque esta vez fuera en las catacumbas de Nápoles y no en las de Roma, volvía a tomar el hilo de la suerte, recibí una ovación atronadora, que corrió por mi sangre como si hubiera sido champán.

Me propusieron entonces «Fata morgana», tampoco había contemplado jamás aquel hermoso espejismo aéreo, propio de Nápoles y Sicilia, pero conocía bien a la hermosa hada, la Fantasía, que habitaba el resplandeciente castillo; podía describir mi

propio mundo onírico, pues en él flotaban también sus castillos y palacios: en mi corazón vivía la más bella Fata Morgana de la vida.

Pensé rápidamente en el tema, se fue construyendo un pequeño relato, y nuevas ideas afloraron al cantar... Comencé con una descripción de la iglesia abandonada de Posillipo, aunque sin pronunciar su nombre, aquel romántico hogar me había atraído sobremanera y pinté un cuadro de la iglesia, convertida ahora en casa de pescadores; un muchachito estaba tumbado en la cama bajo la ventana, donde la imagen de San Jorge se veía aún en la vieja vidriera; en la apacible noche iluminada por la luna, una muchachita preciosa se acercaba a él; era tan bella, tan ligera como el aire y en los hombros tenía preciosas alas de colores. Jugaron los dos y ella lo condujo hasta los verdes viñedos, le enseñó mil cosas maravillosas que él nunca había visto; fueron a la montaña, que se abrió con grandes, deslumbrantes iglesias, llenas de imágenes y altares; navegaron sobre el esplendente mar azul y el humeante Vesubio, pero la montaña era como de cristal; vieron el lugar de donde brotaba fuego, con enorme fragor; visitaron bajo tierra las viejas ciudades de las que él había oído historias, pero ahora, todas las gentes estaban vivas, vio su riqueza y magnificencia, mayores aún de lo que adivinamos por sus ruinas. La muchachita se quitó las alas, las sujetó a los hombros del niño, pues ella era como el aire, no las necesitaba, y volaron los dos sobre los naranjos, sobre los montes, sobre las fértiles ciénagas verdes, hasta la antigua Roma, en la muerta campiña; volaron sobre el bellissimo mar azul, dejaron Capri muy atrás, descansaron en las deslumbrantes, rojas nubes, y la muchacha le dio un beso, dijo que su nombre era Fantasía, le mostró el precioso castillo de su madre, construido de aire y rayos, y allí jugaron, felices y contentos. Pero, según el niño iba creciendo, la muchachita iba a verlo cada vez con menor frecuencia: sólo iba a saludarlo cuando la luna asomaba entre los multicolores pámpanos y naranjos, y él se quedaba triste e inundado de añoranza. Tenía que ayudar a su padre en la mar, aprendió a manejar el remo, a rizar las velas y gobernar la barca en la tormenta; pero según iba creciendo, tanto más pensaba en su amada compañera de juegos, que ya nunca venía a verlo. Muchas veces, en las claras noches de luna, cuando bogaba por el mar en calma, dejaba los remos; a través de las profundas, claras aguas veía el fondo, la planicie de arena y algas; Fantasía se asomaba entonces con sus preciosos ojos oscuros, mirándolo, parecía hacerle señas y llamarlo para que bajara.

Una mañana, los pescadores se apiñaron junto a la playa: a los rayos del sol naciente flotaba, justo al lado de Capri, una nueva isla, maravillosa, construida de los colores del arcoiris y con relucientes torres, estrellas y claras nubes de color púrpura. «¡Fata morgana!», exclamaron todos, felices con aquella espléndida visión, pero el joven pescador la conocía bien, había jugado allí con la preciosa Fantasía, y su alma se vio invadida por la añoranza y la melancolía. Pero entre lágrimas palideció y desapareció al fin toda aquella imagen, tan conocida... Días y semanas esperó verla otra vez. En el atardecer claro de luna surgió de nuevo el castillo y la isla, construidos de rayos y brisa; desde el promontorio en el que se hallaban, los pescadores vieron

una barca que bogaba a la velocidad de la flecha hacia aquella extraña tierra flotante, y desapareció, y al instante se hundió el edificio de rayos, se elevó sobre el mar una nube negra como la pez, una tromba se deslizó sobre la tranquila superficie, en la que se alzaron olas de oscuro color verde. Cuando desapareció, el mar volvía a estar en calma, la luna brillaba sobre las aguas azules pero la barca ya no estaba, el joven pescador había desaparecido, había desaparecido junto a la bella «Fata morgana».

Volví a recibir la misma ovación que antes, mi valor y mi entusiasmo crecieron; en cada uno de los temas propuestos hallé recuerdos de mi propia vida, que solamente tenía que poner en palabras. Hube de improvisar sobre Tasso, que era yo mismo, Leonore era Annunziata, nos veíamos en el Palacio de Ferrara, yo lo acompañaba a la prisión, ansiaba la libertad con la muerte en el corazón cuando desde Sorrento dirigía mi vista hacia Nápoles, más allá del mar ondulante, me senté a su lado bajo el roble del monasterio de Sant'Onofrio. Las campanas del Capitolio sonaban ya en la fiesta de su coronación, mas llegó el ángel de la muerte, que se adelantó a ofrecerle su propia corona: ¡La corona de la inmortalidad!

Mi corazón palpitaba con fuerza, estaba conmovido, arrebatado por el vuelo de los pensamientos; recité otro poema más, el último, sobre la muerte de Safo; yo mismo sentí el tormento de los celos al recordar a Bernardo, el beso que Annunziata depositó en su frente ardía ahora en mi alma; la belleza de Safo era la de Annunziata, pero el dolor de su amor era el mío. Las olas se cerraron sobre Safo.

Mi poema había emocionado hasta hacer saltar las lágrimas, una enorme ovación atronó por doquier y tras la caída del telón hube de salir dos veces a saludar. Una felicidad, una alegría sin nombre me recorrían de arriba abajo, pero oprimía mi corazón como si fuera a romperse; cuando salí del escenario y me abrazaron y felicitaron, rompí a llorar, a llorar con toda la fuerza de mi alma.

Con Santini, Federigo y algunos de los cantantes, pasamos una alegre velada, se bebió a mi salud, yo me sentía feliz, pero mis labios estaban como atados.

—¡Es una perla! —dijo de mí Federigo, muy contento—. Su único defecto es que también es un José Segundo, lo que los daneses denominaríamos, para mayor evidencia, un José, hijo de Jacob. ¡Disfruta la vida, Antonio! ¡Recoge las rosas antes de que se marchiten!

Volví a casa tarde, y con plegarias y gracias a la Madonna y a Jesucristo, que no me habían abandonado, concilié enseguida un sueño profundo y reparador.

V

Santa. La erupción. Viejos conocidos

A la mañana siguiente me presenté ante Federigo como una persona renacida, capaz de expresar mi alegría, algo de lo que era incapaz la tarde anterior; la vida que me rodeaba me atraía más, me sentía más mayor, parecía haber madurado con el rocío vivificador que había caído sobre el árbol de mi vida. Tenía que ir a visitar a Santa, había ido a escucharme la noche anterior y deseaba saborear también sus alabanzas, que no se harían de rogar. Maretti me recibió encantado, pero Santa había padecido durante toda la noche, desde su regreso del teatro, una fiebre aún más elevada; en aquel momento estaba dormida y sin duda el sueño le permitiría recuperar las fuerzas, así que prometí regresar después del almuerzo. Fui a comer con Federigo y mis nuevos amigos, hicimos un brindis tras otro, alternamos las blancas *Lacrymae Christi* y el vino de Calabria, hasta que ya no quise beber más, me ardía la sangre, y el champán me refrescó. Nos separamos alegres y contentos; cuando salimos a la calle, el cielo estaba iluminado por el Vesubio y su imponente río de lava; había bastante gente que se había puesto ya en marcha en sus carruajes para contemplar el pavorosamente bello espectáculo de la naturaleza. Fui a ver a Santa, era poco después del Avemaría, estaba completamente sola y mucho mejor, dijo la doncella, el sueño la había reforzado; yo me atreví a entrar, pero los demás, no.

Lo primero que vi fue una acogedora, elegante estancia con espesas cortinas largas ante las ventanas, una bonita estatua de Cupido afilando sus flechas, un quinqué cuya luz iluminaba el conjunto con colores mágicos. Santa estaba reclinada en el mullido sofá de seda, vestida con un fino camisón. Se incorporó a medias cuando entré, se envolvió en la bata con una mano y me extendió la otra.

—¡Antonio! —exclamó—. ¡Qué gran éxito! ¡Hombre feliz! ¡Encantó a todo el mundo! Ay, no sabe bien el miedo que tenía por usted, cómo me palpitaba el corazón, y con qué feliz alivio volví a respirar cuando superó de tan espléndida manera todas mis expectativas.

Me incliné ante ella, le pregunté por su salud, ella me extendió la mano y me aseguró que iba mejor.

—¡Sí, mucho mejor! —y añadió—: Parece usted una persona nueva. ¡Fue bello, muy bello! Cuando se entusiasma, tiene usted un aspecto magnífico. Era usted a quien se distinguía en cada poema. En el muchachito con el pintor en las catacumbas me los imaginé a usted y a Federigo.

—Y así fue, realmente —la interrumpí—. Yo mismo viví lo que he cantado.

—Sí —respondió ella—. Todo lo experimentó usted mismo, la felicidad del amor, el dolor del amor, ¡ojalá llegue a ser feliz como merece!

Le dije el cambio que percibía en todo mi ser, de qué modo tan distinto me

agradaba ahora la vida, y ella me cogió la mano, me miró con sus oscuros, expresivos ojos hasta lo más profundo de mi alma, era bella, más bella de lo habitual, un tenue rubor ardía en sus mejillas, sus negros cabellos colgaban lacios sobre la hermosa frente. Sus generosas formas reproducían una estatua de Juno, tan bella como pudiera esculpirla un Fidias.

—Sí, ha de vivir usted en el mundo —dijo ella—. Usted pertenece al mundo, alegrará y entusiasmará a millones, ¡no debe permitir que el recuerdo de una sola persona altere su felicidad, usted merece el amor, usted entusiasmo con su espíritu, con su talento, con...! —me hizo sentar en el diván, a su lado—. Tenemos que hablar en serio, no hemos podido charlar con tranquilidad desde la otra noche, cuando la pena le atormentaba el alma... Usted cree que... cómo expresarlo... que me malinterpretó...

Y así lo había hecho mi corazón, efectivamente, y yo mismo me lo había reprochado.

—¡No soy digno de su bondad! —exclamé besando su mano, la miré a sus negros ojos con pureza en el alma y en mi mente, pero la mirada le ardía, sus ojos estaban fijos en mí, muy serios, casi diría que me traspasaban. Si nos hubiera visto algún forastero, habría leído sombras donde sólo había pureza y luz. El encuentro de nuestros ojos y nuestras mentes era, así podría gritarlo mi corazón, como el de un hermano con su hermana.

Ella también estaba alterada, su pecho se alzaba con fuerza. Se aflojó una lazada para respirar mejor.

—¡Claro que es digno de mí! —dijo ella—. ¡Espíritu y belleza son dignos de cualquier mujer! —rodeó mis hombros con su brazo y me miró a los ojos; y con una sonrisa que decía tantísimas cosas, me dijo—: ¡Y yo que creía que usted sólo soñaba con un mundo ideal! Usted posee delicadeza e inteligencia, y con ellas lleva el triunfo. ¡Por eso me ardía la fiebre en la sangre, por eso estaba enferma!... ¡Habría podido hacer conmigo lo que usted hubiera querido! ¡Antonio, sólo sueño con sus besos, con su amor, sólo en ellos pienso! —me apretó contra su pecho, sus labios eran fuego que penetraba ardiente en mi sangre, en mi alma, en mi mente... Inmortal madre de Dios, Tu sagrada imagen cayó sobre mi cabeza, desde la pared... no fue una casualidad, no, tocaste mi frente, me detuviste cuando estaba a punto de hundirme en la vorágine de la pasión.

—¡No! ¡No! —grité dando un salto, mi sangre era como lava ardiente.

—¡Antonio! —exclamó ella—. ¡Mátame, mátame, pero no me abandones! —sus mejillas, sus ojos, su semblante, su expresión eran pura pasión, y sin embargo era tan bella, una estampa de la belleza, coloreada por las llamas, sentí un escalofrío en todos mis nervios y sin responder abandoné la estancia, corrí escaleras abajo como si me persiguiera un espíritu maligno.

En el exterior, todo era una llama como la que habitaba en mi sangre, la corriente de aire se inflamaba de calor, el Vesubio era puro fuego llameante, las erupciones lo

iluminaban todo. ¡Aire, aire!, suplicaba mi corazón; bajé al *molo*^[72], en la abierta bahía, y me senté muy cerca de donde chocaban las rompientes. La sangre me oprimía en los ojos, refresqué mi frente con el agua salada, desabroché la levita para que pudiese entrar cualquier brisa que me trajera aunque sólo fuera un poco de frescor, pero todo estaba en llamas, incluso el mar mismo brillaba como fuego por la roja lava que se precipitaba desde lo alto de la montaña. Adonde fuera que mirase veía a Santa pintada en llamas, contemplándome con sus ojos ardientes, suplicantes, que llegaban hasta lo más profundo de mi alma. «¡Mátame, pero no me abandones!» era el sonido que llenaba mis oídos; apreté los ojos con fuerza, dirigí mi mente hacia Dios, pero todo volvía otra vez, era como si la llama del pecado hubiera chamuscado sus alas. Una mala conciencia puede ser capaz de destrozar a cualquier persona, pensar en ello puede paralizar el ánimo y la fortaleza.

—¿Quiere *Sua Eccellenza* alquilar una barca hasta Torre Annunziata? —dijo una voz a mi lado, y el nombre Annunziata volvió a inspirar el movimiento en mi alma.

—El río de lava avanza tres varas por minuto —dijo el hombre, que mantenía la barca sujeta a la orilla con el remo—. Estaremos allí en media hora.

«¡El mar me refrescará!», pensé, y salté a la barca, el hombre empujó con el remo para alejarse de la orilla, izó la vela y allá fuimos, empujados por el viento, sobre el agua ardiente, rojiza, un viento fresco me acarició las mejillas, respiré mejor y me sentí mejor y más calmado cuando llegamos a la orilla, al otro lado de la bahía. «¡No volveré a ver a Santa nunca más!», decidí con determinación en mi corazón, «huiré de la serpiente de la belleza, que me muestra la fruta del bien y del mal... Miles se burlarán de mí por hacerlo, pero mejor esa risa que un solo grito de dolor de mi corazón. La Madonna hizo caer de la pared su sagrada imagen para evitar mi caída». ¡En lo más hondo de mi alma sentí Su gracia misericordiosa!

Una extraña alegría me inundó, todo lo bueno y noble gritó sus alegres himnos de victoria dentro de mi corazón y volví a ser un niño en alma y mente: «¡Padre, haz que suceda lo que sea mejor para mí!», y alegre como si mi felicidad hubiera hallado una base firme y eterna, paseé por las callejas del pueblo en dirección a la carretera.

Todo estaba en movimiento, calesas y cabriolés atiborrados de gente pasaban a todo correr, todos gritaban y cantaban. Alrededor, todo estaba iluminado por las llamas. La corriente de lava había alcanzado una de las aldeas de la ladera, las familias huían, vi mujeres con niños pequeños en el pecho y un fardo bajo el brazo, oí sus lamentos y compartí con la primera de ellas la pequeña cantidad de dinero que llevaba encima; seguí a la muchedumbre que subía entre las viñas rodeadas de altas tapias, en dirección al lugar hacia el que se dirigía la lava. Un gran viñedo nos separaba de ella y el río, de varias brazas de grosor, avanzaba como fango ardiente, superando tapias y edificios; los lamentos de los que huían, los gritos de exaltación de los forasteros ante el imponente espectáculo, el griterío de cocheros y comerciantes, grupos de labriegos borrachos apiñados en torno a los vendedores de aguardiente, los que iban a caballo y los que iban en coche, todo iluminado por el rojo fuego,

componían entre todos una pintura imposible de describir cumplidamente.

Era posible acercarse bastante al río de lava, que avanzaba decidido; muchos arrojaban en ella bastones o monedas que hacían sacar otra vez, envueltas en un trozo de lava. Era horrendamente bello el momento en que un trozo de la parte superior de la masa de fuego se erguía, era igual a las rompientes de las olas. Los pedazos caídos quedaban fuera de la corriente como estrellas radiantes; el aire enfriaba primero los lados descubiertos, que se volvían negros, y el pedazo entero parecía entonces un trozo de deslumbrante oro en la noche negra como pez. En uno de los viñedos habían colgado una estampa de la Madonna, con la pía esperanza de que el fuego se detuviera ante lo sagrado, pero la lava continuaba su avance con el mismo paso medurado. El calor reseca las hojas de los esbeltos árboles, que inclinaban su copa sobre el fuego como para suplicarle piedad.

Muchos rostros dirigían miradas esperanzadas al cuadro de la Madonna, pero el árbol hizo una profunda reverencia con ella sobre la roja corriente de fuego, que estaba sólo a unas pocas varas de distancia. Vi entonces a un monje capuchino, a mi lado, alzar los brazos al cielo y gritar, cuando el cuadro de la Madonna se encendió en llamas: «¡Salvadla, como Ella os salvará a vosotros de las llamas del infierno!», pero todos temblaban sin moverse; entonces avanzó una mujer, gritó el nombre de la Madonna y echó a correr hacia una muerte ígnea, y en ese mismo instante vi a un joven oficial a caballo, con la espada desenvainada, que la obligaba a volver sobre sus pasos, aunque el fuego se alzaba justo al lado de ambos como un acantilado.

—¡Loca! —gritó—. ¡La Madonna no precisa de tu ayuda! Ella quiere que ese cuadro tan malamente pintado, profanado por las manos de un pecador, arda en el fuego —era Bernardo, reconocí su voz; su rápida determinación había salvado la vida de un ser humano y sus palabras habían ahuyentado cualquier asomo de ira; lo admiré y deseé de todo corazón que nunca nos hubiéramos separado. Pero noté mis latidos, no tenía ánimo ni deseos de verlo cara a cara.

El río de fuego había ocultado por completo el árbol y el cuadro de la Madonna, yo estaba algo más lejos, apoyado en un muro, y allí había un grupo de forasteros en torno a una mesa.

—¡Antonio, si eres tú! —oí exclamar a una voz, que pensé era la de Bernardo; una mano apretó la mía, era Fabiani, el yerno de *Sua Eccellenza*, el esposo de Francesca, que me conoció de niño y que supuse, en vista de la carta que había recibido, estaría irritado conmigo igual que los demás, y que me habría repudiado como los demás.

—¡Pero bueno, que nos encontremos aquí! —dijo—. ¡Qué contenta se pondrá Francesca de verte!... ¡Pero no me parece nada bien que no hayas venido a visitarnos, llevamos ya ocho días en Castellammare!

—¡No tenía ni la menor idea! —respondí—. Además...

—Vaya, en este tiempo te has convertido en una persona nueva. Has tenido amores y —añadió más serio— incluso duelos. Pero no aplaudo que hayas desertado

formalmente. *Sua Eccellenza* nos informó a grandes rasgos, y nos quedamos pasmados. ¿Te volvió a escribir, quizá, y no con las más amables formas?

Mi corazón palpitaba con fuerza, sentía de nuevo la cadena que me ataba a mis bienhechores, entristecido le expresé mi dolor por haber sido expulsado de forma tan absoluta.

—¡No, no, Antonio! —dijo Fabiani—. ¡Eso no puede ser! Ven a mi coche. Francesca se llevará una sorpresa al verte aquí esta noche; podemos llegar enseguida a Castellammare, y en nuestro hostel habrá sitio para ti. Tienes que contarme lo que ha sucedido; es una locura seguir así de desesperado, *Sua Eccellenza* se acalora con facilidad, ya lo conoces, pero todo podrá arreglarse.

—No, es imposible —respondí a media voz, ensimismado de nuevo en mi dolor.

—¡Ya verás como sí! —dijo Fabiani con determinación, y me llevó hasta el coche.

Se lo tuve que contar todo.

—¿No será esto una de tus improvisaciones? —preguntó con una sonrisa cuando le hablé de mi huida y de Fulvia y la guarida de los bandidos—. Tiene un tono tan poético como si fuera tu fantasía y no tu memoria quien ha tomado la palabra... ¡Dura, demasiado dura! —continuó al oír de la carta de *Sua Eccellenza*—; pero ya ves, justo porque te aprecia, por eso se puso tan serio. ¿No habrás actuado en ningún teatro?

—Ayer noche —respondí.

—¡Qué osadía! —exclamó—. ¿Y qué tal fue?

—¡Magnífico, soy feliz! —respondí con voz alegre—. Recibí una gran ovación, tuve que salir dos veces a saludar.

—¿Es posible? ¿Tuviste suerte?

Su voz escondía un punto de duda que me hirió profundamente, pero el agradecimiento ató mis labios y mis pensamientos. Sentía algo así como timidez ante la idea de presentarme ante Francesca, pues sabía lo seria y rigurosa que podía ser. Fabiani me consoló medio en broma, afirmando que no llegaría la sangre al río ni la reprimenda sería demasiado dura, aunque siempre me vendría bien recibirla.

Llegamos al hotel.

—¡Ah, Fabiani! —exclamó un caballero joven, elegantemente vestido y peinado, que se presentó delante de nosotros—. ¡Qué bien que estés ya de vuelta, tu *signora* está impaciente!... ¡Ah! —exclamó al darse cuenta de mi presencia—. ¡Traes al joven improvisador! Cenci, ¿verdad?

—¿Cenci? —repitió Fabiani, mirándome con extrañeza.

—El nombre con el que me anuncié en los carteles —respondí.

—¡Vaya! —exclamó él—. Bueno, eso fue muy sensato.

—¡Cómo canta al amor! —dijo el desconocido—. ¡Tendrías que haber estado anoche en el San Carlo! —me extendió la mano, obsequioso y manifestó su alegría por tener el honor de conocerme—. Hoy cenaré con vosotros —le dijo a Fabiani—.

Me invito a mí mismo como acompañante de nuestro magnífico cantor, y tú y tu mujer no me vais a negar un sitio a vuestra mesa.

—Siempre eres bienvenido, ya lo sabes —respondió Fabiani.

—Pues entonces preséntame a este distinguido caballero.

—No tenemos que andarnos con ceremonias —dijo Fabiani—. Él y yo nos conocemos bien; mis amigos no necesitan serle presentados. Para él será un gran honor conocerte.

Me incliné, pero no acababa de sentirme del todo satisfecho con la forma de expresarse de Fabiani.

—Bien, entonces me presentaré yo mismo —dijo el desconocido—. Para mí es un gran honor conocerlo, me llamo Gennaro, oficial de la Guardia del Rey Fernando, y —añadió riendo— ¡de buena familia napolitana! Algunos incluso le dan el número uno. ¡Es posible que sea cierto! ¡Son sobre todo mis tías las que están encantadas! Y yo me siento muy sinceramente encantado de conocer a un joven de su talento, de su...

—¡Vale ya! —le interrumpió Fabiani—; no está acostumbrado a estas cosas. Bueno, ya os conocéis. Francesca está esperando. ¡Vas a presenciar una escena de reconciliación entre ella y tu improvisador! A lo mejor tendrás oportunidad de hacer gala de tu elocuencia.

Yo no deseaba tal cosa, precisamente, pero eran amigos, cómo iba a adivinar Fabiani lo doloroso de mi situación. Nos llevó ante Francesa, sin querer me mantuve unos pasos por detrás.

—¡Por fin, mi querido Fabiani! —exclamó ella.

—¡Por fin! —repitió él—. Y traigo dos invitados.

—¡Antonio! —exclamó ella casi en un grito, y su voz volvió a descender—: ¡*Signore* Antonio! —nos dirigió a mí y a Fabiani una mirada seria, severa; yo me incliné con intención de besar su mano, pero ella pareció no darse cuenta, se la ofreció a Gennaro y le dijo cuánto le agradecería verlo en la cena—. ¡Cuéntame de la erupción! —comenzó entonces—. ¿Ha cambiado de dirección el río de lava?

Fabiani se lo contó y al final añadió que se había topado conmigo allí, que yo era su invitado y que había llegado el momento de la clemencia.

—Sí —exclamó Gennaro—; desde luego, no tengo ni idea de cuál sea su pecado, pero al genio hay que perdonárselo todo.

—¡Está usted de excelente humor! —dijo ella, y me saludó con un movimiento de cabeza, indulgente, al tiempo que aseguraba a Gennaro que ella no tenía nada en absoluto que perdonarme—. ¿Y qué noticias trae usted? ¿Qué dicen los periódicos franceses? ¿Qué tal lo pasó usted anoche?

La primera pregunta se la quitó de encima enseguida, la segunda la trató con mayor interés.

—Estuve en el teatro, a oír el último acto de *El barbero*. Josephine cantó como un ángel, pero cuando se ha oído a Annunziata, nadie te satisface del todo. Pero fui

también, especialmente, para oír al improvisador.

—¿Y le satisfizo a usted? —preguntó Francesca.

—¡Superó mis mayores expectativas, las de todos! —respondió—. No es por halagarlo, qué le podrá importar a él mi pobre crítica. ¡Aquello sí que fue una improvisación! ¡El hombre se metió a fondo en su poesía y nos arrastró a todos con él! ¡Qué sentimiento! ¡Qué fantasía! Cantó sobre Tasso, Safo, las Catacumbas. ¡Eran unos poemas que merecerían conservarse!

—Un talento afortunado que no se puede apreciar ni admirar suficiente —exclamó Francesca—. ¡Ojalá hubiera estado yo allí también!

—Pero bueno, aquí tenemos al buen hombre —dijo Gennaro, señalándome.

—¡Antonio! —exclamó ella, interrogante—. ¿Ha improvisado?

—Sí, como un auténtico maestro —respondió Gennaro—; pero parece que lo conoce, tiene que haberlo oído alguna vez.

—Sí, muchas —respondió ella riendo—; todos lo admirábamos cuando era niño.

—Yo lo coroné ya la primera vez que lo oí —dijo Fabiani, también bromeando—. Cantó a mi esposa. Aunque aún no estábamos casados. Y como su prometido, yo también estaba oculto en el canto. Pero vayamos ahora a la mesa. Tú llevas a mi Francesca y, como no tenemos más damas, yo iré con el improvisador. ¡*Signore* Antonio, le ofrezco mi brazo!

Y me condujo detrás de los otros al comedor.

—Pero nunca me habías mencionado a Cenci, o como sea que se llame en realidad nuestro caballerete.

—Nosotros lo llamábamos Antonio —dijo Fabiani—; y no teníamos ni la menor idea de que fuera él quien actuaba de improvisador. Pues mira, ese era precisamente el motivo de la escena de reconciliación de que te hablé. Has de saber que Antonio es, en cierto modo, un hijo de la Casa. ¿No es verdad, Antonio? —yo incliné la cabeza con mirada agradecida—. Es una gran persona, y a su carácter no hay nada que reprocharle. ¡Pero no quiere estudiar!

—Pero si ahora puede leerlo todo en el gran libro de la naturaleza, ¿por qué no iba a hacerlo?

—No nos lo vaya a echar usted a perder con sus alabanzas —dijo Francesca, bromeando—; nosotros creíamos que estaba cursando sus estudios clásicos, su física y su matemática, y resulta que andaba perdido de amores por una joven cantante de Nápoles.

—Eso demuestra que tiene sentimientos —dijo Gennaro—. ¿Y la muchacha es guapa? ¿Cómo se llama?

—Annunziata —dijo Francesca—; un talento de los que no abundan, una mujer verdaderamente destacada.

—¡Yo también he estado enamorado de ella! ¡El joven tiene buen gusto! ¡A la salud de Annunziata, Señor Improvisador!

Chocó su copa con la mía. Yo era incapaz de decir una sola palabra, me dolía que

Fabiani hubiera puesto al descubierto mi dolor ante un desconocido, aunque él lo veía todo desde una perspectiva distinta a la mía.

—Sí —continuó—; incluso sostuvo un duelo por culpa de ella, pegó un tiro en el costado a un sobrino del *Senatore* de Roma, pues eran rivales. ¡Y tuvo que escapar! El cielo sabrá cómo pudo pasar la frontera; ¡y luego actúa en el San Carlo! En el fondo es un acto de valentía que no habría esperado de él.

—Un sobrino del *Senatore* —repitió Gennaro—; ¡vaya, qué interesante! Estos días está por aquí, ha entrado al servicio del rey, pasé una velada con él... Un hombre apuesto e interesante... ¡ah, ahora lo entiendo todo! Annunziata vendrá pronto por aquí, su amante ha venido de vanguardia, se ha instalado aquí y pronto leeremos en los carteles que la cantante actúa por última vez, que no volverá a cantar.

—¿Cree usted que se casará con él? —preguntó Francesca—. ¡Sería un escándalo para la familia de ese joven!

—Hay ejemplos de cosas así —dije yo con voz temblorosa—. Otros nobles se han creído honrados y felices sosteniendo la mano de una artista.

—¡Felices, tal vez! —exclamó ella—; ¡pero nunca honrados!

—Claro que sí, mi querida *Signora* —era Gennaro quien tomó la palabra—; yo me sentiría honrado si ella me eligiese a mí. Y creo que lo mismo podría decirse de cualquier otro hombre.

Hablaron mucho, muchísimo, de Annunziata y Bernardo, habían olvidado el peso con el que agobiaba mi corazón cada una de sus palabras.

—Pero tiene usted que alegrarnos la velada improvisando. La *Signora* le propondrá un tema.

—Sí —dijo Francesca riendo—; cántanos el amor, eso es algo que agrada a Gennaro y que también tú conoces bien.

—Sí, el amor y Annunziata —exclamó Gennaro.

—En otra ocasión haré todo lo que me pidan —dije—; pero esta noche es imposible. No me encuentro nada bien, crucé la bahía en barca y sin abrigo; junto al río de lava pasé muchísimo calor y luego vine hasta aquí en coche, en una noche bastante fría.

Gennaro me pidió con insistencia que improvisara, pero no me sentía capaz de hacerlo en aquel lugar y sobre aquel tema.

—Ya tiene maneras de artista —dijo Fabiani—; ¡quiere hacerse de rogar! ¿Tampoco querrás acompañarnos mañana a Paestum, donde encontrarás materia suficiente para tu poesía...? ¡Tendrías que hacerte valer un poco! No hay nada que te ate realmente a Nápoles.

Me incliné con timidez, para no dar la sensación de que quería excusarme.

—¡Sí, claro que viene con nosotros! —exclamó Gennaro—. Y cuando haya visto los templos griegos, se le meterán en el alma y cantará como un Píndaro cualquiera.

—¡Saldremos mañana! —continuó Fabiani—. El recorrido entero lo haremos en cuatro días. En el camino de vuelta visitaremos Amalfi y Capri. ¿De modo que vienes

con nosotros?

Un no habría podido cambiar todo mi destino, como el tiempo se encargaría de demostrar. Aquel breve viaje de cuatro días me robó, osaría decir, seis años de juventud. ¿Es libre el hombre? Sí, podemos ser libres aunque estemos sujetos a los hilos que vemos, aunque, cuando están atados con demasiada fuerza, somos incapaces de verlos. Con gratitud les dije que sí, tomé el hilo que cerró con más fuerza el telón de mi futuro.

—Mañana hablaremos —dijo Francesca al despedirnos después de la cena, y me extendió su mano para que se la besara.

—¡Esta misma noche voy a escribir a *Sua Eccellenza*! —fueron las palabras de Fabiani—. Quiero preparar la reconciliación.

—Y yo soñaré con Annunziata —exclamó Gennaro—; espero que nadie me desafíe a duelo por ello —añadió riendo, y me estrechó la mano.

En cuanto a mí, escribí unas palabras a Federigo, le conté mi encuentro con la familia de *Sua Eccellenza* y que iba a hacer una excursión de un par de días con ellos, al sur. Había concluido la carta, mil sentimientos se agitaban en mi pecho. ¡Cuántas cosas me había deparado aquella noche! ¡Cuántos sucesos se entrecruzarían!

Pensé en Santa, en Bernardo al lado del cuadro ardiendo de la Madonna, y en esas últimas horas con mis antiguos conocidos. Ayer, todo un público para el que yo no era sino un desconocido me tributó una gran ovación, fui admirado y honrado, y esa misma noche una mujer, de inmensa belleza, suplicó mis miradas de amor; y unas horas después estaba entre viejos conocidos, entre amigos a los que se lo debía todo, y no era sino aquel niño pobre cuyo primer deber era el agradecimiento.

Pero Fabiani y Francesca habían sido cariñosos conmigo. Habían acogido al hijo perdido, me habían dado un sitio a su mesa, me habían invitado a un viaje de placer, una bondad se sumaba a otra, ¡me querían! Pero el don del rico, entregado con mano ligera, pesa en el corazón del pobre.

VI

El viaje a Paestum. Los templos griegos. La niña ciega

La inmensa belleza de Italia no se halla en la Campiña y en Roma, yo sólo la conocía por mi paseo en el Lago Nemi y por lo que había visto durante mi viaje a Nápoles, por eso me sentía doblemente impresionado por su espléndida majestuosidad, más aún que el extranjero que conoce la belleza de otros países y puede hacer comparaciones. Como un mundo de hadas de los que he visto en sueños, en los que he vivido, incluso, se presenta en mi memoria la excursión de aquel día, pero ¿cómo expresar la imagen que impregnó mi alma y que recorrió mi sangre toda?

Las bellezas naturales nunca pueden transmitirse en un relato. Porque las palabras, como las teselas de un mosaico, se siguen una a otra, el cuadro completo se va componiendo pieza a pieza, no se capta, como en la naturaleza, la gran unidad del conjunto; y siempre falta algo. Se proporcionan las diversas partes y se deja que el forastero componga el conjunto; si se pudiera ver en cientos de personas el cuadro que se han formado, todos mostrarían grandes variaciones. Con la naturaleza sucede como con un rostro bello, señalar sus particularidades no permite captar el conjunto, se hace preciso apelar a un objeto conocido y sólo cuando se pueda decir, con certeza matemática, que se parecen en este o ese detalle, surgirá un concepto relativamente satisfactorio.

Si se me pidiera improvisar sobre la belleza de Hesperia, representaría con los trazos de la verdad lo que allí absorbieron mis ojos, y tú, que jamás viste el sur de Italia, tu fantasía habrá de elevar cada belleza aún más alto, ¡y no será suficiente! Las fantasías de la naturaleza superan a las del ser humano.

Salimos de Castellammare en la preciosa mañana. Aún veo el Vesubio humeante, el hermoso valle de grandes viñedos donde los jugosos sarmientos verdes cuelgan enlazando una planta con otra, los blancos castillos montanos sobre los verdes roquedales, o medio ocultos entre oscuros olivares. Veo el antiguo templo de Vesta con sus columnas de mármol y su cúpula, y que ahora es una iglesia de la Madonna: Santa Maria Maggiore. Un trozo de pared se había derrumbado, calaveras y huesos cerraban la abertura, pero verdes sarmientos crecían silvestres por doquier y con sus frescas hojas parecían querer ocultar el poder y la fuerza de la muerte.

Aún veo la salvaje formación rocosa, las torres solitarias, con redes extendidas para capturar las bandadas de aves marinas; muy por debajo de nosotros estaba Salerno junto al oscuro mar azul, y nos topamos con una comitiva que hizo que el cuadro se me grabara con mucha más fuerza: dos bueyes blancos, con astas de una vara de largo, arrastraban un carro en el que yacían cuatro bandoleros encadenados: de perversa mirada, reían con sarcásticas carcajadas. Apuestos calabreses de negros

ojos y fusil al hombro cabalgaban a su lado.

Salerno, la erudita ciudad del medievo, era el destino de nuestro primer día de viaje.

—¡Los infolios se pudren! —exclamó Gennaro—. Salerno pierde el boato de la erudición, pero el libro de la naturaleza tiene una nueva edición cada año. Y nuestro Antonio piensa como yo, se puede aprender de ella mucho más que de todo ese polvo erudito.

—Debemos aprender de ambos —respondí—. El pan y el vino deben ir juntos.

Francesca dijo que mis palabras eran muy sensatas.

—¡Hablar, eso sí que sabe hacerlo! —dijo Fabiani—. ¡Pero actuar... eso tendrás que demostrarlo, Antonio, cuando vengas a Roma!

¿A Roma? ¿Yo a Roma? Nunca se me había pasado semejante cosa por la cabeza, mis labios callaron pero mi conciencia me decía que no podía ni quería volver a ver Roma y reanudar las antiguas relaciones.

Fabiani siguió hablando, los otros con él, y llegamos a Salerno. Nuestra primera visita fue la catedral.

—¡Aquí puedo hacer yo de cicerone! —dijo Gennaro—. Esta capilla es la de Gregorio VII, el Santo Padre, que murió en Salerno. Su estatua de mármol la tenemos ahí delante, en el altar. ¡Y aquí yace Alejandro Magno!

—¿Alejandro Magno? —preguntó Fabiani, extrañado.

—¡Sí, ciertamente! ¿No es así? —preguntó al empleado de la iglesia.

—Como diga *Sua Eccellenza* —respondió éste.

—¡Eso es un error! —exclamé yo, examinando más detenidamente el monumento—. Alejandro no está enterrado aquí, eso contradice la historia. Miren, lo que está tallado en el sarcófago es el cortejo triunfal de Alejandro, aquí se distingue bien el nombre.

Nada más entrar en la iglesia nos habían indicado un sarcófago parecido, con el triunfo de Baco esculpido en él, traído de los templos de Paestum y utilizado ahora como tumba de un príncipe salernitano, cuya moderna estatua de mármol a tamaño natural había sido colocada en encima de ella. Usé este ejemplo para señalar que seguramente sería un caso semejante el de la supuesta tumba de Alejandro. De lo más satisfecho por mi sagacidad, surgió en mí una especie de elocuencia, pero Gennaro se limitó a responder con un frío «¡Tal vez!» y Francesca me susurró al oído que no era muy conveniente que yo quisiera parecer más listo que él, y que, a fin de cuentas, no lo sabía con certeza... Retrocedí silencioso y respetuoso.

A la hora del Avemaría estaba sentado a solas con Francesca en el gran balcón del hotel. Fabiani y Gennaro paseaban, y yo debía entretener a mi apreciada *Signora*.

—¡Qué espléndido juego de colores! —dije señalando el mar, que con un color lechoso se extendía desde la calle, empedrada con adoquines de lava, hasta el deslumbrante horizonte sonrosado; la costa roqueña era de color índigo; en Roma nunca había visto aquel boato de colores.

—Las nubes ya han dicho *felicissima notte* —exclamó Francesa señalando la montaña, donde una nube colgaba muy arriba, por encima de villas y olivares, y al tiempo muy por debajo del viejo castillo que con sus dos torres se acercaba a la cima de la montaña.

—¡Allí me gustaría vivir! —exclamé—. Muy alto, por encima de las nubes, mirando al mar, eternamente cambiante.

—Podrías improvisar sobre ello —dijo ella con una sonrisa—, pero nadie te escucharía y eso sería una auténtica desgracia, Antonio.

—¡Oh, claro! —respondí yo, también en broma—. Hay que ser sincero: sin aplausos, uno no es más que un árbol sin sol. Aunque, a decir verdad, en la prisión se fue minando poco a poco la flor de la vida de Tasso, igual que la desgracia de su amor.

—¡Querido amigo! —exclamó ella, bastante seria—. Yo hablaba de ti, no de Tasso. ¿Qué tiene él que ver con esto?

—¡Es un ejemplo! —respondí—. Tasso era poeta y...

—¡De modo que tú crees serlo también! Querido Antonio, por lo más sagrado, no menciones jamás un nombre inmortal cuando alguien esté hablando de ti. No vayas a creerte que eres un poeta; eres improvisador porque tienes una disposición sensible y sabes imaginar las cosas. Hay miles que pueden hacerlo igual que tú. ¡No te condenes a la infelicidad con esas ideas!

—¡Pero hace muy poco que me ovacionaron miles de personas! —respondí, con las mejillas ardiendo—. ¡Es natural que tenga esa idea, ese convencimiento...! ¡Y sé que usted se alegra de mi felicidad, de lo bueno que hay en mí!

—Ninguno de tus amigos se alegra más que yo. Todos nosotros apreciamos tu espléndido corazón, tu noble carácter, y por eso *Sua Eccellenza* te perdonará, estoy segura. Tienes virtudes magníficas que deben desarrollarse, pero hay que hacerlo de verdad, Antonio. ¡Las cosas no llegan por sí solas! ¡Hay que trabajarlas! Tu talento es un precioso don social con el que puedes alegrar a muchos amigos, pero no es suficiente para ofrecerlo en público.

—Pero —me atreví a decir—, Gennaro, que no me conocía, quedó encantado con mi debut.

—¡Gennaro! —repitió ella—. Con todo mi respeto por él, no concedas mucho valor a su criterio artístico. ¿Y el del gran público? Sí, en este punto el artista oye de los unos cosas completamente distintas que de los otros. Es estupendo que no te abuchearan, lo que me habría entristecido en lo más hondo. Pero después nadie ha vuelto a hablar de ello y pronto estará todo olvidado: tú y tu improvisación. ¡Si hasta usaste un nombre de lo más raro! Dentro de tres días estaremos de nuevo en Nápoles y un día más tarde volvemos a Roma. Considéralo todo como un sueño, eso es lo que ha sido en realidad, y demuéstranos tu aplicación y tu constancia, y que por fin has despertado. Y ahora no respondas una sola palabra. Te lo digo por tu bien, soy la única persona que te dice la verdad —me extendió su mano y yo me atreví a

besarla^[73].

A la mañana siguiente teníamos que salir al rayar el alba para poder llegar a Paestum, pasar allí algunas horas y regresar a Salerno en el mismo día; porque no se puede pernoctar en Paestum, y el camino no es muy seguro. Unos gendarmes a caballo nos acompañaron como escolta.

Huertos de naranjos, bosques, se los podría llamar, se extendían a ambos lados; cruzamos el río Sele, donde sauces llorones y laureles se reflejaban en las claras aguas. Aquella tremenda formación montañosa encerraba fértiles tierras cerealeras. Áloes y cactus crecían silvestres junto a la carretera. Todo era exuberancia y abundancia, y entonces vimos delante de nosotros los templos de dos mil años de antigüedad, contruidos en el estilo más puro, más bello; los templos, una taberna miserable, tres casas viejas y unas cuantas chozas de cañas eran todo lo que quedaba de aquella famosa ciudad. No vimos ni un rosal, aunque la abundancia de rosas dio en tiempos su fama a Paestum, sobre aquellos campos había entonces un brillo purpúreo, las flores eran ahora azules, sólo azules, como las hileras de montañas; aromáticas violetas cubrían la gran planicie, desperdigadas entre cardos y matorrales.

Todo lo que nos rodeaba estaba cuajado de silvestre feracidad; áloes, higueras silvestres y el rojo *pyrethrum indicum* se enroscaban unos en otros.

Esta es la naturaleza de Sicilia, su misma abundancia rústica, sus templos griegos y su pobreza. Grupos enteros de mendigos nos rodeaban, parecían salvajes de las islas de los Mares del Sur. Unos hombres con pieles de oveja, con la lana hacia fuera, piernas desnudas de oscuro marrón y largos cabellos negros sobre los rostros ocre; niñas de preciosas formas, medio desnudas, las cortas faldas harapientas abiertas por encima de la rodilla, una especie de capa hecha con una horrible tela marrón sobre los hombros desnudos, y el largo cabello negro sujeto en un moño. Los ojos llameaban.

Una niña de no más de once años, preciosa como la diosa de la belleza, aunque no se parecía a Annunziata, ni tampoco a Santa. Me recordaba a la Venus de Médicis, de la que me había hablado Annunziata. No podía amarla, sólo admirarla, inclinarme ante las formas de la belleza.

Estaba un poco alejada de los demás pordioseros, un trapo marrón de forma rectangular colgaba suelto sobre uno de sus hombros, mientras que el otro, el pecho y los brazos, al igual que las piernas, estaban completamente desnudos; que también tenía buen gusto y ganas de ponerse guapa lo demostraba su pelo formando un moño en el que había sujetado un ramito de violetas y que colgaba en bucles sobre la hermosa frente. Recato, espíritu y un dolor extrañamente profundo lucían en su semblante. Los ojos miraban hacia abajo, como si buscara algo en el suelo.

Gennaro fue el primero que se percató de ella, y aunque la niña no había dicho una sola palabra, le entregó su limosna, le cogió la barbilla y dijo que era más guapa que nadie. Francesca y Fabiani compartieron su opinión. Vi un suave rubor agitarse bajo la piel morena de la niña, levantó los ojos y me di cuenta de que era ciega.

Gustosamente le habría dado dinero yo también, pero no me atreví. Cuando los

demás entraron en el mesón, seguidos por los mendigos, me di la vuelta rápidamente y puse un *scudo* en la mano de la niña; al tocarlo pareció reconocer su valor, sus mejillas ardieron, se inclinó y los frescos labios de la salud y la belleza rozaron mi mano; me alejé de la niña y fui con los demás.

Leña y ramas ardían en una gran fogata en la chimenea, que era casi tan ancha como la estancia entera. El humo se arremolinaba bajo el techo cubierto de hollín y cuya escasa altura nos hacía caminar encogidos; detrás del alto sauce llorón que nos proporcionaba sombra nos prepararían el almuerzo mientras visitábamos los templos. Habíamos de atravesar una auténtica espesura, Fabiani y Gennaro se cogieron de las manos y así formaron una silla de manos para Francesca.

—¡Qué paseo más terrible! —gritó ella, riendo.

—¡Oh, *Eccellenza!* —dijo uno de nuestros guías—; este lugar es precioso. Hace tres años estaba todo lleno de espinas, y cuando yo era pequeño, tierra y arena casi cubrían las columnas.

Los demás confirmaron sus palabras y allá fuimos, seguidos por toda la muchedumbre de mendigos, que nos observaban en silencio; si nuestra mirada se cruzaba con la de uno de aquellos mendigos, al instante extendía la mano mecánicamente para pedir limosna, y un *miserabili* brotaba de sus labios. A la preciosa niña ciega no la veía, seguramente estaría sentada a solas al borde de la carretera. Pasamos por los restos de un teatro y del templo de la paz.

—¡La paz y el teatro! —exclamó Gennaro—. ¡Cómo podían mantenerse estos dos tan cerca uno del otro!

El Templo de Neptuno estaba ante nosotros; éste, otro templo más que llaman «basílica» y el de Ceres son los soberbios, orgullosos restos que, como una Pompeya, nuestra época ha recuperado de la noche y el olvido. Durante siglos quedaron cubiertos de cascotes y plantas silvestres, hasta que un pintor extranjero, en busca de temas para su obra, llegó a este lugar y descubrió la parte superior de las columnas. Su belleza lo hechizó, las dibujó y así las dio a conocer; se quitaron cascotes y matojos y, como si hubieran sido construidos ayer, aparecieron los grandes edificios abiertos. Las columnas son de travertino amarillo, en torno a ellas crecen las vides, las higueras se extienden enroscándose por el suelo, y en grietas y fisuras asoman violetas y alhelíes escarlata.

Nos sentamos en la basa de una columna caída. Gennaro había alejado a los mendigos, y en silencio gozamos la espléndida naturaleza que nos rodeaba. Las montañas azules, la cercanía del mar, el lugar mismo en el que nos encontrábamos, me sobrecogían de una forma extraña. «¡Improvisa para nosotros!», dijo Fabiani, y Francesca hizo un gesto que expresaba idéntico deseo. Me apoyé en la columna más cercana y canté con una de las melodías de mi infancia lo que mis ojos estaban viendo en aquellos instantes: la belleza de la naturaleza, los magníficos recuerdos del arte, y pensé en la pobre niña ciega a quien estaban vedadas todas aquellas maravillas. Era doblemente pobre, estaba doblemente sola. Mis ojos se llenaron de

lágrimas, Gennaro aplaudió, y Fabiani y Francesca dijeron a la vez: «¡Tiene sentimiento!».

Descendieron los escalones del templo y yo los seguí lentamente; detrás de la columna junto a la que había estado, vi que se hallaba sentada, o más bien tumbada, bajo el aromático mirto, una figura con la cabeza baja y las manos fuertemente unidas detrás del cuello; era la niña ciega.

Había oído mi canto, me había oído cantar su añoranza y su nostalgia. Aquello fue como si me rajara el alma. Me incliné sobre ella, que oyó el murmullo de las hojas y levantó la cabeza, y me pareció que estaba más pálida. No me atrevía a moverme; ella escuchaba.

—¡Angelo! —exclamó a media voz.

No sé por qué, pero contuve la respiración; la niña siguió sentada en silencio por un momento. Era la diosa griega de la belleza, con ojos incapaces de ver, pero capaces de ver dentro del alma, tal y como la había descrito Annunziata. Estaba sentada en el zócalo del templo entre higos silvestres y olorosos mirtos; apretó un objeto contra sus labios y sonrió; era mi *scudo*, su gesto me hizo sentir un dulce calor, y sin querer me incliné un poco más... y mi beso ardió sobre su frente.

La niña soltó un grito, un grito penetrante que atravesó mi alma como un zarpazo de la muerte. Cual cervatilla asustada, dio un salto y escapó en un instante. Yo no veía nada, todo se movía a mi alrededor, eché a correr entre espinos y matas.

—¡Antonio! ¡Antonio! —oí gritar a Fabiani muy lejos, detrás de mí, y recuperé el sentido—. ¿Estás persiguiendo liebres? —preguntó—. ¿O se trataba de una huida poética?

—Quiere demostrarnos —dijo Gennaro— que puede volar, mientras que nosotros tenemos que ir andando pasito a pasito. ¡Pero yo también me atrevo a volar igual que él! —se puso a mi lado para echar a correr.

—¿Creéis que yo, con mi *Signora* del brazo, puedo mantener vuestro paso? —exclamó Fabiani. Gennaro se detuvo.

Cuando llegamos a la taberna, mis ojos buscaron inútilmente a la niña ciega, su grito volvió a traspasar mis oídos y oí cómo mi corazón respondía con impetuosos latidos... Era como si hubiera cometido un pecado. Ciertamente, primero le había metido en el alma con mi canto, aunque sin mala intención, el dolor y la pena y, al hacer patente su pérdida había hecho entrar en su alma el horror y la angustia, le di un beso en la frente, el primero que había dado nunca a una mujer. Si hubiera podido verme no me habría atrevido, pero su desventura, su desamparo, me dieron ánimos para hacerlo. ¿Y yo me atrevía a juzgar a Bernardo con dureza?

Yo, un hijo del pecado como todos, habría querido arrodillarme ante ella y pedirle perdón; pero no la veía por ninguna parte.

Montamos en el coche para regresar a Salerno, volví a buscarla una vez más pero sin atreverme a preguntar dónde podía estar. Entonces exclamó Gennaro:

—¿Dónde está la niña ciega?

—¿Lara? —dijo nuestro guía—. Seguirá en el templo de Neptuno, es donde suele pasar el tiempo.

—*Bella divina!* —exclamó Gennaro, lanzando con sus manos un beso hacia el templo. Nos pusimos en movimiento.

De modo que se llamaba Lara. Yo estaba sentado de espaldas al cochero, veía las columnas del templo alejarse cada vez más, pero en mi corazón seguía oyendo el grito de miedo de la niña, mi propio dolor. En el camino había acampado un grupo de gitanos que tenían encendido un gran fuego en la cuneta y estaban cocinando. La anciana abuela gitana tocaba la pandereta e intentó adivinarnos el futuro, pero no nos detuvimos. Dos niñas de ojos negros nos siguieron un buen trecho. Eran bonitas, y Gennaro se puso a hablar de su ágil carrera y sus ojos ardientes, aunque no eran bellas ni nobles como Lara.

Al atardecer llegamos a Salerno, para dirigirnos al día siguiente a Amalfi y desde allí a Capri.

—Sólo un día —me dijo Fabiani— permaneceremos en Nápoles cuando lleguemos allí, a finales de semana tenemos que estar de vuelta en Roma. ¿Tendrás tiempo de arreglar tus cosas tan rápido, Antonio?

Yo no podía, no quería volver a Roma, pero una timidez, un miedo de los que nunca había conseguido librarme a lo largo de mi vida de pobreza y sentido de la gratitud, hicieron que me atreviera a balbucir que *Sua Eccellenza* se irritaría seguramente si osara regresar.

—¡Nosotros nos ocuparemos de todo! —me interrumpió Fabiani.

—¡Perdónenme, pero no puedo! —balbucí tomando la mano de Francesca—. ¡Reconozco profundamente todo lo que les debo!

—¡Nada de eso, Antonio! —respondió ella, poniendo su mano en mis labios. En ese momento anunciaron a unos forasteros, yo me quedé silencioso en la taberna, consciente de mi debilidad. Dos días atrás era libre e independiente como un pájaro, y Aquel que no permite que ni un gorrión caiga a tierra, se habría ocupado también de mí; y sin embargo dejé que el primer hilo perdido que se me arrojaba a los pies se convirtiera en cable de ancla. En Roma tienes buenos amigos, pensé, buenos y leales, aunque no tan corteses como los napolitanos. Pensé en Santa, a la que no quería volver a ver, pensé en Bernardo, al que habría de encontrarme día tras día en Nápoles, en Annunziata, que iba a venir, en el bosque de su mutuo amor. ¡A Roma, a Roma! ¡Es mucho mejor!, me dijo mi corazón, mientras mi alma reclamaba libertad e independencia.

VII

Aventura en Amalfi. La gruta azul de Capri

Con qué belleza destacaba Salerno sobre el mar cuando a primeras horas de la mañana zarpó nuestra embarcación; seis fornidos marineros manejaban los remos, al timón iba sentado un muchacho, que podría ser objeto de una preciosa pintura, llamado Alfonso. El agua era verde como el vidrio. Toda la costa, a nuestra derecha, parecía consistir en espléndidos jardines colgantes, contruidos por una Semíramis de fantasía desbocada. Se abrían a la orilla del mar, como si fueran columnatas, las amplias cuevas abiertas, dentro de ellas jugaba la rompiente. En el promontorio de roca había un castillo, una nube se deslizaba bajo su corona de murallas. Vimos Minori y Maiori, y al poco también Amalfi, la ciudad natal de Masaniello y de Flavio Gioia^[74], asomando entre los verdes viñedos.

La enorme plenitud de la belleza me abrumaba. ¡Ojalá todas las estirpes de la tierra pudieran contemplar esta hermosura! No hay tormenta del norte o del oeste que traiga frío e invierno al florido jardín en cuyas terrazas se extiende Amalfi. Sólo desde el este y el sur llega la brisa, la cálida brisa de la tierra de naranjos y palmeras, al otro lado del precioso mar.

Desde lo más alto de la ladera se va descolgando la ciudad con sus blancas casas de tejados orientales, más arriba aún ascienden las villas, un pino solitario alza su verde copa hacia el cielo azul y, arriba del todo, el viejo castillo con sus murallas sirve de refugio a las nubes.

Los pescadores nos llevarían desde el barco a tierra, cruzando la rompiente. Profundas cuevas en el acantilado se hundían bajo la ciudad, en algunas penetraba chapoteante el agua, otras estaban vacías, las barcas varadas a su lado, y una turba de niños felices jugaban en su interior, la mayoría de ellos apenas llevaban una camisa o un chalequito, aquella era toda su vestimenta. Pordioseros medio desnudos estaban tumbados sobre la arena caliente, sus sombreros marrones calados hasta las orejas, aquella era su principal protección mientras dormían la siesta. Repicaban las campanas de las iglesias, una procesión de jóvenes clérigos pasó ante nosotros entonando salmos. Una corona de flores frescas colgaba sobre la imagen del crucificado.

A la izquierda, por encima de la ciudad, se yergue un precioso, imponente convento, delante de una profunda gruta; allí se alojan los viajeros^[75]. Francesca subió en silla de manos, los demás caminamos detrás, subiendo por el sendero excavado en la roca, el claro mar azul yacía a nuestros pies, muy abajo. Llegamos a la entrada del monasterio, la profunda boca de la montaña se abría ante nosotros al lado mismo. Dentro se alzaban tres cruces con el Salvador y los ladrones y, por encima de

ellas, sobre la piedra del acantilado, había ángeles arrodillados con ropajes de colores y grandes alas blancas. ¡No era una obra de arte, todo de madera repintada! Pero un corazón devoto y creyente respira su propia belleza en aquel cuadro de groseras formas.

A través del pequeño patio del convento alcanzamos enseguida las habitaciones que nos asignaron; desde mi ventana veía el mar infinito, hasta Sicilia, puntitos plateados parecían los barcos en el lejano horizonte.

—¡Señor improvisador! —dijo Gennaro—. ¿Qué tal si bajamos a regiones inferiores para comprobar si su belleza es aún mayor que la de aquí arriba? ¿La belleza femenina lo será, al menos, porque las damas inglesas que tenemos por aquí de vecinas son demasiado pálidas y frías? ¿Tendrá usted seguramente buen gusto por las mujeres? ¡Excúseme! Es justo ese buen gusto el que lo ha hecho apartarse del mundo y me ha proporcionado a mí una agradable velada y una interesante amistad.

Descendimos por el sendero entre las rocas.

—¡Sí que era guapa la niña de Paestum! —dijo Gennaro—. Me parece que voy a pedir que la lleven a Nápoles, cuando escriba para encargar vino de Calabria. ¡Los dos me encienden la sangre!

Llegamos a la ciudad, que, si se me permite expresarlo así, se encuentra extrañamente recogida en sí misma. En comparación con ella, el angosto gueto de Roma es todo un *corso*. Las calles eran simples angostillos entre las altas casas, y entrando en éstas nos encontrábamos, nada más cruzar la puerta, con un largo vestíbulo con aberturas a los lados, que daban acceso a oscuras estancias; o se abría una angosta calleja entre los muros de las casas y las paredes del acantilado, subiendo y bajando escaleras, un laberinto sombrío de sucios pasadizos, casi nunca podía saber si me encontraba en la estancia de una casa o en una calle. En casi todas partes había lámparas encendidas, pues, de otro modo, habría sido noche cerrada aunque estuviéramos en pleno día. Finalmente respiramos más libremente, estábamos en un gran puente de obra que unía dos laderas, sin duda la placita que había debajo debía de ser la mayor de toda la ciudad, allí había dos muchachas bailando el saltarelo, y un chavalito completamente desnudo, de bellas formas y con brazos y piernas morenos, quieto como un *amoretto*, mirándolas. Aquí nunca se pasaba frío, me dijeron, la temperatura más baja que había conocido Amalfi en muchos años había sido ocho grados por encima del cero.

Al lado justo de la pequeña torre del saliente acantilado, desde donde se ve la hermosa bahía hasta Minori e Maiori, serpenteaba un pequeño sendero entre áloes y mirtos, y pronto formaron los sarmientos de las vides altas bóvedas sobre nuestras cabezas. Sentíamos una sed ardiente y nos dirigimos a un pequeño lugar blanco que nos animaba amable, a visitarlo, al borde del mar, rodeado de jugoso verdor. El aire dulce y cálido estaba lleno de aromas, bellos insectos multicolores zumbaban a nuestro alrededor.

La casa junto a la cual nos hallábamos era de lo más pintoresca, en la pared

estaban empotrados algunos capiteles de mármol y unos bellos miembros, un brazo y una pierna, encontrados entre los cascotes. En el tejado había un precioso jardín de naranjos y feraces plantas trepadoras que, cual verdes tapices de terciopelo, colgaban sobre la pared; delante floreaba una espesura de rosas siemprevivas; dos niñas preciosas, de seis o siete años, jugaban a trenzar guirnaldas, pero la persona más bella de aquel lugar era una mujer joven, con un pañuelo de blanco lino sobre los cabellos, que nos recibió en la puerta; ¡su mirada llena de alma, las largas y oscuras pestañas, las nobles formas! ¡Sí, era bellísima!... De modo que nos quitamos los sombreros con una reverencia.

—¿Así que esta casa es propiedad de la más hermosa de las muchachas? —dijo Gennaro—. ¿Querrá tal vez el ama de la casa dar a dos fatigados caminantes un vaso de refrescante bebida?

—¡Esta ama de casa lo hará con sumo placer! —respondió ella riendo, y sus blanquísimos dientes alzaron los rojos, jugosos labios—. Sacaré el vino, pero solamente tengo un vaso.

—Si es usted quien lo sirve será magnífico —dijo Gennaro—; cuando más me gusta beberlo es cuando me lo sirve una muchachita tan bella como usted.

—Pero *Sua Eccellenza* puede dar las gracias a la señora.

—¿Está usted casada? —preguntó Gennaro, riendo—. ¡Tan joven!

—¡Qué va, soy muy vieja! —dijo la joven, riendo.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté yo. Me miró a los ojos con gesto burlón y respondió:

—Veintiocho.

No debía de tener mucho más de quince, pero sus formas eran espléndidas; una Hebe no podría tenerlas mejores.

—¿Veintiocho? —dijo Gennaro—. Una bonita edad, que sienta muy bien a usted.

—¡Veinte años! —dijo ella—. ¡Pregúnteselo a mis hijas! —y las niñas que habíamos visto jugar se acercaron a nosotros.

—¿Es vuestra madre? —les pregunté yo, aunque sabía que no lo era. La miraron riendo, asintieron con la cabeza y luego se arrimaron a ella, mimosas. Nos trajó el vino, un vino estupendo, y bebimos a su salud.

—Es un poeta, un improvisador —dijo Gennaro señalándome con el dedo—. ¡Trae locas a todas las damas de Nápoles...! ¡Pero es una roca, un tipo raro, imagínate, odia a las mujeres, todavía no ha besado siquiera a una!

—Eso es imposible —dijo la joven, riendo.

—En cambio, yo soy de otra especie, amo lo bello, beso los labios bellos, soy su fiel escudero y así reconcilio el mundo y las mujeres donde quiera que lleguemos... Y eso haré ahora mismo, es un impuesto justo a toda mujer hermosa; y espero que me pague mi tributo —le cogió la mano.

—Los eximo de esa obligación, tanto a usted como a la otra *Eccellenza*; no me va lo de pagar tributos, de eso se encarga siempre mi marido.

—¿Y dónde está?

—No muy lejos —respondió ella.

—¡Nunca he visto en Nápoles una mano tan bella como esta! —dijo Gennaro—; ¿cuánto me costará besarla?

—¡Un *scudo*! —respondió.

—¿Y en los labios será el doble? —preguntó Gennaro.

—¡Eso no tiene precio! ¡Eso es derecho exclusivo de mi marido! —y volvió a servirnos el cálido, fuerte vino, bromeó y rió con nosotros, pero entre bromas y veras conseguimos enterarnos de que sólo tenía catorce años de edad, que se había casado un año antes con un joven muy apuesto, que en aquellos momentos estaba en Nápoles y no volvería hasta el día siguiente. Las niñas eran sus hermanas, que habían venido a estar con ella hasta que volviese el marido. Gennaro les pidió un ramo de rosas y se fueron corriendo a recoger las flores, pues les prometió un *carlino*.

En vano le suplicó un beso, dijo miles de zalamerías, le rodeó la cintura con el brazo, pero ella se soltó, servía vino pero siempre volvía porque, a pesar de todo, le resultaba divertido. Él tomó un luis de oro entre los dedos, le dijo qué bonitas cintas podría comprar con él, qué bien adornarían sus oscuros cabellos, y para conseguir tanta maravilla sólo tenía que darle un beso, un solo beso.

—¡La otra *Eccellenza* es mucho mejor! —dijo la joven señalándome. Me ardía la sangre, le cogí la mano, le dije que no le prestara oídos, que era una mala persona, que no mirase su tentador oro y que se vengara de él dándome el beso a mí.

Se me quedó mirando.

—De todas las palabras que ha pronunciado, lo único cierto es que yo no he besado aún a una mujer; he conservado puros mis labios hasta el momento en que pudiera hallar los más bellos, y ahora espero que usted recompense mi paciencia.

—¡Menudo embaucador! —dijo Gennaro—. ¡Si hasta me supera, se nota que tiene práctica en su oficio!

—Usted es malo ofreciendo su oro —dijo ella—; y para que vea que no me importan ni el oro ni el beso, se lo daré al poeta —puso sus manos en mis mejillas, sus labios tocaron los míos, y la joven desapareció en la casa.

Cuando el sol se puso, yo estaba en el convento, en mi pequeña estancia, mirando el mar desde la ventana; tenía un color sonrosado y largas rompientes, los pescadores arrastraban sus barcas a la arena, y cuanto mayor se hacía la oscuridad, tanto más claras eran las luces, las rompientes parecían de azul azufrado. Todo estaba en absoluta calma; entonces cantaron los pescadores con sus mujeres y sus hijos un coro junto a la playa, las infantiles voces de soprano se mezclaban con el bajo profundo, y la nostalgia inundó mi alma. Una estrella fugaz atravesó raudo el cielo, cayó detrás de los viñedos donde aquella deliciosa joven esposa me había besado poco antes; pensé en lo bella que era, pensé en la niña ciega, estampa de la belleza en las ruinas de los templos, pero en el fondo de todo seguía estando Annunziata, bella de cuerpo y de alma, así que doblemente hermosa. Mi pecho se ensanchó, mi alma ardía de amor,

nostalgia y añoranza. La pura llama que Annunziata había encendido en mi corazón, el fuego del altar del que era sacerdotisa, todo lo había derribado ella misma, todo lo había abandonado, y el fuego se extendía sin freno por el edificio entero. «¡Inmortal Madre de Dios!», oré, «¡Mi corazón rebosa de amor! ¡Mi corazón se rompe de nostalgia y añoranza!». Y tomé las rosas del jarrón, apreté contra mis labios la más bella de todas y pensé en Annunziata.

No podía aguantar más, bajé hasta el mar, donde se estrellaban las deslumbrantes rompientes, donde cantaban los pescadores y soplaban el viento. Subí al puente de obra en el que había estado sentado horas antes. Una figura, envuelta en una gran capa, pasó muy cerca de mí y pude ver que se trataba de Gennaro. Fue hacia el sendero que llevaba a la casita blanca, y lo seguí. Pasó delante de la ventana, por la que surgía la luz de un candil. Me detuve oculto entre las colgantes parras y pude ver el interior de la casa. Había una ventana parecida en el lado opuesto, una empinada escalera conducía a otra estancia.

Las dos niñas estaban acostadas, casi desnudas, cubiertas sólo por la faldita, y cantaban delante de la mesita en la que estaban el crucifijo y el candil; la hermana mayor, el ama de casa, pues ciertamente lo era, estaba arrodillada en el centro. La Madonna con dos angelitos, una viviente tabla de altar, como pintada por Rafael, eso era lo que se ofrecía a mis ojos. Sus oscuros ojos estaban alzados al cielo, sus abundantes cabellos colgaban sobre los hombros desnudos, las manos plegadas sobre el hermoso seno juvenil.

Mi corazón latió más rápido, casi ni me atrevía a respirar. Y se levantaron las tres; ella acompañó a las niñas escaleras arriba, a la alcoba, cerró la puerta y se puso a ordenar el zaguán. La vi coger de una estantería un cuaderno rojo de dibujo, le dio vueltas en las manos varias veces y sonrió, estuvo a punto de abrirlo, pero se dijo que no con la cabeza y lo volvió a dejar en el estante como si algo la hubiera sorprendido.

Un instante después oí unos golpes suaves en la ventana opuesta, ella miró hacia allá asustada, se quedó a la escucha, sonaron de nuevo los golpes y oí hablar a alguien, aunque no pude entender ni una sola palabra.

—¡*Eccellenza!* —gritó la joven—. ¿Qué desea usted? ¿Por qué viene a estas horas? ¿Por todos los santos, me enfadaré, me enfadaré mucho!

Él dijo algo más.

—Sí, sí, es cierto —gritó ella—. ¡Se olvidó el cuaderno! Mi hermanita fue a la fonda a llevárselo, pero seguramente usted vivirá en el convento. Se lo habría llevado allí por la mañana. ¡Aquí lo tiene!

Lo cogió, él dijo algunas palabras más, ella sacudió la cabeza.

—¡No, no! ¡Qué se cree usted! ¡No lo dejaré entrar! —la joven fue a la ventana y la abrió para darle el cuaderno. Él le agarró la mano, ella soltó el libro, que se quedó sobre el alféizar de la ventana, Gennaro metió entonces la cabeza, la joven retrocedió rápidamente hasta la ventana junto a la que me encontraba yo, y ahora pude oír todo lo que decía Gennaro.

—¿No me permitirá besar su bella mano en señal de agradecimiento? ¿No quiere aceptar por lo menos una modesta recompensa? ¿Ni siquiera ofrecerme un vaso de vino? ¡Estoy ardiendo de sed! Y no hay nada de malo en ello... ¿por qué no me permite entrar?

—¡No! —dijo la joven—. ¡No tenemos nada que hablar a estas horas, recoja lo que olvidó y déjeme cerrar la ventana!

—No me iré —dijo Gennaro— hasta que me dé usted su mano, hasta que me dé un beso, esta tarde me traicionó y se lo dio al tonto ese.

—No, no —dijo ella, que reía pese a su enfado—. Usted quiere obtener por la fuerza lo que nunca conseguirá —dijo—. No quiero, y no lo haré.

—¡Es la última vez! —dijo Gennaro en tonto meloso y suplicante—. Es con toda seguridad la última vez que nos veremos, y usted se niega incluso a darme la mano. ¡No pido nada más, aunque mi corazón tenga mil cosas que decirle! ¡La Madonna quiere que los seres humanos nos amemos como hermanos! ¡Como un hermano quiero compartir mi oro con usted! Podrá comprar adornos y será el doble de bella que ahora. Todas sus amigas la envidiarán, ¡y nadie verá nuestra felicidad! —y de un ágil salto entró por la ventana.

La joven dejó escapar un grito:

—¡Dios mío! —yo agarré con violencia la ventana ante la que me encontraba, el cristal crujió y, como poseído por una fuerza invisible, asomé por el hueco de la ventana mientras agarraba un listón de madera del emparrado, para hacerme con algo parecido a un arma.

—¿Eres tú, Nicolò? —gritó la joven.

—¡Sí! —respondí con voz grave y enérgica. Vi cómo Gennaro huía por la ventana, su capa aleteaba al viento y la lámpara se apagó, con lo que la estancia quedó en total oscuridad.

—¡Nicolò! —gritó ella junto a la ventana, con voz temblorosa—. ¿Ya has vuelto? ¡Gracias sean dadas a la Madonna!

—¡Signora! —respondí yo, tartamudeando.

—¡Por todos los santos! —la oí exclamar; la ventana se cerró de golpe; yo estaba como clavado allí delante. Pasaron unos instantes y la oí caminar, la puerta de la alcoba se abrió y volvió a cerrarse. Golpeó algo con fuerza, como si estuviera claveteando algo en la puerta. «¡Ahora está a salvo!», pensé, y me alejé lentamente, me sentía muy bien, con el corazón extrañamente contento. «Ya he pagado el beso que me dio», me dije a mí mismo. «Tal vez me hubiera dado otro más, de haber sabido que fui su ángel guardián».

Cuando llegué al convento, acababan de llamar a la cena. ¡Nadie me había echado en falta! Pero Gennaro no acudió, Francesca estaba intranquila, Fabiani enviaba un recadero tras otro, y por fin llegó; había estado paseando por las montañas y se había extraviado, nos contó, pero por suerte dio con un campesino que lo puso en el buen camino.

—Y lleva la levita completamente desgarrada —dijo Francesca, Gennaro se recogió los faldones.

—Bueno, una parte seguirá enganchada a alguna zarza —dijo—. ¡Ya me di cuenta! ¡Y el cielo sabe cómo pude acabar extraviándome! Culpa de la hermosa noche, la oscuridad cayó muy deprisa e intenté buscar un atajo; ¡pero conseguí salir de él!

Todos reímos con su aventura, aunque yo sabía lo que realmente había sucedido; bebimos a su salud, el vino era espléndido, estábamos de lo más alegres. Más tarde, cuando subimos a nuestras habitaciones, la mía estaba separada de la de Gennaro solamente por una puerta, apareció éste a medio desvestir y me puso la mano en el hombro con familiaridad, me pidió que no soñara demasiado con la bella mujer que habíamos visto.

—¡El beso me lo llevé yo! —dije riendo.

—Oh, sí, se lo llevó usted —dijo riendo—; ¿y cree usted que yo me quedé sin nada, como un pobre huerfanito?

—¡Pues eso parece! —le contesté.

—Yo nunca he sido un pobre huerfanito —dijo en un tono frío en el que había algo de amargura, pero una sonrisa volvió a dibujarse en su boca, y susurró—: ¡Si sabe usted guardar silencio, le contaré una cosa!

—¡Cuénteme! —le pedí—. ¡Nadie oirá de mis labios ni una sola letra! —esperaba oír sus lamentos por el mal fin de la aventura, seguramente se trataba de eso.

—Hoy olvidé, intencionalmente, mi cuaderno de dibujo en casa de esa mujer tan bonita, para tener una excusa que me permitiera regresar por la noche, porque a esas horas las mujeres no son tan estrictas. Es allí donde estuve. ¡La levita me la rompí al escalar la tapia del jardín y subir entre los matorrales!

—¿Y la bella damita?

—Estaba el doble de guapa —dijo, haciendo un gesto que pretendía ser significativo—; el doble de hermosa, ¡y en cuanto estuvimos solos, nada de estricta! Eso es justamente lo que esperaba. A ti te dio un solo beso, a mí me dio miles, y su corazón por añadidura. ¡Pasaré la noche entera soñando con mi buena suerte! ¡Pobre Antonio! —me lanzó un beso con las yemas de los dedos y se marchó a su cama.

El cielo matutino estaba como cubierto por un crespón negro cuando salimos del convento; junto a la playa esperaban nuestros ágiles remeros, que nos condujeron de nuevo hasta el barco. Nos dirigíamos a Capri, el crespón del cielo se rompió en leves nubes, el cielo se hizo dos veces más alto y más claro, no se movía ni una ola, el mar se rizaba apenas como si de una cinta de moaré se tratase. La preciosa Amalfi desapareció detrás del acantilado. Gennaro lanzó un vistazo y me dijo:

—¡Allí estuvimos recogiendo rosas!

«¡Por lo menos, tú cogiste alguna que otra espina!», pensé mientras asentía con la cabeza.

El gran mar infinito que llevaba a Sicilia y a África se extendía ante nosotros, a la

izquierda se alzaba la rocosa costa italiana con sus extrañas cuevas, ante algunas de las cuales surgían pequeñas aldeas: parecía que acabaran de salir de la cueva para tomar un poco el sol, mientras que en el interior de otras había pescadores preparando su almuerzo y calafateando sus barcas detrás de las altas rompientes.

El mar parecía de espeso aceite azul, y si metíamos la mano, al salir parecía también azul. La sombra que el barco arrojaba sobre el agua era un purísimo azul negruzco, la sombra de los remos una serpiente con todos los matices del azul.

¡Mar espléndido!, pensé, alborozado, ¡no hay nada en la naturaleza entera, a no ser el cielo, tan bello como tú! Recordé las veces en que, de niño, me había tumbado sobre la espalda soñándome en el infinito cielo azul; ahora, mi sueño parecía haberse transformado en realidad.

Pasamos antes tres islotes rocosos. Li Galli, enormes bloques de piedra arrojados al azar, torres hercúleas surgidas del abismo, y otras colocadas violentamente sobre ellas; la azul rompiente golpeaba las verdes masas de roca. En una tormenta serían sin duda una Escila con sus aullantes canes.

La superficie del agua dormitaba ante el pelado, rocoso Cabo Minerva, donde la antigüedad creía que habitaban las sirenas; delante se veía la romántica Capri, donde moraba Tiberio entre lujos y placeres, y la vista incluso atisbaba la costa de Nápoles al otro lado de la bahía.

Izaron la vela de nuestro barco y, empujados por el viento y las olas, nos acercamos a la isla. Sólo ahora empezamos a ver la inmensa pureza y claridad del agua. Era tan transparente como si nos deslizáramos por el aire, y cada piedra, cada junco se veía con claridad aunque estuviera a muchas brazas de profundidad; me incliné sobre la borda del barquito para contemplar las profundidades sobre las que bogábamos.

Sólo por un lado es accesible la isla de Capri, pues está rodeada de empinados acantilados verticales, que hacia Nápoles se inclinan formando como un anfiteatro lleno de viñedos, naranjos y olivares; junto a la playa hay algunas cabañas de pescadores y un puesto de guardia; más arriba, entre los verdes jardines, asoma la ciudad de Anacapri, a la que se accede por un puentecito levadizo y una gran puerta. En la hospedería de Pagani, con una gran palmera junto a la puerta, nos detuvimos a descansar.

Después de la comida iríamos, a lomo de asnos, hasta las ruinas de la Villa de Tiberio, pero ahora esperaba el almuerzo, y entre éste y la siguiente comida, Francesca y Fabiani querían retirarse a reposar, a fin de reunir fuerzas para la excursión. Gennaro y yo no sentíamos deseos de imitarlos. La isla no me parecía tan grande como para que no pudiéramos dar la vuelta a su alrededor, a remo, en un par de horas, a fin de ver los farallones que habían quedado aislados por el agua en el sur de la isla.

Tomamos una barca y dos remeros, soplaba algo de viento de modo que podríamos usar la vela en la mitad del recorrido. El mar rompía contra los bajos

arrecifes. Una red de pesca estaba tendida entre ellos, de forma que hubimos de alejarnos un trecho para esquivarla; fue una deliciosa travesía en nuestra barquita. Al poco, al mirar desde el mar hacia el cielo, tan sólo veíamos los acantilados verticales, las grises masas pétreas, aquí y allá, entre las grietas, un áloe o unos alhelíes, aunque en ningún sitio había espacio suficiente para las cabras roqueñas. Abajo en la rompiente, que salpicaba como fuego azul, crecían en el acantilado los encarnados erizos de mar, cuyo brillo aumentaba cuando los mojaba el agua, era como si el acantilado floreciese con cada ola.

Ahora teníamos el mar abierto a la derecha, la isla a la izquierda; profundas cuevas, la parte superior de cuyas bocas apenas destacaba sobre la superficie del agua, se mostraban en el acantilado, algunas se veían apenas en la rompiente. Allí vivían las sirenas, la florida Capri a la que trepamos no es sino el techo de su ciudad roqueña.

—Sí, ahí viven malos espíritus —dijo uno de los remeros, un anciano de cabello plateado—. Dicen que es un sitio precioso, pero no sueltan nunca a su presa, y si uno consigue salir de allí dentro, habrá perdido el juicio y no podrá seguir viviendo en este mundo —y nos indicó más allá una abertura algo mayor que las demás, aunque no lo suficiente como para que nuestra barca pudiera entrar, aunque nos tumbáramos en la barca, tras quitar la vela.

—Es la cueva de las brujas^[76] —susurró el más joven, que llevaba el timón, y se alejó más del acantilado—. Ahí dentro todo es de oro y piedras preciosas, pero una llamarada te abrasa al entrar. ¡Santa Lucía, ruega por nosotros!

—Ojalá tuviera una de esas sirenas aquí en la barca —dijo Gennaro—. ¡Pero tendría que ser bien guapa! ¡Ya nos las arreglaríamos para salir!

—Su buena suerte con las damas —dije riendo— valdría aquí también.

—También en el proceloso mar se puede besar y abrazar, es el eterno juego de las olas. ¡Ay! —suspiró—. Si tuviéramos aquí a la bella mujercita de Amalfi. Menuda mujer, ¿verdad? Usted apenas libó el néctar de sus labios. En aquellos momentos podía parecer retraída, difícil, tendría que haberla visto usted por la noche, ¡aún más ardiente que yo!

—¡Qué va, qué va! —dije yo, casi sin querer, por su desvergonzada presunción—. ¡No es así, yo sé lo que pasó!

—¿Cómo debo entender sus palabras? —preguntó, mirándome extrañado.

—Lo vi yo mismo, la casualidad me condujo hasta aquel lugar. No me cabe la menor duda de que su suerte es mayor que la mía, pero en este caso no se trata sino de una broma —seguía mirándome en silencio—. ¡No me iré —repetí riendo las palabras de Gennaro— hasta que me dé usted un beso. Usted me traicionó y se lo dio al tonto ese!

—¡*Signore!* ¡Me ha estado espiando! —dijo con gran seriedad, vi que su rostro palidecía—. ¿Cómo se atreve a agraviarme así? ¡O se bate conmigo, o tendrá mi desprecio!

Yo no esperaba que mis palabras le causaran semejante efecto.

—¡Gennaro, no lo dirá en serio! —exclamé cogiéndole la mano; la retiró, sin responderme, pero ordenó a los marineros que remaran a tierra.

—¡Sí, tenemos que dar la vuelta! —dijo el anciano—. Lo único que podemos hacer es volver por donde vinimos.

Usaron los remos, y al poco nos acercamos a las grandes arcadas de la roca, en la espumeante agua azul; pero ira y preocupación alteraban mi alma, miré a Gennaro, que azotaba el agua con su bastón.

—¡Una tromba marina! —exclamó el más joven de los marineros, y vi que sobre el mar, desde el Cabo Minerva, se deslizaba una negra columna vertical de nubes, desde el mar hacia el cielo, el agua hervía a su alrededor; rápidamente dejaron caer la vela de nuestra barca.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gennaro.

—Atrás, atrás —dijo el joven.

—¿Damos toda la vuelta a la isla otra vez? —pregunté yo.

—A sotavento, junto al acantilado, la tromba pasará más lejos.

—Las olas destrozarán la barca contra las rocas —dijo el anciano, agarrando rápidamente el remo.

—¡Dios santo! —balbucí, pues la negra columna de nubes se acercaba con velocidad de viento sobre el agua, como si quisiera atravesar la pared de roca de Capri en la que nos hallábamos; nos elevaría con su torbellino o nos arrojaría a las profundidades al lado mismo de la vertical costa roqueña. Yo agarré el remo con el anciano, Gennaro ayudó al joven, pero ya oíamos silbar el viento y hervir el agua al pie de la tromba, que nos apartaba de ella con violencia.

—¡Santa Lucía, sálvanos! —gritaron los marinos, que arrojaron los remos y se hincaron de rodillas.

—¡Pero agarrad los remos! —gritó Gennaro; mas ellos estaban pálidos como muertos, mirando hacia el cielo.

Entonces silbó el huracán sobre nuestras cabezas; a la izquierda, no muy lejos de nosotros, se hizo noche oscura sobre las olas, fuimos alzados en el aire, arriba, muy arriba, las olas golpearon espumeantes nuestra barca. El aire nos oprimía como si fuera a escapar la sangre por los ojos, todo se hizo noche, la noche de la muerte. Lo único que sentí era el mar por encima de mí; y que yo, y todos, pertenecíamos ahora al mar, éramos el botín de la muerte. Perdí la consciencia.

Más que la grandeza del volcán, más fuerte que la separación de Annunziata, permanece ante mí la visión que se me mostró al abrir los ojos. El profundo, azul éter estaba debajo de mí, por encima de mí, a mi alrededor. Moví el brazo, y en torno mío brillaron millones de estrellas fugaces, como chispas eléctricas. Era arrastrado por las corrientes del aire; estaba muerto y flotaba por el éter hacia el cielo de Dios. Pero sentía un gran peso en la cabeza, eran mis pecados terrenales; me doblaba hacia abajo, la corriente de aire me golpeaba la cabeza, era como el frío mar;

mecánicamente eché mis manos hacia adelante, sentí un objeto firme y trepé sobre él, un cansancio mortal atravesaba todo mi ser, sentía que en mi interior no había sangre, ni tuétano en mis huesos; seguramente mi cadáver estaba en lo más profundo del mar, era mi alma la que ahora ascendía hacia su destino. «¡Annunziata!», suspiré. Mis ojos volvieron a cerrarse. Mi desmayo debió de durar largo rato.

Volví a respirar y me sentí algo más fuerte, mi consciencia se había recuperado algo más. Yacía sobre una masa firme, fría, como la cima de un acantilado, muy arriba, en el infinito éter azul que brillaba a mi alrededor por todas partes; sobre mí, la bóveda del cielo, con nubes de raras formas cónicas, azules como el resto; todo estaba en calma, todo en silencio absoluto; pero sentí un frío gélido en todo mi cuerpo; lentamente, alcé la cabeza. Mis ropas eran llamas azules, mis manos brillaban como la plata, pero tuve la sensación de que eran de carne y hueso. Mi mente se esforzó: ¿era pasto de la muerte, o seguía aún vivo? Extendí la mano hacia aquel extraño aire deslumbrante que había debajo de mí. Era agua lo que toqué, y sin embargo era llama, azul como el alcohol al arder, pero fría como el agua; las gotas que salpicaban en el aire brillaban con un tono rosáceo; semejante a la tromba que se había deslizado sobre el mar pero más pequeña y de centelleante azul, se erguía una columna, alta, informe, muy cerca de mí. ¿Sería mi miedo, mi memoria, lo que me mostraba aquella imagen? Al cabo de unos momentos me atreví a tocarla suavemente. Era dura como la piedra, fría como la roca, y extendí la mano hacia el espacio en penumbra que había tras ella, y toqué muros lisos y duros, pero del mismo color azul oscuro del mar nocturno. ¿Dónde estaba?

Lo que yo había tomado por aire debajo de mí era un lago deslumbrante que ardía en sulfuroso azul, pero sin calor alguno. Debía de ser aquello lo que lo iluminaba todo, lo que prestaba su luz a las paredes y la bóveda de la roca. ¿Sería aquella la mansión de la muerte, la tumba de mi alma inmortal? Un lugar terrenal no era, ciertamente. Cada objeto lucía en todos los tonos del azul, yo mismo brillaba como si la luz brotara de mi interior.

A mi lado había una escalera esculpida, que parecía hecha de grandes zafiros, cada escalón era un inmenso bloque de esa piedra destelleante; subí a ella, pero las rocas me cerraban el camino. ¿No era digno de acercarme más a lo celestial? Me había despedido del mundo cargando con la furia de un hombre. ¿Dónde estaban Gennaro y los remeros? Estaba solo, completamente solo; pensé en mi madre, en Domenica, en Francesca, en todos, y sentí que mi fantasía no había creado una alucinación: el brillo que estaba viendo existía realmente, igual que yo estaba allí, en cuerpo o en alma. En un lugar liso entre las rocas había un objeto suelto, lo toqué. Era una marmita, grande y pesada; estaba llena de monedas de oro y plata, toqué las piezas, y el lugar en el que me hallaba se hizo aún más extraño. Muy cerca de la superficie del agua, no lejos de donde me encontraba, vi una luminosa estrella azul que arrojaba un único, largo rayo que se extendía sobre la superficie del agua y que se oscureció como la luna, apareció un objeto negro, y una barquita se desplazó sobre

las ardientes aguas azules como si surgiese de la profundidad y se deslizara ágil sobre ella; un anciano bogaba lentamente, el agua brillaba rosada a cada golpe de remo. En la otra parte de la barca había otra figura humana, me pareció una niña. Iban silenciosos, inmóviles como estatuas de piedra, sólo las manos del anciano se movían con los remos. Un extraño, profundo suspiro llegó hasta mí, tuve la sensación de que ya lo había oído antes... bogaron en círculo y se acercaron al lugar en el que me hallaba. El anciano dejó el remo en la barca, la niña alzó las manos y exclamó con dolor:

—¡Madre de Dios, no me abandones! Estoy aquí, como tú me ordenaste.

—¡Lara! —grité. Era ella. Reconocí la voz, reconocí la figura, era Lara, la niña ciega de las ruinas de Paestum.

—¡Dame la luz de la vista! ¡Permíteme contemplar el precioso mundo de Dios! —dijo la niña. Era como si hubiera hablado la muerte: la belleza del mundo, que mi canto la hizo añorar, reclamaba ahora mi alma. Mis labios enmudecieron, en silencio extendí los brazos, ella volvió a incorporarse—. ¡Dámela! —murmuraron sus labios, y volvió a tumbarse en la barca. El agua los salpicaba como gotas de fuego. Por un instante, el anciano se inclinó sobre ella, saltó adonde yo me encontraba, su mirada me encontró, lo vi hacer la señal de la cruz en el aire; luego cogió la gran marmita de cobre, la metió en la barca y subió él también; instintivamente lo seguí, su mirada extrañamente oscura seguía fija en mí, inmóvil; cogió el remo y nos deslizamos hacia la brillante estrella, una fría corriente de aire nos empujó, me incliné sobre Lara, una estrecha abertura en la roca se cerró en torno nuestro, tan sólo un instante, y allí estaba el mar, el gran mar, que se extendía infinito ante nosotros, y a nuestra espalda se alzó hacia el cielo el acantilado vertical; habíamos salido por una pequeña y oscura abertura, al lado mismo había una baja escarpa cubierta de matorrales y flores moradas; la luna llena brillaba con insólita claridad.

Lara se incorporó. Yo no me atrevía a tocarle la mano, era un espíritu, todos eran espíritus, eso es lo que sentía, y no imágenes oníricas de mi fantasía.

—¡Dame las hierbas! —pidió, extendiendo la mano. Era como si tuviera que obedecer a la voz del espíritu. Miré los verdes matorrales, las rojas flores que crecían en la escarpa bajo las altas rocas, salí de la barca, recogí flores que tenían un olor extraño, le di el ramillete, el agotamiento de la muerte atravesó mis miembros, me hundí de rodillas, pero mis ojos aún pudieron ver que el anciano hacía la señal de la cruz, cogía las flores, ponía a Lara en una barca mayor que había al lado; la más pequeña la dejó amarrada; izó la vela y se alejaron por el mar; extendí mis brazos hacia ellos, pero la muerte pesaba en mi corazón, era como si se quebrara.

—¡Está vivo! —fueron las primeras palabras que oí; abrí los ojos y vi a Fabiani y a Francesca; a mi lado había además un extraño, que tenía cogida mi mano y me miraba serio y pensativo. Estaba acostado en una habitación grande y bonita, era de día. ¿Dónde estaba? La fiebre ardía en mi sangre, sólo poco a poco, y más tarde, supe cómo había llegado allí, cómo me habían salvado.

El día anterior, al ver que Gennaro y yo no volvíamos, se habían intranquilizado mucho; tampoco se sabía nada de los pescadores y, como se había visto una tromba al sur, junto a la costa, nuestro destino parecía sellado. Inmediatamente enviaron dos barcas de pesca a dar la vuelta a la isla en direcciones opuestas, pero no descubrieron resto alguno de nosotros ni de nuestra barca; Francesca lloró, porque a fin de cuentas me apreciaba; con dolor lamentó la pérdida de Gennaro y de los pobres marineros. Fabiani no tenía reposo, quiso participar personalmente en la búsqueda, quería escudriñar cada grieta del acantilado por si alguno de nosotros se había salvado nadando y ahora corría el riesgo de la más horrible de las muertes, por la angustia y el hambre; pues por ningún sitio se podría llegar hasta ellos. A primeras horas de la mañana salió con cuatro fuertes mocetones a investigar las grietas de las rocas. Los remeros no quisieron aproximarse a la temible cueva de las brujas, pero Fabiani les ordenó que se dirigieran hacia la pequeña escarpa verde. Al acercarse al lugar, vio, un poco más arriba, una figura tumbada en el suelo, era yo, que yacía como un cadáver entre los verdes matorrales; mis ropas estaban casi secas ya por el viento, me metieron en la barca, me tapó con su capa, me friccionó el pecho y las manos y pudo comprobar que yo respondía débilmente; me llevaron a tierra y llamaron a un médico... yo me hallaba de nuevo entre los vivos, pero Gennaro y los dos marineros se habían ahogado. Les conté lo que recordaba y hablé de aquella extraña cueva deslumbrante en la que había despertado, de la barca con el anciano pescador y la niña ciega, todos dijeron que había sido mi fantasía, un sueño febril en el aire de la noche, yo mismo hube de creerlo aunque no podía, pues estaba demasiado vivo en mi alma.

—¿Lo encontraron al lado de la cueva de las brujas? —preguntó el médico, agitando la cabeza.

—¿No iré a creer usted que ese lugar tiene mayor fuerza que cualquier otro? —preguntó Fabiani.

—La naturaleza es una cadena de misterios —dijo el médico—; ¡y son muy pocos los que hemos solucionado hasta ahora!

En mi alma se hizo el día. La cueva de las brujas, de la que hablaban todos, y también nuestros marineros, donde todo era resplandeciente, fuego y rayos. ¿Tal vez el mar me había arrojado allí dentro? Recordaba la estrecha abertura por la que salí. ¿Era sueño, o realidad? ¿Había entrevisto un mundo de espíritus? La gracia de la Madonna me había salvado y me había protegido. Mi mente regresó en ensoñación a aquel bello espacio resplandeciente, donde mi ángel de la guarda se llamaba Lara. ¡Todo era cierto, no era un sueño! Había visto lo que no sería descubierto hasta años más tarde y que ahora es la posesión más bella de Capri, incluso de Italia entera: la Grotta Azzurra. Y aquella mujer era la niña ciega de Paestum, Lara. Pero ¿cómo creerlo, cómo pensar tal cosa? ¡Todo era demasiado extraño! Junté mis manos y pensé en mi ángel guardián.

VIII

Regreso a casa

Francesca y Fabiani permanecieron dos días más en Capri para que pudiéramos regresar todos juntos a Nápoles. Si en algunas ocasiones me sentía herido por sus palabras y su forma de tratarme, también notaba tanto afecto y cariño que mi corazón se sentía muy cercano a ellos.

—Tienes que acompañarnos a Roma —dijeron—; es lo mejor y lo más sensato.

Mi extraña libertad, la asombrosa visión de la cueva, perturbaban mi exaltado ánimo haciéndome sentir totalmente en manos del guía invisible que con su amor lo conduce todo hacia lo más conveniente, y ahora todo me parecía decidido por la providencia y me sentía resignado; y cuando Francesca me apretó la mano con afecto y preguntó si prefería seguir viviendo en Nápoles con Bernardo, le aseguré que quería y tenía que ir a Roma.

—¡Habríamos derramado muchas lágrimas por ti, Antonio! —dijo Francesca apretándome la mano—. ¡Eres nuestro niño bueno! La Madonna ha extendido sobre ti su mano protectora.

—*Sua Eccellenza* sabrá —añadió Fabiani— que aquel Antonio con quien estaba irritado se ahogó en el Mediterráneo, y que le llevamos al antiguo, al excelente Antonio.

—¡Pobre Gennaro! —suspiró entonces Francesca—. Tenía un noble corazón, un espíritu noble. ¡Era un ejemplo en todo!

El médico estuvo varias horas conmigo; en realidad era de Nápoles y estaba en Capri sólo de visita. Al tercer día nos acompañó de vuelta; para entonces, según dijo, yo estaba completamente restablecido. Tal vez lo estaba mi cuerpo, pero no mi alma; había mirado de cerca el reino de la muerte, había sentido el beso del ángel de la muerte sobre mi frente, la mimosa de la juventud había cerrado sus hojas. Cuando entramos en el barco, acompañados por el médico, y vi las profundas aguas, claras y transparentes, los recuerdos se agolparon en mi alma y recordé lo cerca que había estado de la muerte, y mi asombrosa liberación; el sol brillaba tan cálido sobre el precioso mar azul. ¡La vida es bella, pese a todo!, me dije, y las lágrimas asomaron a mis ojos. Los tres estaban volcados en atenciones hacia mí, incluso Francesca hablaba de mi espléndido talento, me llamó poeta y, cuando el médico se enteró de que era yo quien había hecho la improvisación, contó el placer que había producido a todos sus amigos y lo encantados que quedaron.

El viento era favorable y en lugar de dirigirnos hacia Sorrento, como era la primera intención, e ir desde allí a Nápoles por tierra, navegamos directamente hasta la ciudad. En mi alojamiento encontré tres cartas, una era de Federigo, que había viajado a Ischia el día anterior y no volvería hasta tres días más tarde; aquello me

entristeció, pues no podría decirle adiós personalmente, ya que nuestra partida estaba prevista para la tarde siguiente. La segunda carta, me dijo el camarero, llegó la mañana después de mi partida; leí: «Un corazón fiel que sólo desea su honra y su bien, lo espera esta tarde». Indicaba una dirección pero no había nombre, solamente «Su vieja amiga». La tercera carta era de la misma persona y había llegado el día antes; decía: «¡Ven, Antonio! El espanto del último desdichado instante que pasamos juntos, ya está superado. ¡Ven pronto! Considéralo un malentendido. Todo puede acabar bien, no te demores ni un instante en venir». La misma firma. Era evidente que procedían de Santa, aunque había elegido otra casa, en vez de la suya, para nuestro encuentro. No quería verla, a toda prisa escribí unas líneas de cortesía a su esposo, comunicándole que me iba de Nápoles; las prisas con las que se había organizado el viaje me hacían imposible visitarlo; le daba las gracias por la amabilidad que él y la *Signora* me habían mostrado y les pedía que no me olvidaran. También preparé una breve esquela para Federigo, prometiéndole una carta más completa desde Roma, pues en ese momento no me sentía con ánimos para escribir. No quería ir a ningún sitio, pues no quería toparme con Bernardo, no quería ver a ninguno de mis amigos, la única persona a la que visité fue al médico; fui a su casa en coche, acompañado por Fabiani. Era un hogar acogedor, agradable, su hermana, una mujer mayor y soltera, lo cuidaba; aquella mujer tenía algo adorable, algo profundamente leal, que enseguida me atrajo, me hizo pensar en la anciana Domenica; aunque la hermana del médico era culta, poseía talentos y era más cumplida.

A la mañana siguiente, la última que pasaría en Nápoles, mi mirada se quedó prendida con nostalgia en el Vesubio, que contemplaba ahora por última vez, pero espesas nubes rodeaban la cima, que no parecía desear decirme adiós. El mar estaba totalmente calmo, pensé en la imagen de mi sueño: Lara en la resplandeciente gruta. Pronto sería todo, mi estancia entera en Nápoles, como un simple sueño; cogí el *Diario di Napoli* que había traído el *cameriere*, y en el que aparecía mi nombre: una crítica de mi primera actuación en público. La leí con avidez: la riqueza de mi fantasía, la belleza de mis versos eran objeto de especial relieve, yo parecía pertenecer a la escuela de Pangetti, aunque tal vez seguía demasiado de cerca a mi maestro. Yo no conocía en absoluto a aquel personaje, era evidente que no tenía modelo alguno; la naturaleza y mi propio sentimiento habían sido mis únicos guías; pero la mayoría de los reseñistas son tan poco originales que creen que aquéllos a quienes juzgan también tienen que haber copiado. El público me había concedido una ovación mayor que aquélla, aunque añadía el artículo: con el tiempo llegaré a ser un maestro, ya poseía un talento fuera de lo corriente, pletórico de fantasía, sentimiento y entusiasmo. Guardé el diario, pues quería tener al menos algo que me demostrara que lo vivido no había sido un simple sueño. Había visto Nápoles, había tenido mis dificultades, había ganado y perdido mucho... ¿Habría concluido ya el maravilloso vaticinio de Fulvia?

Abandonamos Nápoles; las altas viñas lo cerraron a nuestros ojos. El viaje a casa, la vuelta a Roma, duró cuatro días, el mismo recorrido que dos meses antes había hecho en compañía de Federigo y Santa. Vi de nuevo Mola di Gaeta con sus naranjales, aunque ahora los árboles olían a azahar; fui al lugar donde Santa había escuchado la historia de mi vida, un hecho que se enlazaría a tantos otros más tarde. Recorrimos las angostas calles de Itri y pensé en Federigo. En la frontera, donde revisaron nuestros pasaportes, seguían las cabras en su gran cueva de la roca, que mi amigo dibujó entonces; no vi al zagalillo. Pasamos la noche en Terracina; el aire matutino era absolutamente transparente, di mi adiós al mar que me había estrechado entre sus brazos, que me había arrullado para mi sueño más bello y me había mostrado a Lara, la imagen de la belleza. En la distancia, en el clarísimo horizonte etéreo, vi de nuevo el Vesubio con su azulada columna de humo, todo estaba como fragante en el deslumbrante firmamento. ¡Adiós, adiós! ¡A casa, a Roma, allí está mi tumba! suspiré, y el coche atravesó las verdes ciénagas hasta Velletri; saludé a las montañas por las que había caminado con Fulvia, volví a ver Genzano, crucé la plaza en la que había muerto mi madre, donde había perdido, cuando no era aún más que un niño, todo cuanto tenía en este mundo. Y ahora volvía allí como un señor principal, los mendigos me llamaban *Eccellenza*, ahora debía de ser más feliz que entonces. Pasamos por Albano, ante nosotros se abría la campiña, la tumba de Ascanio con la espesa hiedra junto al camino, las cámaras funerarias, el largo acueducto y Roma con la cúpula de San Pedro.

—¡Alegra esa cara, Antonio! —dijo Fabiani cuando entramos por Porta San Giovanni; la iglesia luterana, el alto obelisco, el coliseo y la plaza de Trajano, todo me decía que estaba en casa; como el sueño de una sola noche y, sin embargo, como un año de mi vida, aparecían a mis ojos los sucesos de los últimos tiempos. Qué silencioso y muerto parecía todo, en comparación con Nápoles, el largo Corso no era la calle Toledo. Vi de nuevo los rostros conocidos a mi alrededor, Habbas Dahdah apareció con sus rápidos pasitos y nos saludó, pues reconoció el coche. En la esquina de Via Condotti estaba Peppo, con sus maderas en las manos.

—¡Ya estamos en casa! —dijo Francesca.

—Sí, en casa —repetí yo, con mil sensaciones agitándose en mi pecho. Dentro de unos instantes volvería a ser el colegial ante *Sua Eccellenza*, me horrorizaba el encuentro y, sin embargo, tenía la sensación de que los caballos no corrían suficiente.

Nos detuvimos ante el Palazzo Borghese.

Me asignaron dos pequeñas estancias en el piso superior; aún no había visto a *Sua Eccellenza*. Nos avisaron para la cena. Hice ante él una profunda reverencia.

—Antonio puede sentarse entre Francesca y yo —fueron las primeras palabras que oí de sus labios.

La conversación fue animada y natural; yo esperaba que en cualquier momento alguien me dirigiera alguna observación airada, pero ni una palabra, ni una alusión a mi ausencia o a que *Sua Eccellenza* estuviera enfadado conmigo, como indicaba su

carta. Aquella benevolencia me conmovió y me hizo apreciar aún mucho más el amor que me ofrecían, y sin embargo llegarían momentos en los que mi orgullo se sintió dolido... por no haber sido reprendido.

IX

Formación. La pequeña abadesa

El Palazzo Borghese era mi hogar, me trataban con más ternura y familiaridad, aunque de vez en cuando volvían a los viejos tonos aleccionadores, a aquella forma hiriente de tratarme, pero yo sabía que su intención era buena.

En los meses más cálidos abandonaban Roma y yo me quedaba solo en el gran palacio. Al acercarse el invierno regresaban, y se reproducían las circunstancias de siempre. Olvidaban que yo también crecía, que ya no era el niño de la campiña que se aferraba a cada palabra que se le dijera como si fuera un artículo de fe, o el colegial de los jesuitas, al que había que estar educando cada minuto del día.

Como un poderoso mar en el que la olas se aplastan unas a otras, fue aquel espacio de seis años, que conseguí vadear con la ayuda de Dios. Tú, que me acompañas en la aventura de mi vida, volarás por esa época con rapidez. Te daré una impresión del conjunto con unos pocos trazos: aquella fue la lucha de mi instrucción espiritual, del joven al que trataban como a un niño para que algún día pudiera llegar a maestro.

Se me veía como a una persona con talento que podría llegar a ser algo, y todos se hacían cargo de mi educación. Mi dependencia proporcionaba ocasión para ello a las personas con las que me relacionaba más íntimamente; mi buen carácter, a todos los demás. En lo más hondo, y con gran sentimiento, percibía la amargura de mi situación, pero la soportaba. ¡Menuda formación!

Sua Eccellenza se quejaba de mi falta de diligencia; de nada servía lo mucho que pudiera leer, aquello no era sino la dulce miel superflua de los libros que satisfacía mis caprichos. Los amigos de la familia y mis protectores me comparaban con el ideal de sus propios intereses, de forma que no tenía más remedio que salir malparado. El matemático decía que yo tenía demasiada fantasía, demasiado poca ponderación. El erudito, que no me aplicaba con suficiente ardor al estudio de la lengua latina. El político me preguntaba siempre por la presencia de la sociedad en las novedades políticas con las que yo no estaba familiarizado, y si me preguntaba era sólo para mortificar al pobre muchacho. Un joven noble que vivía tan sólo para sus caballos de silla no hacía sino lamentar mis escasos conocimientos de equitación y, acompañado por los demás, entonaba un miserere afirmando que yo estaba mucho más interesado por mí mismo que por sus caballos. Una noble amiga de la casa que, por su rango y un engreimiento fuera de lo normal, albergaba la peregrina idea de ser extraordinariamente sabia y crítica, aunque en el fondo carecía del buen sentido del que pretendía hacer gala, se ofreció a revisar mis poemas para cuidar de su belleza y su forma, pero se empeñó en que se los enviara en pliegos. Habbas Dahdah me consideraba un talento que en tiempos prometía algo, pero que había muerto ya hacía

tiempo; el primer bailarín de la ciudad me despreciaba porque yo era incapaz de causar buena impresión en un salón de baile, el gramático porque usaba el punto donde él ponía punto y coma, y Francesca decía que se me mimaba en exceso, que se hacía demasiado por mí, lo que la obligaba a ella a ser estricta y exigente. Cada cual me instilaba su gotita de veneno en el corazón y yo sentía que éste acabaría endureciéndose o desangrándose.

Lo bello, lo noble de todas las cosas y de cada cosa me impresionaba y me cautivaba. En los momentos de tranquilidad pensaba a menudo en mis educadores y tenía la sensación de que, a efectos de la naturaleza y la vida de este mundo, para los que vivían mi mente y mi alma, no eran sino afanosos artesanos. El mundo mismo se me aparecía como una preciosa muchachita que, por su espíritu, sus formas y sus ropas atraía mi atención toda, pero el zapatero decía: «¡Fíjate en sus zapatos! ¡Son excelentes, y eso es lo principal!». El modisto gritaba: «¡No, el vestido! ¡Fíjate qué corte tiene! ¡Eso es en lo único en que has de fijarte! ¡Observa los colores, las puntadas, estúdialo hasta el fondo!». «¡No!» —exclamó el peluquero—. «¡Es la trenza lo que debes analizar, es en ella en la que has de concentrarte!». «¡La lengua es lo principal!» —profirió el maestro de lenguas—. «¡No, el porte!» —dijo el maestro de baile—. ¡Dios mío! —suspiré yo—. ¡Es el conjunto lo que me impresiona! Claro que veo lo bello de cada cosa, pero no puedo ser sastre ni zapatero para complaceros. Mi vocación consiste en captar la belleza del conjunto. Buena gente, ¡no os enfadéis conmigo, no me condenéis!... «¡Eso es demasiado bajo para él! ¡No es suficientemente elevado para su espíritu poético!» —se burlaban todos. ¡No hay animal tan cruel como el hombre! Si yo hubiera sido rico e independiente, los colores habrían cambiado al momento. ¡Todos eran más listos, más concienzudos, más perspicaces que yo! Aprendí a reír complaciente cuando habría querido llorar, a inclinarme cuando despreciaba, a escuchar atento el parloteo vacío de los necios. Fingimiento, amargura y hastío de vivir eran los frutos de la formación a la que me sometieron los hombres y las circunstancias. Siempre estaban poniendo de relieve mis carencias, ¿tal vez no había en mí ningún aspecto bueno en lo espiritual? Yo mismo hube de buscarlo, de intentar hacerlo visible; conducían mi pensamiento hacia mí mismo y luego me recriminaban que pensara en mí mismo.

El político me llamaba egoísta porque no me dedicaba única y exclusivamente a sus asuntos; un joven diletante de la estética, y pariente de los Borghese, me enseñó cómo tenía que pensar, componer poesía y juzgarla, siempre de forma tal que cualquier extraño pudiera percatarse de que era un miembro de la aristocracia quien educó al pastorcillo, al pobre, que había de estar doblemente agradecido porque se hubieran rebajado a acogerlo. El que se interesaba por los hermosos caballos, y única y exclusivamente por ellos, decía que yo era una persona extraordinariamente vanidosa, porque no tenía ojos solamente para sus caballos. ¿Tal vez eran ellos los egoístas? ¿O acaso tenían razón? ¡Tal vez! Yo era un niño pobre por el que habían hecho mucho. Pero si mi nombre carecía de nobleza, mi espíritu sí que la tenía y

sufría en lo más íntimo con la menor humillación. Yo, que con toda mi alma me había aferrado a mi humanidad, me convertía ahora, como la esposa de Lot, en una amarga estatua de sal. Nació la obstinación en mi alma. Cada instante hacía crecer mi confianza en mí mismo, que, amarrada por sus cadenas, se transformó pronto en el demonio de la soberbia que desdeñaba las necedades de sus sabios maestros y que me susurraba al oído, con altanería: Tu nombre vivirá y será recordado cuando todos esos hayan sido olvidados, o cuando sólo los mencionen por su relación contigo, como tu ambiente, como las piedrecillas y las amargas lágrimas que cayeron en el cáliz de tu vida. Pensaba en Tasso, en la vanidosa Leonora, en la orgullosa corte de Ferrara, cuya nobleza ya solamente se mantenía en pie por el nombre de Tasso; su palacio no era sino ruinas, prisión del poeta y lugar de peregrinación. Yo percibía la vanidad con la que latía mi corazón pero, por la manera en que me educaban, así había de ser, o perecer desangrado. La benignidad y el estímulo habrían conservado pura mi mente, mi alma habría seguido llena de cariño, cada sonrisa y cada palabra amable era un rayo de sol que hacía fundirse una de las raíces de hielo de la vanidad, pero sobre ellas caían más gotas de veneno que rayos de sol.

Yo ya no era bueno, como hasta entonces lo había sido, aunque me consideraba a mí mismo una persona excelente, magnífica. Mi alma estudiaba los libros, la naturaleza, el mundo y a mí mismo y, sin embargo, todos clamaban: «¡No quiere estudiar!». Aquel periodo de formación duró seis años, bueno, siete, se puede decir, pero fue a finales del sexto cuando llegó un nuevo oleaje al mar de mi vida. Durante seis largos años, ciertamente, hubo varios sucesos que podrían relatarse, que fueron más prominentes que muchos de los acaecidos con anterioridad, pero todos se fundían en una única gota de veneno, que cada talento carente de oro o linaje conoce como la palma de su mano.

Yo era abate, gozaba en Roma de cierto nombre como improvisador, pues había improvisado y recitado poemas en la *Accademia Tiberina*^[77], y siempre recibí atronadores aplausos, pero Francesca tenía razón al decir que allí aplaudían todo lo que les leían. Habbas Dahdah figuraba como uno de los primeros de la *Accademia*, es decir, él era quién más hablaba y escribía, todos sus colegas aseguraban que era demasiado arbitrario, gruñón e injusto en exceso, y sin embargo hablaban de él, y él escribía a más no poder. Había repasado mis acuarelas, como él las llamaba, pero la huella del talento que había hallado en mí cuando, en la escuela, me arrastraba en el polvo suplicando su opinión, había muerto nada más nacer, mis amigos habían de impedir que cualquiera de mis poemas, que no eran sino abortos poéticos, llegara a ver la luz; la desgracia, afirmaba, era que grandes genios habían escrito a edad temprana y yo pretendía seguir sus pasos.

Nunca oía hablar de Annunziata; para mí era como un difunto que en el momento de la muerte había golpeado su fría mano contra mi corazón para hacerle sufrir aún más al menor roce doloroso. Mi estancia en Nápoles, todos los recuerdos que atesoraba de ella, eran como una cabeza de Medusa que petrificaba toda belleza.

Cuando soplaban el cálido siroco recordaba la dulce brisa de Paestum, recordaba a Lara y la deslumbrante gruta donde la había visto. Cuando me presentaba como un pobre mocoso ante mis educadores y mis educadoras, se me venía a la memoria el aplauso recibido en la guarida de ladrones, y también el del gran teatro de San Carlo. Cuando estaba en un rincón pensaba en Santa, que extendía sus brazos hacia mí y suspiraba: «¡Mátame, pero no me dejes!». Fueron seis años largos e instructivos, ahora tenía ya veintiséis de edad.

A Flaminia, la pequeña abadesa, como solían llamarla, la hija de Francesca y Fabiani, y que había sido consagrada por el Santo Padre, ya desde la cuna, como novia celestial, no la había visto desde los tiempos en que bailaba con ella en brazos y le hacía dibujos divertidos. Se educaba en Roma, en el convento de monjas de Quattro Fontane, del que nunca salía; tampoco Fabiani la había visto en seis largos años, sólo Francesca, como mujer y madre, era autorizada a visitarla. Decían que su cuerpo ya se había desarrollado por completo, y las piadosas hermanas condujeron su espíritu a idéntica madurez. Siguiendo una antigua costumbre, la pequeña abadesa iría a pasar varios meses en casa de sus padres, gozaría los placeres y alegrías del mundo para, después, decirles adiós de manera definitiva. A decir verdad, tendría ocasión de elegir entre el ruidoso mundo y el silencioso convento pero, desde sus primeros juegos infantiles con muñecas vestidas de monja hasta su formación en el convento, todo estaba dispuesto para inclinar hacia éste su alma y sus pensamientos.

Muchas veces, cuando yo pasaba por la Piazza delle Quattro Fontane en la que se hallaba el convento^[78], pensaba en la cariñosa niña con la que había bailado sosteniéndola en mis brazos, en lo asombrada que se quedaba, en lo tranquila que vivía detrás de los angostos muros. Una sola vez entré en la iglesia del convento y oí el canto de las monjas detrás de la celosía. ¿Estaría entre ellas la pequeña abadesa? pensé, aunque sin atreverme a preguntar si las pensionistas participaban en el canto y en la música de la iglesia. Una voz destacaba extraordinariamente aguda y melancólica entre las demás, se parecía mucho a la de Annunziata, creí estar oyéndola a ella de nuevo, y todos los recuerdos de aquella época despertaron en mi alma.

—¡El lunes próximo llega nuestra pequeña abadesa! —dijo *Sua Eccellenza*; yo me sentía extrañamente lleno de añoranza y deseo de volver a verla. La veía como un pájaro enjaulado, igual que yo, y ahora sacaban el pajarito de la jaula para que pudiera disfrutar de la libertad en la naturaleza de Dios... aunque con un cordel atado a la patita.

La vi por primera vez a la hora de comer. Tal y como me habían contado, estaba bastante crecida, algo pálida, y a primera vista nadie diría que era bella, aunque había algo de íntimamente bueno en su rostro, una asombrosa dulzura se extendía por todo él.

A la mesa estaban sentados solamente algunos de los parientes más próximos. Nadie le dijo quién era yo; ella parecía no reconocermelo, pero respondió a todas las

palabras que pronuncié con una amabilidad a la que yo nunca había estado acostumbrado. Aprecié que no hiciera distinciones entre nosotros y ella me hizo a mí también participe en la conversación; seguramente no se acuerda de mí, pensé.

Todos estaban animados, contaban chistes y sucesos graciosos de la vida diaria, y la pequeña abadesa reía. Aquello me animó a proponer unos cuantos chistes que, justo en aquellos momentos, gozaban de bastante fama en muchos círculos de la ciudad; pero sólo la pequeña abadesa rió, los demás helaron sus sonrisas, dijeron que aquello no era bueno, yo aseguré que no pasaba nada, que en casi todas partes de Roma se divertían con ellos.

—¡Vaya paparruchas! —exclamó Francesca—. ¡Y es capaz de hallar diversión en semejante superficialidad! ¡Qué cosas pueden llegar a ocupar el cerebro de una persona!

Aquello me provocó, a decir verdad, cierto disgusto, pues yo había querido contribuir también a la alegría reinante y lo que conté me parecía divertido, y se suponía que lo era. Me hicieron callar, y callé.

Por la tarde vino un grupo de personas a las que no conocía y me mantuve prudentemente aparte. Un gran círculo se había formado en torno al espléndido Perini, era de mi edad, aunque aristócrata, alegre y ciertamente muy entretenido y con todos los talentos sociales posibles; se sabía que era gracioso y agudo y opinaban que, efectivamente, así era todo cuanto decía. Yo estaba un poco atrás y los oía reír a todos, especialmente a *Sua Eccellenza*. Me aproximé, era precisamente el mismo chiste que me había hecho sentirme tan desdichado un rato antes al presentarlo por primera vez; pero Perini lo contó sin quitar ni añadir nada, utilizó las mismas palabras y los mismos gestos que yo, y esta vez todos rieron.

—¡Es de lo más cómico! —exclamó *Sua Eccellenza*, aplaudiendo—. Muy cómico, ¿verdad? —dijo a la pequeña abadesa que estaba a su lado, riendo.

—Sí, y también me lo pareció durante la comida, cuando nos lo contó Antonio —exclamó. En aquella frase no había resquemor alguno, la pronunció con su dulzura natural; yo me habría arrojado a sus plantas.

—¡Oh, son soberbios! —dijo Francesca, hablando de los chistes.

Mi corazón palpitó con fuerza; me alejé hacia la ventana, detrás de las largas cortinas, y respiré el aire fresco.

Esto no es sino un detalle entre los muchos de esos días; los días siguientes trajeron cosas parecidas, pero la pequeña abadesa era una niña adorable que me miraba con bondad y cariño directamente a los ojos, como si quisiera pedir perdón por sus pecados contra mí. Y yo era demasiado débil, me sobraba la vanidad, aunque no la soberbia. Aquella tenía sus raíces, sin duda, en mi pobre cuna, en mis primeros tiempos de formación, en mi dependencia y en la desdichada relación de agradecimiento en la que siempre había estado inmerso. Siempre recordaba que me debía a quienes me rodeaban, y aquello me ataba la lengua, las audacias de mi orgullo. Era honesto, desde luego, pero débil.

Nunca podría alcanzar una posición independiente si la actual situación no cambiaba. Mi sentido del deber, mi seriedad, eran algo que todos reconocían; y sin embargo, añadían: Su genio no es apto para empresas serias; tenía demasiado espíritu para ello, afirmaban los que se mostraban más galantes conmigo. Si de verdad querían decir lo que decían, ¡qué pobremente juzgaban a un hombre con espíritu! Yo habría podido morir de hambre si *Sua Eccellenza* no hubiera estado allí, ¡qué gratitud le debía!

En esa época concluí un extenso poema: *David*, en el que había vertido mi alma entera. Día tras día, durante los últimos años, sometido a constante instrucción, con el recuerdo de mi huida a Nápoles, de los sucesos que habían tenido lugar allí y la desintegración de mi primer gran amor, mi ser entero había adquirido un sentido poético más fuerte: en algunos momentos, la vida entera me parecía un poema lírico en el que yo mismo tenía mi papel, nada acaecía que me pareciese insignificante y cotidiano, incluso mi dolor, las injusticias que se cometían conmigo, todo era poesía. Mi corazón se esforzaba por derramarse y en *David* hallé el tema que respondía a mi estado de ánimo. Sentí con toda viveza la calidad de lo que había escrito, y mi alma era toda agradecimiento y cariño, pues la verdad es que jamás canté ni compuse una estrofa que me pareciera feliz, sin volverme, lleno de infantil agradecimiento, hacia el eterno Dios, pues sentía que había sido un regalo Suyo, una gracia que Él había insuflado en mi alma. Me sentía feliz con mi poema, afrontaba con espíritu más humilde lo que entendía eran injusticias que se me hacían, pensando: Cuando escuchen esto se darán cuenta de lo injustos que han sido conmigo, y me tratarán con mucho más afecto que antes. Mi poema estaba listo, no lo habían visto otros ojos terrenales sino los míos. Me parecía un Apolo vaticano, una imagen impoluta de belleza, conocida sólo por Dios y por mí; esperaba con alegría el día en que lo recitaría ante la *Accademia* Tiberina. Entre tanto, nadie debería conocerlo en casa; pero un día, uno de los primeros tras la llegada de la pequeña abadesa, Francesca y Fabiani se mostraron tan afables y cariñosos conmigo que no pude seguir ocultándoles el secreto. Les hablé de mi poema y dijeron: «Pero nosotros tenemos que oírlo primero». Me mostré dispuesto a leerlo, aunque no sin palpitaciones, no sin un extraño miedo. Por la tarde, cuando llegó la hora de leerlo, nos visitó Habbas Dahdah. Francesca le pidió que se quedara y me honrara escuchando el poema. Nada habría podido molestarme más, yo conocía su falta de delicadeza, su malhumor y su mala sangre, aunque tampoco los demás se mostraban particularmente entusiasmados conmigo; mas la confianza en la excelencia de mi obra me proporcionaba cierto ánimo; la pequeña abadesa parecía feliz, se anticipaba el placer de escuchar mi *David*. Cuando hice mi debut en el San Carlo, mi corazón no latía con más fuerza que en aquel momento, ante aquellas personas; aquel poema podría cambiar totalmente su juicio, su forma de tratarme, era una especie de operación espiritual que deseaba realizar en ellos, y por eso temblaba. Un sentimiento natural en mí me había llevado a representar solamente lo que yo mismo conocía. La vida pastoril de *David*, con la que

empezó David, estaba tomada de los recuerdos de mi infancia en la cabaña de Domenica.

—¡Pero si eres tú! —exclamó Francesca—. ¡Tú mismo en la campiña!

—¡Claro, teníamos que haberlo imaginado! —dijo *Sua Eccellenza*—. ¡Siempre tiene que ser él! ¡Vaya genio curioso el de este hombre! ¡Sabe aparecer en cualquier sitio, por ilógico que sea!

—¡Habría que limar un poco más esos versos! —dijo Habbas Dahdah—. Aconsejo la regla horaciana^[79]: Déjalo descansar y descansar hasta que alcance la madurez.

Fue como si hubieran arrancado el brazo de mi bella estatua. Leí algunas estrofas más, pero sólo encontré comentarios fríos y superficiales. Si mi corazón había expresado con naturalidad sus propios sentimientos, era porque lo había tomado de otro poeta; donde mi alma se arrebatava, donde había esperado atención y entusiasmo, se mostraban indiferentes y hacían frías observaciones generales; acabé terminando de cualquier manera, era totalmente incapaz de seguir recitando. Mi poema, que a mí mismo me había parecido tan bello y espiritual, era ahora como una muñeca deforme, una *befana*^[80] de ojos de cristal y muecas retorcidas, era como si hubieran exhalado veneno sobre mi imagen de belleza.

—¡Ese David nunca matará a los filisteos! —dijo Habbas Dahdah; por lo demás, dijeron que contenía algunas cosas realmente buenas: lo infantil, lo sentimental sí que se me daba bien expresarlo. Me mantuve en silencio y me incliné como el delincuente ante un veredicto indulgente. La regla horaciana me la dijo Habbas Dahdah en un susurro, aunque me dio un amistoso apretón de manos y me llamó poeta. Pero unos instantes más tarde, cuando me había acurrucado en un rincón, abatido, le oí decirle a Fabiano que mi trabajo era una chapuza desesperante.

No me apreciaban ni lo más mínimo, pero mi alma era incapaz de soportarlo, entré en la gran sala de al lado, donde ardía el fuego en la chimenea, arrugué con furia el poema en mis manos. Toda mi esperanza, mis sueños todos, habían quedado aniquilados en un solo instante; me sentí tan horriblemente insignificante, un pésimo reflejo de Aquél a Cuya imagen había sido creado. Lo que había amado, lo que había apretado contra mis labios, lo que mi alma había absorbido, mi pensamiento vivo, lo arrojé a la chimenea, mi poema se inflamó en las rojas llamas.

—¡Antonio! —gritó la pequeña abadesa a mi lado, abalanzándose sobre el fuego para salvar aquellas hojas en llamas; su pie resbaló por la brusquedad del movimiento y la muchacha se precipitó sobre el fuego, fue espantoso. Soltó un alarido, yo me abalancé sobre ella, la levanté, el poema ardía ya entero, los demás acudieron asustados.

—¡Cielo santo! —gritó Francesca. La pequeña abadesa estaba entre mis brazos, pálida como una muerta; levantó la cabeza, sonrió y dijo a su madre:

—Me resbalé. Sólo me he quemado un poco en las manos. De no ser por Antonio, habría sido bastante peor.

Yo callaba como un pecador, incapaz de decir una sola palabra; Flaminia tenía una quemadura grande en la mano izquierda, se formó un gran revuelo en toda la casa. No podían saber que había quemado mi poema, esperaba que me preguntaran más tarde por él, pero como yo mismo no dije nada, no hubo nadie que lo mencionara. ¿Nadie? Sí, una persona sí: Flaminia, la pequeña abadesa. Yo veía en ella el ángel bueno de la casa, y su dulzura, sus fraternales sentimientos hacían regresar algunas veces la fe de mi infancia, estaba como atado a ella. Su mano estuvo enferma durante más de dos semanas, la herida le dolía mucho pero también me dolía a mí en lo más hondo del corazón.

—¡Flaminia, yo tengo la culpa de todo! —le dije un día en que estaba solo con ella—. ¡Por culpa mía padeces esos dolores!

—¡Antonio! —repuso ella—. ¡No vuelvas a decir eso, por el amor de Dios! Que nadie oiga ni una palabra, eres injusto contigo mismo, se me resbaló un pie y habría sido muchísimo peor de no ser por ti. Tengo una deuda de gratitud hacia ti, y eso mismo es lo que sienten papá y mamá. ¡Te quieren mucho, Antonio, más de lo que crees!

—Se lo debo todo a ellos —respondí—. ¡Cada día se suman nuevas bondades!

—No hables así, Antonio, ellos tienen su forma peculiar de tratarte, pero están convencidos de que es la correcta. No sabes cuántas cosas buenas me contó de ti mi madre. Y todos tenemos defectos, Antonio, tú mismo —se detuvo— vaya, ¿cómo pudiste ser tan malo como para quemar aquel precioso poema?

—¡No servía para otra cosa! —respondí—. Hace mucho tiempo que debería haberlo arrojado al fuego.

Flaminia sacudió la cabeza.

—Este es un mundo malo y perverso —dijo—. Sí, se estaba mucho mejor con las hermanas en el amable y silencioso convento.

—¡Sí! —exclamé—; yo no soy bueno e inocente como usted, mi corazón recuerda mejor la gota amarga que el bálsamo de bendición que me hayan podido ofrecer.

—En mi amado convento todo era mucho mejor que aquí, aunque aquí todos me quieren —decía con frecuencia cuando estábamos solos. Mi alma entera se inclinaba hacia ella, pues la veía como el ángel bueno de mis mejores sentimientos, de mi inocencia. Creí percibir también una mayor delicadeza, una mayor clemencia en las palabras y las miradas de los demás hacia mí, y pensé que era Flaminia el motivo de aquel cambio.

Le gustaba hablar conmigo sobre el tema que más me apasionaba: la poesía; la maravillosa, divina poesía, y yo le hablaba de los grandes maestros, y muchas veces el entusiasmo ascendía en mi alma, mis labios adquirían elocuencia. Ella estaba sentada con las manos plegadas, como un ángel de inocencia, mirándome a los ojos.

—¡Pero qué feliz eres, Antonio! —exclamó—. Más feliz que muchos miles de personas, y sin embargo tengo la sensación de que es inquietante en ese mismo grado

pertenecer al mundo como has de hacerlo tú, o cualquier otro poeta. ¡Cuánto bien pueden hacer tus palabras, pero también cuánto mal! —expresó su extrañeza de que los poetas pudiesen cantar luchas y peligros terrenales, ella creía que el profeta de Dios era un poeta que sólo podía cantar al eterno Dios y los gozos celestiales.

—Pero el poeta canta a Dios en sus criaturas —repuse—, lo glorifica en lo que Él creó con Su gloria.

—¡No comprendo! —dijo Flaminia—; siento con claridad lo que quiero decir, pero no tengo palabras para hacerlo. El Dios eterno, lo divino de Su mundo y de nuestro propio corazón es lo que habría de expresar el poeta, ir hacia Su corazón y no al salvaje mundo —y me preguntó qué se sentía al ser poeta, cuál era la sensación que se experimentaba al improvisar; y yo le expliqué, lo mejor que pude, aquel estado de salud espiritual.

—La mente, las ideas —dijo ella—. ¡Sí, eso lo entiendo! Eso nace en el alma, procede de Dios, eso lo conocemos todos; pero los bellos versos, la forma en que se expresa la conciencia, ¡eso no lo comprendo!

—¿No aprendió usted en el convento —pregunté—, más de una vez, algún bello himno o alguna leyenda sagrada puesta en verso? Frecuentemente, cuando menos esté pensando en ello, o en una situación completamente diferente, surge en su interior una idea que hace despertar el recuerdo de esto o de aquello, y que se podría escribir en un papel; los versos, la rima misma, le avivan el recuerdo de la continuación, pues la idea, el contenido, lo veía usted con claridad desde el principio. ¡Eso es lo que les sucede al improvisador y al poeta, o al menos a mí! Muchas veces tengo la sensación de que son recuerdos, canciones de cuna procedentes de otro mundo, los que despiertan en mi alma y me hacen sentir la necesidad de repetirlos.

—¡Cuántas veces habré sentido algo semejante! —dijo Flaminia—; pero nunca he sido capaz de expresarlo. La extraña añoranza que me invadía sin que yo misma supiera por qué. Era por eso por lo que tantas veces me sentía fuera de lugar en este salvaje mundo. ¡Todo me parece un extraño sueño! ¡Por eso anhelo regresar a mi convento, a mi pequeña celda! No sé cómo es, Antonio, pero en sueños vi muchas veces a mi novio, Jesús, y a la santa Virgen María, ahora me visitan mucho menos, ahora sueño con el placer y la alegría terrenales, con tantas cosas malas. Ya no veo las cosas tan bien como antes, cuando estaba entre las hermanas. ¿Por qué he de estar lejos de ellas tanto tiempo? ¿Sabes, Antonio?, quiero confesarte algo. He dejado de ser inocente, ¡me encanta adornarme! Me encanta que me digan que soy guapa. En el convento me decían que quien piensa en esas cosas es una hija del pecado.

—¡Oh, si mis pensamientos fueran tan inocentes como los de usted! —respondí, me incliné y besé su mano. Ella me contó que aún se acordaba de que yo había bailado con ella en brazos, cuando era pequeña, y de que le hacía dibujos.

—Que usted rompía en pedazos en cuanto los veía —le dije.

—¡Qué mala era! ¿Y no te enfadabas conmigo?

—Las personas han destrozado los más hermosos cuadros de mi corazón, y sin

embargo no me enfado con ellas —respondí, y ella me dio una cariñosa palmadita en la mejilla; cada vez iba resultando más querida a mi corazón, que ya no se interesaba por nadie más en este mundo, sólo ella era cariñosa y compasiva.

En los dos meses más cálidos del verano se desplazaron todos a Tívoli; yo los acompañé, Flaminia debió de ser responsable de ello. La preciosa naturaleza, los espléndidos olivares y las bramantes cascadas me impresionaron grandemente la primera vez que las vi en Terracina. Me sentí fortalecido al escapar de Roma, de la dorada campiña, del opresivo calor. El aire fresco y las montañas con sus oscuros olivares me devolvieron al alma las imágenes de la vida en Nápoles.

A Flaminia le gustaba salir, junto a su doncella, a lomo de burro, a recorrer el valle de Tívoli, y se me autorizó a servirles de guía. Flaminia tenía muy buen sentido para la belleza pictórica de la naturaleza, yo tenía que intentar esbozar cuadros del espléndido entorno: la infinita campiña en la que se alzaba la cúpula de San Pedro en el horizonte, las ubérrimas laderas de los montes, cubiertas de olivares y viñedos, Tívoli mismo, en lo alto del roquedal desde el que se precipitaban espumeantes una catarata tras otra sobre el abismo.

—Es —dijo Flaminia— como si toda la ciudad estuviese aupada sobre berruecos sueltos que van a ser arrastrados por el agua. Allí arriba, en las calles, no se sueña con tal cosa, pero en realidad están caminando tan tranquilos sobre una tumba abierta.

—¡Eso es lo que hacemos siempre! —respondí—. Es así, pero es una suerte que esté oculto a nuestros ojos. Las espumeantes corrientes de agua que vemos caer tienen algo misterioso, pero no pueden ni compararse con el miedo que produce Nápoles, donde cae el fuego igual que aquí el agua.

Le hablé del Vesubio, de mi ascensión al volcán, le hablé de Herculano y de Pompeya, y ella bebió de mis labios hasta la última palabra. En casa hube de contarle aún más cosas sobre las maravillas más allá de los pantanos.

El mar no acababa de entenderlo bien, pues desde lo alto de las montañas lo había visto sólo como una cinta plateada en el horizonte. Le dije que era como el cielo de Dios extendido sobre la tierra, y ella juntó las manos y exclamó:

—¡Dios ha creado el mundo infinitamente bello!

«¡Por eso no debemos apartarnos de la gloria de Su obra emparedándonos en el oscuro convento!», habría querido decirle; pero no me atreví.

Un día estábamos en el viejo templo de la sibila contemplando dos grandes cascadas que se precipitaban como nubes sobre el abismo, una columna de diminutas gotas de agua se elevaba a gran altura entre los oscuros árboles, hacia el cielo azul; los rayos del sol brillaban sobre la columna formando un arcoiris. Dentro de la cueva en la roca, por encima de la cascada más pequeña, tenía su nido una bandada de palomas, volaban por debajo de nosotros en grandes círculos al otro lado de la rugiente masa de agua que se convertía en millones de gotas en su caída.

—¡Qué belleza! —exclamó Flaminia—. ¡Improvisa ahora para mí, Antonio! —pidió—. ¡Hazme un poema de lo que estás viendo!

Pensé en los sueños de mi corazón, donde todo se despedaza igual que aquella corriente de agua, y la complací cantando: Era la vida lo que espumeaba allí, como la corriente, pero no todas sus gotas bebían la luz del sol, sólo sobre el conjunto, sobre una humanidad entera, se inclinaba la gloria de la hermosura.

—¡No, no quiero nada triste! —protestó Flaminia—. No tienes que cantar para mí a menos que te apetezca de verdad. No sé cómo es, Antonio, pero no te veo como a los demás caballeros que conozco. A ti te puedo decir todo lo que pienso, te noto muy cercano a mí, igual que mi madre y mi padre.

Yo tenía su confianza y ella la mía; había tantas cosas que se agitaban en mi alma y que yo precisaba comunicar. Un atardecer le conté algo de mi infancia, del paseo por las catacumbas, de la fiesta de las flores de Genzano y la muerte de mi madre, cuando nos atropellaron los caballos de *Sua Eccellenza*. ¡Nunca había oído hablar de ello!

—¡Oh, Dios! —exclamó—. ¡Así que somos nosotros los culpables de tu desgracia! ¡Pobre Antonio! —me cogió la mano y me miró a los ojos con tristeza. Tenía mucho interés por la anciana Domenica, me preguntó si la visitaba con asiduidad y me avergoncé al tener que reconocer que en los últimos años no había estado allí más que un par de veces, como mucho, pero que en Roma la veía más a menudo y entonces compartía con ella mis escasos bienes, pero que no valía la pena hablar de eso.

Estaba siempre pidiéndome que le contara más cosas, y le conté toda la vida de mis años mozos, le hablé de Bernardo y Annunziata, y ella me miró hasta el fondo de mi alma con una mirada infinitamente devota. La presencia de la inocencia hacía más fáciles mis palabras. Le conté de Nápoles, rocé incluso el lado oscuro, pero con delicadeza, con mucha delicadeza, y sin embargo ella se estremeció al oír mi relato, se estremeció al oírme hablar de Santa, la serpiente de la belleza de mi paraíso.

—¡No, no! —exclamó entonces—. ¡No quiero ir jamás allí! Ni el mar ni la montaña ardiente pueden compensar el pecado y el horror de la gran ciudad. ¡Tú eres bueno y devoto, por eso te protegió la Madonna!

Pensé en el cuadro de la Madre de Dios que cayó de la pared cuando mis labios rozaron los de Santa, pero eso no podía contárselo a Flaminia, porque ¿habría seguido considerándome bueno y devoto? Yo era un pecador como los demás; las circunstancias, la gracia de la Madre de Dios me habían protegido; en el momento de la tentación fui débil, igual que todos los que conocía.

Tomó un enorme cariño a Lara.

—Sí —dijo—. Como tu espíritu estaba en el cielo de Dios, ella solamente podía acudir a ti. Me la puedo imaginar perfectamente, puedo imaginar la deslumbrante gruta azul donde la viste por última vez —a Annunziata prefería no juzgarla—. ¿Cómo podía amar a ese horrible Bernardo? No me gustaría nada que fuese tu esposa. Una mujer capaz de presentarse ante una gran audiencia, una mujer que... Bueno, no sé expresar con precisión lo que quiero decir. Sí, me doy cuenta de su belleza, su

inteligencia, y de que está muy por encima de otras mujeres, pero no creo que me agradara que fueses suyo. ¡Lara sería mejor ángel guardián para ti!

Hube de hablarle de mi improvisación y ella opinó que el gran teatro debió de ser más temible que la guarida de los bandidos en la montaña. Le mostré el *Diario di Napoli* donde se había publicado la crítica de mi debut; ¡cuántas veces habría leído yo aquellas páginas!

Le divirtió ver todo lo que contaba el periódico de aquella ciudad desconocida; de pronto se me quedó mirando de hito en hito y exclamó:

—¡Pero no me habías dicho que Annunziata estaba en Nápoles al mismo tiempo que tú! Aquí pone que debutará mañana, o sea, el día en que tú te marchaste.

—¡Annunziata! —balbucí, y clavé los ojos en el periódico que tantas veces había mirado pero en el que solamente había leído lo que decía de mí—. ¡Eso no lo vi! —exclamé, y nos miramos en silencio—. ¡Gracias a Dios que no me topé con ella, que no la vi, pues no era mía!

—Pero ¿y si sucediera ahora? —preguntó Flaminia—. ¿No te alegrarías?

—¡Sería un tremendo dolor! —exclamé—. ¡Un suplicio! No querría volver a encontrarme con la Annunziata que me cautivó, la que aún permanece en mi memoria con tintes ideales, sería ahora para mí un ser distinto, nuevo, que sólo abriría heridas, recuerdos que debo olvidar. ¡He de considerarla como propiedad de la muerte! ¡Ella está entre mis muertos!

Una tarde en que hacía mucho calor, entré en la gran sala común, donde las espesas, verdes plantas trepadoras arrojaban su sombra sobre la ventana. Flaminia estaba sentada con la mano bajo la barbilla, dormía una pequeña siesta, era como si hubiera cerrado los ojos sólo en broma. Su pecho subía y bajaba, estaba soñando. «¡Lara!», dijo. En su sueño se deslizaba ciertamente con la imagen onírica de mi corazón por el resplandeciente mundo en que la había visto por última vez. Una sonrisa se dibujó en sus labios, abrió los ojos.

—¡Antonio! ¿Tú aquí? —dijo—. Me dormí y estaba soñando. ¿Sabes con quién?

—¡Con Lara! —respondí, pues en ella hube de pensar yo también al ver a Flaminia con los ojos cerrados.

—¡Soñé con ella! —me dijo—. Volábamos juntas sobre el precioso, inmenso mar del que me has hablado. En mitad del agua había un monte, y en él estabas sentado tú, triste como lo estás tantas veces. Me pidió que descendiéramos y se lanzó hacia abajo, yo quería descender con ella para llegar hasta ti pero el aire me mantenía en lo alto, y con cada aleteo que daba para seguirla me iba alejando cada vez más. Pero cuando creí que miles de millas nos separaban ya, ella estaba a mi lado, ¡y tú también!

—Así es como nos reunirá la muerte —dije—. ¡La muerte es rica! Suyo es todo lo que más querido resulta a nuestro corazón —hablé con ella de todos mis queridos difuntos, incluso de la muerte de mi pensamiento, de mi amor, y muchas veces regresamos a los mismos recuerdos.

Entonces me preguntó si también pensaría en ella cuando nos separásemos, pues pronto volvería al convento, sería monja, novia de Cristo, y no volveríamos a vernos nunca.

Un agudo dolor me invadió al pensarlo, sentía con plena claridad lo querida que había llegado a resultarme Flaminia.

Un día iba con su madre y conmigo por el jardín de Villa d'Este, donde crecen los altos cipreses, recorriamos la larga avenida formada por las cascadas artificiales. Había allí un mendigo harapiento escardando la hierba del paseo; al vernos, nos pidió un *baiocco*. Yo le di un *paolo*, Flaminia le sonrió amable y también le dio uno.

—¡La Madonna premie a su joven *Eccellenza* y a su bella novia! —nos dijo en voz bien alta.

Francesca rió a carcajadas, a mí me recorrió un calor ardiente por la sangre; no tuve valor para mirar a Flaminia. En mi alma había despertado un pensamiento que jamás había osado desvelar ante mí mismo. Lentamente, pero de modo constante, Flaminia había ido introduciéndose en mi corazón, y tenía la sensación de que éste se desangraría si nos separábamos. Ella era la única a la que aún se aferraba mi alma, la única que aparecía cariñosa en mis pensamientos y mis sentimientos. ¿Era aquello amor? ¿La amaba, tal vez? La sensación que Annunziata había despertado en mi alma era totalmente diferente, incluso la visión de Lara; su recuerdo tenía que ver con otros sentimientos. Espíritu y belleza me hechizaban dirigiendo mi mente hacia Annunziata; la belleza ideal me deslumbraba con la primera visión de Lara, que hacía inflamarse mi corazón.

No, mi amor por Flaminia no era así. No era una pasión salvaje, ardiente: era amistad, el más vivo amor del hermano. Sentí la relación en la que me mantenía ligado con su familia, la determinación que habían tomado sobre su futuro, y me desesperaba porque no podía separarme de ella, ella lo era todo para mí, lo más querido para mí en este mundo; pero no reconocía el deseo de apretarla contra mi corazón, de depositar un beso en sus labios, como ansiaba mi mente con Annunziata, y como una fuerza invisible me empujaba hacia la niña ciega que me era completamente desconocida.

«¡Su joven *Eccellenza* y su bella novia!», las palabras que había gritado el mendigo resonaban una vez tras otra en mi alma; intenté leer los deseos en labios de Flaminia, me puse a su lado como si fuera su sombra. Cuando estaban presentes los demás, me quedaba apenado y triste. Sentía los mil lazos que me oprimían; me volví taciturno y distraído, sólo con ella recuperaba mi locuacidad. La quería tanto, y tenía que perderla.

—¡Antonio! —me dijo—. ¿Estás enfermo, o ha sucedido algo que yo no pueda saber? ¿Por qué? ¿No debo? —se acercaba a mí con toda su alma, yo quería ser para ella un hermano fiel y cariñoso, y sin embargo, todas mis palabras iban destinadas a hacerla pensar en este mundo. Le conté que hubo un tiempo en que también yo quise ser monje, y lo desgraciado que habría sido de haber cumplido mi deseo, pues más

pronto o más tarde, el corazón reclamaría sus derechos.

—Por eso mismo quiero yo —respondió— sentirme feliz, muy feliz, regresando al lado de las pías hermanas. ¡Es allí donde está mi verdadero hogar! Pensaré muchas veces en el tiempo en que viví en el mundo, pensaré en todo lo que me has contado, pensaré en ti y en lo bueno que has sido conmigo. Será un bello sueño, ya lo estoy sintiendo así. Rezaré por ti, rezaré para que el perverso mundo nunca te corrompa, para que seas muy feliz y para que el mundo disfrute con tus cantos y tú puedas sentir lo bueno que es Dios contigo y con todos nosotros.

Entonces brotaron las lágrimas en mis ojos y suspiré muy hondo:

—¡Nunca podremos volver a vernos!

—¡Claro que sí, al lado de Dios y de la Madonna! —respondió con una sonrisa piadosa. Entonces me indicarás quién es Lara, que allí podrá gozar de la luz en sus ojos. ¡Ay, sí, qué buena es la Madonna!

Nos trasladamos de nuevo a Roma; en pocas semanas, los oí comentar, Flaminia regresaría al convento y poco después tomaría los hábitos.

Mi corazón se sintió agobiado de dolor, pero hube de ocultarlo. ¡Qué sola y vacía quedaría la casa cuando nos dejara, qué aislado y abandonado quedaría yo! ¡Qué dolor en mi corazón!... Y tenía que ocultarlo, tenía que parecer alegre, tenía que parecer alguien completamente distinto del que era.

Hablaban de la recepción que se celebraría en su consagración, como si de una fiesta jubilosa se tratara. ¿Pero realmente podía alejarse de nosotros? Habían seducido sus deseos, habían seducido su razón. Le cortarían sus hermosos, largos cabellos, una mortaja cubriría a la que aún estaba viva, oiría repicar las campanas a muerto, y como una difunta se elevará a novia del cielo. Se lo dije a Flaminia, con la angustia de la muerte le rogué que pensara en lo que estaba haciendo, aquello era igual que entrar en su tumba.

—¡Que nadie oiga lo que dices, Antonio! —repuso con una seriedad que jamás había visto en ella—. ¡El mundo te tiene preso con demasiada fuerza! ¡Dirige tus ojos al mundo celestial! —se ruborizó como la sangre, me tomó la mano, como si hubiera hablado con excesiva dureza, y me dijo con la más íntima dulzura—: ¡No quieras entristecerme, Antonio!

Entonces me arrojé a sus pies, ella era para mí como una santa; toda mi alma se aferraba a ella. ¡Cuántas lágrimas derramé esa noche! Mis fuertes sentimientos por ella me parecían un pecado, pues ella era novia de la iglesia. La veía todos los días, todos los días aprendía a apreciarla más y más; ella me hablaba como una hermana, me miraba a los ojos, me daba la mano, decía cuánto me echaría de menos, pues le era muy querido. Convulso, ocultaba la negrura de la muerte que inundaba mi alma y lo conseguía, pues nadie notaba nada. Dios envía la muerte al corazón que padece como padecía yo.

El momento de la separación se cernía horrible ante mí, por eso un espíritu perverso me susurró al oído: «La amas», aunque no la amaba como había amado a

Annunziata, mi corazón no palpitaba como cuando mis labios rozaron la frente de Lara. «¡Dile a Flaminia que no puedes vivir sin ella, que estáis unidos como hermanos! ¡Dile que la amas! ¡*Sua Eccellenza* y su familia abominarán de ti, te arrojarán al mundo exterior! ¡Pero si la pierdes a ella, lo perderás todo! ¡La elección es sencilla!».

Cuántas veces estuvo la confesión en el borde de mis labios, pero mi corazón temblaba y yo guardaba silencio; era una fiebre, una fiebre mortal que revolvía mi sangre, mi mente.

Todo fue dispuesto en el palacio para un espléndido baile, una fiesta de flores para la víctima. La vi en su precioso, espléndido vestido, su belleza era infinita.

—¡Alégrate como los demás! —me susurró—. Me apena verte tan triste. Por ti, cuando esté en el convento pensaré muchas veces en el mundo, y eso es pecado, Antonio. Prométeme que te divertirás. Prométeme que perdonarás a mis padres si se comportan contigo con una pizca de dureza. Lo hacen con su mejor intención. Prométeme que no pensarás tanto en las amarguras del mundo, sé siempre bueno y piadoso como lo eres ahora, y entonces podré pensar en ti, rezar por ti; la Madonna es buena y misericordiosa.

Sus palabras fueron en mi corazón un suspiro de muerte. La veo aún aquella última noche antes de que nos dejara; estaba tranquila, besó a su padre, a su anciana *Eccellenza*, habló de la despedida, para la que sólo faltaban unos pocos días.

—¡Dile adiós también a Antonio! —dijo Fabiani; estaba conmovido, los demás no lo parecían. Con rapidez me acerqué a ella y me incliné para besar su mano.

—¡Antonio! —me dijo; su voz era tan dulce que las lágrimas acudieron a mis ojos—. ¡Sé feliz! —añadió.

Ni yo mismo sé si quería separarme de ella; por última vez contemplé su rostro piadoso, amable.

—¡Adiós! —dijo, pero ni un sonido brotó de sus labios; se inclinó sobre mí, me besó en la frente y dijo—: Gracias por tu amor, mi querido hermano.

... No sé más; estaba fuera de la sala, en mi aposento, donde podía llorar; era como si un mundo se hubiera hundido bajo mis pies.

... ¡Y volví a verla! Cuando se cumplió el tiempo, la vi de nuevo. El sol brillaba cálido y alegre. Vi a Flaminia en su esplendor y su hermosura, conducida al altar por su padre y su madre, oí cantar y vi muchas personas a su alrededor, pero ante mí sigue ofreciéndose con claridad el pálido, dulce rostro, era un ángel el que se arrodilló ante los sacerdotes en el altar mayor. Vi cómo quitaban de su cabeza el preciado velo, sus abundantes cabellos se derramaron sobre sus hombros, oí las tijeras que los cortaban. La despojaron de sus ricas vestiduras y se tumbó sobre las andas; la mortaja y el negro tapiz con calaveras fueron extendidos sobre ella. Las campanas tañeron a muerto, el coro entonó el canto de difuntos. Sí, estaba muerta, enterrada ya para el mundo. La negra reja ante el coro del convento se alzó, las monjas ataviadas en hábitos de blanco lino cantaban la bienvenida angélica a la nueva

hermana, el obispo le dio la mano, la difunta se puso en pie como novia del cielo. Isabel se llamaba ahora. Vi la última mirada que pasó por la congregación; luego dio la mano a la monja más cercana y penetró en la tumba en vida... La negra reja descendió... Vi aún su silueta, el extremo de su hábito... y desapareció.

X

La vieja Domenica. Descubrimiento. Noche en Nepi. El canto del marinero. Venecia

En el Palazzo Borghese recibían felicitaciones. Pues Flaminia-Isabel era novia del cielo. La seriedad de Francesca no conseguía ocultarse tras la sonrisa artificial, la calma que se dibujaba en su rostro había abandonado su corazón. Fabiani me dijo, conmovido como nunca solía estarlo:

—Tú has perdido a tu mejor bienhechora, tienes motivo para estar triste. Flaminia me pidió que te diera unos *scudi* para la vieja Domenica, parece que le hablaste de tu anciana madre adoptiva, ¿no es así? Llévaselos como regalo de Flaminia.

La muerte estaba enroscada en mi corazón como una serpiente; mi mente sólo albergaba el hastío de vivir, temblaba ante él, pues un suicidio me parecía su aspecto más luminoso. La gran sala estaba muerta y vacía. «¡Afuera, al aire libre!», pensé. «Al hogar de mi niñez, donde Domenica me cantaba canciones de cuna, donde jugué y soñé.»

Dorada y marchita estaba la campiña, ni siquiera una hoja verde hablaba de esperanza, el amarillo Tíber arrojaba sus olas hacia el mar, para desaparecer en él. Volví a ver la vieja sala del panteón, con la espesa yedra sobre el tejado y la pared, el pequeño mundo que, de niño, había sido el mío. La puerta estaba abierta; una grata sensación de melancolía se agitó en mi corazón, pensé en el amor de Domenica, en su alegría al verme. Debía de hacer un año desde la última vez que estuve allí, y casi ocho meses desde la última ocasión en que hablé con ella en Roma y me rogó que fuera muy pronto a visitarla; había pensado en ella muchas veces, había hablado de ella con Flaminia, pero la estancia veraniega en Tívoli y el estado de conmoción de mi alma desde nuestro regreso me impidieron salir a la campiña. Oí en mi mente los gritos de alegría con los que me recibiría, y que me hicieron apresurar el paso; pero cuando llegué al lado de la puerta caminé despacio para que no me oyera. Miré la sala, en medio había una gran marmita de hierro sobre el fuego, en ella había una caña, por la que soplaba un chavalillo; levantó la cabeza y me miró; era Pietro, el niño al que mecía en la cuna.

—¡Jesús, María y José! —exclamó, y se puso en pie de un salto, encantado—. ¡Pero si es usted, *Eccellenza*! ¡Cuantísimo tiempo desde la última vez que se dignó pasarse por aquí!

Le ofrecí mi mano, él hizo ademán de besarla.

—¡No, no, Pietro! —dije—; ¡eso es casi como si hubiera olvidado a mis viejos amigos! ¡Y no los he olvidado!

—Sí, eso es lo que decía también mi anciana madre —exclamó él—. ¡Oh Madonna! ¡Qué contenta se habría puesto de haber podido verle a usted!

—¿Dónde está Domenica? —pregunté.

—¡Ay! —respondió—. Seis meses lleva ya bajo tierra. Murió cuando *Sua Eccellenza* estaba en Tívoli. Estuvo enferma varios días, y todo el tiempo no hacía más que hablar de su querido Antonio. Bueno, *Sua Eccellenza* espero que no se enfade si lo llamo por ese nombre, ¡ella lo quería tanto! «¡Ojalá mis ojos puedan volver a verlo antes de cerrarse para siempre!» solía decir, y deseaba tanto que así fuera... Cuando me di cuenta de que no pasaría de la noche, fui a Roma a primera hora de la tarde; sabía perfectamente que usted no se enfadaría por mi atrevimiento; quería rogarle que me acompañara a casa de la anciana madre; pero cuando llegué, usted y Sus Señorías se habían marchado a Tívoli. Así que volví a casa muy triste. Cuando entré, ella ya se había dormido para siempre —se cubrió el rostro con las manos y lloró. Las palabras que me había dicho cayeron pesadamente en mi corazón, yo había ocupado los últimos pensamientos de Domenica, y en aquellos mismos instantes mi mente volaba por doquier, muy lejos de ella. ¡Si al menos le hubiera dicho adiós antes de viajar a Tívoli! ¡Yo era una mala persona! Entregué a Pietro la bolsa de Flaminia y también todo lo que llevaba encima, y él se hincó de rodillas ante mí y me dijo que era su ángel de la guarda. Aquello sonó a burla en mi corazón. Con más dolor aún, desgarrado hasta lo más profundo del alma, abandoné la campiña y, no sé cómo, llegué a casa.

Estuve en cama durante tres largos días, inconsciente, con una violenta fiebre. Dios sabe qué cosas diría en mi delirio, pero Fabiani venía muchas veces a mi lado, me habían puesto a la sorda Fenella como enfermera. Había llegado enfermo de la campiña y al momento me metí en la cama, donde la fiebre hizo acto de presencia.

Mis fuerzas fueron regresando poco a poco; en vano intenté adquirir un ánimo, una alegría, de los que carecía por completo. Habían pasado unas seis semanas desde que Flaminia tomara los hábitos, cuando el médico me permitió salir. Ni yo mismo lo sé bien, fui a la Porta Pia, mis ojos buscaron Quattro Fontane pero no tuve valor para pasar ante el convento. Pero tan sólo unos días después, cuando la luna llena estaba encendida, las ansias de mi corazón me condujeron hasta allí, vi los grises muros del convento, las ventanas enrejadas, la feliz tumba de Flaminia. ¿Por qué no voy a poder visitar la tumba de la difunta?, me dije a mí mismo, y hallé así una justificación. Mi camino pasó todos los días por allí; me gusta ir a Villa Albani dando un paseo, decía a los conocidos que casualmente encontraba. Dios sabe cómo acabará esto, suspiraba mi corazón. No puedo seguir así mucho más... y en ese mismo instante llegaba a mi destino.

Era una noche oscura, la claridad de una lámpara caía sobre el muro desde la ventana del convento, me apoyé en la casa de la esquina, fijé mis ojos en aquel punto luminoso, y pensé en Flaminia.

—¡Antonio! —dijo una voz a mi lado—. Antonio, ¿qué haces aquí? —era Fabiani—. ¡Ven a casa conmigo! —lo seguí, por el camino no pronunciamos una sola palabra. Tuve la sensación de que lo sabía todo y de que yo era un desagradecido. No

tenía valor para mirarlo. Estábamos solos en la habitación.

—Aún estás enfermo, Antonio —me dijo con voz tremendamente seria—. Necesitas moverte, distraerte. Tendrías que divertirte, vivir más la vida. Una vez te dejaste ir en las alas de la libertad; quizá no debí meter de nuevo al ave en la jaula. En el fondo, uno siempre tiene que hacer su voluntad y contar sólo con uno mismo para superar las desdichas. Tienes edad suficiente para guiar tus propios pasos. Un viaje te sentará bien, también el médico lo dice. Sólo has visto Nápoles, ¡visita ahora el norte de Italia! Yo me encargaré; será lo mejor para ti, es imprescindible, y además —añadió con una gravedad, con una seriedad que no conocía en él— estoy convencido de que nunca olvidarás los favores que te hemos hecho. Que nunca nos causarás las penas, la vergüenza ni las desgracias que la imprudencia o la pasión ciega pueden provocar. ¡Una persona puede hacer todo lo que desee, siempre que sea algo bueno!

Sus palabras me hicieron inclinarme ante él, doblé mi rodilla, apreté su mano contra mis labios.

—Sé perfectamente que siempre hemos sido injustos contigo —continuó Fabiani, medio en broma— que hemos sido severos e inflexibles. Nadie será tan leal y sincero contigo como lo somos nosotros. ¡Puedes dedicar un año a pasear por el mundo! Demuéstranos lo que hay dentro de ti y que hemos sido injustos contigo —se marchó y me dejó solo.

¿Tiene el mundo guardados para mí nuevos dolores, más gotas de veneno? Hasta la más refrescante bebida, la libertad de volar por el mundo de Dios, goteaba como ponzoña en mis profundas heridas. ¡Fuera de Roma, fuera del sur, donde se hallan todas las flores de mi memoria! ¡Al otro lado de los Apeninos, hacia el norte, donde la nieve cubre las altas montañas! ¡Desde los Alpes llegará el frío hasta mi cálida sangre! ¡Hacia el norte, a la flotante Venecia, la novia del mar! ¡Dios mío! ¡No me hagas volver jamás a Roma, a la tumba de mis recuerdos! ¡Adiós a mi hogar, a mi ciudad paterna!

El carruaje rodaba por la vacía campiña. La cúpula de San Pedro se ocultaba tras las colinas, pasamos ante el Monte Soratte, cruzamos las montañas hasta la estrecha Nepi. Era una noche de clara luna, un fraile predicaba ante la puerta de la Osteria, la muchedumbre repetía sus *Viva Santa Maria* y lo acompañaba por las calles, el movimiento de la multitud me hizo alejarme. Los antiguos acueductos cubiertos de espesas plantas trepadoras, los oscuros olivares de alrededor, creaban un cuadro oscuro que se correspondía con el estado de mi ánimo. Salí por la puerta de la ciudad por la que había entrado; muy cerca se alzaban las imponentes ruinas de un castillo o un monasterio^[81], la gran carretera atravesaba sus salas derruidas. Un pequeño sendero se alejaba de la carretera, aún dentro de las ruinas, donde la yedra y el culantrillo espesaban en los muros hasta la celda solitaria por la que entré en una gran sala en la que crecía alta la hierba sobre cascotes y capiteles caídos. Las parras agitaban sus anchas hojas ante las grandes ventanas góticas donde apenas quedaban algunos restos sueltos de cristal de colores. En lo alto del muro asomaban matojos y

setos, los rayos de la luna caían sobre un fresco de San Sebastián, ensangrentado, atravesado por las flechas.

Profundas notas de órgano resonaron en la sala, seguí el sonido, salí por la estrecha puerta del monasterio y me hallé entre mirtos y vides, al lado mismo de un precipicio vertical por el que se precipitaba una cascada, blanca de espuma, a la clara luz de la luna. Aquella imagen tan romántica habría sorprendido a cualquiera, pero tal vez mi dolor la habría hecho borrarse pronto de mi memoria, de no haber sido por otra cosa que allí vi y que se grabó sangrienta en lo más hondo de mi corazón. Seguí por el estrecho sendero, casi cubierto de vegetación, hacia la ancha carretera. Muy cerca, desde la alta muralla blanca iluminada por la luna, me miraban fijamente tres pálidas cabezas detrás de una verja de hierro. Las cabezas de tres ajusticiados que, como en la Porta Angelica de Roma, eran colocadas en jaulas de hierro para ejemplo y advertencia.

No me pareció nada horrible; en otros tiempos mi sangre me habría impulsado a alejarme de allí, pero el dolor proporciona filosofía. Las sangrientas cabezas, la descarnada muerte y la idea del crimen, la audaz águila de las montañas era ahora muda ave enjaulada, serena y sabia como los pájaros domesticados; me aproximé, debían de haberlos ejecutado muy pocos días atrás, cada uno de sus rasgos era aún fácilmente reconocible. Pero al mirar la cabeza de en medio, una cabeza de mujer, mi pulso se aceleró, ¡pertenece a una anciana! La piel parduzca, los ojos entreabiertos, los largos cabellos plateados que colgaban entre los barrotes y se agitaban con el viento. Mis ojos cayeron sobre las placas de piedra fijada al muro y en las que se grababan los nombres y delitos de los ajusticiados. Allí estaba Fulvia. Vi también el nombre de su pueblo natal, Frascati y, conmocionado hasta lo más profundo de mi alma, retrocedí unos pasos. Fulvia, aquella extraña anciana que salvó mi vida, la que me proporcionó los medios para viajar a Nápoles, el inexplicable espíritu que había animado mi vida, ahora volvía a verla en ese estado. Aquellos pálidos labios azulados besaron un día mi frente, aquellos labios, que para la gente pronunciaban palabras proféticas, que llevaban la vida y la muerte, estaban ahora mudos y provocaban el horror con su silencio. ¡Tú vaticinaste mi felicidad! Tu águila yace con las alas quebradas, nunca llegó al sol. ¡En lid con su desdicha, se precipitó en el gran lago Nemi de la vida! ¡Las plumas remeras se han partido! Rompí a llorar, pronuncié el nombre de Fulvia y retrocedí lentamente por las salas desiertas. Jamás olvidaré esa noche en Nepi.

Nos pusimos en camino a la mañana siguiente, llegamos a Terni, que posee la más alta y bella cascada de Italia; fui a caballo desde la ciudad, atravesando el espeso, oscuro olivar, el primero que veía en la región, húmedas nubes colgaban de las cimas. Todo, al norte de Roma, me parecía oscuro, nada había bello y sonriente como los pantanos, como los huertos de naranjos de Terracina, donde crecen las verdes palmeras. Tal vez era mi propio corazón el que prestaba a todo aquel oscuro colorido.

Atravesamos un parque; una ubérrima avenida bordeada de naranjos se extendía

entre la pared de roca y el río, que se precipitaba a la velocidad de la flecha. Vi ya entre los campos una nube de partículas de agua que se elevaba muy alto, el arcoiris jugueteaba en ella. Ascendimos entre una espesura de romeros y mirtos y en lo alto, desde la cima de la montaña, al otro lado del camino, se despeñaba la enorme masa de agua, un brazo más pequeño del río se movía como una ancha cinta de plata al lado mismo, y ambos se unían para formar una ancha cascada que, blanca como la leche, se arremolinaba al caer al negro abismo. ¡Recordé las Cascatelle de Tívoli, donde hube de improvisar para Flaminia! La resonante corriente me cantaba con sus penetrantes notas de órgano el recuerdo de mi pérdida, de mi dolor: ser destrozado, morir y desaparecer; ¡es el sino de la naturaleza!

—Aquí le pegaron un tiro a un inglés los bandidos, el año pasado —dijo nuestro guía—. Era la banda de los montes sabinos, aunque se puede decir que viven en todos los montes entre Roma y Terni. La autoridad no se anda ya con chiquitas, echaron el guante a tres pobres desgraciados. Vi cuando los llevaban a la ciudad, encadenados al coche. Junto a la puerta estaba la savia Fulvia de los montes Sabinos, que es como la llamábamos, era vieja pero siempre joven, sabía hasta si un fraile iba a conseguir el capelo cardenalicio; predecía el futuro con palabras imposibles de entender. Luego se decía que eran señales secretas; estaba con ellos. Este año pillaron a la vieja y a otros bandidos más, y le llegó su hora; su cabeza está ahora enseñando los dientes en la puerta de Nepi.

Era como si todo, la naturaleza y los hombres, quisieran arrojar noche sobre mi alma; sentí deseos de correr sobre las tierras, con el vuelo del viento. Los oscuros olivares arrojaban más sombras en mi alma, las montañas me oprimían. «¡Al mar, donde soplan las brisas! ¡Al mar, donde el cielo nos cubre como una cúpula!» Mi sangre ardía de amor, mi corazón, de añoranza. Dos veces ya había sentido la llama del entusiasmo, alcé mis ojos hacia Annunziata y me ligué a ella con todas mis fuerzas, que entonces empezaban a despertar, pero ella amaba a otro. Flaminia fue introduciéndose poco a poco en mi alma, no sufrí un deslumbramiento ni un hechizo, pero aprendí a valorar la piedra preciosa que en ella había. Cada vez que me daba la mano en un gesto fraterno y yo me atrevía a llevármela a los labios, cada vez que me consolaba con tanta dulzura con el ruego de que el mundo no me corrompiera, iba introduciendo su flecha cada vez más hondo en mi corazón. Yo no la amaba como a una novia, y sin embargo sentía que no podría soportar verla en brazos de otro. Ahora estaba muerta, muerta para el mundo. ¡Ningún otro hombre podría apretarla contra su corazón, depositar un beso en sus labios, poseerla! Aquel suplicio infernal no me estaba concedido a mí. Intenté consolarme pintando este cuadro, ahora llamaba a mis sentimientos «amor», la violenta pasión del alma y de la sangre. ¡Si hubiera tenido que verla como novia de un joven aristócrata, si hubiera sido diario testigo de la felicidad del amor de ambos, yo, el marginado pastorcillo de la campiña que comía el pan de la caridad en el imponente palacio, si ella hubiera seguido siendo igual de fraternal, de dulce, pero sin amor... me habría sumido en la desesperación! ¡No,

ahora pertenecía al convento, nadie podía posar en ella sus ojos! ¡Era mejor así, mucho mejor! ¡La miseria del mundo puede llegar a ser muy grande, y en ese sentido, mi destino era digno de envidia!

«¡Al mar! ¡Al maravilloso mar! ¡Hay un nuevo mundo para mí! ¡A Venecia, la ciudad flotante, reina del Adriático! ¡Mas no a través de los oscuros bosques, de las agobiantes montañas, deprisa, en grácil vuelo sobre las olas!», así soñó mi mente.

Mi plan había sido ir primero a Florencia, luego seguir por Bolonia y Ferrara; lo cambié, abandoné al cochero en Spoleto, compré una plaza en el coche de posta y atravesé los Apeninos en la oscura noche, pasando por Loretto, sin visitar siquiera la santa casa... ¡que la Madonna perdone mi pecado! Desde el camino, en las alturas montañosas, había divisado ya el Mar Adriático como una franja plateada en el horizonte, a mis pies se ondulaban las montañas como gigantescas olas; ahora veía el agitado mar azul, con barcos que enarbolaban pendones y banderas de todas las naciones. Al verlo pensé en Nápoles, pero no había Vesubio alguno que se alzara con su negro penacho de humo, no había Capri alguna flotando a lo lejos. Dormí allí una noche y tuve extraños sueños sobre Fulvia y Flaminia. «¡La palma de tu felicidad verdecerá!», decían ambas con una sonrisa; desperté, el día brillaba sobre mí.

—*Signore* —dijo el camarero— hay un barco dispuesto a zarpar para Venecia, aunque supongo que querrá usted visitar primero la ciudad.

—¡A Venecia! —grité—. ¡Rápido, rápido! ¡Eso es lo que deseo! —Una sensación inexplicable me empujó a partir. Subí a bordo, hice que subieran mi pequeña valija y no miré sino hacia el mar infinito. «¡Adiós, patria mía!», tan sólo ahora sentí que estaba volando al mundo, pues mis pies ya no tocaban la tierra. Sabía que el norte de Italia me mostraría una naturaleza muy diferente. Incluso Venecia era distinta a todas las demás ciudades de Italia, la novia, ricamente engalanada, del poderoso océano. El león alado veneciano ondeaba ya en el aire sobre mi cabeza: el que me llevaba era un barco veneciano. Las velas se hinchaban al viento y ocultaban la costa. Me senté en la borda de estribor y contemplé el ondeante mar azul, un mozalbete estaba cerca de mí cantando una melodía veneciana sobre la felicidad del amor y la brevedad de la vida:

—¡Besa los rojos labios, mañana serán de la muerte! Ama mientras tu corazón es joven, tu sangre es fuego y llama. Los cabellos grises son flores de muerte, cuando la sangre es hielo se apagan las llamas. Sube a la ágil góndola. Su techo nos ocultará, nos esconderá de ventanas y puertas, nadie te verá, muchachita mía. Nadie verá la felicidad de nuestro amor. Nos mecerá la ola. Las olas se abrazan como nosotros. Ama mientras la juventud arde en tu sangre, sólo las olas y la noche callada sabrán de tu gozo. La edad mata con hielo y con nieve.

Mientras cantaba, sonreía y saludaba con la cabeza a las demás personas a nuestro alrededor, que cantaban a coro sobre besos y amores mientras el corazón es joven. Era una canción alegre, muy alegre, y aun así resonaba en mi corazón como un mágico canto de muerte. Sí, los años vuelan, la llama de la juventud se apaga. Dejé correr por tierra el sagrado óleo del amor, no se encendió para producir luz ni calor.

Ciertamente, tampoco sembró la destrucción, sino que entró en la tumba sin llegar a arder ni alumbrar. ¡Ninguna cadena me retenía, ni obligación alguna! ¿Por qué no perseguían mis labios la refrescante bebida del amor que tanto ansiaba? Tenía un sentimiento, ¿cómo llamarlo?, de resentimiento hacia mí mismo; ¿era tal vez el loco fuego que consumía mi razón? Sentía amargura por haber huido de Santa. ¡Cayó el sagrado cuadro de la Madonna!... Era el clavo oxidado que se rompía, y me frenaban la disciplina monacal del colegio de los jesuitas, la leche de cabra de mi sangre. ¡Qué bella era Santa! Vi sus ojos ardientes, enamorados, y me irrité conmigo mismo... ¿Por qué no podría parecerme a Bernardo, por qué no parecerme a tantos miles, a todos mis jóvenes amigos, ninguno de ellos fue tan insensato como yo? Amor es lo que ansiaba mi corazón, amor es lo que quería Dios, pues había puesto en mí aquel sentimiento... Pero aún soy joven, Venecia es una ciudad alegre, tiene mujeres hermosísimas. ¿Qué me da el mundo a cambio de mi virtud, de mi infantil disposición? ¡Burlas! ¡Y el tiempo traerá canas y amargura! Y canté a coro con los demás, en la nave, sobre besos y amores, mientras el corazón fuese joven.

Era una fiebre, la locura del dolor, lo que forjaba en mi alma aquellos pensamientos. El que me concedió la vida, los sentimientos, el que guiaba mi destino entero, me juzgará con benevolencia. Existen luchas, incluso ideas, que la mayor parte de los mortales no se atreve a expresar, pues el ángel de la inocencia que mora en nuestro pecho se inclina ante el pecado. Quienes han visto satisfecho el anhelo de su corazón pueden filosofar, articular bellas lecciones morales sobre mis palabras. No juzguéis y no seréis juzgados. Lo sentía: en mi carne, en mi perversa naturaleza, no habitaba nada bueno. No pude rezar pero me dormí enseguida mientras el barco navegaba hacia el norte, hacia la poderosa Venecia.

En la madrugada divisé sus blancos edificios y sus torres, parecía una flota de barcos con las velas desplegadas. A mi izquierda se extendía el reino de Lombardía con sus costas llanas, los Alpes parecían una neblina azulenta en el horizonte. ¡Qué grande era aquí el cielo! Aquí, la mitad de la bóveda celeste podía reflejarse dentro del corazón.

Con la brisa matutina, mis sentimientos se suavizaron; estaba más tranquilo. Pensé en la historia de Venecia, en la riqueza y el lujo de aquel lugar, en su independencia y su poder, en los poderosos dogos y sus esponsales con la mar. Estábamos cada vez más cerca de la ciudad, en las lagunas ya podía distinguir los edificios, pero sus paredes eran amarillentas, ni viejas ni nuevas, no parecían muy amistosas. La torre de San Marcos la había imaginado más alta. Entramos entre la tierra firme y las lagunas que, como una curva muralla, se extendían hacia el mar. Donde todo era llano, la costa apenas parecía una pulgada más alta que el nivel del mar. Unas cuantas casuchas a las que llamaban ciudad^[82], aquí y allá un arbusto, y nada más que tierra llana. Había creído estar en Venecia, pero quedaba aún a una milla de distancia, y entre ella y nosotros se extendía la desagradable agua cenagosa con grandes islotes de lodo; ni un pájaro podía posarse en ellos, ni una brizna de

hierba podía brotar allí. Toda la laguna estaba surcada por profundos canales excavados, grandes postes se erguían para señalar el camino. Vi las primeras góndolas, largas y estrechas, veloces como flechas, pero todas pintadas de negro. La pequeña cabina en el centro estaba cubierta con una tela negra, era un coche fúnebre flotante el que pasaba ante nosotros a velocidad de un dardo. El agua no era ya azul como en mar abierto o en las proximidades de la costa de Nápoles; era de un sucio color verdoso. Pasamos junto a una isla en la que había casas que parecían surgidas del agua misma o edificadas sobre algún peñol. En lo alto de la pared estaba la Madonna con el niño, contemplando toda aquella desolación. En algunos lugares, la superficie del agua era una extensión verde, móvil, una especie de extensión de lentejas de agua entre las aguas profundas y las negras islas de cieno estéril. El sol brillaba sobre Venecia, repicaban las campanas, pero todo parecía muerto y solitario. Tan sólo un barco había en los muelles, aún no había visto ni una sola persona.

Bajé a la negra góndola y entramos por una calle muerta en la que todo era agua, no había acera por la que caminar. Grandes edificios, sí, y puertas abiertas, con escaleras que penetraban en el agua; por el gran portal entraba el agua, como un canal, y el patio parecía sólo un pozo cuadrado en el que se podía entrar navegando, aunque sería imposible maniobrar la góndola. El agua había depositado su verdoso cieno sobre las paredes, los grandes palacios de mármol parecían estar hundiéndose; en las anchas ventanas habían colocado bastos tablones contra las vigas doradas, medio podridas. Aquel orgulloso cuerpo de gigante parecía estar desmoronándose miembro a miembro; el conjunto tenía algo de acongojante. Las campanas callaron y no se oyó entonces ni un sonido que no fuera el chapoteo del remo en el agua; aún no había visto a persona alguna, la magnífica Venecia era un cisne muerto sobre las olas. Recorrimos otras calles, pequeños, estrechos puentes colgaban sobre los canales, entonces vi gente, caminaban por encima de mí, entraban en las casas o en las mismas paredes, porque no veía más calles que aquéllas por las que se deslizaba la góndola.

—Pero ¿por dónde se va de un sitio a otro? —pregunté a mi gondolero, y él señaló con la mano los puentes que se sucedían a cortos trechos entre las altas casas. Un vecino podía dar la mano a otro desde el sexto piso, por encima de la calle; tres personas difícilmente podrían pasar al mismo tiempo por allí abajo, donde no llegaban los rayos del sol. Nuestra góndola pasó y todo volvió a quedar en sepulcral silencio.

«¡Y esto es Venecia, la poderosa novia del mar, la dominadora del mundo!».

Vi la espléndida plaza de San Marcos. «¡Aquí hay vida!», decían. ¡Qué distinta a la de Nápoles, incluso a la que animaba el Corso de Roma! Y pese a todo, la plaza de San Marcos era el corazón de Venecia, donde la vida aún se agitaba. Tiendas con libros, perlas y cuadros adornaban los largos soportales, aunque mucha vida no había en ellos. Unos cuantos griegos y turcos con ropajes de colores y la larga pipa en la boca estaban sentados delante de los cafés, el sol brillaba sobre las doradas cúpulas

de la iglesia de San Marcos y sobre los enormes caballos de bronce de la gran puerta; de rojos mástiles colgaban las banderas de Chipre, Candia y Morea^[83], sin movimiento alguno, mientras millares de palomas ocupaban la plaza y caminaban a cortos pasitos sobre las anchas losas.

Visité el Ponte Rialto, la gran arteria que hablaba de la vida, y al poco había captado el gran cuadro de Venecia, de la pena, el reflejo de mi propia alma. Tenía la sensación de seguir aún en el mar, aunque ahora a bordo de un barco más grande, una flotante arca.

Cuando llegó la noche y la luna arrojaba su insegura luz produciendo sombras aún más fuertes, me sentí más a gusto, sólo en la hora del mundo de los espíritus empecé a familiarizarme con la novia muerta. Estaba junto a la ventana abierta, la negra góndola se deslizaba veloz sobre el agua oscura en la que brillaba la luna. Pensé en el canto del marinero sobre besos y amor, sentí acritud contra Annunziata, que había preferido al frívolo de Bernardo, ¡en vez de a mí!, ¿y por qué? Quizá tan sólo por el extraño atractivo que su frivolidad le otorgaba... ¡así son las mujeres!

Sentía acritud incluso hacia la inocente, piadosa Flaminia, el silencio y la paz del convento significaban para ella más que mi intenso amor fraterno... No, no, ya no amaba a ninguna de ellas, en el interior de mi pecho sólo había ya vacío en vez de lo que había amado. No quería pensar en ninguna de ellas, y como un espíritu que se hunde, mi mente fluctuaba entre la imagen de la belleza, Lara, y la hija del pecado, Santa. Monté en una góndola y me hice llevar por las calles en la muda noche. Los remeros entonaron su antífona, que en esta ocasión no estaba tomada de la *Gerusalemme liberata*: los venecianos olvidaban incluso las viejas melodías amadas, pues sus dogos habían fenecido y manos extranjeras ataban las alas del león, que uncieron ante su carro triunfal.

—Quiero asir la vida, gozarla hasta la última gota —exclamé, y la góndola se detuvo... estábamos ante el hotel en el que viviría, bajé y me fui a dormir. Era mi primer día en Venecia.

XI

La tormenta. Soirée en casa de mi banquero. La sobrina del Podestà

Las cartas que llevaba conmigo me proporcionaron algunos conocidos, «amigos», suele decirse, ¡y yo era *Il Signore Abbate!* Ningún erudito me escuchaba. Se reconocía como estupendo todo lo bueno que yo decía, yo también tenía mi talento. A causa de *Sua Eccellenza* y de Francesca, estaba acostumbrado a escuchar constantemente comentarios que me ofendían sobremanera, estaban siempre diciéndome lo que no me agradaría escuchar, era casi como si coleccionaran todo lo malo para echármelo en cara, para demostrarme que había muchos que no tenían buenas intenciones conmigo. Aquí, también aquello había desaparecido. Así que, en realidad, no tenía auténticos amigos, pues quienes se suponía que lo eran no hacían sino decirme inconveniencias. Ya no sentía mi situación de subordinación, que ni siquiera Flaminia había conseguido borrar.

Había visitado el espléndido palacio de los Dogos, había paseado por sus magníficas salas vacías, había visto la sala de los inquisidores, con espantosos cuadros de los tormentos infernales^[84]. Pasé por una estrecha galería, un puente cerrado, muy por encima del tejado y el canal por el que bogaban las góndolas. Así se pasaba del palacio del dogo a los calabozos de Venecia. «Puente de los suspiros» llaman a este puente en arco. Muy cerca estaban los pozos; sólo la luz de la lámpara del corredor podía atravesar los gruesos barrotes de hierro y llegar al interior de los calabozos superiores, y estos eran espacios iluminados y aireados, a diferencia de lo que sucedía más abajo; bajo la fungosa portilla, a más profundidad que el agua del canal que pasaba por delante, los desdichados suspiraban y arañaban las húmedas paredes. ¡Aire! ¡Aire!, exigía mi corazón, desgarrado por aquellos lugares del horror, y subí a una góndola, me alejé a toda velocidad del antiguo palacio de paredes rosáceas y de las columnas de San Teodoro y el León de Venecia, cruzamos las vivientes aguas verdes hasta las lagunas y nos dirigimos al Lido, para poder aspirar la fresca brisa del mar... y vi el cementerio. El extranjero, el protestante, era enterrado aquí, lejos de su patria, sepultado en una pequeña franja de tierra entre las olas, que día a día parecían querer llevarse parte de aquellos pobres despojos. Blancos huesos humanos asomaban entre la arena; sólo la rompiente lloraba por ellos. Aquí estuvo tantas veces la novia o la esposa esperando a su amante o a su esposo, que había salido al incierto mar en busca del pescado. Las tormentas alzaban y dejaban caer de nuevo sus fuertes alas, y las mujeres entonaban canciones sacadas de la *Gerusalemme Liberata* y escuchaban si sus hombres les respondían, pero el amor no permitía la antífona, la mujer seguía sola dirigiendo sus ojos al silencioso mar y sus labios

también callaban, sus ojos solamente veían los blancos esqueletos junto a la playa, a sus oídos llegaba sólo el hueco sonido de la rompiente mientras la noche se extendía sobre la muerta, silenciosa Venecia.

Aquel fúnebre cuadro invadió mi mente, mi ánimo lo dotó de fuerte colorido. Sería como una iglesia, recordando la tumba y la santa invisible, estaba mi naturaleza toda. En mis oídos sonaban las palabras de Flaminia, de que un profeta de Dios era un cantor que había de esforzarse en expresar solamente Su gloria: era, entre todos, el tema más sublime. El alma inmortal había de cantar lo inmortal, el brillo del instante se transformaba en juego de colores y desaparecía en el minuto que le daba vida, y yo sentí una fuerza y un entusiasmo exaltados, pero al poco se apagaron, exhaustos. Silencioso subí a la góndola que me condujo al Lido. Ante mí se abría el inmenso mar abierto, en las orillas se veían largas rompientes, pensé en la bahía de Amalfi.

Justo a mi lado, entre algas y piedras, estaba sentado un hombre joven dibujando, seguramente un pintor extranjero; me resultaba conocido, me acerqué, él se puso en pie, nos reconocimos. Era Poggio, un joven aristócrata veneciano con el que había coincidido varias veces en casa de familias amigas.

—*Signore!* —exclamó—. ¡Usted en el Lido! —y añadió—: ¿Es la belleza del mar, o tal vez bellezas de otra índole lo que lo trae a las olas inquietas del Adriático^[85]?

Nos estrechamos la mano. Por lo que sabía, carecía de patrimonio, aunque a cambio poseía un gran talento como pintor; parecía tener un temperamento alegre, casi en demasía, aunque al oído alguien me había susurrado que en su soledad era un tremendo misántropo. Si se lo juzgaba por su forma de hablar, debía de tratarse de la frivolidad personificada, aunque en realidad era el recato en persona; en sus palabras creerían todos que su modelo era Don Juan, aunque en sus obras fuera más bien un San Antonio frente a las tentaciones. Un profundo dolor del alma estaba en el fondo de todo, afirmaban en voz baja, pero ¿cuál era el motivo? ¿Su escasa hacienda, un amor desdichado? No, nadie lo sabía a ciencia cierta, él parecía contar todo sin guardarse ni el menor pensamiento, su ser era infantil y, sin embargo, nadie conseguía aclararse del todo con él. Aquello me había interesado, de modo que me agradó toparme con él, que disolvería los nubarrones de mi alma.

—Roma no tiene una ondeante llanura azul como esta —dijo, señalando el océano—. ¡No hay en el mundo nada tan bello como la mar! Además, es la madre de Venus y —añadió riendo— viuda de los poderosos dogos de Venecia.

—Los venecianos la amarán de un modo especial, entonces —respondí—, la verán como la abuela que los acuna, que juega con ellos, todo por el bien de su bella hija, Venecia.

—¡Ya no es bella, inclina la cabeza! —repuso.

—Pero es feliz bajo el Emperador Francisco, ¿o no^[86]?

—¡Se está más orgulloso siendo reina del océano que como cariátide en tierra! Los venecianos no tienen nada de qué quejarse y de política yo no tengo ni idea,

aunque, en cambio, algo sé de la belleza y, puesto que no albergo duda alguna de que usted sabrá apreciarla también, ahí tenemos a las bellas hijas de mi patrona que vienen a preguntar si desea participar de mi frugal colación —entramos en la casita que se alzaba al lado mismo de la playa; el vino era bueno y Poggio gracioso y buen anfitrión, nadie pensaría que su corazón llorase en secreto.

Llevábamos al menos dos horas allí cuando vino mi gondolero a preguntar si no querría regresar ya, pues se avecinaba una tormenta, la laguna estaba muy movida y entre Lido y Venecia había ya un oleaje considerable que podría hacer volcar la ligera góndola.

—¡Una tormenta! —exclamó Poggio—. ¡Cuántas veces he deseado ver una, no podemos dejarla escapar! Seguro que amaina al entrar la noche, y si no amaina, siempre podremos acostarnos y dejarla pasar tranquilamente mientras el oleaje nos arrulla para ayudarnos a dormir.

—Siempre podré encontrar una góndola en la laguna —le dije al hombre, y lo autoricé a marcharse. La tormenta arreciaba, golpeaba la ventana. Salimos de la casa. El sol poniente iluminaba la agitada laguna de oscuro color verde, las olas se alzaban coronadas de blanca espuma y volvían a hundirse: muy lejos, donde las nubes se erguían como montañas con los rayos de un volcán, divisamos algunos barcos, pero enseguida los perdimos de vista. La rompiente se alzaba muy alta en la playa y nos salpicaba de saladas gotas. Cuanto más altas las olas, tanto más alto reía Poggio, tanto más alto batía palmas y gritaba «¡bravo!» a los elementos desatados; su ejemplo era contagioso, mi corazón enfermo se sentía mejor en aquella naturaleza alborotada. Enseguida fue noche oscura. Hice que la posadera trajese su mejor vino y bebimos a la salud de la mar y la tormenta, y Poggio cantó de besos y amor, la canción que yo había escuchado a bordo del barco.

—¡A la salud de las venecianas! —dije yo, y él chocó su vaso por las bellas romanas. Si nos hubiera visto un desconocido, habría pensado que éramos dos solteros felices.

—Se dice que las mujeres más bellas son las romanas —dijo Poggio—. ¡Sea sincero! ¿Usted qué opina?

—¡Comparto esa opinión!

—Bueno —repuso Poggio—, ¡pero la reina de la belleza vive en Venecia! ¡Tendrías que ver a la sobrina de nuestro *Podestà*^[87]! No conozco a ninguna más bonita que ella, así habría querido representar Canova a la más joven de las Gracias, si hubiera conocido a Maria. Sólo la he visto en misa y una única vez en el teatro San Moisè^[88]. Allí acuden todos los jóvenes venecianos, igual que yo, aunque ellos están fatalmente enamorados y yo me limito a adorarla, es demasiado espiritual para mi auténtica naturaleza. ¡Pero es menester adorar lo celestial! ¿No es cierto, *Signore Abbate*?

Pensé en Flaminia, y mi pasajera alegría desatada se terminó.

—¡Se ha puesto usted serio! —dijo—. ¡El vino es estupendo y las olas cantan y

bailan en nuestra bacanal!

—¿El Podestà no celebra fiestas? —pregunté, por decir algo.

—No muchas —respondió Poggio—; aunque cuando celebra una recepción hay muchos candidatos a asistir. La bella es tímida como una cervatilla, tremendamente recatada, como ninguna otra mujer de las que he conocido, aunque —añadió con una sonrisita burlona— ¡es una forma de hacerse la interesante! El cielo sabrá cómo son las cosas realmente. Mire usted: nuestro Podestà tiene dos hermanas, las dos pasaron muchos años lejos de él; la más joven se casó en Grecia, y parece que es ella la madre de la preciosa criaturita; la otra hermana está aún soltera, es toda una solterona, se trajo aquí a la bella hace unos cuatro años.

Fue como si una oscuridad repentina interrumpiera su discurso, fue como si la negra noche nos apretara en su abrazo, y en ese mismo instante brilló la roja centella a nuestro alrededor. La siguió el estampido del trueno, que me recordó a las erupciones del Vesubio. Nuestras cabezas se inclinaron, sin darnos siquiera cuenta nos santiguamos.

—¡Válgame el Cielo! —exclamó la posadera, que apareció en aquel momento—. ¡Qué horror, qué espanto! Seis de nuestros mejores pescadores están ahora en el mar, ¡la Madonna extiende su mano sobre ellos! ¡La pobrecita Agnese tiene cinco hijos, sería una auténtica catástrofe!

En medio de la tormenta oímos cantar salmos. En la playa, donde rompían las olas alzándose a una vara de altura, había un tropel de mujeres y niños con la santa cruz; una mujer joven estaba en silencio con la mirada clavada en la laguna, amamantando a un bebé, mientras un niño algo más crecido estaba a su lado, con la cabeza en su regazo. Con un último rayo violentísimo, la tormenta pareció alejarse, relampagueó el horizonte y la blanca espuma brilló más clara en el lago encrespado.

—¡Allí están! —gritó la mujer, poniéndose en pie de un salto y señalando un punto negro que iba haciéndose más y más claro.

—¡La Madonna se apiade de ellos! —dijo un viejo pescador con el sombrero marrón bien calado en la cabeza; tenía las manos juntas y miraba fijamente aquel objeto oscuro. En ese mismo instante, desapareció bajo una enorme ola espumeante.

El viejo se había dado perfecta cuenta de lo que iba a suceder. Oí los lamentos de desesperación que iban creciendo según el mar se encalmaba, las nubes desaparecían y la certeza de lo sucedido se hacía cada vez más patente. Los niños golpearon la santa cruz, haciéndola caer en la arena, y se agarraron llorando a sus madres, pero el anciano pescador levantó la cruz, besó los pies del Salvador, la alzó en el aire y pronunció el sagrado nombre de la Madonna.

Hacia medianoche el cielo estaba raso, la laguna en calma, y la luna llena arrojaba sus largos rayos sobre la quieta bahía entre la isla y Venecia. Poggio subió conmigo a una góndola y dejamos a aquellos desdichados, a quienes no podíamos ayudar ni confortar.

La velada siguiente la pasamos en casa de mi banquero, uno de los más ricos de

Venecia; la asistencia era muy numerosa, de las damas yo no conocía a ninguna y tampoco estaba interesado en ninguna de ellas.

Empezaron a hablar de la tormenta de la noche anterior. Poggio tomó la palabra, habló de la muerte de los pescadores, de la desgracia de aquella familia, y puso suficientemente en claro lo fácilmente que podría aliviarse parte al menos de aquella desventura, cómo un cariñoso donativo de cada uno de nosotros se convertiría en una suma de gran importancia para aquellos desgraciados, pero nadie pareció comprenderlo, se lamentaron, se alzaron de hombros y pasaron a charlar de otros temas. Empezaron a hacerse notar entonces los mejores talentos sociales, Poggio cantó una alegre barcarola, pero me pareció que su cortés sonrisa dejaba traslucir acritud y frialdad hacia aquel círculo de personas tan principales que no se habían dejado convencer por su noble elocuencia.

—¿Usted no canta? —me preguntó la señora de la casa, al acabar Poggio.

—¡Tendré el honor de improvisar para ustedes! —respondí, una idea se había encendido en mi alma.

—¡Es improvisador! —oí susurrar a mi alrededor; los ojos de las damas chispearon, los caballeros se inclinaron, yo tomé la guitarra y les pedí que me dieran un tema.

—¡Venecia! —gritó una dama mirándome gallarda a los ojos.

—¡Venecia! —repitieron los caballeros jóvenes, pues la dama era muy bella.

Toqué unos acordes, describí el lujo y el esplendor de Venecia en sus días felices, tal como los había aprendido de los libros y como los había soñado mi fantasía, y todos los ojos se inflamaron, aún soñaban que las cosas no habían cambiado. Canté sobre la bella en el balcón una noche de luna, pensé en Santa y en Lara; todas las damas pensaron que hablaba de ellas y me tributaron un gran aplauso. Ni el mismo Sgricci^[89] habría tenido tanto éxito.

—¡Está aquí! —me susurró Poggio al oído—. ¡La sobrina del Podestà! —pero nos fue imposible seguir hablando, pues me pidieron que improvisara una vez más, una comisión de damas y un anciano *Eccellenza* me comunicaron el deseo. Acepté gustoso, pues su deseo era también el mío, así lo tenía previsto, y sólo confiaba en que alguno de los temas propuestos me diese ocasión de describir la tormenta que había visto, la miseria de aquellos desgraciados, y conseguir con el poder del canto lo que la elocuencia no había logrado. Me propusieron la apoteosis de Tiziano. Si hubiera sido pintor de marinas lo habría utilizado de portavoz, pero su gloria no me permitía introducir las ideas que deseaba transmitir. Aunque el tema era muy rico: su tratamiento tuvo un éxito superior a toda expectativa, me ovacionaron de tal modo que aquello pareció mi propia apoteosis.

—¡No puede haber felicidad superior a la de usted! —dijo la señora de la casa—. Ha de ser una sensación infinitamente dulce poseer un talento como el suyo, poder cautivar y alegrar a todo el que está a su alrededor.

—¡Es una sensación dulcísima! —respondí.

—¡Describanosla, pues, en un bello poema! —me suplicó—; a usted le resulta tan fácil, que una se olvida de que tal insistencia no es propia de la cortesía.

—Conozco un sentimiento —respondí, y mi mente me hizo audaz—; conozco un sentimiento que no tiene parejo en ningún otro. ¡Convierte en poetas a todos los corazones! Despierta la misma conciencia de felicidad y yo soy un mago tan poderoso que soy capaz de despertarlo en todos los corazones, pero este arte tiene la peculiaridad de que no puede regalarse, ¡hay que comprarlo!

—¡Lo aprenderemos! —gritaron todos.

—Sobre esta mesa reuniré las cantidades. ¡Quien más dé, más íntimamente lo adquirirá!

—¡Yo pongo mi cadena de oro! —dijo al momento una de las damas, rió y puso su joya sobre la mesa.

—¡Yo, todo mi dinero para el juego! —dijo otra, sonriendo por mi ocurrencia.

—¡Pero esto va en serio! —les dije—. ¡Lo que pongan, no se devuelve!

—Nos arriesgaremos de todos modos —dijeron muchos que habían dejado en la mesa dineros, cadenas y anillos, aunque no dejaban de albergar ciertas dudas sobre mi actuación.

—Bueno, pero, si el sentimiento no me viene a mí —dijo un anciano militar—, ¿tampoco yo recuperaré mis dos ducados?

—Queda usted dispensado del riesgo —dijo Poggio, y yo me incliné para indicar mi acuerdo.

Todos rieron, todos estaban expectantes por comprobar el resultado, y comencé mi improvisación. Una llama sagrada me atravesaba, canté sobre el orgulloso océano, novio de Venecia, sobre los hijos del océano, los valerosos marineros y pescadores en sus pequeños botes. Describí una tormenta, el anhelo y el miedo de la novia, describí lo que había visto con mis propios ojos: los niños golpeando la sagrada cruz y arrebujándose contra su madre, el anciano pescador que besó el crucifijo; era como si un dios hablase a través de mí, yo era la herramienta de sus poderosas palabras. Un profundo silencio reinaba en la sala, algunos lloraban. Los hice entrar, entonces, en la cabaña de la pobreza, llevé a los desdichados ayuda y vida con nuestro pequeño donativo y canté que hay mayor felicidad en dar que en recibir, canté la alegría que henchía mi pecho, que henchía todos los pechos que, generosos, habían entregado su óbolo, era un sentimiento que ninguna otra cosa podía despertar, era la voz divina que hablaba en cada pecho, que lo hacía más santo y más espiritual, que lo ensalzaba convirtiéndolo en poeta. Y al hablar, mi voz iba adquiriendo más fuerza y plenitud... Me los había ganado a todos; un atronador «¡bravo!» me saludó cuando, concluido el canto, entregué a Poggio los ricos dones, para ayudar a aquellos desdichados.

Una joven dama se arrodilló a mis pies, jamás podría granjearme mi talento un triunfo más hermoso; me cogió la mano y, con lágrimas en sus oscurísimos ojos, me miró con agradecimiento en lo más hondo de mi alma; aquella mirada me conmovió enormemente, aquella expresión de belleza era como si la hubiera visto alguna vez en

sueños.

—¡La Madre de Dios se lo pague! —balbució, la sangre ardiendo en sus mejillas, ocultó su rostro y se alejó de mí, avergonzada por lo que había hecho; pero ¿quién sería tan cruel de burlarse de los puros sentimientos de la inocencia? Se apiñaron a mi alrededor. Todos me alababan sin cesar; todos hablaban de aquellos pobres desgraciados del Lido, ¡yo era su bienhechor! «¡Hay mayor felicidad en dar que en recibir!», era lo que me enseñó aquella velada; Poggio me estrechó entre sus brazos.

—¡Qué buena persona! —exclamó—. ¡Le ofrezco mi admiración y mi respeto! La belleza le rinde homenaje, la que puede hacer felices a miles con una mirada se inclina ante usted.

—¿Quién era? —pregunté con voz apagada.

—¡La más bella de Venecia! —respondió—. ¡La sobrina del Podestà!

Aquella asombrosa mirada, la silueta de la belleza seguían vivamente grabadas en mi alma; se despertaron recuerdos enigmáticos, y yo también exclamé:

—¡Ciertamente es bella!

—¿No me reconoce, *Signore*? —dijo delante de mí una dama de edad avanzada—. Hace muchos años que tuve el honor de conocerlo —sonrió, me dio la mano y me agradeció mis improvisaciones. Me incliné cortés, sus rasgos me resultaban conocidos pero no conseguía recordar dónde y cuándo la había visto. Hube de decirlo—. ¡Es lógico, sólo nos vimos una vez! Fue en Nápoles, mi hermano era médico, usted lo visitó acompañado de un pariente de los Borghese.

—¡Ya me acuerdo! —exclamé—; claro, claro que la conozco. Pero nunca hubiera esperado que coincidiéramos en Venecia.

—Mi hermano, a cargo de cuya casa estaba yo —dijo— murió hace cuatro años. Ahora estoy en casa de mi hermano mayor. El criado le traerá nuestra tarjeta. Mi sobrina es una niña, una niña extraña, quiere marcharse, quiere marcharse ya. Y tengo que cumplir sus deseos —la anciana dama me dio la mano y abandonó la estancia.

—¡Hombre afortunado! —dijo Poggio—; ¡es la hermana del Podestà! Usted la conoce, recibirá su invitación, será envidiado por media Venecia. Y cuando vaya, abotone fuerte la levita contra el corazón, para no sufrir alguna herida, como les ha sucedido a todos los que han conseguido llegar a tan escasa distancia de esa batería enemiga.

La bella se había ido. Por un instante, el sentimiento la había cautivado, se había arrojado a mis pies, pero en ese mismo instante despertaron su innato sentido del pudor y su tímida discreción; miedo y espanto la hicieron alejarse de aquel círculo en el que había atraído sobre sí la atención de todos, aunque nadie expresó otra cosa que no fuera admiración y alabanza... ¡y lo mismo hice yo! La reina de la belleza había hechizado a todos, su corazón era tan noble como sus formas.

La conciencia de una buena acción arrojó un rayo de luz sobre mi alma, tuve una sensación de noble orgullo, sentí la suerte de que gozaba al poseer el don del canto. Las alabanzas y el cariño que encontraba a mi alrededor hacían disolverse la acritud

de mi alma, era como si mi fuerza espiritual, más pura y buena, se irguiera tras su amarga muerte aparente. Pensé en Flaminia, y pensé en ella sin dolor, seguramente habría estrechado mi mano. Sus palabras de que sólo lo divino, la gloria de Dios, merecían ser cantadas por el poeta, iluminó mi alma, sentí de nuevo fuerza y ánimo, una dulce calma se extendió por todo mi ser y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, conocí la alegría. Fue una velada feliz. Poggio y yo chocamos nuestras copas. Confirmamos nuestra amistad tuteándonos fraternalmente. Llegué a casa muy tarde, pero no tenía sueño. La luna brillaba clara sobre el agua de los canales, el cielo era alto y azul. Con la piadosa fe de un niño junté mis manos y recé: «¡Padre, perdóname por mis pecados! ¡Dame fuerzas para ser una persona buena y honrada, y entonces me atreveré a recordar a Flaminia, a pensar en la hermana, y refuerza también su alma, que jamás sueñe con mi dolor! ¡Sé bueno y misericordioso con nosotros, oh Dios eterno!». Y sentí aliviado mi corazón; los vacíos canales de Venecia, los viejos palacios, me parecían un bello, nebuloso mundo de hadas.

A la mañana siguiente estaba extrañamente animado, en mi pecho había despertado un noble orgullo, era feliz con mis dotes espirituales y daba gracias a Dios. Tomé una góndola para ir a visitar al Podestà, a cuya hermana conocía; a fuer de sincero, he de decir que también quería ver mejor a la joven dama que tan vivamente me había alabado, y que era considerada reina de la belleza.

—Palazzo d’Otello —dijo el gondelero, y me condujo por el Gran Canal hasta un viejo edificio mientras me contaba que el moro de Venecia, que atormentaba a su bella esposa, Desdémona, había vivido allí, y que los ingleses iban a ver la casa como si se tratara de la iglesia de San Marcos o del Arsenal^[90].

Todos me recibieron como si yo fuera un pariente querido. Rosa, la anciana hermana del Podestà, habló de su querido hermano fallecido, de la animada y divertida Nápoles, que no había vuelto a ver en cinco años.

—Bueno —dijo—, Maria también la echa de menos, y allá iremos, sí, iremos, en cualquier momento, tengo que ver el Vesubio y la preciosa Capri una vez más antes de morir.

Entró Maria, me dio la mano fraternalmente, aunque con una alegría extrañamente tímida; era bella, ciertamente, parecía aún más bella que el día anterior, cuando se inclinó ante mí. Poggio tenía razón, así debía de ser la más joven de las Gracias, no había criatura femenina de más bellas formas, ¿quizá Lara? ¡Sí, Lara, la niña ciega, con sus harapos, con el ramito de violetas en el pelo, era tan bella como Maria con su suntuoso vestido! Aquellos ojos cerrados habían hablado a mi corazón más fuerte que esta extrañamente oscura mirada de fuego; cada rasgo era melancolía, como en Lara, pero en los abiertos ojos oscuros se encontraba una paz, una alegría, que Lara nunca habría conocido. Había en ella tantas cosas que me hacían pensar en la pequeña mendiga ciega, a la que ella nunca había visto, sucedía también con el extraño respeto de mi corazón, como si estuviese dirigido a algo aún más elevado. Mis dotes espirituales alcanzaron mayor flexibilidad, mi elocuencia se hizo más rica.

Notaba que agradaba a todas esas personas, y Maria parecía dedicarme la misma admiración que su belleza exigía de mí. La contemplé como el amante contempla a una preciosa estatua femenina que perfecciona incluso la imagen de su amada. En Maria hallaba la belleza de Lara, casi como el reflejo de un espejo, y el ánimo fraternal de Flaminia; inspiraba confianza. Para mí era como si ya nos conociéramos.

XII

La cantante

Un suceso de mi vida está ahora tan cercano que casi deja a todos los demás en segundo plano; como los altos pinos del bosque, aleja las miradas del sotobosque y sólo de pasada mencionaré, por tanto, el terreno intermedio. Yo acudía con frecuencia a casa del Podestà; yo era su genio vivificador, según decían. Rosa me hablaba de su querida Nápoles y yo le leía la *Divina Commedia*, Alfieri y Nicolini, e igual que las obras de estos poetas me entusiasmaban el espíritu y el sentimiento de Maria. Aparte de esta familia, Poggio era a quien con más gusto trataba, la cosa era sabida y fue invitado por el Podestà. Poggio me dio las gracias, era mérito mío y de nuestra amistad, no suyo, que él también pudiera ir allí, lo que haría que toda la juventud de Venecia lo envidiara. En todas partes se admiraba mi talento como improvisador, incluso se le otorgaba tanto valor que no había círculo que dejara de insistirme hasta que yo cumplía su deseo de componer un poema. Los mejores artistas me estrechaban fraternalmente la mano y me animaban a presentarme en público, y yo satisfacía su deseo a medias, actuando una tarde en la *Accademia dell'arte*, para sus miembros, con una improvisación sobre la campaña de Dandolo contra Constantinopla y sobre los caballos de bronce de la iglesia de San Marcos, por todo lo cual se me honró con un diploma: fui aceptado en la sociedad. Pero una alegría aún mayor me esperaba en casa del Podestà. Maria me sorprendió un día con una cajita que contenía un bonito collar de preciosas conchas de colores, diminutas, finas y preciosas, engarzadas en un cordoncito de seda; era un regalo de los desdichados del Lido, que me llamaban su bienhechor.

—¡Es muy bonito! —dijo Maria.

—Puede guardarlo para regalárselo a su novia —dijo Rosa—, es un regalo muy bonito y precisamente para eso se lo han dado.

—¡Mi novia! —repetí yo muy serio—; no tengo, no tengo novia.

—¡Pero ya la tendrá! —dijo Rosa—. Tendrá novia, y será la más bella de todas.

—¡Jamás! —repetí mirando al suelo, pues sentía con claridad todo lo que había perdido. Maria también se quedó muda ante mi abatimiento; se había alegrado tanto de poder entregarme el regalo, traído por Poggio, a quien se lo habían dado en el Lido, y ahora yo me disgustaba, ni siquiera conseguía disimularlo; sostuve el collar en la mano, me habría encantado regalárselo a Maria pero las palabras de Rosa frenaron mi determinación. Maria, seguramente, habría adivinado mis pensamientos, pues cuando levanté mis ojos hacia ella, un leve rubor corrió por su rostro...

—Viene usted poco a nuestra casa —me dijo la esposa de mi rico banquero, un día que fui a visitarlos—; a nuestra casa viene demasiado poco, pero a la del Podestà... sí, claro, será más entretenida. Maria es la mayor belleza de Venecia, y

usted es nuestro mayor improvisador. ¡Además, esa chica es muy buen partido! Dicen que tiene una magnífica hacienda en Calabria, que es su herencia, o que se la compraron como herencia. Sea audaz y la conseguirá. Será envidiado por toda Venecia.

—¿Cómo puede usted creer —respondí— que pueda albergar una idea tan mezquina? Estoy tan lejos de amar a Maria como cualquiera pueda estarlo. Su belleza conmueve mi corazón, pero eso no es amor. Y que tenga o no propiedades no es algo fundamental para mí.

—¡Pero también hay que tenerlo en cuenta! —dijo la señora—. El amor es la felicidad de la vida cuando la cocina y la despensa están bien provistas. ¡Es de estas de las que tenemos que vivir! —rió y me estrechó la mano.

Me molestó mucho que alguien pudiera pensar y, más todavía, decir de mí algo semejante. Decidí ir con mucha menor frecuencia a casa del Podestà, por mucho cariño que les tuviera. Tenía pensado pasar allí aquella tarde, pero cambié de determinación. Mi sangre se puso en movimiento. No, pensé, por qué voy a enfadarme, ¡tengo que estar alegre! La vida es bella si uno lo quiere así. Soy libre, nadie decidirá por mí. ¡Tengo fuerzas y voluntad suficientes para impedirlo! En la oscura noche paseé a solas por las estrechas calles, donde las casas se tocaban casi, lo que hacía que el angosto espacio estuviera fuertemente iluminado, y el gentío de lo más animado. En largos rayos lucían las lámparas sobre el ancho canal, velozmente pasaban las góndolas bajo el arco que sostiene el puente. Sonó entonces una canción, la melodía del amor y los besos y, como la serpiente del árbol del conocimiento del bien y del mal, me mostró el bello rostro del pecado. Me alejé por las callejas; había una casa más iluminada que las demás, una gran cantidad de personas entraba en ella. Era uno de los teatros pequeños de Venecia, San Lucas, creo que se llama^[91]. Una pequeña *troupe* representaba una ópera allí dos veces diarias, igual que en el Teatro Fenize de Nápoles^[92]. A las cuatro de la tarde empezaba la primera representación de la pieza, que terminaba hacia las seis, y la segunda comenzaba a las ocho. La entrada era muy barata; pero tampoco se podía esperar ver nada especial, si bien el deseo de oír música de las clases bajas y la curiosidad de los forasteros hacía que hubiera bastantes espectadores en ambas representaciones. En el cartel se leía: *Donna Caritea, regina di Spagna*, con música de Mercadante.

«Podría entrar», pensé; «estoy aburrido. Miraré a las bellas, mi sangre está caliente, mi corazón es capaz de palpar como el de Bernardo, como el de Federigo, no hay que burlarse del chaval de la campiña que lleva leche de cabra en la sangre... Ojalá hubiera sido frívolo yo también... ¡mi suerte habría sido mayor, seguro! ¡Sí, la vida es breve, la edad trae frío y hielo!»

Entré, compré una entrada, que estaba de lo más sucia, y me llevaron a un palco, muy cerca del escenario. Había dos filas de palcos, una encima de otra, el auditorio era bastante amplio, pero el escenario parecía una bandeja, demasiada gente no podría caber allí, y sin embargo representaban una ópera de capa y espada, con

esgrima y desfiles. Los palcos, por dentro, estaban sucios y medio rotos, el techo parecía oprimirlo todo^[93]. Un hombre en mangas de camisa salió a encender las lámparas. La gente charlaba en voz alta, ya todos sentados. Los músicos entraron en el foso de la orquesta; sólo cabía un cuarteto. Todo dejaba sospechar lo que podría salir de aquello, pero decidí aguantar el primer acto entero. Observé a las damas a mi alrededor, ninguna de ellas me resultó atractiva, y entonces entró en el palco de al lado un hombre joven, al que había visto anteriormente en alguna *soirée*; me sonrió y me dio la mano, nunca hubiera pensado que nos encontraríamos allí, «aunque», susurró, «a veces se tienen vecinos de lo más agradables. ¡Con esta luz de luna es fácil conocer gente!». Siguió parloteando, algunos chistaron para que se callara, pues comenzaba la obertura. Sonó bastante penosa, y se alzó el telón. El coro consistía solamente en dos damas y dos caballeros, con un aspecto tal que parecían recién sacados de trabajar en el campo y que los hubieran encasquetado unos ropajes caballerescos.

—Nada —dijo mi vecino—, las partes de solista no están tan mal de personal. Hay un cómico que podría actuar en cualquier teatro de importancia. ¡Ay, Dios mío! —exclamó para sí mismo, cuando la reina de la pieza entró en escena con dos damas—. ¡Va a ser ella! Bueno, no doy ni medio *Zwanziger*^[94] por el conjunto, Jeannette es mucho mejor.

La que apareció en escena era una figura pequeña e insignificante, de rostro alargado, rasgos marcados y ojos oscuros muy hundidos. El vestido también le sentaba mal; era la pobreza presentada como reina, aunque con una dignidad que me asombró, y que destacaba enormemente en el conjunto; a una muchachita guapa le habría sentado estupendamente. Se acercó y la luz de las lámparas la iluminó... mi corazón dio un brinco, casi ni me atreví a preguntar su nombre, pensé que mis ojos me estaban engañando.

—¿Cómo se llama?

—Annunziata —me respondió mi vecino—. Cantar no sabe, y ya verá su escasa consistencia —como un veneno devorador caía en mi corazón cada una de esas palabras, yo era incapaz de moverme, mis ojos fijos en ella. Cantó; ¡no, aquella no era la voz de Annunziata! Mate, átona e insegura.

—Desde luego quedan huellas de una buena escuela —dijo mi vecino—; pero las fuerzas no le aguantan.

—No se parece nada —balbucí—; ¿es la misma Annunziata, una joven española, que deslumbró en tiempos en Roma y Nápoles?

—Ah, sí —respondió—; es ella. Hace siete u ocho años estaba en la cumbre. Entonces era joven, dicen que tenía una voz como la de Malibrán, pero ahora se le han caído los dorados: ¡en el fondo es el destino de esa clase de talentos! Durante unos cuantos años se encuentran en la plenitud; cegados por la admiración, ni siquiera se dan cuenta de que van cuesta abajo, pero no se retiran discretamente mientras aún están en la gloria, y entonces es el público el que se percata del cambio,

lo que resulta de lo más lamentable. Por lo general, además, estas buenas señoras suelen llevar una vida tan disipada que todo lo que ganan se va esfumando, al principio poco a poco, luego a todo galope. ¿Quizá la vio usted en Roma? —me preguntó.

—Sí —respondí—, varias veces.

—Ha de ser un contraste bastante desagradable. Pero es lamentable sobre todo para ella misma. Dicen que perdió la voz a consecuencia de una larga, grave enfermedad, hace ya cuatro o cinco años. Pero ¿qué puede hacer el público? ¿Aplaudir a una vieja conocida? ¡Pues yo voy a ayudarles! ¡Eso alegrará a la vieja! —aplaudí con fuerza y algunos del parterre siguieron su ejemplo, pero sonó también un fuerte silbido cuando la reina abandonaba la escena. ¡Aquello era Annunziata!

—¡*Fuimus Troes*^[95]! —susurró mi vecino. Apareció entonces el héroe de la obra, era una muchacha muy guapa, de preciosas formas y mirada ardiente, que fue recibida con gritos de «*brava!*» y aplausos. ¡Los viejos recuerdos se agolparon en mi alma, el entusiasmo de los romanos con Annunziata, su cortejo triunfal, la fuerza de mi amor! ¡De modo que Bernardo la había abandonado! ¿O tal vez ella no lo amaba? Pero vi cómo inclinaba la cabeza hacia la suya, cómo apretaba los labios contra su frente. Él la había abandonado, la abandonó cuando ella enfermó y desapareció su belleza, eso era lo único que él amaba realmente.

Volvió a salir a escena; ¡qué aspecto tan avejentado y quebrantado tenía! Era un cadáver maquillado que me llenó de pavor... Me sentí furioso con Bernardo, que fue capaz de abandonarla por la pérdida de su belleza, aunque era eso, precisamente, lo que tan profundamente me hería; ¡pues el alma de Annunziata había de seguir siendo la misma de antes!

—¿Se encuentra usted mal? —preguntó mi vecino, viéndome pálido como un cadáver.

—¡Hace un calor asfixiante! —contesté, me puse en pie, abandoné el palco y salí al aire libre; vagué de nuevo por las callejuelas, mil sentimientos agitaban mi pecho, no sé por dónde fui... Me hallaba de nuevo delante del teatro, un hombre estaba quitando el cartel para colocar el del día siguiente.

—¿Dónde vive Annunziata? —le susurré al oído; se dio la vuelta, me miró y repitió:

—¿Annunziata? El *Signore* se referirá a Aurelia, ¿verdad? La que hacía de hombre, ¿no? Le indicaré su casa, pero aún no está lista.

—¡No, no! —respondí— Annunziata, la que cantaba el papel de la reina —el hombre me miró de arriba abajo.

—¿La flacucha? —preguntó—, bueno, creo que ésa no está muy acostumbrada a las visitas. ¡Pero tiene sus motivos! Le indicaré la casa al *signore*. Puede confiar en mí; pero no podrá visitarla hasta dentro de una hora, es lo que queda de la ópera.

—¡Espéreme aquí! —dije, subí a una góndola y ordené al gondolero que me llevase a dar una vuelta por donde le apeteciese. Mi alma estaba hondamente

entristecida, tenía que volver a ver a Annunziata, volver a hablar con ella; ¡era desgraciada! Pero ¿qué podía hacer por ella? El dolor y la preocupación me hacían alejarme.

Había transcurrido justo una hora cuando la góndola me dejó delante del teatro, donde estaba esperando el hombre de antes.

Por angostos y sucios callejones me llevó hasta una casa vieja y destartalada; arriba del todo, en la buhardilla, había una luz encendida, y el hombre señaló en esa dirección.

—¿Vive allí? —exclamé.

—Yo lo llevaré, *Eccellenza* —tiró del cordel de una campanilla.

—¿Quién es? —preguntó desde arriba una voz de mujer.

—Marco Lugano —respondió el hombre, y la puerta se abrió. Dentro, la oscuridad era total, la lamparita ante el cuadro de la Madonna se había apagado, solamente la roja mecha seguía brillando como una gotita de sangre; me acerqué al hombre. Se abrió una puerta arriba del todo, un rayo de luz llegó abajo—. Entre usted —dijo el hombre. Le puse un par de *Zwanziger* en la mano, él me dio las gracias mil veces y se marchó cuando yo ponía el pie en el último escalón.

—¿Hay nuevos cambios para mañana, Marco Lugano? —oí preguntar a la voz; era la de Annunziata; estaba en la puerta, con un pañuelo de seda atado sobre el cabello; una gran bata oscura colgaba suelta a su alrededor—. ¡No te caigas, Marco Lugano! —dijo, entrando en la sala; yo la seguí...

—¿Quién es usted? ¿Qué busca usted aquí? —exclamó asustada al verme.

—¡Annunziata! —exclamé con voz dolorida. Se me quedó mirando fijamente.

—¡Dios mío! —gritó, cubriéndose el rostro con las manos.

—Un amigo —balbucí—. Un conocido de antes, al que usted proporcionó alegría y felicidad, es quien la visita, quien se atreve a ofrecerle su mano —ella se quitó las manos de la cara, pálida como un cadáver, y ciertamente un cadáver parecía; sus ojos oscuros, espirituales, ardían. Annunziata había envejecido, pero aún quedaban restos de su perdida belleza, la misma mirada espiritual, nimbada de melancolía.

—¡Antonio! —exclamó, y vi lágrimas en sus ojos—. ¡Que nos encontremos así! ¡Déjame! Nuestros caminos son ya opuestos, el suyo hacia arriba, hacia la felicidad, el mío hacia abajo... ¡también hacia la felicidad! —suspiró con dolor.

—¡No me arroje de su lado! —le rogué—. ¡Vengo como amigo, como hermano, mi corazón me ha traído hasta aquí! Usted es desdichada, ¡usted, que llenó de alegría a miles, que los hizo felices!

—¡La rueda de la fortuna de muchas vueltas! —repuso—. La felicidad corteja sólo a la juventud y la belleza, pues su carro triunfal se unce el mundo, razón y corazón son los peores dones de la naturaleza, se olvidan siempre ante la juventud y la belleza, ¡y el mundo siempre tiene razón!

—Ha estado enferma, Annunziata —dije, mis labios temblaban.

—Sí, enferma, muy enferma, un año entero. ¡Pero no morí! —y continuó, con una

amarga sonrisa—: la juventud murió, la voz murió y el público quedó mudo al ver estos dos cadáveres en un solo cuerpo. Los médicos dijeron que su muerte era sólo aparente, ¡y el cuerpo lo creyó! El cuerpo ansiaba vestidos y alimentos, entregó toda su riqueza para conseguirlos, durante dos largos años; luego hubo de maquillarse, aparecer ante los demás como si los muertos estuvieran aún vivos, mas aparecía en las sombras, para que nadie se asustara, en algún pequeño teatro en el que ardían pocas lámparas, donde todo estaba en penumbra, allí se mostraba de nuevo. Pero todos se dieron cuenta de que juventud y voz eran cadáveres muertos y enterrados. Annunziata está muerta, allí cuelga el retrato de cuando estaba viva —y señaló la pared.

En el pobre cuartucho colgaba una pintura, un torso, con marco ricamente dorado, que destacaba poderosamente entre la pobreza que lo rodeaba. Era el retrato de Annunziata, representada como Dido, era su retrato, tal y como vivía ella aún dentro de mi alma, el bello rostro espiritual con el orgullo reflejado en su frente; miré a la verdadera Annunziata, que se cubría el rostro con las manos y lloraba.

—¡Déjeme! ¡Olvídese de mi existencia, igual que el mundo la ha olvidado! —me rogó, haciéndome con la mano señas de que me fuera.

—¡No puedo! —dije—; ¡no puedo dejarla así! La Madonna es buena y generosa. ¡La Madonna nos ayuda a todos!

—¡Antonio! —dijo ella, muy seria—. ¿Cómo puede burlarse de mí en mi desgracia? No, usted, como el resto del mundo, no es como yo creí una vez... Pero no lo comprendo, cuando aún todos me aclamaban, cuando el mundo se volcaba en alabanzas y halagos hacia mí, usted me abandonó, me abandonó por completo, y ahora, cuando todo aquel brillo que entusiasmaba al mundo ha desaparecido y todos me consideran un ser extraño e indiferente, viene usted, viene a visitarme...

—Usted me alejó de su lado —exclamé—; ¡me arrojó al mundo! Mi destino, las circunstancias —añadí en un tono más suave— me arrojaron al mundo —Annunziata calló, pero su mirada se quedó extrañamente fija sobre mí, pareció querer decir algo, sus labios se movieron, pero no dijo nada, un profundo suspiro brotó de su pecho, levantó la mirada pero volvió a bajarla. Se pasó las manos por la frente, era como si un pensamiento cruzara su alma, conocido sólo por Dios y por ella.

—¡He vuelto a verlo! —exclamó—. ¡Lo he vuelto a ver una vez más en este mundo! Siento que es usted una persona buena y noble... ¡Usted será más feliz que yo! El cisne ha entonado su último canto. La belleza se ha marchitado, estoy completamente sola. De la feliz Annunziata sólo queda ese retrato de la pared... ¡Tengo un ruego! No puede decirme que no. ¡Se lo pide Annunziata, la que en otro tiempo fue su alegría!

—¡Todo, se lo prometeré todo! —exclamé, apretando su mano contra mis labios.

—¡Considere como un sueño todo lo que ha visto esta noche! ¡Si nos encontramos en este mundo, no nos conocemos! ¡Y ahora nos despediremos! —me dio la mano—. ¡Nos encontraremos en un mundo mejor! ¡Aquí se separan nuestros

caminos! ¡Adiós, Antonio! ¡Adiós!

Caí de rodillas, vencido por el dolor. No sé nada más, me llevó de la mano como a un niño, mientras yo lloraba como un niño.

—¡Volveré! ¡Volveré! —le dije al marcharme.

—¡Adiós! —la oí decir, pero ya no la podía ver. Todo estaba oscuro allá abajo y en la calle.

—¡Dios mío! ¡Qué infelices pueden ser tus criaturas! —gemí llorando, el sueño no llegó a mis ojos. Fue una noche de sufrimiento.

El día siguiente llegó entre mil planes que elaboraba y volvía a desechar. ¡Sentía mi pobreza! Yo no era sino un niño pobre al que habían sacado de la campiña, la libertad de mi espíritu me había atado a las cadenas de la dependencia. Pero mi talento parecía abrirme un camino luminoso... ¿llegaría a ser más luminoso aún que el de Annunziata, y cómo acabaría? El rugiente río resplandeciente de cascadas y arcoiris acabó con las ciénagas pónticas de la miseria.

Tenía que ver a Annunziata una vez más, tenía que hablar con ella. Era dos días después de nuestro encuentro cuando volví a subir por las angostas, oscuras escaleras. La puerta estaba cerrada con llave; toqué, una abuelita abrió la puerta de al lado y preguntó si quería ver la habitación, que estaba vacía; pero aquello fue demasiado para mí.

—¿Y la cantante? —pregunté.

—Se ha marchado —respondió la anciana—. Se marchó ayer por la mañana. De viaje, creo. ¡Tenía muchísima prisa!

—¿No sabrá usted adónde iba? —pregunté.

—No, no dijo nada. Pero habrán ido a Padua o a Trieste o a Ferrara, o algún sitio por el estilo, ¡hay tantos! —abrió la puerta y me enseñó la estancia vacía.

Fui al teatro, la *troupe* había dado su última representación el día anterior. Ahora estaba cerrado. ¡Se ha ido! ¡La desdichada Annunziata! No fue Bernardo la causa de su desgracia, del camino que había seguido mi propia vida. Si él no hubiera existido, ella podría haberme amado y su amor habría dado mayor fuerza y perfección a mi espíritu. Si la hubiera seguido y hubiera vivido actuando de improvisador, quizá mi triunfo se habría atado al suyo. Todo había sucedido de otra forma. La pena no habría surcado su frente.

XIII

Poggio. Annunziata. Maria

Poggio vino a visitarme, preguntó por mi abatimiento, pero no pude contarle el motivo; a nadie podía decírselo.

—Tienes una pinta como si te hubiera soplado encima un mal siroco. ¿Es del corazón de donde viene ese aire caliente? El pajarito que va ahí dentro podría quemarse, y ya que no existe el ave fénix, no es nada práctico. Tiene que echar un vuelo y salir, picotear las rojas bayas del campo y las delicadas rosas de los balcones, reclamar sus derechos; eso es lo que hace mi pájaro, y se encuentra fenomenalmente, tiene un humor excelente, con sus cantos me mete pura alegría en la sangre, en todo mi ser, de ahí mi buen humor. ¡Tú también puedes hacerlo, y tienes que hacerlo! ¡Un poeta puede tener en el pecho el pájaro adecuado, capaz de reconocer rosas y bayas, lo agrio y lo dulce, los posos y el éter!

—¡Bonita idea de lo que es ser poeta! —exclamé.

—Cristo se hizo hombre como nosotros y bajó al infierno con los condenados. ¡Lo divino debe mezclarse con lo terrenal, y de ello surgirá un fruto espléndido!... menuda conferencia es la que te estoy soltando para empezar. Claro que tenía que darte una, lo había prometido, pero creo que era sobre otro tema. Cómo es que el señor ha abandonado a sus amigos. En tres días no ha ido a casa del Podestà. ¡Eso está feo, está muy feo por su parte! La familia está también enfadada. Tienes que ir allá hoy mismo y sujetarles el estribo como hizo Federico Barbarossa. ¡Tres días sin aparecer por casa del Podestà! ¿Pero qué te sucede?

—No me encontraba bien, no he salido...

—¡No, querido amigo, de eso nada! La otra noche estuviste viendo la ópera *La regina di Spagna*, donde actúa la pequeña Aurelia en el papel de un caballero, ¡un pequeño Orlando furioso! Pero esa experiencia no puede producirte canas, no es tan terrible. Sea lo que sea, hoy te vienes conmigo a comer a casa del Podestà. Estamos invitados, y he dado mi palabra de que te llevaría.

—Poggio —dije con expresión seria—. Te diré el motivo por el que no he ido, de por qué no quiero ir con tanta frecuencia como antes —le conté que la esposa del banquero me había dicho al oído que toda Venecia hablaba de que yo quería conquistar a la bella Maria porque tenía propiedades, poseía una finca en Calabria.

—¡Baaah! —exclamó Poggio—; ¡ojalá dijeran eso de mí! ¿Y por eso no quieres ir? Sí, claro, eso dice la gente, y yo también lo creo, es de lo más natural. Pero tengamos razón o no, no es nada cortés portarse así con la familia. Maria es guapa, muy guapa, tiene buen sentido y buenos sentimientos, ¡y además la amas, eso lo he tenido siempre claro!

—¡No, no! —exclamé—; mi mente está lejos del amor. Maria tiene cierto

parecido con una niña ciega que vi una vez, una niña que me agradó enormemente, tanto como puede hacerlo una criaturita. Ese parecido me ha afectado muchas veces en Maria y ha hecho que mi mirada se clavara en ella.

—Maria también estuvo ciega —dijo Poggio en tono un tanto serio—; llegó ciega de Grecia, su tío, el médico de Nápoles, la operó.

—¡Mi ciega no era Maria! —repuse.

—Tu ciega —repitió Poggio con alegría—. Aquella niña ciega era una persona especial, que hace que te fijes más en Maria para encontrar el parecido. Vamos, lo digo en sentido metafórico. ¡Es el ciego Cupido, al que conociste tiempo atrás, quien te hace mirar a Maria! ¡Reconócelo! ¡Antes de que nos demos cuenta se anunciarán los esponsales y os marcharéis de Venecia!

—¡No, Poggio! —exclamé—. ¡Me ofendes con tus palabras, nunca me casaré! El sueño de mi amor ya ha desaparecido, ¡nunca lo soñaré, no puedo! Por Dios todopoderoso y por todos los santos, nunca querré ni podré...

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo, déjate de juramentos! —gritó Poggio—. Quiero creerte, y contradiré a todo el que diga que amas a Maria y que tendríais que ser pareja. Pero no jures que no te casarás nunca, quizá la boda esté más cerca de lo que crees. ¡Podría ser que incluso este mismo año!

—¡Tu boda, quizá! —repuse—; ¡pero la mía, jamás!

—Vaya, así que crees que debería casarme —exclamó Poggio—; no, querido amigo, no tengo medios para mantener a una mujer, ese placer cuesta demasiado.

—Tu boda será antes que la mía —repuse—; tal vez Maria misma sea tuya, y mientras Venecia afirma que yo quiero su mano, es a ti a quien se la ofrece.

—¡Menudo! —respondió riendo—. No, le concedo un hombre mejor que yo. Apostemos —continuó— a que tú te casas, sea con Maria o con otra dama, te conviertes en esposo y yo sigo de solterón. Apostemos dos botellas de champán, a beber el día de tu boda.

—¡Acepto! —respondí, sonriendo. Tuve que acompañarlo a casa del Podestà. La anciana Rosa me riñó, también el Podestà. Maria estaba en silencio, mis ojos reposaban en ella, a fin de cuentas, Venecia decía que era mi novia. ¡Rosa brindó conmigo!

—Ninguna dama debe beber a la salud del improvisador —dijo Poggio—; ha jurado odio eterno al bello sexo, no quiere casarse jamás.

—¿Odio eterno? —repuse—. Si no deseo casarme, aún puedo apreciar y valorar lo bello del sexo que anima y endulza las cosas todas de la vida.

—¡No casarse! —exclamó el Podestà—; ¡es la peor idea que ha dado a luz su genio! Pero tampoco es propio de un amigo —le dijo sonriente a Poggio— descubrir semejante secreto.

—¡Es para que sienta vergüenza! —dijo Poggio—. De otro modo, podría enamorarse fácilmente de esa idea, que es la única mala que ha tenido y, como es tan sugerente, llegar a pensar que es algo original y agarrarse a ella con uñas y dientes —

bromearon a mi costa, se burlaron de mí y yo hube de mostrarme alegre; sacaron exquisitos platos y magníficos vinos. Pensé en la pobreza de Annunziata y en que quizá estaría pasando hambre.

—Ha prometido leernos obras de Silvio Pellico^[96] —dijo Rosa al despedirnos—; no lo olvide y venga a vernos todos los días, nos tiene acostumbrados a su presencia y nadie en toda Venecia sabe apreciarla más.

Fui, fui con mucha frecuencia, porque me percataba del aprecio que me tenían. Aproximadamente un mes después de mi última conversación con Poggio no había conseguido averiguar nada de Annunziata, tenía que conformarme con que la casualidad me permitiese reencontrar el hilo perdido. Una tarde, estaba en casa del Podestà, Maria me pareció extrañamente pensativa, su rostro expresaba vivo dolor. Había estado leyendo para Rosa y ella y, durante la lectura, ya tuve la sensación de que estaba pensando en otra cosa. Rosa abandonó la estancia; jamás había estado a solas con Maria, un presentimiento extraño, inexplicable, de que algo malo me iba a suceder, llenó mi pecho. Intenté comenzar una conversación sobre Silvio Pellico, sobre la influencia de su vida política sobre su espíritu literario.

—¡Señor abate! —me interrumpió, parecía no haber prestado atención alguna a mis palabras, toda su mente parecía dirigida a un único objeto—. ¡Antonio! —prosiguió con voz temblorosa y las mejillas encendidas—. ¡Tengo que hablar con usted! ¡He dado a una persona moribunda mi palabra de honor de que lo haría! —se detuvo; yo callé, emocionado por aquellas pocas palabras—. A fin de cuentas, no somos dos extraños —dijo—, pero este es un momento espantoso para mí —se quedó pálida como un muerto.

—¡Dios mío todopoderoso! —exclamé—; ¿qué ha sucedido?

—Los extraños designios de Dios me han arrastrado a los avatares de su vida, me han hecho partícipe de un secreto, de una relación que nadie debería conocer. Pero mis labios están sellados, se lo prometí a la moribunda y no se lo he contado ni siquiera a la buena de Rosa —sacó un pequeño paquete—. Esto es para usted; es lo que prometí entregarle. Hace dos días que lo tengo, no sabía cómo cumplir mi promesa, ahora ya está. ¡Calle, como haré yo para siempre!

—¿Quién lo envía? —pregunté—. ¿No puedo saberlo?

—¡Dios mío! —dijo Maria, y abandonó la estancia.

Me fui a casa a toda prisa y abrí el paquete. Había una serie de papeles sueltos; en el primero distinguí mi propia letra, una breve estrofa escrita a lápiz; pero debajo, con tinta, tres cruces negras, como si se tratase de una lápida funeraria. Era el poema que lancé mucho tiempo atrás a los pies de Annunziata, la primera vez que la ví. «¡Annunziata!» —exclamé en un profundo suspiro—. «¡Santa Madre de Dios! ¡Lo envía ella!» Entre los papeles había una nota lacrada, en la que decía: «¡Para Antonio!», y desgarré el lacre... sí, era de ella. Me pareció que la mitad había sido escrita la misma noche en que fui a su casa; las líneas de abajo parecían más recientes, estaban escritas con mano temblorosa. Leí:

«¡Te he visto, Antonio! ¡Te he visto una vez más! Era mi único deseo, y sin embargo temía ese instante como se teme a la muerte que, empero, trae la felicidad. Hace sólo unas pocas horas que te vi; cuando leas esto habrán pasado meses, pero no mucho más. Dicen que quien se ve a sí mismo ha de morir al poco. Tú eras la mitad de mi alma. Sólo en ti pensaba, ¡y te he visto! Tú me has visto en mi felicidad y en mi miseria. Tú fuiste el único que aún reconocía a la pobre, olvidada Annunziata... Pero lo merecía, Antonio. Ahora puedo decírtelo, porque cuando leas esto ya estaré muerta. Te amaba, te he amado desde mis días felices hasta mis últimos instantes. La Madonna no quiso que nos uniéramos en este mundo y nos separó. Yo sabía ya de tu amor antes de que lo confirmara aquella noche desdichada en que el disparo golpeó a Bernardo. Mi dolor por la desgracia que nos separó y la enorme pena que me destrozaba el corazón ataron mi lengua, oculté el rostro junto al cuerpo del difunto y te fuiste y nunca volví a verte. Bernardo no estaba herido de muerte, no me separé de él hasta que tuve completa seguridad de ello. ¿Aquello despertó en tu alma dudas sobre mi amor por ti? No sabía dónde estabas, no conseguí averiguarlo. Algunos días más tarde vino a verme una extraña anciana y me entregó un papel en el que habías escrito “me voy a Nápoles”. Tu nombre estaba debajo, y la anciana me dijo que necesitabas pasaporte y dinero; hice que Bernardo se los pidiera a su tío, el senador. Mi deseo fue una orden, pues mis palabras tenían la fuerza de conseguir cualquier cosa que yo deseara. ¡Y Bernardo también estaba triste por tu causa! Se recuperó por completo, y me amaba, creo que me amaba de verdad; pero sólo tú ocupabas mi mente. Se fue de Roma. Yo tenía que ir a Nápoles, la enfermedad de mi vieja amiga me obligó a permanecer un mes en Mola di Gaeta. Cuando llegamos por fin a Nápoles, oí hablar de un joven improvisador, Cenci, que había actuado en el teatro la noche misma de mi llegada... tuve el presentimiento de que eras tú... tuve el total convencimiento. Mi anciana amiga te escribió al momento, no mencionó nuestros nombres pero sí el lugar donde vivíamos... No acudiste. Volvió a escribir, de nuevo sin nombre, pero tú deberías haberte dado cuenta de quién lo enviaba. Escribió: “¡Ven, Antonio! El espanto del último desdichado instante que pasamos juntos, ya está superado. ¡Ven pronto! Considéralo un malentendido. Todo puede acabar bien, ¡no te demores ni un instante en venir!”. ¡Pero no viniste! Conseguí saber que habías leído las cartas y que habías regresado a Roma enseguida. ¿Qué podía pensar? ¡Que tu amor había desaparecido! ¡Yo también tenía mi orgullo, Antonio! El mundo había hecho vanidosa mi alma. No te olvidé, renuncié a ti y sufrí por ello. Mi anciana amiga murió, y poco después su hermano; se habían portado conmigo como padres, yo estaba completamente sola en el mundo, pero era su favorita, era joven y bella, deslumbrante en mi canto. ¡Fueron los últimos años de la vida! Enfermé durante el viaje a Bolonia, una enfermedad grave, mi corazón padecía. Antonio, ignoraba que tú albergaras sentimientos de amor hacia mí, que un día, cuando hubiera

desaparecido toda la felicidad de este mundo, volverías a besar mi frente... Estuve enferma durante un año; la escasa fortuna que había conseguido reunir a lo largo de los dos años en que fui cantante desapareció. Era pobre, doblemente pobre, pues mi voz había desaparecido, la enfermedad me había privado de todas mis fuerzas. Transcurrieron siete largos años... y entonces nos encontramos... ¡Has visto mi pobreza! Seguramente oíste cómo silbaban a la Annunziata que un día fue llevada en triunfo por las calles de Roma. Tan amarga como mi destino es ya mi mente... Viniste a verme, fue como si cayera el velo que oscurecía mis ojos. Lo sentí con toda claridad: me amabas de verdad. ¡Yo te arrojé al mundo, me dijiste, pues no sabías cómo te amaba yo también, cuánto te ansiaban mis brazos! ¡Te he visto, tus labios han ardido en mis manos como en aquellos tiempos felices! Estamos separados, yo estoy sola otra vez en mi cuartito, mañana lo abandono, ¡quizá también Venecia! No te preocupes por mí, Antonio, la Madonna es buena y misericordiosa. Piensa en mí con cariño, es la muerta la que te lo pide, Annunziata, a la que amaste y que ahora te espera... en el cielo.»

Un río de lágrimas brotó de mis ojos al leer aquellas líneas, era como si mi corazón quisiera disolverse en llanto. La segunda parte de la carta había sido escrita muy pocos días atrás. Era su última despedida.

«Mi desgracia se acerca a su fin. ¡Gracias sean dadas a la Madonna por la alegrías que me concedió, alabada sea también por las penas!... La muerte está en mi corazón. La sangre escapa de él. Sólo una vez más y todo habrá terminado. Me han dicho que la muchacha más noble y bella de Venecia es tu novia. Sed felices, este es el último deseo de la moribunda. No sabía a quién podía encomendar estas líneas, mi último adiós, sólo a ella; vendrá, me lo dice mi corazón, a la que está en el último escalón que separa la vida de la muerte, un noble corazón femenino no rechazará darle la última gota refrescante. ¡Vendrá a verme! ¡Adiós, Antonio! Mi última plegaria en el mundo, la primera en el cielo, es para ti, para ella, que será para ti lo que yo nunca pude ser, la gloria del mundo fue la causante; tal vez nunca habrías llegado a ser feliz conmigo, de otro modo, la Madonna jamás nos habría separado. ¡Adiós! ¡Adiós! Siento la paz en mi corazón, mi dolor ha pasado, ¡la muerte está cerca! ¡Rezad por mí, Maria y tú!

Annunziata.»

El dolor más profundo carece de palabras... atónito, hundido, mis ojos clavados en aquella carta que estaba ya húmeda de mis lágrimas. ¡Annunziata me amaba! Ella fue el espíritu invisible que me condujo hasta Nápoles, la carta era de ella, no de Santa, como creí. Annunziata había estado enferma, sumergida en la pobreza y la

miseria, y ahora estaba muerta, ¡muerta para siempre!... Aquella breve nota que entregué a Fulvia, y en la que había escrito «me voy a Nápoles», y que ella había llevado a Annunziata, estaba en el montón de cartas, así como una carta de Bernardo en la que se despedía de ella y la informaba de su determinación de abandonar Roma para prestar servicio en el extranjero, aunque no decía dónde. Aquel paquetito de cartas se lo había dado a Maria para mí, se había referido a ella como mi novia; aquellos hueros rumores habían llegado también hasta Annunziata y los había creído, había llamado a Maria para que acudiera a su lado. ¿Qué le habría dicho? Recordaba el miedo con que me habló Maria, y ahora sabía cómo nos juzgaba Venecia. Yo no tenía valor para hablar con ella, pero debía hacerlo, pues había sido mi ángel bueno y el de Annunziata.

Tomé una góndola y al poco me encontraba en la estancia en la que estaban Rosa y Maria con sus labores. Maria estaba cohibida, yo no tenía valor para decir la única cosa que tenía ocupada mi mente, respondí distraído a sus preguntas, la pena atenazaba mi alma; Rosa me tomó entonces la mano y dijo:

—¡Usted tiene una gran pena! ¡Tenga confianza en nosotras! ¿No vamos a poder consolar a un amigo de verdad y sufrir con él?

—¡Ya lo saben todo! —exclamé, y mi dolor se sintió un poco aliviado.

—¡Maria quizá! —respondió Rosa—. Pero yo no sé prácticamente nada.

—¡Rosa! —dijo Maria con voz suplicante, y le cogió la mano.

—¡No, para usted no tengo secretos! —dije—. Lo contaré todo. También me servirá de bálsamo —y les hablé de mi pobre infancia, de Annunziata y de mi huida a Nápoles; pero al ver ante a mí a Maria con las manos juntas, en una postura que habría podido ser de Flaminia, y que adoptaba ante mí otra criatura más, callé. De Lara, de la imagen onírica de la gruta, no me sentía con ánimos de hablar en presencia de Maria, además de que no formaba parte de la historia de Annunziata. Pasé enseguida a nuestro encuentro en Venecia y a nuestra última conversación. Maria se cubrió el rostro con las manos y lloró. Rosa callaba.

—¡No sabía nada de eso, nada en absoluto! —dijo—. Del Hospital de las Hermanitas llegó una carta para Maria, una moribunda le rogaba por todo lo que más quisiese, por su propio corazón, que fuera a verla. La acompañé en la góndola, pero tuvo que entrar sola, yo me quedé con las hermanas mientras ella acudía al lecho de la moribunda.

—¡Vi a Annunziata! —dijo Maria—. Ya le he dado lo que me pidió que le entregara.

—¿Y qué dijo? —la interrumpí.

—Dale esto a Antonio, el improvisador, pero sin que nadie te vea —habló de usted, habló como puede hablar una hermana, como puede hablar un espíritu bueno... y vi sangre... sangre en sus labios... cerró los ojos para morir y... Maria se deshizo en llanto.

En silencio apreté su mano contra mis labios, le di las gracias por su piedad y su

ternura al acudir a la llamada de Annunziata. Las dejé, entré en la iglesia y recé por la difunta...

Jamás he sentido mayor intimidad y amistad que en aquel instante, en casa del Podestà; yo era un hermano querido para Rosa y Maria, hasta el menor de mis deseos sabían sonsacarme; hasta en los más mínimos detalles descubría su afecto.

Visité la tumba de Annunziata. El cementerio era un arca flotante, de altos muros, que se agitaba en el agua, la isla con el jardín de la muerte. Una superficie verde con muchas cruces negras se abría ante mis ojos. Hallé la tumba que buscaba. ANNUNZIATA era la única inscripción. Sobre la cruz colgaba una fresca, hermosa corona de verde laurel, seguramente un regalo de Rosa y Maria. Se lo agradecí. ¡Qué bella era Maria en su dulzura, qué asombrosa semejanza tenía con Lara, mi imagen de la belleza, cuando cerraba los ojos! Se me ocurrió pensar lo incomprensible que era el ser humano.

En esos días llegó una carta de Fabiani; se extrañaba de que llevara ya cuatro meses en Venecia, opinaba que no debería pasar más tiempo en esa ciudad, sino que habría de visitar Milán o Génova; pero la decisión la dejaba en mis manos, podía hacer lo que mejor me pareciese. Y a fin de cuentas, qué me retenía en Venecia, era la ciudad de mi pena, como tal me había saludado a mi llegada, el mejor sueño de mi vida se había deshecho en lágrimas. Maria y Rosa son mis queridas hermanas, Poggio, un amigo caro y leal, no encontraré otros como ellos pero hemos de separarnos, seguir aquí sólo servirá para alimentar mi dolor. ¡Sí, fuera, fuera! Esta es mi decisión. Quería preparar a Rosa y a Maria; tenían que saberlo. Esa noche estaba en el gran salón de su casa, el balcón daba al canal. Maria quería que un criado encendiese la lámpara, pero Rosa opinaba que se estaba mejor a la clara luz de la luna. El naranjo exhalaba fuerte aroma.

—¡Canta para nosotros, Maria! —dijo Rosa—. Canta esa canción tan bonita que has aprendido sobre los trogloditas. ¡Que la oiga Antonio!

En notas extrañamente blandas cantó Maria una calladísima canción de cuna. Texto y melodía se fundían y expresaban al corazón y la mente el hogar de la belleza bajo las olas claras como el éter.

—¡Hay algo tan espiritual, tan transparente en esa canción! —dijo Rosa.

—¡Así debe de manifestarse el espíritu sin cuerpo! —exclamé yo.

—¡Así flota la belleza del mundo para el ciego! —dijo Maria en un suspiro.

—Pero ¿no es igual de bello cuando los ojos se abren? —preguntó Rosa.

—¡No es tan bello, pero al mismo tiempo es más bello! —respondió Maria.

Rosa contó entonces lo que ya me había dicho Poggio, que Maria estuvo ciega, y que su hermano le había regalado la luz de los ojos. Maria pronunció el nombre de él con amor y gratitud, me contó de una manera muy infantil sus ideas sobre el mundo que la rodeaba, el cálido sol, las personas, las anchas hojas de los cactus y los grandes templos.

—¡En Grecia hay más que aquí! —exclamó de repente, interrumpiendo su relato

—. Me imaginaba los colores como la belleza y la fuerza de las notas —continuó—. Las violetas son azules, el mar y el cielo son también azules, me contaban; del aroma de las violetas aprendí lo bellos que tendrían que ser el cielo y el mar. ¡Cuando los ojos del cuerpo están muertos, los ojos del alma ven con mayor claridad aún! El ciego aprende a creer en un mundo espiritual. Todo lo que observa se manifiesta a partir de él.

Pensé en Lara, con el ramillete de azules violetas en sus negros cabellos, el aroma del naranjo me llevó también a Paestum, donde crecen las violetas y los alhelíes encarnados en torno a las ruinas de los templos. Hablamos de la inmensa belleza de la naturaleza, del mar y de las montañas, y Rosa sintió añoranza de su hermosa Nápoles. Entonces les conté que mi partida estaba cercana, que abandonaría Venecia en pocos días.

—¿Piensa abandonarnos? —dijo Rosa, apenada—. ¡Nunca lo hubiera pensado!

—¿No volverá nunca a Venecia? —preguntó Maria—. ¿No volverá para ver a sus amigos?

—Sí, claro que volveré —y aunque ese no era mi plan, en absoluto, les aseguré que desde Milán regresaría a Roma y Venecia; pero ¿lo creía yo mismo? Había estado en la tumba de Annunziata, cogí una hoja de la corona y la guardé como si no fuera a regresar jamás. Y era la última vez que acudiría allí. Lo que guardaba la tumba era sólo polvo, en mi corazón estaba grabada la belleza y en la Madonna moraba el espíritu al que retrataba. La tumba de Annunziata y la salita en la que Rosa y Maria me dieron la mano como despedida, vieron sólo mi llanto y mi tristeza.

—¡Busque una mujer decente que pueda superar el quebranto de su corazón! —me dijo Rosa en la despedida—. Y tráigala alguna vez para que la abrace, sé que la querré como usted me ha enseñado a amar a Annunziata.

—¡Vuelva! —dijo Maria. Le besé la mano, sus ojos reposaban entristecidos en los míos. El Podestà trajo una espumeante copa de champán y Poggio entonó una alegre canción de viaje sobre la rueda que gira y el canto de los pájaros, libres en la naturaleza. Me acompañó en la góndola hasta Fusina. Las damas se despidieron desde el balcón agitando pañuelos blancos. ¡Cuántas cosas sucederían antes de que volviésemos a vernos! Poggio estaba exageradamente alegre, pero tuve la sensación de que había en su alegría algo artificial. Me estrechó con fuerza entre sus brazos y dijo que teníamos que escribirnos con frecuencia.

—Y me hablarás de tu preciosa novia y no te olvidarás de la apuesta.

—¿Cómo eres capaz de bromear en estos momentos? —respondí—. ¡Conoces mi decisión!

Nos despedimos.

XIV

Curiosidades de Verona. Catedral de Milán. Encuentro junto al arco de triunfo de Napoleón. Sueño y realidad. La gruta azul

El coche se alejaba. Vi el verde río Brenta, los sauces llorones, las hermosas villas y los lejanos montes; al atardecer llegué a Padua. La iglesia de San Antonio con sus siete orgullosas cúpulas me saludó a la clara luz de la luna. Los soportales de las calles estaban rebosantes de vida y alegría, pero me sentía extranjero y solo. A la luz del sol, todo me resultó aún más desazonante. «¡Fuera, más lejos! La vida del viajero conforta y aleja las penas», pensé, y las ruedas rodaron.

Todo era una gran llanura, pero de feraz verde, igual que las ciénagas pontinas. Los altos sauces llorones colgaban como grandes cascadas sobre los canales, alrededor se alzaban altares con sagradas imágenes de la Madonna, algunas descoloridas ya por el tiempo, incluso las paredes sobre las que estaban pintadas eran pura ruina, pero en algunos lugares aparecían también imágenes recién pintadas de la Madre y el Niño. Me di cuenta de que el cochero se levantaba el sombrero únicamente ante las nuevas, y que parecía no darse cuenta siquiera de la presencia de las viejas y despintadas. Aquello me impresionó más de lo normal. ¡Tal vez le daba más significado del que tenía realmente! Incluso lo santo, lo puro, el retrato de la Madonna misma, eran olvidados y pasados por alto porque sus colores terrenales habían perdido su lustre.

A través de Vicenza, donde la luz del arte de Palladio fue incapaz de llegar al fondo de mi entristecido corazón, llegué a Verona, la primera de aquellas ciudades que me agradó. El anfiteatro me llevó de nuevo a Roma, me recordó el Coliseo, del cual era una reproducción a pequeña escala, más nítida y menos arrasada por los bárbaros. Las espaciosas arcadas se utilizaban como almacenes y, en medio de la arena, habían instalado, con tablas y lonas, una pequeña barraca de feria en la que, según me contaron, ofrecía sus representaciones una pequeña *troupe*. Fui allí por la noche; los veroneses estaban sentados en las mismas gradas de piedra del anfiteatro en las que se sentaban sus antepasados. En el teatrillo representaban *La Cenerentola*. Era la *troupe* a la que pertenecía Annunziata. Aurelia interpretó el papel protagonista de la ópera. El conjunto fue penoso, lamentable^[97]. El viejo teatro de la antigüedad era como un gigante frente a aquella insignificante barraca. Un contrabajo enmudecía a los pocos instrumentos, el público aplaudió y llamó a escena a Aurelia. Me marché a toda prisa. En el exterior, todo estaba en calma. El inmenso edificio proyectaba una ancha, oscura sombra frente a la poderosa luz de la luna.

Me hablaron de las familias de los capuletos y los montescos, cuya pugna separó dos corazones enamorados, a quienes la muerte volvió a unir: la historia de Romeo y

Julietta. Me condujeron al Palazzo Capuleti, donde Romeo vio a Julieta por primera vez y bailó con ella. Ahora, la casa era un albergue para viajeros^[98]. Subí por la escalera por donde entró Romeo a hurtadillas para encontrar amor y muerte. La gran sala de baile seguía teniendo en las paredes cuadros descoloridos y las grandes ventanas llegaban al suelo, pero alrededor todo estaba cubierto de heno y paja, a lo largo de las paredes había cubos de cal y en los rincones colgaban arneses y aperos de labranza. Aquí danzaban en tiempos las más nobles familias de Verona al son de ondeantes notas, aquí soñaron Romeo y Julieta el breve sueño del amor; sentí en lo más hondo el vacío de los oropeles terrenales, sentí que Flaminia había elegido el mejor de los caminos y que Annunziata había alcanzado ya su meta, y alabé a mis felices difuntas.

Mi corazón palpitaba como si tuviera fiebre, no conseguía reposo alguno. ¡A Milán!, pensé, allí hallaré mi hogar, y hacia allá me dirigí. Llegué a finales de mes. No, se estaba mucho mejor en Venecia, era una ciudad mucho más hogareña. Me sentía solo y no conseguía conocer a nadie, ni siquiera pude entregar las muchas cartas de recomendación que se me habían proporcionado.

El inmenso teatro con sus palcos como estanterías de seis pisos, una sobre otra, todo aquel enorme espacio que sólo rara vez se llenaba al completo, me resultó un tanto vacío y al tiempo opresivo. Estuve allí una vez y oí el *Torquato Tasso* de Donizetti. Cantó la más glorificada cantante, a la que hicieron salir una y otra vez a escena con los aplausos, sonriente en su triunfo, pero pensé que, como hechicero de las desdichas, podía precedirle un futuro lleno de miseria y le deseé que muriera en aquel instante de belleza y felicidad: el mundo lloraría por ella, no ella por el mundo. Unos niños preciosos danzaron en el *ballet*, mi corazón sangró al contemplar su belleza. Nunca más volví a La Scala^[99].

Paseaba solitario por la gran ciudad a través de las calles en sombra, solitario permanecía en mi habitación, comencé a escribir una tragedia: *Leonardo da Vinci*. Pues Leonardo había vivido allí, y allí vi su inmortal *Última Cena*. La historia de su desgraciado amor, de su amada, que un convento separó de él, la veía reflejada en mi propia vida. Pensé en Flaminia, en Annunziata, y escribí lo que se agitaba dentro de mi corazón. Pero echaba de menos a Poggio, echaba de menos a Maria y a Rosa. Mi corazón añoraba sus atenciones y su amistad. Escribí, pero no recibí respuesta, tampoco Poggio honraba sus promesas de correspondencia, de amistad, era como todos éstos a los que llamamos amigos y a los que nos sentimos aún más atados en la despedida. Iba diariamente a la Catedral de Milán, aquella peculiar mole de mármol que parece casi arrancada de los campos de Carrara. A la clara luz de la luna vi la iglesia por primera vez; destacaba, deslumbrantemente blanca, su parte superior en el cielo infinitamente azul que la rodeaba; mirase donde mirase, aparecían figuras de mármol por cualquier esquina, en cada pequeña torre, de las que el edificio entero está abarrotado. Su interior me deslumbró más aún que San Pedro de Roma; la extraña oscuridad, el velo de luz que penetraba por las vidrieras de color... ¡sí, era

una iglesia de Dios! Llevaba ya un mes en Milán cuando subí por primera vez al tejado de la iglesia, el sol ardía en la brillante superficie blanca sobre la que se erguían las torres como iglesias y capillas sobre una enorme plaza de mármol. Milán yacía a mis pies, muy abajo; alrededor se dejaban ver nuevas estatuas, santos y mártires, que mis ojos no conseguían ver desde la calle. Estaba en lo más alto, al lado de la imponente estatua de Cristo que corona el gigantesco edificio. Hacia el norte estaban los altos, oscuros Alpes, hacia el sur los bajos, azulados Apeninos, entre éstos había una inmensa planicie verde, que era la llana campiña de Roma, transformada en jardín florido. Miré hacia el este, donde debería estar Venecia. Una bandada de aves migratorias, en larga fila, como una cinta ondeante, se dirigía hacia allá, pensé en las personas queridas que allí tenía, en Poggio, en Rosa y Maria, y una dolorosa añoranza despertó en mi pecho, y hube de recordar el viejo relato que escuché de niño cuando, con mi madre y Mariuccia, me iba ya del lago de Nemi, donde vimos el ave de presa y donde había aparecido Fulvia; Angelina nos habló de la pobre Teresa de Olevano, que se marchitaba de pena y añoranza por el esbelto Giuseppe, obligado a emigrar al norte, a las montañas; cómo la vieja Fulvia coció hierbas en una marmita de cobre y las dejó cocer varios días sobre las brasas hasta que Giuseppe se vio dominado por la añoranza y volvió a casa, sin poderlo evitar, marchando día y noche, sin pausa ni reposo, hasta el lugar mismo donde hervía la marmita con sus hierbas sagradas y un mechón de pelo de él y otro de Teresa. Sentí en mi pecho esa fuerza mágica que me arrastraba, los montañeses lo llamaban morriña, pero eso no podía ser lo que me sucedía a mí, pues Venecia no era mi hogar. Estaba muy alterado, me sentía enfermo y descendí del tejado de la iglesia. En mi habitación había una carta para mí, era de Poggio... por fin una carta. Al parecer había escrito otra anteriormente, que no me había llegado. Todo seguía en Venecia igual de bien y de feliz, aunque Maria había estado enferma, muy enferma, todos se quedaron angustiados y preocupados, ahora ya había pasado lo peor, estaba de nuevo en pie, aunque aún no se atrevía a salir a la calle. Y Poggio aprovechaba para meterse conmigo, preguntaba si aún no había cazado alguna milanese, me pedía que no olvidase el champán y nuestra apuesta. La carta entera era tan alegre, tan jocosa, completamente opuesta a mi estado de ánimo, y sin embargo me agradó; era ciertamente como estar viendo al feliz, al chistoso de Poggio. ¡Cómo juzga el mundo! Dicen que sufre una profunda pena secreta, que su alegría no es sino un disfraz de carnaval... ¡cuando esa es su auténtica naturaleza! Dicen que Maria es mi novia, pero mi corazón está muy lejos de sostener semejante idea; la añoraba, igual que añoraba a Rosa, pero nadie decía que amase a Rosa. ¡Oh, si estuviera en Venecia! ¡No aguanto más aquí! Y volvía a burlarme de aquella extraña voz en mi pecho. Para distraer mis pensamientos salí por la Piazza d'Armi hacia el arco triunfal de Napoleón: Porta Sempione era el nombre que le daban. Allí había trabajadores en plena faena; entré por la portecilla de la baja tarima de planchas que rodea todo el monumento inacabado, dos nuevos caballos de mármol permanecían todavía en el suelo, la hierba crecía muy alta sobre los pedestales;

alrededor, bloques de marcos y capiteles esculpidos.

Un forastero llevaba un guía y anotaba en un libro las peculiaridades que le contaba; era un hombre que aparentaba unos treinta años; pasé delante de él, llevaba dos condecoraciones napolitanas, levantó la vista hacia el arco y lo reconocí: era Bernardo. Él también me vio, corrió hacia mí, me abrazó y rió a carcajadas:

—¡Antonio, gracias por tu despedida! ¡Fue un auténtico adiós, con cohetes y efectos de toda clase! Pero aún seguimos siendo amigos, ¿verdad?

Un frío gélido me recorrió la sangre.

—¡Bernardo! —exclamé—; ¡que volvamos a vernos en el Norte, justo a los pies de los Alpes!

—Sí, y yo acabo de llegar de los Alpes. ¡De ver glaciares y avalanchas! He visto el fin del mundo encima de esas frías montañas —y me contó que durante el cálido verano había estado en Suiza. Los oficiales alemanes de Nápoles le habían contado tantas cosas sobre la magnificencia de Suiza, y además no era más que una breve travesía en el vapor de Nápoles a Génova, así que había estado en el valle de Chamoni, había ascendido el Montblanc y el Jungfrau, al que llamó *la bella ragazza* —. ¡Es la más fría que conozco!

Fuimos juntos hasta el nuevo anfiteatro y después a la ciudad; me contó que se marchaba a Génova, quería visitar a su novia y a los padres de ésta, estaba a punto de convertirse en un marido decente, me invitó a ir con él y luego me susurró al oído, riendo:

—¡No le digas nada de miavecilla domesticada, de nuestra pequeña cantante, o de todas esas historias! Ahora sabes ya que son cosas propias de un corazón joven; a mi novia podría darle dolor de cabeza, y me parece demasiado para la pobre.

Me resultó imposible mencionar ante él el nombre de Annunziata; tenía la sensación de que él nunca la había amado tanto como yo.

—¡Vente conmigo! —exclamó—. Génova tiene chicas bonitas, y ahora tú ya eres viejo y razonable y tendrás sentido suficiente para apreciarlas. Nápoles te educó, ¿verdad que sí? Viajaremos dentro de tres días. ¡Vente conmigo, Antonio!

—Pero es que me voy mañana —dije sin querer; nunca lo había pensado, pero ya estaba dicho.

—¿Adónde? —preguntó.

—A Venecia —respondí.

—Puedes cambiar de plan —insistió, y añadió nuevos argumentos. Le aseguré durante tan largo rato la necesidad de mi partida, que yo mismo me convencí de que precisaba marcharme. No hallaba descanso ni reposo y lo organicé todo para la partida, como si se tratara de una determinación tomada mucho tiempo atrás.

Era un guía invisible, la inextricable providencia de Dios, lo que me alejaba de Milán. Era incapaz de dormir por las noches; me pasaba en la cama unas horas entre breves, terribles sueños febriles, o en enfermiza vela. ¡A Venecia!, gritaba la voz que habitaba en mi pecho.

Vi por última vez a Bernardo, le pedí que saludara a su novia de mi parte y me alejé, regresé a toda prisa al lugar del que había partido dos meses antes.

Algunas veces me venía la idea de que había ingerido algún veneno que hacía fermentar mi sangre. Un miedo inexplicable me hacía irme... ¿Qué me depararía el futuro? Me acerqué a Fusina, vi de nuevo Venecia con sus muros grises, la torre de San Marcos y las lagunas, y entonces desaparecieron al instante mi extraña intranquilidad, mi añoranza y mi angustia, y brotó un nuevo sentimiento, ¿cómo podría llamarlo? Vergüenza de mí mismo, insatisfacción, descontento. No entendía lo que pretendía hacer allí, sentía la torpeza de mi comportamiento, y pensaba que todos se darían cuenta y se burlarían de mí: «¿A qué vienes otra vez a Venecia?».

Fui a mis aposentos, me cambié de ropa a toda prisa, tenía que visitar de inmediato a Rosa y Maria, por cuya causa me sentía extenuado y compungido. ¿Qué dirían de mi llegada?

La góndola se acercaba al palacio. Qué extraños pensamientos pueden brotar de un pecho humano. ¿Y si llegaba en medio de la diversión y la fiesta? ¿Y si Maria era ahora una novia? ¿Y si se estaba celebrando la boda? Pero si no la amaba, me lo había dicho mil veces a mí mismo, mil veces se lo había asegurado a Poggio y a todo el que había expresado semejante idea.

Vi de nuevo los muros de tonos gris verdoso, las altas ventanas, y mi corazón palpité de añoranza. Entré; serio y mudo abrió la puerta el criado, no dejó traslucir extrañeza alguna por mi llegada, era como si su mente estuviera ocupada en algo completamente distinto.

—El Podestà está siempre para usted, *Signore* —me dijo.

En la gran sala reinaba un silencio sepulcral, las cortinas estaban corridas. Allí vivió Desdémona, pensé, tal vez sufrió, y sin embargo el sufrimiento de Otelo fue mucho más espantoso. ¡Cómo pude ponerme a pensar en aquella antigua historia! Fui a los aposentos de Rosa, también allí estaban bajadas las cortinas, todo estaba en penumbra, y volví a sentir aquella extraña angustia que me había acompañado durante todo el viaje y me había hecho regresar a Venecia. Un temblor recorrió todos mis miembros, hube de buscar apoyo. Llegó entonces el Podestà, me estrechó en sus brazos, alegre de volver a verme. Pregunté por Rosa y Maria... y entonces tuve la sensación de que se ponía muy serio.

—No están —dijo—; han hecho un viajecito a Padua con otra familia. Volverán mañana o pasado.

No sé por qué, pero dudé de sus palabras, quizá fuera la fiebre de mi sangre, la terrible fiebre creada por mi dolor y que ahora se acercaba a su madurez para salir a la superficie. Pues aquello era lo que había influido sobre mi estado de ánimo, lo que se había cernido sobre mí durante todo el viaje, hasta el regreso. En la cena eché de menos a Rosa y Maria; el Podestà tampoco era el de siempre. Dijo que era una cuestión legal lo que lo tenía preocupado pero, aparte de eso, no había nada de importancia.

—Tampoco hay forma de encontrar a Poggio. Todas las desgracias se juntan y usted está enfermo. ¡Pues vaya velada tan divertida! ¡A lo mejor el vino consigue ponernos de mejor humor!... ¡Pero si está usted totalmente pálido! —gritó de pronto, y yo tuve la sensación de que todo daba vueltas a mi alrededor. Me sumergí en un estado de inconsciencia.

Era fiebre, una violenta fiebre nerviosa.

Sólo recuerdo que desperté en una acogedora estancia en penumbra; el Podestà estaba sentado a mi lado, dijo que me quedaría en su casa y que enseguida me recuperaría. ¡Rosa se ocuparía de mí! A Maria ni siquiera la mencionó.

Mi existencia era una duermevela. Más tarde supe que las damas habían vuelto; pronto podría verlas; y vi a Rosa, pero estaba triste, me pareció que lloraba y no podía ser por mí, puesto que yo me sentía ya más fuerte. Llegó la tarde, por todas partes reinaba un angustioso silencio, pero había movimiento; nadie respondía con claridad a mis preguntas, mis oídos eran agudos y noté que muchas personas se movían en la sala del piso de abajo, se escuchaba el ruido de los remos de muchas góndolas; y como estaba adormilado, tuve la certeza: todos me creían dormido. ¡Maria había muerto! Poggio me había informado de su enfermedad y afirmaba que se había recuperado, pero una recaída le había causado la muerte. Aquella tarde era su entierro, pero me lo ocultaban. Ahora estaba en el mundo de los espíritus, en el mundo al que siempre había pertenecido. ¡Seguramente, Rosa habría adornado su ataúd con violetas! Ella amaba tanto aquellas azules, aromáticas flores, ahora dormía entre ellas. Estaba acostado, inmóvil, como en un sueño de muerte, y oí a Rosa dar gracias a Dios. También ella se fue, no había nadie más en la habitación, era ya noche oscura, sentía que mis fuerzas volvían con extraño vigor. En la Iglesia Dei Frari estaba la tumba familiar del Podestà; allí estaría esa noche la difunta, delante del altar. Tenía que verla... me levanté... la fiebre había desaparecido... me sentía fuerte... me eché la capa por encima... nadie debía verme... subí a la góndola. No pensaba sino en la difunta... la puerta de la iglesia estaba cerrada, pues el Avemaría había pasado hacía ya mucho... Llamé a la puerta del sepulturero; me conocía, pues me había visto en la iglesia con el Podestà, me había enseñado las tumbas de Canova y Tiziano.

—¿Quiere ver a la difunta? —preguntó, adivinando mi propósito—; está al lado del altar, en el ataúd abierto, mañana la sepultaremos en la capilla —encendió la lámpara, sacó sus llaves y abrió una puertecita lateral; nuestros pasos resonaban en la alta cúpula silenciosa. Se quedó atrás, y lentamente atravesé el largo corredor silencioso; delante del cuadro de la Madonna y en los altares ardían lámparas, pero todo parecía mate y oscuro. Las blancas estatuas de mármol de la sepultura de Canova parecían muertos con sus sudarios, silenciosos, de contornos imprecisos. Delante del altar mayor ardían tres grandes cirios. No sentía miedo ni dolor, era como si yo mismo perteneciera a la muerte y en aquellos momentos estuviera entrando en mi auténtico hogar. Me aproximé al altar, olía a violetas, el velo de luz de la lámpara

caía sobre el ataúd abierto en el que yacía la difunta. ¡Era Maria, parecía dormida! Yacía, cubierta de violetas, como una imagen marmórea de la belleza. Sus negros cabellos formaban un bucle sobre la frente y tenían prendido un ramo de violetas. ¡Los ojos cerrados, toda aquella imagen de paz y belleza, embargó mi alma! Era a Lara a quien veía, igual que en las ruinas de los templos, cuando besé su frente, pero ahora no era sino una estatua de mármol, carente de vida y calor.

—¡Lara! —exclamé en un suspiro, y me hincué de rodillas delante del ataúd—. ¡Lara! ¡En la muerte me hablan tus ojos cerrados, tus labios mudos! ¡Te reconozco! ¡Te he reconocido en Maria! ¡Mi último hálito de vida ha muerto contigo! —mi corazón se aliviaba en las lágrimas que lloraba, mis lágrimas cayeron sobre el rostro de la muerta, y se las restañé con un beso—. ¡Todos me han abandonado! —suspiré—. ¡También tú, la última con la que ha soñado mi corazón! Mi alma ardía por ti de una forma distinta a como ardió por Annunziata y por Flaminia. ¡Mi corazón se inclinó hacia ti lleno de santo respeto!... el amor puro, limpio, que sienten los ángeles, ése es el que albergaba mi corazón por ti, pero nunca creí que fuese amor, pues era demasiado espiritual... ¡Jamás lo había sentido, nunca me atreví a expresártelo!... ¡Adiós! ¡Adiós, postrer novia de mi corazón! ¡Que tu sueño sea glorioso! —besé su frente—. ¡Novia de mi alma! ¡No daré mi mano a mujer alguna! ¡Adiós! ¡Adiós! —me saqué el anillo, lo puse en el dedo de Lara y alcé mis ojos hacia el invisible Dios del cielo. Y entonces, el terror corrió por mi sangre, sentí que la muerta apretaba mi mano en la suya... los sentidos me engañaban. La miré fijamente, los labios se movieron, todo a mi alrededor se movía, sentí mis cabellos erizarse en mi cabeza. El horror, el horror de la muerte paralizaba mis brazos y mis piernas; no podía levantarme.

—Tengo frío —susurró una voz detrás de mí.

—¡Lara, Lara! —grité, todo era noche ante mis ojos, pero era como si el órgano tocara blandas notas que se fundían unas en otras. Una mano se deslizó lentamente por encima de mi cabeza, unos rayos de luz penetraron en mis ojos, ¡todo se hizo tan claro, tan luminoso...!

—¡Antonio! —dijo Rosa en voz baja, y la vi. La lámpara ardía en la mesa, delante de mi cama había una figura arrodillada, llorando. La reconocí, vi la realidad delante de mí. Mi terror se debía sólo a la fiebre.

—¡Lara, Lara! —exclamé. Ella se apretó las manos contra los ojos. ¿Qué habré dicho en mis delirios febriles? Aquella visión estaba viva en mi memoria, y en los ojos de Maria pude leer que había sido testigo de la confesión de mi alma.

—¡La fiebre ha pasado! —musitó Rosa.

—¡Sí, me siento bien, muy bien! —exclamé, mirando a Maria. Ella se puso en pie, quería salir de la habitación—. ¡No me dejes! —supliqué, y extendí mis manos hacia ella. Se quedó en pie, muda, ruborizada—. ¡Soñé que usted había muerto! —dije.

—¡Fue una pesadilla causada por la fiebre! —exclamó Rosa, y me dio la

medicina que había prescrito el médico.

—¡Lara! ¡Maria! ¡Escúchame! —exclamé—. ¡No es una pesadilla provocada por la fiebre! ¡Siento la vida regresar a mi sangre! Toda mi vida ha sido un extraño sueño. ¡Nos habíamos visto antes! ¡Usted oyó mi voz hace años, en Paestum, en Capri, y la reconoció! ¡Lara! ¡Ahora me doy cuenta, la vida es tan breve, por qué no hemos de darnos la mano en este breve encuentro! —extendí mi mano hacia ella, y ella la apretó contra sus labios—. ¡Te amo, siempre te he amado! —exclamé, y ella sonrió callada, arrodillada ante mi cama...

«Eros», dice el mito, «puso orden en el caos, creó el cosmos». Esta creación se ve renovada en cada corazón amante. De los ojos de Maria bebí salud y vida. Ella me amaba. Habían transcurrido unos pocos días, estábamos solos en la salita a la que llegaba desde el balcón el aroma del naranjo; allí había cantado para mí pero con notas más dulces, y más espiritual y más profunda sonaba ahora la confesión del más noble corazón. No me había equivocado: Lara y Maria eran la misma persona.

—¡Siempre te he amado! —me dijo—. Con tu canto introdujiste añoranza y dolor en mi corazón cuando, ciega y sola con mis sueños, no conocía sino el aroma de las violetas y el cálido sol. Igual que sus rayos ardió tu beso en mi frente, así ardió en mi corazón. El ciego sólo posee el mundo del espíritu, y en él te vi. La noche después de oír tu improvisación en el Templo de Neptuno de Paestum, tuve un sueño extraño que se confundía con la realidad. Una gitana me vaticinaba que recuperaría la vista. Soñé con ella, me decía que había de cruzar el mar con Angelo, mi anciano padre adoptivo, hasta Capri. En la cueva de las brujas hallaría la luz de mis ojos, el ángel de la vida me entregaría las hierbas, e igual que sucedió a Tobías^[100], mis ojos volverían a ver el mundo de Dios. Volví a soñarlo esa misma noche, se lo conté a Angelo pero él sacudió la cabeza. A la madrugada siguiente lo soñó él mismo, y dijo entonces: «Gracias sean dadas a la Madonna, incluso los malos espíritus han de obedecerla». Nos levantamos, izó la vela y cruzamos veloces el mar. Pasó el día y llegó la tarde, y la noche, pero yo vivía en aquel extraño mundo espiritual, oí al ángel de la vida pronunciar mi nombre, su voz sonó como la tuya, él me dio las hierbas y la riqueza, grandes tesoros traídos de diversos países del mundo. Cocimos las hierbas, pero el brillo de la luz no penetró en mis ojos. Llegó entonces un día a Paestum el hermano de Rosa, entró en nuestra choza, donde yo estaba acostada, y se sintió conmovido por mis ansias de ver el grandioso mundo de Dios, me prometió la luz de mis ojos, me llevó con él a Nápoles y pude ver la magnificencia de la vida; él y Rosa me tomaron cariño y me abrieron otro mundo más bello aún, el del espíritu. Me quedé en su casa, me llamaron Maria en recuerdo de una querida hermana fallecida en Grecia. Un día, Angelo me trajo los ricos tesoros, dijo que eran míos, que la muerte vivía ya en su sangre, que había usado sus últimas fuerzas para traerme lo que era mío, y sus palabras fueron las últimas del moribundo. Lo vi morir, a él, mi único protector en mi pobreza. Una tarde, el hermano de Rosa me preguntó con extraña seriedad sobre mi viejo padre adoptivo y aquellas riquezas. Yo sólo sabía lo que él me había dicho, que

se las había entregado el espíritu de la resplandeciente gruta; yo sabía que siempre habíamos vivido en la pobreza, Angelo no podía ser un pirata, era piadoso y compartía conmigo hasta el más pequeño regalo.

Le conté entonces cómo la aventura de su vida se había enlazado con la mía, y que la había visto a ella con el anciano en la asombrosa gruta. No le quise decir que fue el anciano quien cogió la pesada marmita, pero le conté que fui yo quien recogió las hierbas.

—Pero —exclamó ella— ¡el espíritu se hundió en la tierra después de darme las hierbas, eso es lo que me contó Angelo!

—Eso es lo que él creyó ver. Yo estaba exánime, mis piernas no podían soportarme, caí de rodillas y acabé por desmayarme entre los verdes matorrales.

Aquel portentoso mundo deslumbrante en el que nos encontramos era el indisoluble nudo entre lo sobrenatural y lo real.

—¡Pero nuestro amor es un mundo del espíritu! —exclamé—. Al mundo de los espíritus fueron todas nuestras personas queridas, hacia él nos deslizamos también nosotros en nuestra vida terrenal; ¿por qué no creer en él?, ¡al fin y al cabo no es sino la última realidad! —y apreté a Lara contra mi corazón, era tan bella como la primera vez que la vi.

—¡Reconocí tu voz cuando te oí de nuevo en Venecia! —dijo ella—. Mi corazón me arrastraba hacia ti, creo que incluso en la iglesia, ante la faz de la Madre de Dios, me puse de rodillas ante ti. Te vi aquí, aprendí a apreciarte más y más, entré una segunda vez en tu vida cuando Annunziata me bendijo como novia tuya... pero tú me apartabas de tu lado, decías que ya no amarías a nadie más... que no darías tu mano a mujer alguna. Nunca mencionaste a Lara, ni a Paestum, ni a Capri al contarnos los extraños senderos de tu vida. ¡Creí que no me amabas, que habías olvidado lo que nunca estuvo realmente cerca de tu corazón!

Besé su mano en señal de reconciliación, dije de qué extraña forma su mirada había aprisionado mis labios; sólo cuando el cuerpo yacía ligado ya a la muerte, cuando mi propio espíritu se movió en el mundo de los espíritus al que tan portentosamente estaba unido nuestro amor, entonces osé expresar lo que albergaba mi corazón.

Ninguna otra persona, sólo Rosa y el Podestà, supieron de la felicidad de nuestro amor. Habría querido contárselo a Poggio. Todos los días de mi enfermedad me visitó varias veces, yo tenía ya buen aspecto y él parecía pálido cuando un día, en la clara luz del sol, lo apreté contra mi corazón.

—Poggio, ven a vernos esta tarde —dijo el Podestà—, ¡y no faltes! No habrá nadie más que la familia, Antonio y tres amigos.

Todo se engalanó festivamente.

—¡Parece una fiesta de onomástica! —dijo Poggio; y el Podestà los condujo a él y los amigos hasta la pequeña capilla, donde Lara me entregó su mano. En sus cabellos oscuros había prendido un azul ramito de violetas. La niña ciega de Paestum

estaba allí, capaz ya de ver, doblemente bella, ante mí.

Todos nos dieron la enhorabuena, el contento era grande, Poggio cantó alegre e hizo un brindis tras otro.

—¡He perdido la apuesta! —le dije—. Pero me alegro de haberla perdido, pues perder la apuesta significa ganar la felicidad —y besé los labios de Lara.

Como bulliciosos cantos sonó la alegría de los demás. La nuestra, la mía y de Lara, era muda, silenciosa como la noche que nos envolvió cuando todos se hubieron marchado.

Para mí, la vida ya no era un sueño.

—¡La felicidad del amor es real! —exclamé, y pecho contra pecho se perdió el pensamiento en una santidad que sólo un Dios podría inspirar en el pecho humano.

Dos días después, Rosa nos acompañaba al dejar Venecia. Visitamos la hacienda que habían comprado para ella. Desde la noche de los esponsales no había vuelto a ver a Poggio; llegó entonces una carta suya:

«He ganado la apuesta, pero he perdido».

No se lo podía encontrar por ningún sitio en Venecia. Poco a poco se convirtió en certeza mi suposición de que amaba a Lara. Pobre Poggio. Tus labios cantaban alegría, pero la idea de la muerte llenaba tu corazón. Francesca encontró a Lara adorable; y ella, *Sua Eccellenza* y Fabiani, todos alabaron mi elección. Incluso Habbas Dahdah sonrió de oreja a oreja al darme la enhorabuena. De los viejos conocidos sigue vivo aún tío Peppo^[101], que continúa en la Escalinata de España, donde seguirá diciendo su *buon giorno* todavía por muchos años.

El seis de marzo de 1834 había un buen número de forasteros reunidos en la hospedería de Pagani, en la isla de Capri. Toda la atención estaba dirigida hacia una joven calabresa cuya belleza los tenía cautivados; los bellos ojos oscuros descansaban en su marido, que la llevaba del brazo. Éramos Lara y yo. Tres felices años llevábamos ya casados y ahora, en un viaje a Venecia, estábamos visitando la isla de Capri, el hogar de la más asombrosa aventura de nuestras vidas, donde todo se explicaría por fin. En un rincón de la estancia había una dama anciana que llevaba en brazos a una niña pequeña; un señor forastero, bastante alto y un tanto pálido, de rasgos marcados y vestido con un traje azul^[102], se acercó a la niña, jugó con ella y pareció encantado con su belleza; hablaba francés, pero a la niña le dijo unas palabras en italiano, hizo divertidas piruetas para hacerla reír, y la criatura puso los labios para darle un beso; el hombre preguntó cómo se llamaba, y la anciana, se trataba de mi querida Rosa, dijo: «Annunziata».

—Un nombre precioso —dijo el hombre, y besó a la pequeña, que era nuestra hija, mía y de Lara. Me acerqué a él, era danés; en la sala había otro compatriota suyo, un hombre pequeño y serio, de mirada inteligente, con traje blanco. Los saludé, eran compatriotas de Federigo y del gran escultor Thorvaldsen; supe que el primero estaba en Dinamarca y que el último seguía en Roma, y es que lo suyo es realmente Italia, no el frío, oscuro norte.

Bajamos a la playa y subimos a las pequeñas barcas dispuestas para conducir a los viajeros al otro lado de la isla. En cada barca cabían solamente dos personas, una en cada extremo, aparte del remero, que iba en el centro.

Vi por debajo de nosotros las transparentes aguas que saludaron a mi memoria con su aérea claridad. El barquero empujó el remo con fuerza y la barca en la que íbamos Lara y yo comenzó a navegar a la velocidad de la flecha. Nos pusimos muy por delante de todos los demás. Al poco no veíamos ya el lado de Capri con forma de anfiteatro, donde verdes viñedos y naranjales adornan los campos, ahora se alzaban verticales los altos farallones de roca hacia el cielo. El agua era azul como las llamas del azufre, las azules rompientes golpeaban los acantilados sobre los morados erizos de mar que crecían allá abajo. Estábamos todos en el lado opuesto de la isla y tan sólo veíamos el acantilado vertical y, por encima de la superficie, una pequeña abertura que parecía apenas suficientemente grande para una barca.

—¡La cueva de las brujas! —exclamé, y todos los recuerdos que de ella conservaba despertaron en mi alma.

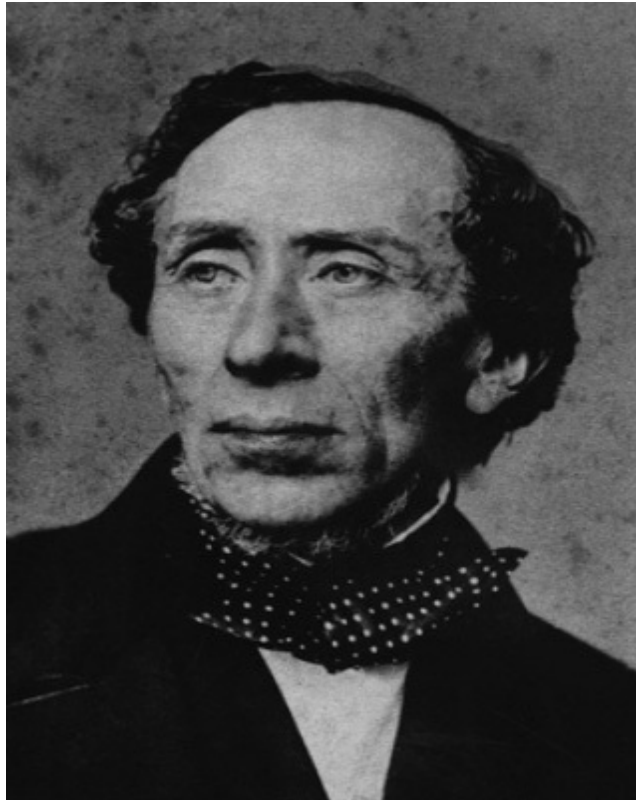
—¡Sí la cueva de las brujas! —dijo el remero—. Así la llamaban antes, ¡pero ahora sabemos lo que es! —nos habló entonces de los dos pintores alemanes, Fries y Kubits, que tres años atrás habían osado nadar hasta allá dentro y descubrieron aquella asombrosa belleza que ahora todos los viajeros querían contemplar. Nos aproximamos a la entrada, que apenas se elevaba una vara por encima del resplandeciente mar azul. El remero recogió el remo y nos tumbamos en la barca, que ahora dirigía con las manos, y entramos en un oscuro abismo bajo el inmenso acantilado azotado por el gran Mar Mediterráneo. Oí a Lara respirar muy hondo, aquello tenía algo de aterrador; pero pasó un instante tan solo y nos encontramos en una enorme bóveda donde todo brillaba como el éter. El agua, por debajo de nosotros, era como azul fuego ardiente que lo iluminaba todo. Alrededor todo estaba cerrado, pero por debajo del agua se prolongaba la pequeña abertura por la que entramos, llegaba hasta el fondo del mar, a cuarenta brazas de profundidad, y con idéntica anchura. La fuerte luz exterior apenas conseguía enviar sus rayos al interior de la gruta y corría como fuego por el agua azul, que parecía transformada en llameante alcohol. Todo lo reflejaba: el arco de roca, la barca, todo parecía traspasado por el éter, que lo cubría todo. Las gotas que el remo levantaba en el aire brillaban rojas como frescos pétalos de rosa. Era un mundo de hadas, el asombroso reino del espíritu. Lara juntó sus manos, su pensamiento se encontró con el mío. Allí estuvimos una vez los dos, allí había ocultado el pirata su tesoro, pues nadie osaba acercarse a aquel lugar. Ahora, todas las visiones sobrenaturales se habían disuelto en realidad, o la realidad misma se había transformado en mundo espiritual, como siempre en la vida terrenal, donde todo, desde la semilla de la flor hasta nuestra alma inmortal, es un milagro, aunque el hombre no quiera aceptarlo.

La pequeña abertura de la cueva lucía como una clara estrella que se oscurecía, y entonces aparecieron, como surgidas del abismo, las demás barcas. Venían hacia

nosotros. Todo era devoción y recogimiento. El protestante, como el católico, sentía allí la existencia de los milagros.

—¡El agua está subiendo! —dijo uno de los marineros—. Tenemos que salir, porque, si no, la abertura se cerrará y tendremos que quedarnos aquí dentro hasta que la marea vuelva a bajar.

Abandonamos aquella extraña cueva deslumbrante, el extenso mar abierto se extendía ante nosotros y sobre la oscura boca de la Grotta Azzurra.



Hans Christian Andersen (Odense, 1805 - Copenhague, 1875). Poeta y escritor danés. El más célebre de los escritores románticos daneses fue hombre de origen humilde y formación esencialmente autodidacta, en quien influyeron poderosamente las lecturas de Goethe, Schiller y E.T.A. Hoffmann.

En 1819, a los catorce años, Andersen viajó a Copenhague persiguiendo el sueño de triunfar como dramaturgo. El escaso éxito de sus obras teatrales y su insaciable curiosidad lo impulsaron a viajar por diversos países, entre ellos Alemania, Francia, Italia, Grecia, Turquía, Suecia, España y el Reino Unido, y a anotar sus impresiones en interesantes cuadernos y libros de viaje.

Inspirándose en tradiciones populares y narraciones mitológicas extraídas de fuentes alemanas y griegas, así como de experiencias particulares, entre 1835 y 1872 escribió 168 cuentos protagonizados por personajes de la vida diaria, héroes míticos, animales y objetos animados.

Notas

[1] Más tarde se le pasaría. Pero hacía aún pocos años de la destrucción de la flota danesa por los británicos: en 1812, Andersen ya tenía siete años. <<

[2] Desde la Piazza di Spagna, una amplia escalinata de piedra sube hasta una zona con casas de cuatro pisos en lo alto del Monte Pincio, y a las calles de la zona; esta escalinata es un lugar de reunión preferido por los mendigos de Roma, y se llama «escalinata de España» por la plaza en la que comienza. <<

[3] Se trata de un ninfeo romano, un templo a esta divinidad de las fuentes. (N. del T.)

<<

[4] Las tumbas carecen de todo ornato; en cambio, en los *Santos Ianuarii*, las catacumbas de Nápoles, se encuentran pinturas de santos e inscripciones, aunque de mala factura. En las tumbas de los cristianos se pintaba un pez, cuyo nombre griego, *IXTHYS* (*Ijzýs*), posee las letras iniciales de *Iesús Jristós, Zeú Yiós, Sotér* (Jesucristo, Hijo de Dios, Redentor). <<

[5] En esta famosa pintura, *El arcángel San Miguel*, de juvenil belleza y con grandes alas, tiene un pie y la lanza sobre la cabeza del demonio. <<

[6] La parte de Roma en la orilla derecha del río Tíber. <<

[7] Una danza popular italiana de melodía monótona. Se baila por una o dos personas, aunque sin llegar a tocarse en ningún momento; lo más habitual es que sean dos hombres o dos mujeres, que se mueven en semicírculo con pasos saltarines a velocidad creciente. Los brazos están en un movimiento tan frenético como las piernas, y cambian constantemente de posición con la gracia natural propia de los romanos. Las mujeres suelen, durante la danza, levantarse un poco la falda, o tocar ellas mismas la pandereta, a menos que haya una tercera persona que marque con ella el monótono ritmo cuya variación consiste solamente en la velocidad mayor o menor con la que se suceden los golpes. <<

[8] Se refiere al Panteón de época clásica, convertido en iglesia cristiana. (N. del T.)

<<

[9] El alfiler que llevan en el cabello las mujeres campesinas está decorado en las muchachas por un puño cerrado, en las prometidas y las casadas, por una mano abierta. <<

[10] Jamón. <<

[11] Una pequeña población en los Montes Albanos, cerca de la carretera de Roma a los pantanos. <<

[12] *Osteria e cucina* dice el rótulo habitual de los hostales y restaurantes de categoría inferior en Italia. <<

[13] *Prunus laurocerasus*, que crece abundante en las montañas. <<

[14] Los campesinos suben a sus altos carros poniendo el pie en un radio cuando la rueda está girando. <<

[15] Esta denominación de la «ternera con tomate» es forma dialectal del Lazio: donde se desarrolla la acción. (N. del T.) <<

[16] *Nymphaea alba*. <<

[17] En esta época, Senado era la denominación para el ayuntamiento de Roma; el Senador era el alcalde. (N. del T.) <<

[18] Hay allí una gran avenida que se extiende desde las escalinatas de España y la Academia Francesa hasta la Porta del Popolo, con vistas sobre la mayor parte de Roma y los jardines de Villa Borghese. <<

[19] El Coliseo tiene forma oval, está construido de travertino y tiene cuatro pisos, cada uno de ellos perteneciente a un orden arquitectónico diferente: dórico, jónico y corintio. Fue construido en tiempos de Vespasiano, unos setenta años después del nacimiento de Cristo. 12 000 prisioneros judíos trabajaron en la edificación. Tiene ochenta arcos, y un perímetro de 1641 pies; debió de haber 86 000 plazas sentadas en torno a la arena, y arriba del todo otras 20 000 personas de pie. Hoy día, la ruina está consagrada al servicio divino cristiano.

*While stands the Coliseum, Rome shall stand,
when falls the Coliseum, Rome shall fall;
and when Rome falls —the world—*

Byron <<

[20] Los búfalos se crían en Italia desde tiempos romanos; aunque son más frecuentes al sur de Roma, en esta parte del Lazio también existen, sobre todo en la época en que se desarrolla la acción. (N. del T.) <<

[21] *Pons Milvius.* <<

[22] Este puente romano sobre el Tíber, llamado también Ponte Milvio, está hoy en pleno casco urbano del norte de la ciudad. La campaña en la que se desarrolla la acción ha dejado de serlo hace tiempo. (N. del T.) <<

[23] Al llegar a Roma desde el norte pasamos por Porta del Popolo y nos encontramos en la grande y bella Piazza del Popolo, situada entre el Tíber y el Monte Pincio. A ambos lados, debajo de cipreses y acacias, se ven modernas esculturas y cascadas; en medio de la plaza, entre los ya mencionados leones de piedra, se alza un obelisco de tiempos de Sesostris. Delante hay tres calles iguales: Via Babuino, Il Corso y Via Ripette. Dos iglesias gemelas forman las esquinas de la calle principal (Il Corso). Ninguna ciudad puede tener un aspecto más agradable y animado que la vieja Roma en este lugar. <<

[24] Recientemente, el jardín ha sido sustituido por un patio enlosado. <<

[25] *Abate* era una de las órdenes menores, sin votos sacerdotales; el término solía usarse también para los que habían terminado sus estudios no universitarios. (N. del T.) <<

[26] Petrarca nació en Arezzo el 20 de julio de 1304. Su vida y sus aspiraciones se centraban en los antiguos clásicos, pero Laura, a la que conoció en Aviñón en 1327, lo ligó al mundo. Para darse vida eterna a sí mismo y otorgar fama eterna a los Escipiones, escribió su poema épico *África*, olvidado ahora en favor de sus melodiosos sonetos a Laura, que él mismo valoraba menos. <<

[27] Dante, cuyo nombre de pila era Durante, nació en Florencia en 1265; a los diez años de edad se enamoró de Beatrice Portinari, que purificó y ennobleció su alma. Fue soldado en la guerra entre Arezzo y Pisa, luego ejerció de hombre de estado y murió en Ravena en 1321. <<

[28] La plaza más grande de Roma, que ciertos días, en veranos muy calurosos, se inunda de agua. <<

[29] La variedad de nombres de monedas en la Italia de la época es más que considerable, y se ve agravada por la existencia de varios estados: Pontificio, Venecia, Nápoles, etc. En algunos, como Venecia, se añaden monedas austriacas y, en todas partes, algunas francesas de mucho valor. No es necesario sino saber que se trata de monedas; en algunos casos el texto nos indica algo sobre su mayor o menor valor. <<

[30] Un Escudo (*Scudo*) tiene aproximadamente el mismo valor que un *Species* danés; tiene 10 *paoli*, y cada *paolo* 10 *baiocchi*; éstos son monedas de cobre, las demás son de plata. <<

[31] En el original es el mismo Andersen quien traduce al danés estos versos, el principio del Canto 3.º del *Infierno*. La primera traducción de la *Divina Comedia* en danés no se publicó hasta 1851. La estrofa siguiente incluye el famosísimo verso «dejad, los que aquí entráis, toda esperanza». Tomamos la traducción española de Luis Martínez de Merlo, en *Letras Universales*, de Ed. Cátedra, Madrid. (N. del T.)

<<

[32] Es decir, el alcalde; así era la denominación del título en la época. (N. del T.) <<

[33] No es preciso poner de relieve que aquí presenta Andersen su ideal poético, por la vía de la crítica desde los postulados poéticos aún vigentes entonces en la poesía académica. Podemos ver también el reflejo, en Dahdah, de las acres críticas a los primeros poemas de nuestro autor por parte del *establishment* literario danés; crítica que le afectó tremendamente durante su estancia en Italia y que está en el fondo de las inseguridades artísticas y personales de Antonio. (N. del T.) <<

[34] Los nórdicos deseamos «buenas noches, duerme bien», los italianos desean una «noche felicísima». La noche del sur tiene más que simples sueños. <<

[35] *Peppo* es una abreviatura italiana del nombre *Giuseppe*, esto es, José. <<

[36] Es costumbre, en la mayor parte de las familias italianas, dar a sus hijas destinadas desde la infancia a entrar en un convento, nombres honoríficos que aluden a su destino, como: Novia de Jesús, La monjita, La abadesa, etc. <<

[37] Es el principio del Génesis hebreo: «En el principio creó Dios». (N. del T.) <<

[38] Los *confetti* son bolitas de cal rojas y blancas, del tamaño de guisantes, a veces se hacen también de cereal y se envuelven en una masa de yeso. En los carnavales se los arrojan todos unos a otros. <<

[39] Las horas en Italia se calculan después de la puesta del sol, cuando se acaba el periodo de un día o una noche completos, y las campanas tocan el avemaría; la primera hora, una vez que se ha puesto el sol, es por tanto la una, la siguiente es las dos y así hasta las veinticuatro. Cada semana se corrigen los relojes, según el sol, un cuarto de hora adelante o atrás. La forma habitual de contar el tiempo era la que los romanos llamaban francesa. Si el sol se pone a las seis de la tarde, son las tres de la tarde: tres horas antes de la noche, o la hora veintiuna. La noche comienza con la puesta del sol. <<

[40] Ahora se entenderá mejor el tributo de los judíos, dedicado a pagar los gastos de esta loca carrera de caballos: antes no corrían los «caballos de fuego», sino judíos, que habían de recorrer el Corso desnudos y a cuatro patas. 1668 es el año en que se abolió esta bestial costumbre. (N. del T.) <<

[41] Este teatro de principios del siglo XVIII se quemó en 1868 y nunca se reconstruyó. La ópera a la que se hace referencia aquí es, probablemente, *Didone abbandonata* (*Dido abandonada*) de Saverio Mercadante (1795-1870), con libreto del escritor Pietro Metastasio (1698-1782). Se estrenó en 1823. La obra original del dramaturgo italiano fue musicalizada hasta diez veces con anterioridad. Parece que Andersen escuchó la más reciente, aunque no está claro: no se refiere a ella en sus diarios ni su autobiografía, y las citas supuestamente literales no coinciden con el texto de Metastasio pero recuerdan mucho al libro IV de *La Eneida*, en la que se basa. (N. del T.) <<

[42] Ascanio es hijo del troyano Eneas; el reino Hespérico, o Hespéride, o Hesperia, era el nombre griego de Italia. <<

[43] El tritono es un intervalo musical de tres tonos completos; por ejemplo, do-fa sostenido. En la Edad Media se consideraba demoníaco y misterioso, lo que corresponde perfectamente al tono de la *Divina Commedia*. Se denominó *diabolus in musica*, «el demonio de la música», y no tuvo un uso normal en la composición hasta prácticamente el siglo XIX. <<

[44] Esta ópera cómica del compositor italiano Francesco Gnecco (1769-1811) la vio Andersen en Nápoles, cantada por María Malibrán. En esta ciudad oyó a la gran cantante también en *Norma* y *El barbero de Sevilla*. (N. del T.) <<

[45] Dama noble romana (1577-1599). Hija de un padre brutal y maltratador que la violó y que fue asesinado por la familia en pleno. Condenados a muerte, su esposa y sus hijos fueron ejecutados en Roma, pero Beatrice se convirtió en heroína popular, objeto de numerosos tratamientos artísticos, incluido un supuesto retrato pintado por Guido Reni. Andersen vio este retrato, que se encontraba en el Palazzo Borghese, y lo menciona en su diario. Más adelante encontraremos el apellido Cenci en relación con Antonio. (N. del T.) <<

[46] Antes de cantar el Miserere se leen 15 largas lecciones; cada vez que termina una de ellas se apaga uno de los cirios que hay en los grandes candelabros, que tienen uno por cada *lectio*. De forma que es posible saber siempre cuántas quedan. <<

[47] El Jueves Santo, el Papa lava los pies a treinta y tres sacerdotes, jóvenes y ancianos; éstos le besan la mano y él les da un ramo de alhelíes violeta. <<

[48] En Pascua, cada año son bautizados algunos judíos o turcos. En el Diario Romano se señala este día como: *si fa il battesimo di Ebrei e Turchi*. <<

[49] Como la iglesia es toda de piedra, y lo mismo sucede con los edificios que la rodean, no se corre ningún peligro de que las coronas de brea y las pailas provoquen un incendio. ¡Por eso, durante toda la noche, todo es una sola llama! <<

[50] Uno de los más terribles bandoleros de la época. (N. del T.) <<

[51] Hogazas. <<

[52] Las Ciénagas Pontinas fueron desecadas definitivamente en la primera mitad del siglo xx. (N. del T.) <<

[53] Esta banca napolitana no la usó solamente Antonio: también el mismo Andersen.
(N. del T.) <<

[54] Cuando se viaja en diligencia no se paga por adelantado, sino que incluso se recibe dinero de manos del cochero, quien así da pruebas de su honradez, y es él también quien se encarga de la alimentación y el alojamiento durante todo el viaje. Todos estos gastos se incluyen en el acuerdo establecido de antemano. <<

[55] Este suceso reproduce otro similar, aunque no idéntico, acaecido a Andersen en otra frontera del norte de Italia. (N. del T.) <<

[56] El más famoso bandolero de la época, no muy distinto a los bandidos españoles que lucharon contra los franceses en nuestra Guerra de la Independencia. Michele Pezza (1771-1806) fue un feroz bandido y también un feroz soldado de las tropas borbónicas napolitanas contra los franceses, en los últimos años del siglo XVIII, en que finalmente volvió a actuar como bandido. Murió ahorcado. (N. del T.) <<

[57] La señora no quiere zarzuela de pescado, cebolletas ni alubias; se contentará con dos platos típicos de los Abruzos: mollejas rebozadas y fritas, e hinojos. (N. del T.)

<<

[58] Una encantadora bruja del poema de Tasso, *Gierusalemme Liberata*. (N. del T.)

<<

[59] Aquí enterró Eneas a su ama Caieta, de quien procede el nombre de la ciudad. <<

[60] En Italia no beben el café en copas, sino en vasos de cerveza. <<

[61] La calle mayor, que en Roma y Milán se llama Corso y en Palermo Cassaro, se denomina en Nápoles Toledo. <<

[62] Una de las mayores plazas de Nápoles; lleva hasta el puerto. <<

[63] Una cita de las *Odas* de Horacio; en este caso, la segunda oda del libro I: «ojalá retrases tu vuelta a los cielos» (traducción de Germán Salinas; ed. de Ana Pérez Vega en *Los Clásicos de Orbis Dictus*, Sevilla, 2005, accesible en Internet). La subjetividad del poeta latino y la importancia que concedía al sentimiento lo aproximaban a los ideales poéticos de Andersen. (N. del T.) <<

[64] «¡Oh gratísima cítara, honor de Febo, encanto de los festines del supremo Jove!»
Oda 32 del libro primero de Horacio. (N. del T.) <<

[65] Oda 8 del libro cuarto: «las sienes ceñidas de verdes pámpanos, favorece que se cumplan nuestros votos». El famosísimo *carpe diem* es también de las odas de Horacio: Libro 1, oda 11. (N. del T.) <<

[66] «¿Cómo es el invierno de Velia y el clima de Salerno, querida Vala?» Esta vez es la Epístola I, 15 de Horacio (la traducción es nuestra). *Ferus Cupido*, «fiero Cupido», vuelve a las Odas (II 8). La frase siguiente es una «casi cita» de la misma estrofa. Dice el original: «que aguza sin descanso sus agudas saetas en una piedra ensangrentada». (N. del T.) <<

[67] Este pueblo cambió en 1969 su nombre por el actual de Ercolano. (N. del T.) <<

[68] Donde termina Torre del Greco comienza otra aldea: Torre dell'Annunziata. <<

[69] *Catalogo degli antichi Monumenti d'Ercolano* (1755). <<

[70] Quinto Roscio Galo (aprox. 126 - 62 a. C.) fue un importante actor romano, de origen esclavo y que acabó su vida con una gran fortuna. (N. del T.) <<

[71] La institución del *cicisbeo* se supone originaria de Génova, entre la clase de los comerciantes. Sus negocios los mantienen lejos mucho tiempo y, para no tener a sus mujeres encerradas en casa, han de confiarlas a un amigo que pueda servirles de guía; muy habitualmente se trataba de algún religioso. Más tarde se convirtió en moda, nadie podía dejar de tener uno. La relación era por lo general noble y pura, y existen muchos ejemplos de que en su entierro fueran alabados por haber cumplido con lealtad y devoción sus obligaciones como *cicisbeo*. Desde la *toilette* hasta la hora de dormir, el *cicisbeo* está cerca de su dama, ha de mostrarle las mayores atenciones, así como su total indiferencia hacia otras mujeres: ese es su deber. El soneto mencionado se encuentra en el 2.º volumen de *Rom, Römer y Römerinnen*, de W. Müller, y su traducción danesa apareció en la revista *Valkyrien*, volumen de enero de 1833. <<

[72] Muelle, rompeolas. <<

[73] La arrasadora crítica de Francesca tiene muchos puntos en común con la aún más devastadora que, de la poesía de Andersen, hizo el crítico e historiador danés Christian Molbech. Andersen recibió en Roma noticia de la reseña y le afectó mucho. Como vimos más arriba, también pone en boca de Habbas Dahdah algunas observaciones más concretas sobre la poesía, coincidentes con las del artículo de Molbech (publicado en el muy prestigioso *Maanedsskrift for Litteratur*, 10, en 1833). (N. del T.) <<

[74] El inventor de la brújula. <<

[75] El histórico Albergo dei Cappuccini ha sido renovado y vuelve a abrir en julio de 2009. (N. del T.) <<

[76] Con este nombre denominaban los habitantes de Capri la gruta azul antes de que, por lo que yo sé, fuera realmente descubierta por los alemanes Fries y Kopisch, y de que se convirtiera a partir de ese momento en objetivo de todos los viajeros que visitaban el sur de Italia. Kopisch nació en Breslau y es autor de un bello relato: *Die Kahlköpfe auf Capri*. En 1837 aparecieron sus poemas, *Gedichte*. <<

[77] Una de las academias pontificias, fundada en 1813. (N. del T.) <<

[78] La Iglesia de San Joaquín y Santa Ana fue fundada en el siglo xvii por carmelitas descalzos españoles, que la abandonaron en 1809; fue comprada entonces por el rey español Carlos IV, que la regaló a las religiosas Adoratrices Perpetuas del Sagrado Sacramento, quienes la regentaban aún cuando Andersen visitó Roma y en los momentos en que se desarrolla la historia. (N. del T.) <<

[79] *Nonumque prematur in annum*, «guárdese nueve años» (*Ars poetica*, 388). (N. del T.) <<

[80] *La befana* es una figura femenina, parecida a una bruja buena y sonriente que, cabalga o no en escoba, lleva regalos el Día de Reyes. Su nombre deriva, precisamente, de la palabra Epifanía. El muñecote de *la befana* se pasea festivamente por las calles. <<

[81] Se trata en realidad de un castillo medieval; y por él pasa, efectivamente, la antigua Via Amerina. (N. del T.) <<

[82] Fusina. <<

[83] Candia y Morea con los nombres venecianos medievales de Creta y el Peloponeso, respectivamente. (N. del T.) <<

[84] Se refiere seguramente a cuadros de Hieronymus Bosch que representan el juicio final; uno de ellos está dedicado al Infierno. (N. del T.) <<

[85] Es una cita de las Oda tercera del tercer libro de Horacio. (N. del T.) <<

[86] Francisco I de Austria fue rey de Venecia, como consecuencia del Tratado de Campoformio (1797) con Napoleón, hasta su muerte en 1835. Venecia siguió formando parte del Imperio Austriaco hasta 1866. (N. del T.) <<

[87] En esta época, el *podestá* era el alcalde de las ciudades italianas pertenecientes al Imperio Austriaco. (N. del T.) <<

[88] Este teatro de ópera veneciano cerró sus puertas en 1818, veintiséis años antes de la visita de Andersen a la ciudad. Tampoco encaja muy bien con las fechas en que se desarrolla la acción, aunque tras su cierre para la ópera funcionó un tiempo como teatro de marionetas. (N. del T.) <<

[89] Un improvisador muy conocido en esta época. <<

[90] Se trata del medieval palacio Contarini Fasan, en el Gran Canal y cerca del Puente de Rialto. Es más habitual denominarlo «casa de Desdémona», pues allí se supone que vivió. (N. del T.) <<

[91] Es el actual teatro Carlo Goldoni, cerca del Puente de Rialto. (N. del T.) <<

[92] Debe de tratarse de un error. En Nápoles no existía un teatro Fenize, y el Fenice está en Venecia. Podría referirse al Teatro di San Ferdinando, que durante unos años recibía sólo a compañías poco profesionales y a un público escasamente culto. (N. del T.) <<

[93] El autor está contando en parte su experiencia en la visita al Teatro dei Solleciti en Florencia, donde vio esta ópera (el 10 de octubre de 1843) y que le pareció lo que cuenta del teatro veneciano real, que es bastante mayor. Esta alteración de la realidad vivida para crear una realidad autónoma de ficción es muy típica de Andersen y de esta novela. El Teatro dei Solleciti, por cierto, es ahora una iglesia evangélica. (N. del T.) <<

[94] Recordemos que Venecia pertenecía a Austria; el *Zwanziger* es una moneda austriaca de plata. (N. del T.) <<

[95] «¡Fuimos troyanos!»; una cita de *La Eneida* de Virgilio que lamenta la pérdida de la antigua gloria. (N. del T.) <<

[96] Este escritor italiano (1759-1854) participó activamente en las luchas políticas, unificadoras e independentistas, de la época; su enfrentamiento con Austria le hizo pasar varios años en la cárcel, de donde surgió su libro más conocido, *Le mie prigioni* (*Mis prisiones*), publicado justamente un año antes del viaje de Andersen a Italia. Esta referencia y algunas pocas más sobre el dominio austriaco en Venecia son el único contacto de la novela con la realidad política italiana de entonces. (N. del T.)

<<

[97] *La Cenerentola* (*Cenicienta*) de Rossini la vio Andersen en abril de 1834 en su viaje a Nápoles. Lo único que toma aquí de esa experiencia real es la pésima calidad de la representación. (N. del T.) <<

[98] Efectivamente, este palacio se asocia a la figura de Julieta, y aparece en las guías como «Casa di Giulietta». Aunque el edificio es esencialmente de los siglos XIII y XIV, se hicieron numerosas reconstrucciones fantasiosas en tiempos recientes para darle un toque acorde con la historia shakespeareana, incluyendo la creación de lo que se suele conocer como «balcón de Julieta». En el siglo XIX era, efectivamente, un hotel; pésimo, al decir de Dickens. (N. del T.) <<

[99] En realidad, según cuenta en su diario, Andersen vio en La Scala «I due Sergenti, Melodramma. Musica del Luigi Ricci», y el *ballet* «Giuditta regina di Francia», música de A. Mussi y coreografía de Monticini. Ninguna de las dos piezas le impresionó demasiado positivamente. Tampoco la ciudad le gustó. (N. del T.) <<

[100] *El Libro de Tobías* (o *Tobit*) es uno de los apócrifos del *Antiguo Testamento*, canónico en el cristianismo. Tobit, ciego porque en sus ojos cayeron excrementos de un ave, recupera la vista gracias a la hiel de un pez que le aplica su hijo Tobías, que ama a Sara, la «viuda virgen», desde antes de conocerla, por gracia del Arcángel Rafael. Este libro, en realidad, forma el trasfondo de la visión religiosa, ética e incluso anecdótica de *El Improvisador*. Andersen era partidario de las ideas de su paisano y contemporáneo N. F. S. Grundtvig (1783-1872) que, además de autor de gran importancia en la literatura danesa, promovió una reforma de la estricta religión luterana danesa en un sentido más humanista, que se puede resumir en su famoso *slogan* «Primero, humano, después, cristiano» y que hizo que se hablara de *cristianismo alegre*. El Dios de Tobit y Tobías es cercano e interviene favorablemente en las cosas de los hombres, y la recompensa existe también en la vida terrenal, no sólo en el «otro mundo». Rafael, dicho sea de paso, significa «Dios ha sanado». (N. del T.) <<

[101] Vivía aún en 1846. <<

[102] Este caballero es Andersen en persona: su breve descripción física es suficiente para identificarlo. (N. del T.) <<